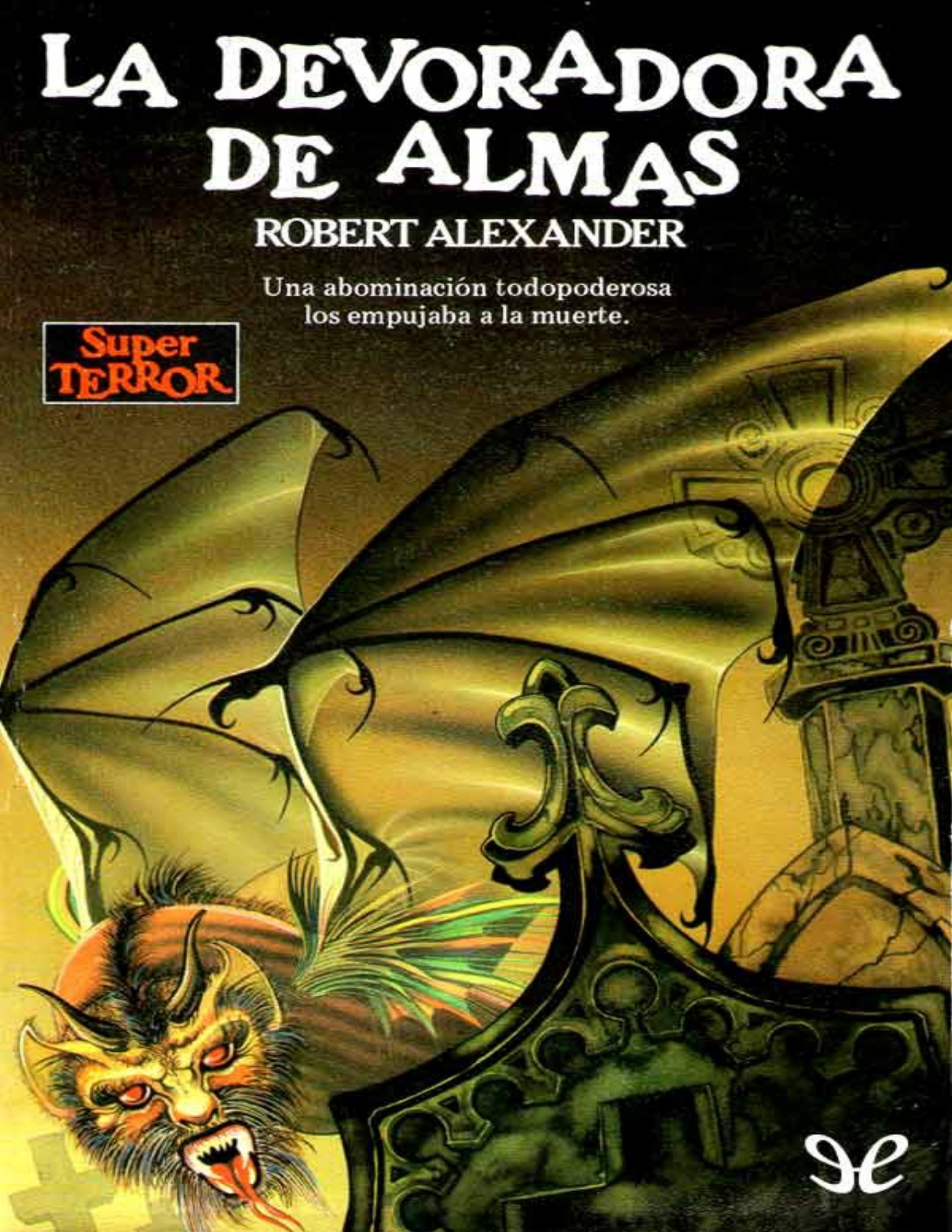
LA DEVORADORA DE ALMAS

ROBERT ALEXANDER

Una abominación todopoderosa
los empujaba a la muerte.

Super TERROR



El profesor Michael Read desea huir del bullicio de la ciudad y se instala, junto a su esposa y sus tres hijos, en un pequeño pueblo llamado Steveley. Un lugar paradisíaco, a primera vista.

Pero… ¿por qué la iglesia de aquel pueblo se está derrumbando poco a poco, y por qué dos de sus vicarios han muerto violentamente en circunstancias inexplicables? Los supersticiosos dicen que Steveley está poseído por el Diablo. Sucesivas profanaciones rituales parecen confirmar la leyenda.

Steveley no es, evidentemente, el paraíso. ¿Será acaso el infierno?

Robert Alexander

La devoradora de almas

Super Terror 11

ePub r1.1

Titivillus 30.10.16

Título original: *The Soul Eater*
Robert Alexander, 1979
Traducción: Hernán Sabaté Vargas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

Hace algunos años, Sal y yo decidimos que si se presentaba la ocasión dejaríamos la ciudad y nos trasladaríamos a vivir al campo. Mi trabajo de profesor universitario no exigía que residiera en la ciudad, y años de vida urbana habían hecho crecer en nosotros un romántico anhelo de huir a la que imaginábamos plácida y tranquila vida rural.

No resulta fácil encontrar una casa en el campo. Nosotros no buscábamos lujos, pero las viviendas en buenas condiciones parecían costar un riñón, y las que podíamos pagar parecían a punto de caerse a pedazos, con las vigas carcomidas por los insectos y un revelador olor a putrefacción y a hongos. Un día, sin embargo, llegó hasta nosotros un folleto de un agente inmobiliario que anunciaba una casita en la pequeña villa de Steveley.

Desde fuera parecía bastante agradable. Un poco estropeada quizás, pero no irreversiblemente. Estaba vacía, pues el anterior propietario había muerto unos meses antes, pero el agente nos había dejado la llave. El interior de la casa era encantador, aunque necesitaba bastantes reparaciones. No había nada decididamente en mal estado, al menos según mis inexpertas observaciones, pero necesitaba una nueva decoración de arriba abajo, y había que reparar parte del cielo raso, y había que renovar algunas de las tablas del piso, y había que arreglar los pestillos rotos de las ventanas y el fregadero agrietado de la cocina, etcétera, etcétera.

A los niños les encantó, y anduvieron corriendo de una pieza a otra mientras decidían dónde iría cada cosa. Había tres dormitorios: uno para Sal y para mí; el siguiente en tamaño lo compartirían Mark, nuestro hijo de once años, y Julian, el menor; por último, el tercer dormitorio, una pequeña habitacioncita, sería suficiente para Helen, nuestra hija de nueve años.

Julian se mostró tremendamente excitado.

—¿De verdad vamos a vivir aquí, papá? ¡Me gusta! ¡Es super! ¡Quiero la cama bajo la ventana!

—¿Y bien? —le pregunté a Sal, mientras regresábamos en el coche.

—Es muy barata para lo que es. Tiene un buen tamaño, y el baño es bastante nuevo. Sí, creo que sí.

—No pareces muy convencida.

Sal rió nerviosamente antes de responder.

—Es que el pueblo me dio… una sensación extraña.

—Yo también tengo una sensación extraña —dijo Julian.

—Demasiado helado —comentó Mark—. Eres demasiado pequeño para tomarte un cucurucho doble.

—¡No es cierto! —gritó Julian—. ¡No soy pequeño!

Cuando les hubimos calmado, le pregunté a Sal:

—¿A qué te referías con eso de «una sensación extraña»?

—¡Oh, no sé! Me ha parecido frío —respondió ella vagamente—. Es su aspecto, supongo. —Luego añadió con rapidez—: Sólo son imaginaciones mías. Comprémosla.

Sin embargo, seguía sin parecer muy convencida.

—¿Estás segura? —insistí.

Normalmente Sal es una persona tan juiciosa y decidida que sus titubeos me sorprendían.

—Sí —respondió.

Fuimos directamente a ver al agente y presentamos nuestra oferta. El inspector confirmó que la casita tenía una estructura sólida, y unas semanas más tarde era nuestra. Sal parecía haber olvidado todas sus dudas y yo estaba encantado.

Steveley era un pueblo pequeño. Su centro era un estrecha calle principal salpicada irregularmente de algunas tiendas que abastecían las necesidades cotidianas de sus más o menos cuatrocientos habitantes. Entre esas tiendas, la carretera estaba flanqueada aquí y allá por casas a menudo rodeadas de jardín o por el campo. Eso era el centro y corazón del pueblo antiguo, con la taberna y el césped comunal a un extremo y la parroquia al otro. Como tantas otras poblaciones próximas a las grandes urbes, Steveley había contemplado un reciente desarrollo, así que varias casas de dos pisos bastante mediocres, con sus pequeños jardines delanteros y traseros tímidamente cuidados, se mezclaban incómodamente con las casas de campo más antiguas y sólidas. Entre el césped comunal corría un riachuelo, y más allá de sus indeterminados límites se extendían ricas tierras de labor unidas mediante setos bajos y unas escasas

hileras de árboles. Supongo, con toda sinceridad, que el pueblo no era el auténtico remanso de bucólica paz donde al principio pensábamos que debíamos retiramos, pero quizá constituía un compromiso razonable entre nuestros infantiles ideales y lo que el mundo podía ofrecernos.

Empezamos a sentirnos en casa. En las tiendas nos conocían, y saludábamos con un movimiento de cabeza a la gente que veíamos habitualmente los domingos por la mañana en el Red Lion. Nuestros vecinos también parecían sociables y uno de ellos, la señora Ogilvie, una viuda de más de sesenta años, se ofreció a hacemos de canguro. Aunque, por supuesto, éramos poco más que observadores —siempre transcurre un tiempo hasta que los recién llegados son aceptados, incluso en el pueblo más acogedor —, poco a poco empezamos a comprender y a valorar nuestro nuevo mundo, con sus diferentes conceptos de las cosas y sus interminables cotilleos. Tampoco reapareció aquella inquietud que Sal había sentido el primer día, y el tiempo transcurrió idílicamente.

Ahora, aquí sentado, mientras trato de reconstruir con detalle lo sucedido después de aquel doloroso día en que recibimos la llamada telefónica que nos comunicaba lo de Julian, nuestro sueño de paz me parece muy lejano.

Yo estaba en la universidad, molesto de que me hubieran llamado para una conferencia.

—¿El señor Michael Read?

La voz al otro lado de la línea hablaba lentamente, con un acento rural.

—Sí —grité.

—Soy el agente de policía Brown, señor. De Steveley. Tengo malas noticias para usted.

Mi corazón pareció detenerse. Me senté.

—Se trata de su hijo, señor. El menor. Él… está gravemente herido…

—¿Julian?

—Sí, señor. Creo que ése es el nombre.

—¿Herido, dice? Por el amor de Dios, dígame qué ha sucedido.

—Me temo que está muerto, señor.

Pude imaginar al hombre del otro extremo de la línea: impasible, sin saber qué hacer, transpirando por el esfuerzo de darme la noticia. Es curioso cómo la mente se dedica a pensamientos triviales de ese tipo en momentos tan inadecuados.

Le dije al agente que estaría allí lo antes posible, envié una nota para explicar mi partida y salí a toda prisa hacia la casa. Cuando llegué, Sal se echó en mis brazos llorando convulsivamente y supe entonces que era cierto, y que yo debería ser fuerte

por los dos. Al principio no conseguí que me explicara nada, salvo que Mark y Helen estaban con la señora Ogilvie. Después se tranquilizó un poco y me dijo que Julian había estado jugando con unos compañeros de clase cerca de la escuela. Al parecer, al escalar una pared había resbalado y, al caer, se golpeó la cabeza contra la losa de una tumba que había debajo. Me pregunté si no habría podido salvarse de haberle prestado auxilio más pronto, pues había transcurrido cierto tiempo hasta que sus pequeños compañeros se percataron de que algo le había sucedido —estaban jugando al escondite y nadie le había visto caer— y más tiempo aún hasta que acudieron a por auxilio. Cuando Tom Baldry, un jardinero del pueblo que en su tiempo libre actuaba como sacristán y como sepulturero, llegó hasta Julian, el niño había muerto. En la investigación, el forense dijo que debió de morir instantáneamente. Yo todavía me pregunto si fue así.

Julian fue enterrado en el cementerio de la iglesia. Apenas seis meses después de llegar a lo que esperábamos sería una vida más feliz, estábamos dando sepultura a nuestro hijo menor. Intenté convencerme de que aquello podía haber ocurrido en cualquier otro lugar y que no debíamos regresar a la ciudad, pero por dentro me sentía fatal y sólo deseaba marcharme.

El día que enterramos a Julian la lluvia caía torrencialmente y el agua bajaba en arroyuelos a la tumba. Las palabras del oficiante casi se perdían bajo el ruido inagotable de la lluvia contra el dosel de paraguas. Sentí una profundísima sensación de desesperación, aumentada por las figuras encorvadas de los asistentes al entierro, las palabras monótonas y la lluvia incesante. Deseé que bajaran el féretro, que echaran la tierra, que cubrieran la tumba. Deseé alejarme. Dirigí una mirada a Sal. Su menuda figura parecía desesperadamente vulnerable, y sentí mi corazón rebosante de amor y de lástima hacia ella. Mantenía inmóvil la cabeza y los ojos fijos en el suelo, con la mirada perdida. Parecía un final desdichado y cruel para nuestros sueños. De pronto, todo se había vuelto muerte y ruinas, e incluso la iglesia, que se alzaba tras el párroco que leía las oraciones, parecía a punto de derrumbarse. Mi mirada corrió ociosa sobre sus formas desvencijadas. Qué siniestra y lúgubre parecía con las nubes plomizas arremolinadas sobre su destartalado techo y la lluvia manando a borbotones de sus monstruosas gárgolas. Grandes grietas parecían dividir la torre de arriba abajo, y las piedras caídas cubrían los rincones del cementerio. Era como una calavera medio rota, como una parodia de nuestras ambiciones.

Ahuyenté mis pensamientos cuando el funeral terminó. Éste había transcurrido rápidamente y su final me pilló por sorpresa. Unas manos frías y húmedas estrecharon las mías mientras escuchaba expresiones de condolencia. Tenía los ojos bajados y

apenas reconocí las caras. Me sentí hipnotizado por la desolación que había a mi alrededor, en la iglesia medio en ruinas que se erguía detrás de mí y en el fango espeso y pegajoso que tenía a mis pies. Permanecí allí un minuto más mientras los últimos asistentes pasaban ante mí. No sé cómo, me había separado de Sal, pero vi que su madre estaba con ella. Entonces advertí que una mano seguía apretando la mía, asiéndola con firmeza: era el párroco, el reverendo Allan Stevens. Había cerrado su libro de oraciones y prescindía del paraguas. Se quedó frente a mí, con la lluvia cayendo por su corto cabello castaño y por su rostro, el rostro cálido y amable de un hombre que había vivido cincuenta años a su manera, a su propio ritmo. Llevaba gafas, y los cristales aumentaban el tamaño de sus ojos intensamente azules; era de rasgos frescos, como deben ser los de un campesino; la leve caída de su papada y las profundas arrugas de su frente añadían dignidad a un rostro que de otro modo habría parecido demasiado suave. Era un hombre robusto, medía unos centímetros menos que mi metro ochenta y cinco, y su amplio sobrepelliz parecía hacerle aún más rechoncho.

—Lo siento muchísimo. No puedo expresarle cuán triste estoy de que haya sucedido esto con tan poco tiempo de residencia en el pueblo. Mi más sentido pésame.

El párroco había levantado la voz para que le oyera por encima del ruido de la lluvia. Permanecí en silencio intentando dominarme y encontrar una respuesta adecuada.

—Estoy seguro de hablar en nombre de todo el pueblo cuando digo que confiamos en que no nos dejen. Somos un pueblo pequeño, una familia. Sí, me gusta pensarlo así: una familia, y quizá podamos ofrecerles ayuda en esta hora de dificultades.

Se volvió hacia Sal, que estaba un poco más allá hablando con su madre. Después, el párroco volvió a mirarme, pero fui incapaz de decir nada. Quise echarme a llorar y esperé que la lluvia escondería mi desesperación. Me llevé las manos al rostro y me volví hacia el viejo sacristán, que se ocupaba de llenar la fosa. Sentí un momento de pánico al comprender que aquello iba a ser el acto final. Después, la separación sería completa. Pero cuando avancé para echarle una última mirada, sentí que una mano me asía del hombro y me hacía dar media vuelta y avanzar lentamente hacia la iglesia al tiempo que un trueno recorría las tierras de labor.

—Las tormentas pueden ser muy fuertes en esta época del año —dijo el párroco, al cabo de un rato.

Tenía una voz cálida y resonante, y pese a su banalidad las palabras poseían una tonalidad firme, reconfortante, que me obligó a salir de mis pensamientos. Volví a

luchar por encontrar algo que añadir, pero permanecí en silencio, con la mirada en el suelo.

—La tormenta parece que quiera derribar su iglesia, padre —conseguí decir por fin.

—Sí, en efecto —dijo él, en actitud pensativa.

Hizo una pausa, observó la torre y mis ojos siguieron los de él.

—¿Ve esa gran grieta? Es bastante reciente, pero no encuentro a nadie que pueda explicarme qué la ha causado, ni qué ha motivado las otras muchas que han aparecido a través de los años. Nadie. Esa pequeña iglesia está cayéndose a pedazos, como usted dice, y me temo que un día su estado sea irreparable.

Sus palabras tuvieron poco impacto en mí ese día. Contemplé con él las partes que ya habían caído y las grandes grietas de la estructura, pero en aquel momento el destino de la vieja iglesia me pareció algo insignificante.

Me despedí del párroco a la puerta de la iglesia y él volvió a invitarme:

—Venga a verme si lo necesita. Siempre me alegra ver a mis feligreses. Si puedo serle de alguna ayuda, por favor, no lo dude…

No respondí.

Mientras Sal y yo nos encaminábamos hacia el coche y regresábamos lentamente atravesando el pueblo bajo la biliosa media luz de aquella tarde lluviosa de octubre, decidí que dejaríamos el pueblo y volveríamos a la ciudad. Supongo que, siguiendo algún retorcido pensamiento, estaba pasándome al convencimiento de que un hombre debe conocer cuál es su lugar en el mundo, y que no debe intentar cruzar su límite, invisible pero fundamental. Nuestro lugar era la ciudad, y allí debíamos quedarnos. Confiaba en que Sal estuviese de acuerdo con la decisión, sin la menor duda.

—No —dijo ella lentamente—. Aquí tenemos un hogar y aquí debemos quedarnos. Suceda lo que suceda.

Y se quedó mirándome muy seria con sus ojos color marrón, casi implorantes.

—¿Quieres decir que nunca podremos escapar a nuestros recuerdos, vayamos donde vayamos, y que por eso podemos quedarnos aquí mismo? —pregunté.

—Es más que eso —susurró ella—. *Debemos* quedarnos. Por el bien de Julian. Si nos vamos es como si le abandonáramos…

—Tienes que afrontar la realidad, querida: Julian ya no está.

Sabía que aquello sonaba cruel, pero cuanto antes aceptara ella su muerte, mejor para ella. Los ojos de Sal se llenaron de lágrimas.

—¡No! —dijo impulsivamente—. Él todavía sigue aquí. Está aquí…

Empezó a llorar y la tomé entre mis brazos, acunándola suavemente como si fuera

una niña pequeña. Al fin, dejó de llorar y se limpió las lágrimas, intentando una trémula sonrisa.

—Prométeme que nos quedaremos, Michael. Prométemelo.

—Si es eso lo que quieres, de acuerdo. Nos quedaremos.

No obstante, seguía sin estar seguro de que aquella fuera la decisión más acertada. Decidí que volvería a plantear el tema cuando llegara el momento oportuno.

En las semanas que siguieron me di cuenta de que no sería tan sencillo dejar el pueblo. Desde el punto de vista práctico habíamos comprado la casa bastante barata porque necesitaba muchos arreglos. La mayoría de las reparaciones todavía estaban por hacer y hasta que no estuvieran terminadas podíamos encontrar dificultades para venderla a un precio que nos permitiera comprar otra en otra parte; a menos que decidiéramos volver a la ciudad, a un piso más pobre que el que acabábamos de dejar, posibilidad que yo no quería tener en cuenta siquiera. Además, Mark y Helen parecían haber encajado en la escuela y empezaban a hacer amigos. Sería una lástima obligarles a una nueva adaptación en otra parte.

Además, estaban los fantasmas. Sal los sentía más que yo. Con mi desesperación durante el funeral me sentí de algún modo liberado. Tenía la mente clara y sabía cómo actuar. Para Sal fue diferente. Los fantasmas de otros tiempos más felices habían invadido nuestra casa y los senderos rurales que recorríamos. De pronto, ella se detenía y yo podía ver cómo revivía sus experiencias. No había modo de apartarla de ellas, pues Sal se asía a aquellos recuerdos y, conforme transcurrían los días, parecía retirarse a tales recuerdos cada vez con mayor frecuencia. Los fantasmas le parecían necesarios. Consideré que no tenía sentido volver a plantear el tema del traslado, ya que ella se mostraba tan manifiestamente hostil al respecto.

Las semanas transcurrieron. La Navidad fue una época difícil, desde luego, y aunque Sal hizo lo posible para que Mark y Helen disfrutaran de la festividad, todos éramos tristemente conscientes de la ausencia de Julian.

Cuando tuvo la seguridad de que mantendría mi promesa de quedarnos, Sal se alegró bastante, como si considerara que había pasado el peligro de ser separada de Julian. Entonces dejó de recordar obsesivamente el pasado y ya no se detenía de pronto recordando días mejores. En realidad fue como si hubiera dado descanso a los fantasmas.

Pero justo cuando ya empezaba a creer que estábamos volviendo a una existencia más normal, Sal empezó a tener las pesadillas más terribles. La primera se produjo

casi tres meses después de la muerte de Julian. Todavía lo recuerdo vivamente… Sal se había acostado temprano, quejándose de dolor de cabeza, y yo me quedé en el piso de abajo, leyendo. Empecé a dormitar frente al fuego, y de pronto su voz me despertó. Estaba gritando, pero no a mí.

—¡Vete! ¡Vete!

Su voz se hizo más sonora e insistente. Corrí al piso superior, esperando casi que me la encontraría a medio subir las escaleras. Pero estaba sentada en la cama, erguida, con los ojos muy abiertos y sin ver nada, moviendo lentamente las pupilas de un lado a otro. Cuando la tomé entre mis brazos despertó del sueño. Estaba temblando y le ardía el rostro.

A continuación sacudió la cabeza como si intentara aclararse, y por fin dijo:

—Oh, querido, abrázame. Abrázame fuerte.

Noté como los escalofríos la recorrían, como si surgieran de lo más profundo de su ser. Tenía los dedos clavados en mi hombro de puro nerviosismo, casi involuntariamente.

—Acabo de tener un sueño horrible.

—Está bien —respondí—. Está bien, Sal. Estoy aquí.

Ella no pareció escucharme.

—Estaba sola, en una llanura inmensa… desolada —dijo con voz casi monótona, murmurando inconexamente las palabras—. Tenía frío y miedo, y notaba algo perverso… cerca de mí.

Seguía sin poder enfocar la mirada. Era como si siguiera dormida, o al menos como si lo único que pudiera ver fueran las imágenes de su mente.

—Yo me volvía, pero lo único que veía era un niño. Me estaba llamando, inquieto. Yo le respondía. Y entonces, de repente, se materializaba esa… criatura. —Noté que su cuerpo se ponía tenso nuevamente, y que su voz empezaba a adoptar una nota de histeria—. Era horrible, asquerosa, y se arrastraba hacia el niño. —El rostro de Sal era una mueca contorsionada—. Iba encorvada y retorcida, cubierta por una especie de bata blanca, muy larga y como de gasa. Yo le gritaba: «¡Vete!», pero aquella bestia seguía acercándose más y más, y cuando intentaba salvar al niño, notaba las piernas como de plomo, y no podía moverme.

Contar el sueño la liberó aparentemente de una parte de la tensión. Sal se recostó contra el cabezal de la cama, con los ojos aún temerosos y el cuerpo temblándole ligeramente, pero al cabo de un rato se deslizó lentamente entre las sábanas y quedó tendida con los ojos fijos en el techo. Le dije que en seguida iría a acostarme, pero si me oyó, no respondió. Se quedó allí inmóvil, y cuando su respiración adoptó un

ritmo más normal y cerró los ojos, me levanté y bajé al piso inferior a cerrar las puertas.

Tres semanas después volvió a tener una pesadilla, y Sal me dijo que había sido casi una repetición exacta de la anterior, aunque esta vez la criatura pareció acercársele más.

—Has vuelto a gritar dormida —le dije.

—Me siento tan… tan desvalida. ¿Por qué no puedo moverme? Sé que esa… cosa viene a por el niño y no por mí, y, sin embargo, me parece estar paralizada. Es como si la criatura me hubiera…, me hubiera hechizado.

Sal estaba tan agitada como la vez anterior, y costó mucho tranquilizarla.

Ninguno de nosotros es supersticioso por naturaleza. Ambos habíamos restado importancia al primer sueño, pero el hecho de que se repitiera de forma casi idéntica me alarmó. Me pregunté si no sería una premonición, o al menos una indicación de lo profundamente que temía Sal la muerte de otro de nuestros hijos. Insistí otra vez en abandonar la casa pues, aunque en el inconfundible simbolismo de la pesadilla no había nada que relacionara los horrores con Steveley, cada vez me sentía más inclinado a pensar que los temores de Sal remitirían si regresábamos a la ciudad.

Por último convencí a Sal de que al menos debía consultar con nuestro médico, Martin Stapleton, y explicarle sus pesadillas. Después de verle, Sal me dijo que el doctor se había limitado a sonreír comprensivamente, de ese modo irritante que a veces utilizan los médicos, y a decirle que todavía estaba emocionalmente trastornada por la pérdida de Julian; que unas largas vacaciones le sentarían muy bien. No teníamos dinero para las vacaciones, y tampoco yo disponía de tiempo para tomarlas. Además, también estaba el problema de cuidar a los niños si ella se iba sola. Así que, aprovechando las vacaciones a medio semestre en la escuela, decidí enviar a los tres a casa de los padres de Sal durante una semana. Como mis suegros viven en Londres, quizás había en mí la secreta esperanza de que Sal redescubriría el gusto por la vida urbana y pudiéramos así dejar el pueblo. Para mi sorpresa, Sal aceptó mansamente la propuesta de esos cortos días de descanso.

Una vez les hube despedido, pasé el resto del día en la universidad, cené en la ciudad y no regresé a casa hasta pasadas las nueve y media. La casa parecía silenciosa y fría, casi anormalmente fría…, como si estuviera mostrándome su hostilidad, pensé en un absurdo disparate de la imaginación. Me recordé a mí mismo que era la primera noche que pasaba solo en la casa. No era de extrañar que me pareciera rara. Encendí la chimenea, puse un disco ruidoso y alegre y me serví un buen trago de *whisky*.

Me quedé dormido como un tronco.

2

Una de las ventajas de la vida de un profesor universitario es la flexibilidad del horario laboral. Las conferencias y tutorías se efectúan a horas determinadas, pero no tienen lugar cada día de la semana. Las demás actividades que consumen tiempo de trabajo —preparación, investigación, corrección de exámenes, etcétera— pueden acomodarse más o menos a conveniencia del profesor, siempre, claro está, que se cumplan los plazos necesarios.

Mientras Sal estaba fuera decidí emplear el tiempo libre durante el día en algunos de los trabajos de reparación, fundamentales en la casa, y utilizar las noches para las tareas universitarias. Pasé felizmente el lunes y el martes arrancando viejas tablas del suelo, y el miércoles empecé a reparar algunas partes con listones nuevos de madera. A media tarde de ese día, cuando sólo había completado la mitad del trabajo, escuché el sonido de un coche que se detenía ante la casa. Miré por la ventana y vi al reverendo Stevens, que venía a hacerme una visita. Cuando le saludé, en la puerta de la casa, comprendí que no se trataba de una visita de cumplido: estaba ansioso por saber qué tal estábamos.

—Hace semanas que no les veía. Sí, muchas semanas —empezó a decir—. Me preguntaba qué tal les iría.

Le agradecí su interés y le expliqué que Sal y los niños estaban fuera. Aunque yo no tenía muchas ganas de hablar, el reverendo no pareció captar la indirecta y me vi obligado a invitarle a pasar.

—He oído por el pueblo… Ya sabe cómo son los pueblos, con sus chismorreos… He oído que piensan dejar Steveley.

—Es cierto —respondí, sintiéndome extrañamente turbado—. Nosotros… En fin, creo que estamos más hechos para la vida urbana que para la rural. Aquí tenemos muchos recuerdos, demasiados incluso.

—Le comprendo, pero confío en que no nos consideren insensibles. Hay ocasiones en que el silencio aquí puede resultar deprimente. Sí, deprimente. No

querría que pensara que no nos preocupamos por ustedes, lo que ocurre es que no estamos seguros de cómo seremos recibidos —añadió rápidamente, como si lamentara haber sacado el tema a colación—. ¿Han conseguido vender la casa?

—Todavía no hemos puesto el anuncio; en realidad aún no hemos decidido qué vamos a hacer.

Me sentía un poco molesto ante su insistencia. El reverendo juntó las manos.

—¿Puedo repetirle una cosa que ya le dije en otra ocasión? Espero, lo esperamos todos, que no nos dejen.

Su voz era amable, pero firme. Tenía un tono de sincera calidez y advertí que mi desagrado tenía difícil justificación. Se trataba de un hombre comprensivo y compasivo. Le imaginaba como un invitado bien recibido en las casas de sus feligreses, y el tipo exacto de persona a quien éstos acudirían en tiempos de dificultad. Sin embargo, no había en él exceso de piedad o de santurronería; de igual manera, podía imaginármelo en plena cacería, intercambiando galanterías con el hacendado y los cazadores, saltando del estribo en un impulso o galopando como un demonio por los campos al empezar la persecución.

—¿Puedo ofrecerle una copa? —pregunté, evitando contestar a su observación.

—Es usted muy amable. Un poco de *whisky*, si es posible y dispone usted de alguna botella. La tarde ha refrescado mucho.

Recordé nuestra anterior conversación.

—¡Oiga! —grité desde la cocina mientras buscaba los vasos—. He visto gente trabajando en la iglesia hace unos días. ¿Han descubierto la causa de esas grietas?

Hubo un incómodo silencio, seguido de una discreta tosecilla.

—Bien, ya que lo menciona, una de las razones de mi visita tiene relación con eso.

Esperó hasta que regresé al salón y entonces, al tiempo que asía el vaso, continuó:

—Llamamos a un contratista para que examinara la estructura, viera cuál era la causa del problema y elaborara un presupuesto para la reconstrucción. Las reparaciones se habían convertido en un interminable goteo de nuestros fondos desde hace ya tiempo, y seguir poniendo parches no era suficiente. —Tomó un sorbo de *whisky* y equilibró cuidadosamente el vaso en el brazo del sofá—. No dejan de aparecer grietas, y cuando las rellenamos con yeso y las tapamos, aparecen otras nuevas casi antes de que hayamos terminado el trabajo. Es una empresa que parece interminable e inútil.

—¿Qué dijo el contratista?

—No halló razón alguna para que el edificio presentara ese estado. No alcanzaba a pensar en una razón terrenal, si me permite la frase, por la que el edificio debiera

comportarse como lo hace. Lo único que pudo sugerir es que rebozáramos de nuevo las paredes y levantáramos otro contrafuerte. En realidad esa torre empieza a parecerse a las almenas de un castillo. —Hizo una pausa, tomó otro sorbo de *whisky* y prosiguió —: Bien, todo eso costará dinero y, si hemos de guiarnos por lo sucedido hasta ahora, dentro de seis meses habrá de rehacerse de nuevo.

—¿Y las autoridades eclesiásticas? ¿No tienen expertos que puedan aconsejarle? —pregunté, obligado a demostrar cierto interés.

—¡Oh, sí! Hay una revisión periódica cada cinco años. Todas las iglesias son revisadas. Cada cinco años, ¿sabe? La nuestra lo es por un arquitecto muy eminente; un especialista en edificios religiosos. Y, naturalmente, está el gabinete diocesano para edificios ruinosos… —Hizo una pausa y emitió una risilla—. Bonito nombre, ¿verdad? Se trata de un grupo que se dedica a ayudar a los párrocos a afrontar el mantenimiento de las iglesias, rectorías, vicarías y demás locales parroquiales, para conservarlos en buen estado. Enviaron a un experto para que revisara nuestra iglesia, y hace un par de años también hicieron excavaciones para observar los cimientos. No era la primera vez, pero esas pobres cosas…, me refiero a los cimientos, deben de estar muy acostumbradas a que se las exponga a la luz desde hace un siglo. Son absolutamente sólidos; no hay signo alguno de corrimiento. Están muy asombrados con eso… El gabinete se limita a enumerar las reparaciones necesarias y luego pasa la papeleta al vicario y al consejo parroquial para que realicen el trabajo. Evidentemente, nosotros acudimos a los mejores contratistas, siempre que podamos pagarles.

Tomó un nuevo sorbo de *whisky* y siguió hablando apresuradamente, como si la bebida le hubiera dado ánimos momentáneamente.

—Para serle sincero, una especie de misterio rodea esa iglesia. —Se inclinó hacia delante, como si estuviera conspirando y, mirándome fijamente tras sus gafas de montura negra, añadió—: Nuestra iglesia tiene una larga historia de problemas, y, según mis investigaciones, nadie parece saber el porqué. En los años veinte se construyó una torre nueva, después de que la antigua se desintegrara casi por completo. Ahora también ésta se nos cae a pedazos… Resulta realmente extraordinario que algo tan reciente esté cayéndose. Es realmente extraordinario…

Hizo una nueva pausa y dejó que su mirada pasara por la alfombra, cuyo dibujo parecía examinar como si buscara en él la inspiración.

—Lo más inquietante es que aparentemente no hay explicación. Lo único que sé es que, por alguna razón, esto ha venido sucediendo desde hace cien años, y que mantener la iglesia en pie exigirá una cantidad ingente de dinero. Resulta engorroso pedir cada vez más fondos, especialmente en épocas como la actual, y peor cuando no

se puede siquiera garantizar que con ello se resuelva el problema.

—Claro.

El sacerdote percibió mi indiferencia y continuó con cierto titubeo.

—Para serle franco, esperaba que usted pudiera ayudarme. No deseo cargarle con mis problemas, pero usted puede ser la persona que iba buscando.

—¿Qué quiere que haga? —me ofrecí, al tiempo que me preguntaba qué clase de habilidad creía el hombre que yo poseía o, peor aún, si me pediría que me encaramara a una escalera para enyesar una vez más las paredes.

Resultaba irónico que en el momento de su llegada yo estuviera precisamente trabajando en la casa, demostrando mis habilidades como hombre práctico. Otra idea distinta me vino de pronto a la cabeza:

—Si es cuestión de dinero, lo siento terriblemente, pero esta casa…

—No, no vengo a pedirle una limosna. Verá, sé que trabaja usted en la universidad y me dije que usted o alguno de sus colegas probablemente hallaría alguna explicación a la posible causa de esa extraña situación. Quizá tenga algo que ver con la geología local, por ejemplo, o con el clima. —Se encogió de hombros y me miró con ansiedad: sus ojos azules parecían sobresalir de los gruesos cristales de sus gafas—. O quizá la explicación resida en unas vibraciones procedentes del tráfico, o en el tiempo, o en la construcción del edificio, o en una combinación de todo eso. No sé, realmente…

—Me temo que no podré serle de gran ayuda. Yo me dedico a las ciencias económicas.

—¿Ah, sí? Bien, bien… Entonces, quizás alguno de sus colegas… —Su voz se apagó sin terminar la frase.

—Seguramente sus expertos habrán podido determinar o eliminar como causa las vibraciones o la geología local, ¿verdad?

—Supongo —murmuró él, con un aire de derrota en la voz—. Estoy seguro de que habrán estudiado todas las explicaciones razonables, pero quizás hayan dejado de apreciar algo que tenían justo delante de sus narices. O quizá la explicación sea totalmente ilógica —añadió con voz tan baja que apenas le entendí—. Por eso he pensado que, si no puede darme usted mismo un consejo, y entiendo perfectamente que las ciencias económicas no es… probable que puedan darme la respuesta, por lo menos podría comentar el tema con alguno de sus amigos universitarios.

No supe qué contestarle. Me pregunté cuántos de mis colegas conocerían siquiera la parroquia de Steveley y, más aún, cuántos podrían interesarse mínimamente por el tema.

Él pareció advertir mis titubeos.

—No le pediría una cosa así si no fuera de la mayor importancia. Debo insistir en que no se trata de un deterioro normal. El edificio se cae literalmente a pedazos, y no consigo descubrir la razón. Ya no sé qué hacer…

Se puso en pie y dio unos pasos hacia la ventana. Allí se quedó inmóvil un instante, con la mirada puesta en los campos donde ya anochecía. Después añadió lastimeramente:

—Es una verdadera pena, porque es una iglesia notablemente hermosa. Una de las tres únicas que construyó Ralph Woodbury durante la primera mitad del siglo dieciséis. Notablemente hermosa. La torre original, la que hubo que cambiar, era magnífica. Me temo que el coro y el presbiterio, obra maestra de ese constructor de iglesias, tendrán que ser demolidos muy pronto.

La voz le temblaba por la emoción. Volvió al centro de la sala y permaneció de pie, mirándome fijamente.

—Debe haber una causa para todo esto. Un misterio que yo supuse que le atraería a usted, por lo de la mente inquisitiva del científico y esas cosas… Me gustaría facilitarle los documentos eclesiales que pudieran serle de utilidad; yo los he repasado una y otra vez, buscando alguna clave, pero hasta el momento no he descubierto nada. —Sonrió tímidamente—. Quizá mis habilidades deductivas se han apagado con los años.

Asentí lentamente, sorprendido ante aquella llamada de auxilio tan desesperada.

—No puedo prometerle nada, pero esté convencido de que me interesaré por ello. Quizás alguien del departamento de geología pueda proporcionarle alguna sugerencia. En cuanto a otras posibles causas, tantearé a un par de conocidos míos para ver si pueden darle algún consejo. Es posible que alguno conozca la iglesia, dado que el problema lleva tanto tiempo sin resolverse.

—Sí, es muy conocida —asintió él, rápidamente—. Han salido varios artículos en la prensa acerca de ella. Tiene que venir usted un día a la vicaría y se los enseñaré… Ahora debo irme —dijo, poniéndose en pie y mirando el reloj—. Lamento haberle ocupado tanto tiempo. Lo siento mucho. Gracias por el *whisky* —añadió, despachando el resto de la bebida—. No olvide que me interesa mucho saber cualquier cosa que descubra —dijo mientras abría la puerta—. Lamento haberle molestado. Adiós, y espero tener noticias suyas. Adiós…

La puerta se cerró tras él y me quedé solo con mis confusos pensamientos. Al reflexionar, me pareció más que improbable que pudiera haber algo de interés en aquella desvencijada iglesia, y dudé de que alguno de mis colegas pudiera ser convencido para estudiar el tema. Sin embargo, cuando reanudé mis reparaciones

caseras lo que más me hizo pensar no fue el tema en sí, sino el modo en que el párroco lo había planteado. Me pareció que la iglesia debía de estar en una situación verdaderamente desesperada para que el pobre hombre viniera a solicitarme ayuda a mí.

Conseguí apartar de mi mente la cuestión hasta el día siguiente, cuando regresé de la universidad justo después del mediodía y me detuve a tomar el almuerzo en el Red Lion. Allí le mencioné casualmente a Reg Powell, el propietario, lo que el párroco me había contado la tarde anterior. Antes de que pudiera responderme, varios parroquianos, obreros y agricultores que formaban un pequeño corro junto a la barra, prorrumpieron en un coro de gruñidos.

—Más que de «Todas las Ánimas», esa iglesia debería llamarse de «Todos los Agujeros» —dijo uno.

Todos los demás se echaron a reír en coro.

—No hay nada que hacer con esa iglesia —añadió otro—. Es realmente curioso lo que sucede en ella.

Los hombres continuaron formando su pequeño círculo, como si sus observaciones no tuvieran nada que ver con mis comentarios. Le pregunté a Reg si era cierto que la iglesia siempre había estado en aquel estado semirruinoso.

—En efecto, que yo recuerde —dijo displicentemente—, y ya llevo aquí cuarenta y cinco años. No ha habido un solo párroco, y he conocido a unos cuantos, que no se haya quejado de esa iglesia. He dado más dinero y he participado en más fiestas para sacar fondos con que mantenerla en pie que cabellos me quedan en la cabeza. —Se atusó su espeso cabello pelirrojo y sonrió—. Antes tenía una hucha permanente para limosnas, pero la gente estaba tan harta del tema que al final dejó de poner dinero; así que ahora la tengo fuera de la vista.

Apoyó su grueso abdomen en la barra y sacó una caja de madera de detrás de un expositor que contenía golosinas y cigarros. Era una caja antigua, muy sucia, y la inscripción de uno de los lados se había borrado.

—Esta caja es casi una institución en el pueblo —explicó Red—. Yo la heredé de Davey Wilcox, el anterior propietario, y Dios sabe de dónde la sacaría él. Es una auténtica antigüedad, como puede ver. ¿Así que el reverendo Stevens le ha bendecido a usted con ese viejo cuento? ¡Caramba, pensaba que ya se había cansado de esa historia!

—Pues ha vuelto a tener algunos albañiles allí, Reg —dijo uno de los viejos

granjeros—. Le han dicho que no había nada especialmente malo, y le han hecho un bonito trabajo de restauración por diez mil pavos. Será mejor que le saques el polvo a esa vieja hucha, o te tocará a ti la gorda —añadió, riéndose ostentosamente.

—Todo el mundo se lo dice desde que llegó —prosiguió Reg—. Incluso el más tonto puede ver que esa ruina debería ser derribada y vuelta a construir, pero el cura teme que después no quieran reconstruirla y quedarse sin trabajo.

—Pero la torre se reconstruyó no hace mucho… —dije.

—Lo que se ha hecho en esa iglesia es un montón de chapuzas.

Nada satisfecho con las respuestas que me estaban dando, pero menos dispuesto aún a seguir con el tema, resolví dejar la conversación. Señalé a Reg el plato y el vaso vacíos, le di las gracias, y aproveché para añadir, en tono defensivo:

—Debe usted reconocer que el asunto es algo extraño…

—Sí, más que extraño —contestó Reg, acompañado por un coro de exclamaciones, jadeos y risas de los demás clientes.

Antes de volver a casa decidí acercarme a la iglesia y examinar de nuevo su estado, pero en lugar de recorrer la calle mayor tomé el sendero que pasaba por detrás del bar. Utilizado frecuentemente como atajo para llegar hasta la iglesia, quizás en otros tiempos incluso fue el camino principal del pueblo. Seguía el pequeño arroyo que cruzaba Steveley paralelo a la propia calle mayor, y terminaba en el cementerio de la iglesia. Por aquel lado la iglesia estaba flanqueada por esbeltos olmos, de modo que el edificio no se alcanzaba a ver realmente hasta que se llegaba a la verja.

La iglesia era, o había sido, un buen ejemplo de lo que, creo, se llamó gótico florido, el grado culminante de la arquitectura de fines de la Edad Media. No era un edificio muy alto, pero estaba bien proporcionado y contaba con unos ventanales amplios que formaban unos hermosos arcos. El techo no era muy inclinado y en la parte alta de los muros había almenas y gárgolas. La torre, de moderna construcción, cuadrada y algo baja, no armonizaba del todo con el resto del edificio, aunque el arquitecto hizo cuanto estuvo en su mano para que encajara con el cuerpo de la iglesia, a base de seguir la forma de los arcos y de dotarla de almenas similares a las ya existentes.

Ahora que podía apreciar claramente el edificio, advertí por vez primera hasta qué punto su aspecto era ruinoso, incluso siniestro. Del techo sobresalían grandes canalones, y varias gárgolas habían caído o habían sido retiradas y permanecían amontonadas contra la tapia del cementerio, al que sus malignas expresiones añadían un aire curiosamente pagano a la atmósfera de por sí sombría. La torre, el principal problema, mostraba múltiples pruebas de anteriores reparaciones, y bajo la luz

brillante del sol de media tarde, las grandes grietas parecían negras y cavernosas.

Paseando lentamente rodeé la iglesia y aprecié los muros en ruinas en la parte del coro y el presbiterio, donde el padre Stevens me había dicho que la degradación estaba alcanzando su punto crítico. Realmente, su estado era lamentable. Y el cementerio no estaba mucho mejor. Mientras lo recorría me envolvió aquella misma atmósfera de abandono. Las losas de las tumbas estaban en su mayor parte rotas e invadidas por las hierbas. Hasta el césped era ralo, y los setos estaban descuidados.

Si la iglesia tenía un aire de abandono, la vicaría en cambio —apenas visible a través de los árboles del otro lado— parecía en un estado excelente, sin ninguna señal en los muros o en el tejado. Las ventanas, con sus cristales en forma de rombo, reflejaban el sol, y el encanto sólido y rústico de la casa sólo servía para subrayar la evidente incertidumbre que se cernía sobre la iglesia. Realmente, el contraste entre ambas resultaba curioso.

«Parece que al vicario le va mejor que a Dios», pensé al entrar en la iglesia de Todas las Ánimas en Steveley.

Naturalmente, ya había estado en ella con ocasión del funeral y el entierro de Julian, pero resultaba sorprendente que entonces no hubiese advertido nada de lo que me rodeaba. La iglesia no tenía pasillos laterales, sino una única nave que se alzaba hasta un techo delicadamente arqueado, cruzado por vigas de madera. Del techo colgaba un pesado candelabro de hierro forjado, mientras que las paredes blanqueadas estaban cubiertas de placas de piedra y de cobre. Dos largas hileras de asientos encajonados llevaban hasta los escalones del coro y el presbiterio, el púlpito (que me pareció una especie de monstruosidad victoriana) y el atril. El coro era ciertamente lo más destacado: largo y estrecho, flanqueado por unas hileras de sillería delicadamente tallada, atraía las miradas hacia el altar mayor, sobre el cual se abría un impresionante ventanal. Imaginé que en otro tiempo debió de ser una gloria de cristalera medieval, pero ahora los cristales de colores habían desaparecido en algunas partes, y en otras habían sido reemplazados por cristales transparentes, sin color. En el extremo contrario al altar mayor había una pila bautismal de forma octogonal, con los lados decorados con hojas de parra labradas, y detrás de ella se alzaba la torre. Un cartel advertía a los visitantes que no pasaran más allá de la pila bautismal, y una pesada puerta sellaba la entrada a la torre. En un rincón, junto a la puerta, estaban las campanas que se habían retirado del campanario, probablemente para descargar de peso el ruinoso edificio.

Mientras daba una vuelta por el interior de la iglesia me invadió una sensación de penetrante lobreguez que la atmósfera fría, húmeda y malsana contribuía a realzar. El

aire parecía rancio, casi amargo. Las paredes encaladas presentaban manchas marrones, como si se hubiera arrojado agua con óxido sobre su superficie. La madera resultaba húmeda al tacto, y unas grandes grietas rasgaban aquellas hileras de sillería delicadamente talladas. La impresión de pobreza y decadencia no reflejaba en absoluto el dinero que el vicario decía haber gastado en el edificio. Mientras permanecía en el centro de la nave repasando con la mirada su aspecto de lóbrega solemnidad, pensé que no recordaba haber visto nunca una iglesia en un estado tan lamentable. Hasta las alfombras estaban descoloridas y deshilachadas. En cambio, el metal de la cruz del altar, de los candeleros y del atril en forma de águila, aparecía resplandeciente; probablemente una de las mujeres de la parroquia había tomado a su cargo mantenerlo limpio y bruñido.

Salí de la iglesia. La visita me había dejado deprimido y recorrí apresuradamente el sendero de grava con la esperanza de no encontrarme con el reverendo Stevens. Cerré la verja al salir y me encaminé lentamente hacia la carretera. Pensé que unos signos tan obvios de desmoronamiento debían tener una explicación igualmente obvia. Sin embargo, resultaba muy extraño que, mientras la iglesia y sus alrededores se hallaban en tal estado de ruina, la vicaría siguiera en perfectas condiciones. Decidí que abordaría el tema con el párroco, aunque no sabía muy bien cómo. Hasta que llegara la ocasión, por lo menos me había dado a mí mismo la satisfacción de comprobar que el estado de la iglesia era lo bastante curioso como para merecer unas cuantas investigaciones discretas.

Ese día, poco después, recibí una llamada telefónica de Sal. Estaba en la estación de Steveley. Había decidido regresar de casa de sus padres antes de lo previsto. Cuando acudí a recogerla parecía feliz y descansada. Los ojos le brillaban y había recobrado su sentido del humor.

—¿Por qué no telefoneaste antes de salir de casa de tus padres, querida? —le pregunté.

—Lo hice, pero no contestó nadie. Como supuse que estarías con tu amante, me apresuré a regresar.

—¿Qué amante?

—La pelirroja, naturalmente. ¿No es jueves hoy?

Mark y Helen también venían de buen humor e insistieron en contarme, en el espacio de unos pocos minutos, todo lo que habían hecho en Londres. Habían estado en el planetario y en el zoológico, y Mark había ido con su abuelo al museo de

Ciencias, mientras la abuela llevaba a Helen a una matinal de *ballet*.

—¿Puedo tomar clases de baile, papá? —preguntó Helen, muy excitada—. ¿Puedo? ¡Por favor! Cuando sea mayor quiero ser bailarina.

—Ya veremos —contesté, utilizando las palabras que constituyen el perpetuo refugio de los padres agotados.

Contemplé complacido a mi familia. Era magnífico tenerlos a todos de vuelta. Podía imaginarme a Helen de bailarina. La pequeña era muy parecida a Sal, con su mismo cabello oscuro, su rostro de duende y sus grandes ojos castaños. Con un poco de suerte, heredaría también la figura de su madre, delgada y de constitución menuda, pero con las curvas suficientes en los lugares adecuados. Mark, el pobre, iba a ser una copia calcada de su padre. Ya mostraba signos de empezar a transformarse en una estaca de largas piernas, con una nariz pronunciada bajo una mata de rubios cabellos. Sonreía a todos con aire radiante, y en especial a Sal. Era maravilloso verla tan mejorada de aspecto.

—Papá y mamá han estado maravillosos —me dijo—. Han tenido ocupadas en todo momento a estas pequeñas alimañas, con lo que he podido tomarme un auténtico reposo.

—No somos unas pequeñas alimañas, mamá —protestó Mark—. Por lo menos, yo no.

—¡Oh, claro que sí! —intervine yo rápidamente, antes de que Helen pudiera replicarle—. Los dos lo sois. Pero mamá y yo conseguimos soportaros.

Cuando estuvimos en el coche, Helen recordó otra cosa que quería contarme.

—La abuelita me ha enseñado una cosa para decir por la noche, papá —empezó —. Es una vieja letanía escocesa. Escucha: «De los duendes y fantasmas, y bestias de largas patas, y de las cosas que aparecen por las noches, líbranos, Señor». ¿No te gusta? ¡Es divertido! ¿Qué es una letanía, papá?

No respondí. Me fue imposible descubrir por qué me sentía tan trastornado, pero el corazón me dio un vuelco de repente y me quedé helado. ¿Qué podía haber impulsado a mi suegra a enseñarle precisamente aquello a la niña?

3

Aquel fin de semana, Sal y yo trabajamos intensamente en la casa y conseguimos terminar el revoque de las paredes de uno de los dormitorios. Sal estaba realmente muy mejorada después de las vacaciones y parecía más decidida que nunca a quedarse en Steveley.

Martin Stapleton, nuestro doctor, nos visitó a última hora del sábado para ver cómo se encontraba, y quedó muy satisfecho de la mejoría. Charlamos un rato y le mencioné mi visita a la iglesia. Le pregunté si conocía algo acerca del edificio, y el médico hizo una especie de chiste sobre el contraste que se observaba entre la iglesia y la vicaría.

—A menudo me he admirado de ello —dijo, riéndose—. ¿Cree usted que el párroco habrá falsificado los libros de cuentas?

Después de la broma, adoptó una actitud más seria y prosiguió:

—No me haga caso. Lo cierto es que hace años que conozco a Allan Stevens y es un buen amigo mío. Puedo asegurarle que detrás de todo este asunto no se esconde nada parecido. Además, resulta muy difícil que un párroco pueda hacer algo semejante, ¿sabe? Sus ayudantes y el tesorero de la parroquia tendrían que estar asociados con él, por no hablar ya de las autoridades diocesanas.

Aunque Stapleton llevaba bastantes años en Steveley, no conocía gran cosa del edificio de la iglesia o de por qué se encontraba en un estado tan lamentable.

—La única posibilidad —dijo riéndose mientras se levantaba para irse— es que el viejo Allan golpee el púlpito con excesivo entusiasmo.

El domingo por la tarde, de repente, tuve una idea.

—Vamos al servicio religioso de esta tarde —le dije a Sal.

Mi esposa me miró sorprendida. Ninguno de los dos habíamos sido nunca personas religiosas y, aunque nominalmente ambos éramos miembros de la Iglesia

anglicana, llevábamos años y años sin acudir a un servicio religioso, excepto alguna boda de vez en cuando. O algún funeral… Pensé en Julian con una breve punzada de dolor.

Encontré un folleto que alguien había tirado por debajo de la puerta al principio de nuestra estancia en el pueblo, y allí verifiqué el horario de los servicios, de modo que a las seis y cuarto salimos de casa, dejando solos a los niños.

Las vísperas en Todas las Ánimas resultaron una experiencia deprimente. Sólo había cinco personas más; el anciano que nos entregó una hoja con los himnos y un libro de oraciones y cuatro viejas, una de las cuales tocó los tres himnos al piano, desafinando ligeramente. Sal y yo nos quedamos en los últimos bancos, para así poder observar y seguir el ejemplo de los demás a la hora de levantarse, sentarse o arrodillarse. Allan Stevens parecía deprimido por el ambiente, y fue recitando con monotonía las plegarias. Cuando subió al púlpito, me pregunté si realmente iba a golpearlo como había apuntado el doctor Stapleton, pero el párroco se limitó a hablar en voz baja y un tanto apresuradamente, como si quisiera terminar lo antes posible. Yo no escuché gran cosa de lo que decía, pues mi mente se puso a divagar otra vez acerca del misterio del edificio en ruinas.

Cuando salimos de la iglesia, el párroco nos estaba esperando.

—Me alegro mucho de verles a los dos —dijo—. Me alegro mucho. Tienen que volver otra vez. Vengan a la comunión parroquial, el domingo por la mañana, a las nueve y media. A esa hora tenemos una asistencia más numerosa, sí, más numerosa, y utilizamos el órgano.

En su voz no había entusiasmo, sino una especie de derrota. Resultaba desconcertante.

—Sí —murmuré—. Lo intentaremos.

Por fortuna, las viejas estaban detrás de nosotros, aguardando para intercambiar unas palabras con el párroco, y conseguimos escapar de allí velozmente.

—¿Y bien? —preguntó Sal, mientras nos dirigíamos a casa—. ¿Qué opinas de eso?

—Nada concreto, pero me alegro de haber acudido. Quería ver si la iglesia, cuando hay gente en ella y se utiliza para el propósito para el que fue utilizada, parece tan horrible como cuando vine a echarle un vistazo mientras tú estabas en casa de tus padres.

—¿Y?

—Es peor todavía —respondí, y luego, como si el tema que me disponía a abordar tuviera alguna relación con la iglesia, le pregunté a Sal—: ¿Has tenido alguna otra vez

aquella pesadilla?

—No —contestó ella—. Creo que ha desaparecido para siempre.

—¿Y estás totalmente segura de que quieres que construyamos nuestro hogar en esa casa?

—¡Por el amor de Dios, Michael! —exclamó, con un extraño fogonazo de ira—. Ya hemos hablado bastante de eso. Te lo dije: no podemos marcharnos. Siento que debemos quedarnos. Julian está aquí.

—Querida, Julian está muerto. Tienes que aceptarlo, y me pregunto si alguna vez lo conseguirás mientras permanezcamos en este pueblo.

—Lo acepto: sé que está muerto. —Sal hablaba ahora con toda tranquilidad—. En realidad no sé por qué pienso así, pero… Bueno, noto su presencia más que nunca. Y no como si se tratara de un fantasma o cosas así. No. Sólo sé que está aquí, y que dejar Steveley significaría dejarle para siempre.

—Pero alguna vez tendremos que hacerlo. Los muertos, muertos están. Y los vivos tienen que vivir en su propio mundo. Tenemos que pensar en Mark y Helen. No podemos vivir con fantasmas.

Sus ojos parecieron contradecirme.

—Lo único que no acabo de entender es si debemos quedarnos por nuestro bien… o por el de él.

El lunes acudí a la universidad, di una clase a última hora de la mañana e inmediatamente después fui a almorzar. Cuando salía de la cantina tropecé con Larry Jordan, del departamento de Geología, y me acordé de lo que había prometido al reverendo Stevens. Jordan y yo habíamos formado parte de algunos comités y, por lo tanto, nos conocíamos bastante bien. Decidí preguntarle si podía decirme algo sobre la constitución geológica de Steveley. Fuimos a tomar un café y abordé la cuestión con actitud bastante dubitativa.

Jordan me indicó inmediatamente que no sabía nada de aquella iglesia, por lo que, sintiéndome bastante incómodo, empecé a explicarle el problema. Jordan mantuvo una actitud de amable interés a lo largo de mi exposición. Cuando terminé, él permaneció en silencio durante un rato, con la mirada fija en la mesa, y por último levantó los ojos hacia mí.

—Realmente suena extraño —comentó, y advirtiendo que yo esperaba algo más añadió—: ¿Estás seguro de que la explicación no reside en la estructura del edificio?

—Los supervisores diocesanos y los contratistas consultados no han podido

encontrar la causa.

Jordan frunció el ceño, pero era evidente que no se sentía muy interesado por el tema.

—¿No se tratará de un fallo en los planos, o de unos materiales en mal estado…? —preguntó.

Yo apunté que seguramente los supervisores o los contratistas lo habrían detectado, y Jordan asintió con un murmullo.

—¿No crees que pueda haber algún tipo de explicación geológica? —inquirí.

Él movió la cabeza en señal de negativa.

—¿Algún otro edificio del pueblo muestra signos de una situación similar? —preguntó, recostándose en su asiento y mirándome con aire especulativo.

—No, que yo sepa. De hecho, la vicaría situada justo al lado está en perfecto estado.

Yo era consciente de que el asunto sonaba trivial e ilógico. Sin duda Jordan pensaría que estaba mal de la cabeza por preocuparme de un asunto tan aburrido. Me dedicó una sonrisa.

—En ese caso me parece bastante improbable que haya una causa geológica. En esa zona no hay minas ni cavernas que puedan hundirse y provocar el derrumbamiento. Además, cuando sucede algo así, suele producirse de pronto y el derrumbamiento es completo. Tampoco ha habido actividad telúrica que yo sepa, o al menos de suficiente intensidad para causar daños. Miraré si en el departamento tenemos alguna nota sobre esa zona, pero dudo que pueda serte de mucha ayuda.

Jordan sentía un gran interés por los problemas geológicos locales, y pensé que si él no lo sabía, nadie más podría decírmelo.

—Si descubres algo, te agradecería que me llamaras —le dije—. He prometido al párroco que intentaría ayudarle. Al pobre le preocupa que la junta diocesana decida dejar que la iglesia se derrumbe y ése sea su fin. Según parece, ya les ha costado una fortuna simplemente mantenerla en pie.

—¿Cuánto tiempo hace que eso ocurre? —preguntó Jordan.

—El párroco dice que más de un siglo.

—¡Santo cielo! ¡Qué extraño!

—Yo he visto la iglesia, y lo que allí sucede no es un proceso de desmoronamiento normal.

—Te diré de alguien a quien quizá puedas consultar —dijo Jordan, evidentemente intrigado—. David Russell, del departamento de Historia de la Politécnica, conoce a fondo la historia local. Le llamaré y veremos qué puede decirte.

Le di las gracias y regresé a mi despacho. Mientras aún estaba de humor decidí seguir la pista que me había dado Jordan y telefoneé a David Russell. Contestó con gran amabilidad y se mostró lo bastante interesado para desear profundizar en el tema. Dijo que conocía un par de historias locales que se referían a la iglesia de Steveley. Decidimos encontrarnos en el bar de profesores al finalizar la jornada. Cuando colgué el teléfono llegué a la conclusión de que, por lo menos, nadie podría acusarme de no haberme interesado.

Cuando Dave Russell llegó, yo estaba sentado en uno de los altos taburetes del bar, con una cerveza en la mano. Era un hombre alto y delgado, que en dos o tres zancadas recorrió la distancia entre la puerta y la barra. Tenía una mirada penetrante y un rostro anguloso y aristocrático. Me saludó cordialmente y aceptó que le invitara a una cerveza.

—¿A qué se debe su interés por la iglesia de Steveley? —me preguntó, al tiempo que dejaba sobre la barra un par de libros que había traído consigo.

Hablaba con rapidez y gran energía, y parecía una persona acostumbrada a tomar decisiones y actuar en consecuencia rápidamente.

—Verá, vivo en Steveley —respondí—, y desde que me he instalado en el pueblo, me he enterado de que por alguna extraña razón la iglesia parroquial se está desmoronando.

Intenté adoptar un aire formal y práctico, como si estuviera acostumbrado a ver iglesias desmoronándose. No quería que Russell se tomara el tema a broma, como había sucedido con Jordan.

—¡Ah, sí, es cierto! —contestó él en seguida—. Conozco esa iglesia. Es una auténtica lástima.

Apreció en Russell un aire concluyente, nada disparatado, y cuando se puso a explicarme lo que él había observado en la iglesia, empecé no sólo a sentirme más tranquilo, sino a cuestionarme incluso mi propia actitud en todo aquel asunto. Aquel hombre tan extraordinariamente amable parecía mucho más preocupado por el tema que yo, pese a que había sido a mí a quien habían pedido que se ocupara de ello. Si tenía que ser franco, mis prisas por hablar con Jordan, y ahora con Russell, sólo se debían a mi interés por despachar lo más pronto posible una obligación molesta. Entonces, ¿por qué sentirme culpable por ello? ¿Por qué diablos tenía que preocuparme lo más mínimo la iglesia de Todas las Ánimas de Steveley?

Sin embargo, pese a aquella actitud mía de principio —advertí mientras aquellos pensamientos revoloteaban en mi mente—, el tema me atraía, me preocupaba aun sin saber por qué. Además, con el aire de seriedad que había adoptado, David Russell

estaba consiguiendo que me interesara aún más. Pensé que, en cierto modo, mi interlocutor no era más que un catalizador, pues poco de lo que había explicado resultaba directamente útil. Sin embargo, me alegraba de haberlo conocido y me sentí extrañamente agradecido de que hubiera estimulado mi interés hasta tal punto.

Russell se ofreció a acudir a Steveley un fin de semana para echar una mirada a la iglesia, pero mientras tanto me dejó el par de libros que había traído consigo.

—Aquí encontrará todo cuanto pueda interesarle sobre el pueblo y su desarrollo. Luego tendrá que repasar los periódicos y, si tiene acceso a ellos, los archivos parroquiales.

—El reverendo Stevens ya me ha invitado a echarles una ojeada.

—Perfecto. Si logra averiguar la causa —dijo Russell, mientras se ponía el abrigo —, estoy convencido de que mucha gente se lo agradecerá. Por mi parte, estaré muy interesado en conocerla. Le deseo buena suerte.

Nos estrechamos las manos y él se fue.

Me sentía estimulado por aquel encuentro y, por primera vez, auténticamente dispuesto a profundizar en el tema. Como mínimo vería qué podía encontrar en los libros y en los documentos parroquiales. Si había alguna explicación racional quizás estuviese enterrada en los viejos registros históricos. Parecía improbable, pues el reverendo ya me había contado que había hecho sin éxito un cuidadoso repaso de la historia local; pero creí que de todos modos merecía la pena intentarlo.

Me llevé a casa los dos volúmenes que Russell me había dejado y los dejé a un lado hasta que tuviera tiempo de mirarlos a fondo. Por mucho que me interesara el tema, mi trabajo tenía prioridad. Durante aquella semana mencioné el asunto a varios colegas de diversos departamentos y facultades en la universidad; pocos habían oído hablar del problema, y ninguno pudo prestarme mucha ayuda. Pero cuando llegó el viernes, yo estaba más convencido que nunca de que la solución, si la había, y pese a que Allan Stevens no había conseguido dar con ella, tenía que estar en alguna parte de la historia de la parroquia.

Así pues, aquella tarde me instalé cómodamente, dispuesto a hojear los libros de David Russell.

No obstante, antes de empezar, algo me impulsó a anotar por escrito un breve resumen de las diversas reuniones y conversaciones que había mantenido acerca de la iglesia de Steveley, y un extracto de lo que había averiguado hasta el momento. Durante las semanas siguientes continuaría ampliando aquellas notas, y de hecho las tengo delante cuando escribo este relato.

Cuando hube terminado volví a los libros. Al parecer, ambos eran propiedad de

Russell y estaban garabateados aquí y allá con notas y comentarios al margen. La parroquia de Steveley ocupaba menos de treinta páginas entre los dos libros, aunque había referencias al pueblo por todas partes, y aparecía en diversas tablas estadísticas. Se enumeraban detalladamente su superficie, cultivos principales, propiedad de las tierras, población y registro de impuestos, así como comentarios sociales, historia política, e infinidad de otros detalles que resultaban demasiado generales para ser de gran utilidad. Además, los comentarios sólo se remontaban hasta 1875, y no hacían referencia a la iglesia más que de pasada. No obstante, había un sorprendente dibujo de la misma, según aparecía en 1843.

Aunque el edificio del grabado era inconfundiblemente el mismo que se podía ver en la actualidad, algunas de sus partes eran sustancialmente distintas. No parecía haber en él el mismo aire de tétrica solemnidad, quizá porque la nueva torre, totalmente separada de los contrafuertes y otros refuerzos, era mucho más baja que la elevada y esbelta estructura que se reflejaba en el libro.

En el último párrafo dedicado a la iglesia de Todas las Ánimas se hacía referencia a «un repentino e inexplicable deterioro de los muros de la iglesia, manifestado en forma de grandes grietas en la torre, justo debajo del campanario». La aparición de aquellas grietas se debía, aparentemente, a «una especulación sin fundamento referente a que su último párroco se había dedicado a presuntas "prácticas católicas"». Al parecer, algunos feligreses habían advertido al párroco que, a menos que volviera a adoptar una forma de culto más moderada, Dios demostraría su desaprobación destruyendo completamente la iglesia parroquial de Steveley. El autor del libro se burlaba de tal ingenuidad.

Sal entró en la sala de estar en el momento en que yo cerraba el segundo de los libros. Traía una taza de té, que dejó junto a mí.

—¿Qué tal va eso? —preguntó al tiempo que se sentaba en el sofá.

Yo sólo le había hablado de la iglesia un par de veces, y muy por encima. Ella no había demostrado ningún interés por el tema y yo sabía que la pregunta era más una muestra de interés hacia mí que un deseo de conocer la verdad acerca de la iglesia de Todas las Ánimas. Se recostó en el brazo del sofá y apoyó la cabeza para mirarme.

—Aquí no hay nada que lo explique —contesté, abatido.

Me sentía cansado, como me sucede siempre que trabajo durante horas sin sacar provecho evidente. Realmente, ahora no sabía más de lo que ya conocía antes de empezar a leer los libros. Tendría que esperar que mi suerte mejorase en el repaso de los archivos eclesiales. Se lo dije a Sal.

—Déjalo estar una temporada. Te vuelcas sobre las cosas con demasiada

intensidad.

Sal me trataba con un aire de paciencia un tanto irritante. No respondí; me limité a tomar un sorbo de té.

—Lo que no comprendo —dijo al cabo de un momento— es a qué viene tanto interés por ese asunto.

—A mí también me sorprende —respondí—. Parece como si…

Me detuve. Había estado a punto de decir: «Parece como si algo me obligara a interesarme por el fenómeno en contra de mi voluntad». Sin embargo, aquello hubiese sonado a absurdo, y por eso dije finalmente:

—Supongo, simplemente, que no me gustan los misterios no resueltos. Además, vi al párroco en un estado tal cuando me lo explicó, que me sentí obligado a ayudarle.

—Ése es otro asunto que me preocupa —añadió Sal en voz baja.

Cuando se pone a pensar intensamente en algo, Sal abre unos ojos como platos. La observé, olvidando mi anterior irritación. Pensé en cuánto la quería y aguardé a que terminara lo que estaba diciendo. Sin embargo, ella se limitó a mirarme como si de algún modo estuviera muy lejos de allí.

—¿En qué piensas? —pregunté.

Sal no respondió en seguida. Al cabo de un rato, dijo por fin:

—Ten cuidado, querido. Ten cuidado.

—Por supuesto —respondí sorprendido—, pero ¿de qué debo tener cuidado?

Ella se estremeció ligeramente y pareció volver a la realidad.

—No estoy segura —dijo en un susurro—. He sentido el impulso de decirlo, pero no sé por qué. Quizá se deba a que me he sentido un poco nerviosa todo el día. Steveley bajo la lluvia tiene un aire tan lóbrego…

—Todos los lugares tienen ese aire cuando llueve.

—Supongo que así es. Olvídalo —repuso con una sonrisa de arrepentimiento.

—¿Cuál era el otro asunto que te desconcertaba?

Sal quedó pensativa unos instantes antes de responder.

—¡Ah, sí! ¿Por qué te involucró precisamente a ti el reverendo Stevens? —Sal sonreía; su anterior seriedad había desaparecido—. Ya sé cuán brillante eres, querido, pero ¿por qué acudió a ti para explicarte lo de su iglesia?

—Bueno, dijo que se había enterado de que daba clases en la universidad, y pensó que quizá me interesara el tema.

—Parece un argumento bastante débil. ¿Por qué iba a esperar que un economista resolviera sus problemas?

—El reverendo no sabía cuál era mi especialidad. Además, pensaba que si yo no

podía ayudarle personalmente, quizás conocería a alguien que pudiese arrojar alguna luz sobre el tema.

—Sí, pero él también debe conocer a otras personas con relaciones en la universidad. Probablemente él también estudió en una universidad y conservará algún amigo de esa época… ¿Por qué acudió a ti precisamente?

—No lo sé —dije—. Se lo preguntaré en cuanto pueda.

Sal pareció satisfecha con mi contestación, y un momento después continué:

—Volviendo a tu primera pregunta, no estoy muy seguro de por qué me interesa tanto el tema. Parece como si se hubiera adueñado de mí. Quizá se deba a que la economía es un campo basado en hechos, que toca de pies en el suelo, mientras que lo de esa iglesia es un misterio aparentemente inexplicable. Quizá sea el contraste lo que me intriga. Sin embargo, nadie de cuantos han conocido el asunto parece pensar que esa iglesia merece algo más que un levísimo y despreocupado interés. Todo el mundo, salvo David Russell el profesor de historia que me ha dejado esos libros. Creo que su actitud es igual que la mía: ve un enigma y quiere resolverlo. No sé qué provoca su interés, como no sea ese simple hecho. Quizás en eso se resume todo. En mi caso, por ejemplo, estoy acostumbrado a explicar cómo se producen unos cambios lentos y graduales, y sólo en comparación con otras cosas y hechos que cambian de un modo igualmente lento y gradual. Es una especie de empirismo científico. En el tema de la iglesia, las causas de ese desmoronamiento se modifican de manera tan lenta y gradual que ningún especialista puede detectarlo, o bien dichas causas no son en absoluto de ese tipo.

Sal me observaba con aire burlón.

—Quizá las causas sean unos acontecimientos repentinos y espectaculares que se producen de tanto en tanto —apunté—, con poca frecuencia, pero que desencadenan unos cambios lentos y graduales en una especie de reacción en cadena, mucho tiempo después. Quizás esos acontecimientos se producen tan de tarde en tarde que los expertos no han podido dar con ellos. Por eso la clave quizá pueda encontrarse en esas historias locales, aunque tendré que hallar documentos más detallados que los de esos libros si quiero desvelar el misterio.

—Todo ese asunto me parece un tanto traído por los pelos —comentó Sal, con aire inoportunamente realista.

—Bueno —dije, al tiempo que me volvía hacia ella y le mostraba uno de los volúmenes—, para mí al menos eso tiene más sentido que esa idea de la venganza divina porque un párroco cambiara las formas de culto en los tiempos Victorianos… Según el libro, esa explicación se tomó muy en serio.

—¿Y por qué no? —replicó Sal—. El problema de vosotros, los economistas, es que tenéis poca imaginación. Creo que es mucho más romántico considerar el tema en términos de justo castigo divino. Quizás… —hizo una pausa, con una maliciosa caída de ojos— Steveley está llena de antros de perdición clandestinos. Quizá la tienda de comestibles del señor Keeping se transforma de noche en un *sex shop*. O quizá los granjeros de la zona se dedican a retozar en el parque municipal, en desenfrenadas orgías y bacanales. Eso sí sería un buen asunto a descubrir. «¡Profesor universitario descubre orgías sexuales en un pueblo!». «"Mi primera pista fue el desmoronamiento de la iglesia parroquial", declara el sagaz profesor Michael Read, de treinta y seis años. "Pese a los esfuerzos conjuntos del sacerdote local y de los vecinos para obstruir mis investigaciones, comprendí que era un caso manifiesto de castigo divino"». «"Yo siempre he apoyado a mi esposo", comentó la señora Sal Read, despampanante esposa del profesor de económicas». «"Creo que siempre ha sido un hombre muy atractivo", añadió».

Sal se rió de su ocurrencia y añadió:

—¿Quién va a interesarse por una cadena de cambios lentos y graduales cuando pueden regalarse con un escándalo de orgías sexuales clandestinas en un pueblo?

—Aquí está el problema con vosotras las pelirrojas —murmuré, abrazándola—. ¡No tenéis el menor sentimiento de la integridad intelectual!

4

El sábado decidí ir a ver al párroco. Combiné el paseo con una visita al Red Lion, donde me detuve a tomar una jarra de cerveza. Después me encaminé hacia la iglesia por el sendero antiguo. Al aproximarme al cementerio escuché voces, y cuando llegué a la verja vi al reverendo Stevens hablando acaloradamente con Tom Baldry, el hombre que hacia de sacristán por horas. El párroco gesticulaba enérgicamente y, de vez en cuando, Tom replicaba con su afilado mentón apuntando con su barba de tres días directamente al sacerdote, en actitud entre exigente y suplicante.

Cuando abrí la verja dejaron de discutir. Tom me miró frunciendo el ceño y se retiró con aire enfurecido. El reverendo Stevens estaba visiblemente agitado, pero se adelantó rápidamente, tendiéndome la mano varios metros antes de llegar hasta mí.

—Me alegro mucho de verle —dijo con una demostración de calor ligeramente exagerada—. Me alegro mucho. Tom y yo estábamos resolviendo un pequeño desacuerdo, pero no tiene mayor importancia. Es un buen hombre y no sabría qué hacer sin él, pero no transcurre una semana sin que tengamos algún tipo de altercado.

Empezamos a caminar hacia la iglesia.

—¿Le apetece entrar un momento a tomar una copita? Yo suelo tomar una antes de almorzar. Una copita nada más.

Me sonrió sin el comedimiento que había demostrado el domingo anterior a la salida del servicio vespertino.

Cruzamos el cementerio y penetramos por una pequeña verja en el jardín de la vicaría, bastante grande y muy cuidado. Un césped alto y muy bien cortado aparecía flanqueado a ambos lados por extensos parterres llenos de una gran variedad de plantas, ninguna de las cuales había florecido todavía. En el extremo superior del jardín, tras una hilera de manzanos, divisé un pequeño invernadero rodeado de una zona de terreno que había sido removido recientemente. Nos encaminamos hacia el edificio de la vicaría, más allá de la glorieta, y entramos por el porche trasero.

La casa, como ya esperaba, estaba inmaculada. Había en ella un sentido del orden

que resultaba casi incómodo, pero, hasta donde alcanzaba a ver, todas las habitaciones estaban decoradas y amuebladas con buen gusto. El porche trasero daba paso directamente a la sala de estar, donde unos grandes sillones con orejeras, tapizados con una cretona verde oscuro, rodeaban la chimenea. En los rincones había varias vitrinas de roble que contenían piezas de cerámica antigua y de cristalería.

El reverendo me condujo al comedor, que estaba dominado por una pesada mesa de roble rodeada de seis sillas. En la mesa estaba preparado un servicio, en previsión de la siguiente comida. También había allí varias vitrinas con porcelanas, y varios vasos delicadamente tallados. A continuación me acompañó a su despacho, donde evidentemente íbamos a tomar la copa.

El despacho era la excepción al orden que se apreciaba en el resto de la casa. Allí reinaba el caos, pues todas las superficies y los rincones aparecían repletos de montañas de libros y manuscritos que apenas permitían pasar entre ellos. El párroco entró el primero en la estancia, hizo un poco de espacio en el gran sofá Victoriano y me invitó a tomar asiento mientras sacaba un par de vasos de algún rincón bajo el escritorio.

—Tengo un poco de jerez y *whisky*. ¿Qué prefiere?

Escogí el *whisky* y me senté cómodamente en el sofá al tiempo que el párroco lo hacía detrás del escritorio.

—Como puede ver, soy por naturaleza un tanto desorganizado. Sí, desorganizado. No obstante, tras años de amargas experiencias he descubierto que los feligreses esperan de su vicario que sea perfecto en todas las cosas, incluido el estado de su vivienda. Por eso tengo el resto de la casa limpio y aseado para ellos, con la ayuda de la señora Dodsworth, mi asistenta. Estoy soltero y no sé qué sería de mí sin ella. Viene todos los días a limpiar, pero le tengo prohibido que toque nada en este despacho. —Me dirigió una sonrisa, convencido de que yo entendería a qué se refería—. Ya sabe, aquí dentro puedo ser yo mismo. Me resultaría imposible trabajar si siempre tuviera que ir poniendo cada objeto en su sitio, así que conservo este pequeño reducto de cordura donde refugiarme.

—¿Y logra usted saber dónde está cada cosa? —pregunté, consciente de que era lo obligado en tales circunstancias.

—¡Oh, sí, naturalmente! —respondió, con aspecto un tanto dolido—. Mire, nunca tardo más de treinta segundos en localizar algo en este despacho. Hay muchos sistemas de archivo que no dan tan buenos resultados. —Hizo una pequeña pausa y luego, con aspecto un tanto turbado, inquirió—: No puedo dejar de preguntarme si su visita anuncia algún progreso en la investigación. ¿Es así?

—Yo… Progresos… —tartamudeé, también algo turbado—. Bueno, no puedo anunciarle ningún progreso, pero he mantenido un par de entrevistas y…

Resumí con cierto detalle las conversaciones que había sostenido con mis colegas y le dije que había decidido hacer un estudio más detallado de la historia local con la esperanza de que me diera algunas pistas más.

El párroco pareció decepcionado. Era evidente que había esperado verme llegar con algo más sustancioso.

—Bien, en principio voy a enseñarle todos los libros y documentos de que dispongo, naturalmente. Todo lo que tengo. Sin embargo, creo mi deber advertirle que el trabajo que pretende iniciar puede resultar abrumador. Gran parte de este despacho está lleno de documentos relacionados de una u otra forma con la iglesia. Yo he tardado años en seleccionar un poco el material.

—Quizás ahorraríamos bastante tiempo si empezara por explicarme algunos hechos tal como usted los conoce.

—Bien, eso puede hacerse ahora mismo —dijo el reverendo.

Su rostro adquirió un aire de entusiasmo mientras buscaba entre las pilas de documentos, decidiendo ya anticipadamente cuáles me mostraría y cuáles quedarían descartados. El hombre saboreaba la perspectiva de poder compartir sus descubrimientos con alguien.

Terminé el *whisky* y me levanté: Sal me esperaba en casa para el almuerzo.

—Lamento tener que irme —dije—, pero quizá pueda volver más tarde.

El párroco bajó el montón de papeles que llevaba en los brazos para mirarme.

—Venga esta tarde —dijo con urgencia—. Podríamos empezar esta misma tarde, ¿le parece bien? Mientras, iré escogiendo los documentos que me parecen de mayor utilidad y así podrá ir preguntándome. Ya veremos qué sale de todo esto.

Aquella situación me parecía sacada de una tutoría universitaria, salvo que en esta ocasión era yo el alumno.

—Me parece muy bien —contesté—. Hasta esta tarde, pues.

El reverendo me acompañó hasta la puerta, con la mano puesta en mi hombro.

—Lo tendré todo dispuesto para entonces. Venga a partir de las siete. Cuando quiera, a partir de las siete.

Cuando ya me alejaba por el sendero de grava, le oí que me llamaba:

—¡Traiga a la señora Read, si le apetece venir! Me alegraré de que venga. Sí, me alegraré.

A las siete y media de la tarde salí de casa hacia la vicaría. El viento había cesado y ahora lloviznaba levemente bajo el cielo plomizo y sin estrellas. Había transmitido a Sal la invitación del párroco pero, como ya suponía, no quiso acompañarme. Pese a nuestra anterior conversación, Sal no veía motivos para mi interés ni para la preocupación del reverendo, y seguía pensando que mi participación en aquel asunto no era sino un pequeño juego que me tenía absorbido.

—Además —señaló—, tendríamos que llamar otra vez a la señora Ogilvie para que atendiera a los niños.

—¿No son lo bastante mayores para cuidar de sí mismos de vez en cuando? Ya no son unos bebés.

Sal se limitó a mirarme, como si la pregunta no mereciera respuesta.

Camino de la vicaría, sentí el impulso de detenerme junto al cementerio y alzar la mirada hacia la torre. Resultaba difícil ver otra cosa aparte de su oscura silueta. De pronto, me asaltó el pensamiento de que aquella torre era maléfica. Me dije a mí mismo que aquella idea era absurda y apresuré el paso.

El reverendo Stevens me aguardaba en el porche de la vicaría. Vestía unos viejos pantalones de franela y un jersey grueso sobre una camisa de cuello abierto.

—Le he visto llegar —dijo—. Disculpe mi atuendo, pero me gusta librarme del alzacuellos de vez en cuando. He puesto a calentar un poco de vino con especias —añadió, con un guiño—. Tengo una gran afición al vino con especias. Sí, una gran afición. He pensado que con él podríamos hacer más llevadera una velada que, de otro modo, puede resultar muy cansada.

Pasamos a su despacho. En un pesado brasero de hierro ardían un puñado de brasas. La estancia estaba a oscuras y el párroco se apresuró delante de mí para encender unas lámparas de gas.

—Uno de mis predecesores, que hizo instalar luz eléctrica en la vicaría, tenía un espíritu tan ahorrativo que decidió economizar gastos dejando algunas habitaciones sin instalación. Así pues, tendremos que limitarnos a esas lámparas de gas. —Graduó las tres al máximo y continuó—: Ahora, naturalmente, no quedan fondos para la conversión. De gas a electricidad, me refiero. Afortunadamente, para la conversión de los paganos todavía nos queda algo.

Me eché a reír. El chiste no era muy bueno, pero el carácter cálido de aquel simpático sacerdote resultaba contagioso.

—¿Aún tiene que depositar las monedas correspondientes en el contador? —

pregunté.

—¡Oh, no, nada de eso! —exclamó él.

Me sirvió un vaso de vino y tomó asiento en el sofá, inclinándose para recoger dos delgadas libretas de anotaciones forradas en cuero.

—Creo que éstos son los documentos más significativos que tengo. Será mejor que los lea atentamente, pero a modo de preámbulo voy a hacerle un resumen de los puntos principales.

El párroco se sentó cómodamente a contar los hechos.

—Esta libreta contiene un memorándum recopilado en 1904 por el entonces párroco de Todas las Ánimas, un tal doctor Sampson. A decir de todos, era una persona de gran energía que estudió derecho en Cambridge y después teología en Oxford. A finales de la década de 1890, Steveley era una parroquia con muchos problemas. La decadencia material del edificio se había prolongado desde hacía más de cincuenta años, y el obispo se sentía más alarmado aún por lo que consideraba decadencia espiritual de la parroquia. Varios hombres habían intentado restaurar la iglesia sin conseguirlo, y el lugar se estaba convirtiendo, si me permite un chiste fácil, en una especie de cementerio de vicarios. El obispo, por tanto, buscaba un hombre capaz de detener la decadencia y de reconstruir la iglesia, y vio en el doctor Sampson al hombre adecuado. Sí, el hombre adecuado.

»Bien. Como le decía, el progresivo desmoronamiento venía produciéndose desde hacía más de cincuenta años. Hoy conocemos el curso de los acontecimientos durante ese período gracias, sobre todo, a los esfuerzos del doctor Sampson, quien fue recogiendo meticulosamente la historia de la parroquia desde 1850 hasta 1900. Él consideraba, igual que usted, que el mejor punto de partida para estudiar el tema era compilar una historia del desmoronamiento. Estaba seguro de que ello le permitiría encontrar la causa de aquel misterio.

El reverendo Stevens me mostró la segunda de las libretas forradas en cuero.

—El diario personal de Sampson aporta documentación histórica que va desde 1898 hasta una semana antes de su muerte, en 1905. La primera libreta, sin embargo, se inicia en 1850 con un registro estadístico del número de feligreses y diversos detalles relativos a la iglesia y a la parroquia. Después se enumeran por orden cronológico algunos de los principales acontecimientos que marcaron el desmoronamiento de la iglesia, y que constituyen una lectura sumamente interesante.

El reverendo hizo una pausa, pasó unas cuantas páginas de la libreta y recorrió una de ellas con el dedo hasta encontrar lo que buscaba.

—Para que se haga una idea, apunta que el 15 de marzo de 1863, parte del techo se

hundió repentinamente durante un servicio, matando a cuatro feligreses e hiriendo a otros veinticuatro. —Pasó rápidamente a otra página y continuó—: En junio de 1865, el párroco fue relevado de su labor, acusado de descuidar a su grey. Pero en octubre de 1875, es decir, dos párrocos más tarde, volvió a producirse el mismo desastre: una parte del techo cayó de repente, matando esta vez al sacristán mientras se dedicaba a la limpieza del recinto. Sampson anota que no se encontró explicación para el súbito hundimiento, y que no pudo hallar ningún informe o comentario al respecto por parte de los encargados de reparar los daños. La mayor parte de los acontecimientos de ese período son bastante menos espectaculares que los que acabo de citar. Bastante menos espectaculares. El edificio siguió desmoronándose, pero sin causar pérdidas de vidas humanas. En 1893 parece que parte de la torre cedió mientras se celebraba un servicio, pero para entonces acudía tan poca gente a la iglesia que nadie resultó herido, y sólo algunos sufrieron ligeras molestias al salir corriendo entre nubes de polvo. Después de aquello se emprendió una gran renovación de la torre, y se retiraron de ella las campanas. También se decidió quitar el órgano, reemplazándolo por otro que tenía una gama de sonido más reducida, pues había quien opinaba que el problema era cuestión de vibraciones. Sin embargo, de poco sirvió aquello, ya que Sampson apunta que, dos meses antes de su llegada al pueblo, dos de las gárgolas se derrumbaron estruendosamente.

Aquello me pareció divertido.

—Supongo que no eran muy amantes de la música —comenté.

—¿Quiénes?

—Las gárgolas.

—¡Ah, sí, claro! —El reverendo emitió una breve risilla antes de proseguir—. El diario del doctor Sampson es el único registro cotidiano que conservamos de una parte de los últimos ciento treinta años. Es fundamentalmente una lista de servicios y acontecimientos locales, pero destacan algunas anotaciones de interés. He aquí una que lleva fecha del 25 de abril de 1904. Deje que se la lea: «Me siento muy desanimado. Gran parte de mis papeles han sido destruidos por un incendio y mi ama de llaves está presa de una gran excitación. Parece que durante la noche que estuve ausente, una chispa saltó de la chimenea y fue a caer sobre los papeles. Cuando la buena mujer olió el humo y entró a investigar, la mayor parte se había quemado ya. Le di las gracias por salvar la vicaría y le dije que no se preocupara por la pérdida de unos cuantos papeles viejos. Estoy convencido de que no tuvo ninguna culpa, pues la considero una mujer fiel y trabajadora, pero lo cierto es que estoy muy inquieto. Los papeles eran parte de la documentación para el período de 1840 a 1850, cuando se

iniciaron muchos de los problemas de la parroquia. Muchos de los artículos de prensa eran inestimables, ya que no hay manera de volverlos a encontrar, y muchos de los documentos de la iglesia son igualmente irremplazables».

—En una fecha posterior —continuó el reverendo Stevens—, el doctor hacía esta anotación: «La pérdida de esos papeles puede resultar decisiva. Muchos no me había dado tiempo ni a leerlos, y el resto no se me han quedado en la memoria. No obstante, dedicaré los próximos meses a apuntar lo mejor que sepa los restos de información que pueda recordar de ese período».

El reverendo Stevens cerró el diario.

—Pese a haber tomado esa determinación, parece que el doctor no llegó a emprender la tarea. Quizá los acontecimientos le superaron. Lo cierto es que ese mismo año hubo que efectuar más reparaciones en la iglesia.

Volvió a escanciar vino en los vasos y continuó la narración.

—El hecho más misterioso aún estaba por llegar. A principios de marzo de 1905, el doctor Sampson fue hallado muerto en el exterior de la iglesia. Las crónicas de la época registraban la encuesta realizada. Aquí la tengo: «En la encuesta sobre la muerte del reverendo doctor Sampson, su ama de llaves afirmó haberle oído agitarse en la cama a primeras horas de la madrugada. Más tarde oyó que la puerta delantera se cerraba y le vio salir por la verja hacia el cementerio. Más tarde aún, escuchó un grito, pero tuvo miedo de salir a investigar. Cuando llegó la policía, encontraron al párroco muerto cerca del pie de la torre. Al principio se pensó que se había suicidado saltando desde lo alto, pero…». Bien, no quiero aburrirle con el resto del relato. Baste decir que se dictó veredicto de muerte accidental, ya que se negaron a pensar que el doctor Sampson se hubiera suicidado. Personalmente opino que es una conclusión extraordinaria. Es tan difícil pensar que se cayera de la torre accidentalmente como que se suicidara. Sea como fuere, ésos son los hechos, y con ellos se pone fin a un capítulo significativo en la historia de la iglesia. El doctor era un hombre muy notable. Sí, muy notable.

El párroco me tendió el diario y la otra libreta.

—Léalos cuando tenga tiempo —me dijo.

—Dice usted que está seguro de que el doctor no se cayó de la torre ni se suicidó. ¿Qué posibilidad queda entonces?

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que ambas posibilidades me parecen totalmente inaceptables. Sampson era un hombre demasiado temeroso de Dios para suicidarse. Sé que estaba desesperadamente desanimado, pero estoy convencido de que no hubiera permitido que eso debilitase sus principios cristianos. En cuanto a que

se cayera de la torre, eso es una tontería. Allá arriba hay una barandilla, y no es muy probable que se hubiera subido a ella.

—Y, sin embargo, aparentemente se cayó.

—Sí. Su cuerpo estaba destrozado, y todo apuntaba a que murió a causa de una caída.

—¿O quizá de una pelea?

—¿Una pelea? —exclamó el párroco—. ¿Allí, en lo alto de la torre? ¿Se refiere usted a que fue empujado?

—Es otra posibilidad, pero me refiero a que si su cuerpo estaba tan destrozado, pudo deberse perfectamente a haber recibido una paliza en una pelea.

—Mmm… sí —murmuró el reverendo, dubitativo.

—Y luego, al advertir que estaba muerto —proseguí, insistiendo en mi teoría—, quizá los agresores decidieran subirle a la torre y dejarlo caer desde allí para que pareciese un accidente… o un suicidio.

—Mmm… No disponemos de muchas pruebas para comprobarlo, naturalmente, pero resultaría tremendamente difícil subir un cadáver por la escalera de la torre. Además, yo creo que las huellas de una pelea son muy fáciles de reconocer, y supongo que si la policía de aquel tiempo hubiera tenido sospechas de un posible homicidio, habría continuado la investigación. Y lo mismo cabe decir si le hubieran empujado…

—Quizás el asunto se tapó deliberadamente.

—¿Y adónde nos lleva eso? —preguntó el párroco, tras una prolongada pausa.

Yo me relajé apoyándome en el brazo del sofá.

—No lo sé —respondí—. Sólo era una idea.

El reverendo pareció un poco aturdido.

—En este asunto caben todas las especulaciones. Por desgracia, no es tan sencillo conseguir las pruebas —murmuró.

—¿Qué hay del período posterior a 1905? —pregunté, cambiando de tema, pues me sentía un poco violento.

—Durante algunos años, los párrocos que se sucedieron no aportaron nada notable. Se contentaron con mantener las cosas lo mejor que pudieron, pero ninguno realizó el menor progreso en el tema. Creo haberle dicho que la torre nueva fue construida en 1920. El dinero provino del señor de la mansión. Steveley todavía tenía su aristócrata antes de la segunda guerra mundial, ¿sabe? *Sir* Malcolm Gray, baronet. *Sir* Malcolm consideraba Todas las Ánimas una monstruosidad antiestética en un escenario bucólico que, por lo demás, resultaba idílico. Y como creía que no había

problema que no pudiera resolverse con grandes cantidades de dinero, gastó una fortuna en la renovación de la iglesia… sólo para ver cómo empezaba a desmoronarse de nuevo seis meses después. El baronet murió justo después de la guerra. La mayor parte de su riqueza había desaparecido y sus herederos, pues el hombre estaba soltero y sus únicos parientes eran unos primos lejanos, vendieron la mansión y los terrenos al municipio. Éste derribó el viejo caserón y edificó las casas del otro lado del pueblo, más allá del Red Lion. ¿Sabe cuáles digo? Una lástima; una verdadera lástima.

Se sirvió el resto del vino y, mientras lo hacía, continuó:

—El siguiente progreso en el tema corrió a cargo de mi inmediato predecesor, quien escribió este artículo.

Me entregó una página de un diario donde pude ver varias columnas de densa tipografía sobre un papel amarillento, con una gran fotografía de la iglesia de Steveley en una esquina.

—El reverendo John Soames era un hombre joven —me explicó el párroco—, ambicioso como el doctor Sampson y tan dispuesto como éste a intentar atacar el problema de raíz. Escribió ese artículo en 1959, resumiendo muchos de los descubrimientos de Sampson y documentando el desmoronamiento desde 1905 hasta lo que para él era el presente. Pasó mucho tiempo repasando viejos periódicos, y recopiló la historia de esos años basándose en ellos. Su principal logro es haber fechado el primer registro de daños en la iglesia: el 18 de junio de 1843. Cinco días después de esa fecha, apareció en el *Times* local un informe que aquí se cita.

El reverendo Stevens se quitó las gafas y leyó la minúscula letra de imprenta con alguna dificultad:

—«Los feligreses de la villa de Steveley están alarmados ante el repentino, y al parecer inexplicable derrumbamiento de la iglesia parroquial. El 18 de junio, Herbert Pearson, el sacristán, informó al doctor Sayersby de que habían aparecido de pronto unas enormes grietas en el muro exterior del presbiterio y coro, y que signos semejantes de desmoronamiento se habían hecho visibles en la torre principal. Este hecho resulta muy notable, ya que la iglesia parroquial de Todas las Ánimas, en Steveley, obra maestra del constructor Ralph Woodbury, ha resistido durante mucho tiempo a los elementos con excepcional solidez. Su repentino desmoronamiento es interpretado por algunos como una reflexión sobre los cambios impuestos por el párroco en la liturgia».

Me eché a reír, y el reverendo interrumpió su lectura.

—Eso ya lo he oído antes —dije—. La crónica local que leí decía lo mismo.

—La gente da mucha importancia a cosas como la casulla, el incienso, las

genuflexiones y los sacramentos reservados, ¿sabe? —contestó con una sonrisa, y cerrando la carpeta me la entregó—. En estos documentos tiene usted los hechos más importantes. Sin embargo, debo mostrarle una última cosa, aunque no estoy seguro de la importancia que pueda tener. —Del montón extrajo una hoja muy grande de papel, que procedió a desplegar, y vi por encima un mapa toscamente dibujado—. En los meses previos a su muerte, parece que Soames pasó algún tiempo recopilando esto.

El reverendo echó una última mirada al papel antes de pasármelo. En la parte superior de la hoja había un título: «Mapa de Iglesias Profanadas». No había otra leyenda o explicación. El mapa en sí era muy tosco, y describía los principales núcleos de población, ríos y carreteras del condado y de algunas zonas vecinas. El mapa estaba punteado de cruces, con nombres y signos muy curiosos al lado.

—Todas las cruces coinciden con iglesias locales —explicó el párroco—, pero ignoro qué significan estos símbolos. Probablemente todas las iglesias así marcadas han sido escenario de algún tipo de profanación.

Los símbolos eran realmente curiosos. Algunos formaban complejos jeroglíficos, mientras que otros eran signos geométricos —medias lunas, una estrella de cinco puntas—, y otros más eran de carácter manifiestamente sexual. Había algunos dibujos más elaborados: una serpiente que se mordía la cola, una figura postrada atravesada por varias espadas, un tridente con lo que parecía un feto empalado en cada diente. En total había quince lugares señalados, alguno de los cuales tenía marcado más de un signo junto al nombre.

—Por lo poco que he podido descubrir, los símbolos son paganos, relacionados con las prácticas ocultas, la brujería y las prácticas satánicas.

Aquella repentina revelación era lo último que hubiese esperado.

—¿Hay mucho de eso en esta región? —le pregunté.

—Bueno, sobrevive aquí y allá, ¿sabe? Siempre ha existido una minoría de lunáticos dedicados al satanismo, la brujería y esas cosas. De vez en cuando arman un poco de ruido profanando una iglesia, pero por lo demás son inofensivos. Sí, inofensivos. Yo siempre he considerado sus actividades como una chiquillada.

El reverendo Stevens hablaba con la seguridad y prepotencia de la iglesia establecida, por muy anticuada que quedara su función en estos tiempos materialistas.

—No se lo hubiese mencionado siquiera si no fuera porque Soames le prestó la atención que puede usted observar, y porque guardó ese mapa entre el material sobre el problema que nos ocupa, como si ambos temas estuvieran relacionados. Por mi parte, no consigo ver la relación que pueda existir entre estos símbolos paganos y mi iglesia. De hecho, como puede ver, Todas las Ánimas ni siquiera está señalada con un

símbolo.

Aquello era cierto, aunque el mapa estaba dibujado de tal forma que Steveley quedaba en el mismísimo centro y, por tanto, rodeada de extraños símbolos.

—Espero que no se desvíe usted de la cuestión principal —añadió el reverendo Stevens—. Para algunas personas es muy fácil interesarse por estos temas, aunque nunca he conseguido entender los motivos. Yo no tengo paciencia para ello. Para mí todo eso no son más que chifladuras. En el pueblo tenemos una pequeña secta muy extraña. Se llama el Templo del Aire Libre, o algo igualmente absurdo. Resultan patéticos, realmente. Afirman ser cristianos, y de hecho algunos de ellos han pertenecido anteriormente a mi grey, pero ya no se acercan a mí o a la iglesia.

Había un aire de amargura en su voz, y era evidente que le disgustaba la presencia de aquel grupo en el pueblo. Decidí cambiar de tema.

—Su predecesor murió relativamente joven, ¿verdad?

—Sí. Probablemente no me creerá, pero a él también le mataron, y en circunstancias curiosas, como en el caso del doctor Sampson. Su cuerpo fue encontrado igual que el de éste. La única diferencia fue que esta vez ocurrió en el interior de la iglesia.

Le miré asombrado.

—Sabe usted dar pequeñas sorpresas, ¿verdad? ¡Eso es realmente extraordinario! ¿Quiere decir que también él cayó de la torre? ¿Cómo sucedió?

El párroco se encogió de hombros con una expresión de disculpa en el rostro.

—Disculpe, supongo que los hechos me son tan conocidos que ya no me resultan sorprendentes. Al parecer había estado ayudando a reparar uno de los muros. Según se dijo entonces, una noche siguió trabajando cuando los demás se fueron, y debió de caerse del andamio. Ése fue el resultado final de la encuesta: muerte accidental. Otra vez. —Hizo una pequeña pausa y repitió como si estuviera soñando—: Muerte accidental. No parece haber razones para ponerlo en duda, aunque el agente Brown, el policía del pueblo todavía tiene la mosca tras la oreja. Por cierto, ¿le conoce usted? Brown jura que cuando encontró el cuerpo, éste se hallaba demasiado lejos del andamio para haber caído directamente de él. Pero nadie hizo mucho caso de su testimonio. Un experto a quien se llamó como testigo en la encuesta afirmó que los esfuerzos del propio Soames para salvarse mientras caía pudieron hacer que el cuerpo fuera a parar donde fue encontrado. No creo que el pobre Brown haya llegado nunca a creerse tal explicación. Sospecho que se ha pasado los últimos quince años buscando al responsable, de manera extraoficial, claro.

—Aquí parece haber una cantidad alarmante de coincidencias —comenté—. Los

párrocos que pretenden resolver el problema terminan muertos. ¿No se siente usted un poco… preocupado por eso?

El reverendo soltó una risilla.

—Mi querido señor Read… Oiga, ¿puedo llamarle Michael? Le considero ya un amigo, sabe usted. En cuanto a mí, mi nombre es Allan.

Asentí, dando mi consentimiento, y él prosiguió:

—Mi querido Michael, yo me ocupo de la fe, pero eso no significa que sea supersticioso. Estoy seguro de que debe de haber existido mucha otra gente que se ha interesado por resolver el problema y que ha muerto pacíficamente en su cama.

Empezó a avivar el fuego y le añadió otro leño, que se puso a crepitar y chisporrotear como si fuera un trozo de carne asada. Las llamas dibujaban en la pared la sombra del párroco.

—En todo caso, ¿cómo puede buscarse un componente siniestro a una serie de homicidios, si es que realmente lo fueron, cometidos en un espacio de tiempo de sesenta años o más? No puede ser responsable una sola persona.

Yo no tenía respuesta para ello, pero seguía pareciéndome difícil pasar por alto tan alegremente las coincidencias entre las muertes de Sampson y de Soames. Entonces recordé la pregunta que deseaba hacer desde hacía rato, y me sentí lo suficientemente relajado para abordarla de modo que no dejase lugar a dudas.

—No puedo dejar de advertir la diferencia entre el estado ruinoso de la iglesia y el excelente aspecto de la vicaría. ¿No le parece a usted muy curioso que mientras una se desmorona la otra no sufra el menor daño?

El párroco hizo una mueca antes de responder.

—Debo confesarle que hasta ahora no había caído en el contraste. ¿Lo cree usted significativo?

—Más bien parece extraño que dos edificios situados tan cerca el uno del otro presenten un estado de conservación tan diferente. Sería lógico pensar que la causa que afecta a uno, ya sea la composición del terreno, las vibraciones o cualquier otra cosa, tendría que afectar también al otro. A menos que… —Titubeé antes de proseguir —. ¿Cree usted posible que se escatimara dinero en las reparaciones de la iglesia, y que parte de la suma destinada a ésta fuera desviada para su utilización en la vicaría?

Allan Stevens me miró fijamente con el ceño fruncido y las mandíbulas apretadas, pero no respondió. Yo continué rápidamente:

—Recuerdo que me dijo usted que los cimientos de la iglesia son muy sólidos, pero quizás cuando fue construida se sabía que había alguna falla geológica profunda en las inmediaciones de la zona y se procedió a poner unos cimientos aun más

robustos en la vicaría.

Pronunciada en voz alta, aquella posibilidad sonaba absurda. Sin embargo, con mis palabras intentaba borrar la impresión de que mi pregunta anterior había tenido la intención de sugerir que él personalmente había hecho mal uso de los fondos destinados a la restauración.

Por unos instantes el reverendo no respondió. Se pasó los dedos por sus cortos cabellos de color castaño, despeinándolos en rebeldes mechones. Por último, replicó:

—Creo que es una idea muy estrambótica, si me permite la expresión. Muy estrambótica. En todo caso, da la casualidad de que tengo algunos datos sobre los cimientos de la vicaría. Hace un tiempo aparecieron unos hongos en ella y hubo que excavar un poco. Los cimientos son absolutamente normales, ni más profundos ni más reforzados de lo que cabría esperar para una casa de ese tamaño. —Frunció el ceño otra vez e hizo girar el vaso entre sus dedos—. En cuanto al mal uso de los fondos destinados a la iglesia, es una explicación que nunca había tenido en cuenta. Sin embargo, eso supondría la existencia de una conspiración muy amplia que abarcaría gran cantidad de tiempo, muchos años, y que afectaría a muchas personas importantes del pueblo. Suena demasiado absurdo. Demasiado.

—Estoy de acuerdo, pero debe usted reconocer que es bastante extraño. Si pudiera comprobar usted las cuentas de la parroquia…

—Realmente, pienso que no merece la pena. Supongo que es posible que hubiera algún tipo de fraude en otros tiempos, cuando el párroco era una especie de autócrata, pero en la actualidad todo se hace siguiendo las leyes, abiertamente. Todo se lleva a cabo a través del consejo parroquial, ¿sabe? —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Puedo decirle cuánto se ha gastado exactamente en la vicaría desde que estoy al frente de la parroquia, y le aseguro que no es mucho. Las cifras más recientes son fáciles de encontrar, pero dudo que encuentre gran cosa si empiezo a retroceder en el tiempo. Me refiero a que, si realmente hubo algún tipo de fraude en las cuentas parroquiales, probablemente estará oculto o habrán desaparecido los comprobantes, ¿no cree usted?

Ambos permanecimos en silencio unos instantes, mientras apurábamos nuestros respectivos vasos.

—Dígame, Allan —dije a continuación—, ¿qué le impulsó a acudir a mí con… este asunto?

—¡Vaya! ¿Acaso he abusado de su amabilidad? Lo siento, lo siento de veras.

Parecía tan contrito que no pude evitar una sonrisa. Aquel hombre tenía algo muy atractivo, una especie de honradez e inocencia casi transparentes.

—No, no, en absoluto —le aseguré—. Pero ¿por qué yo? Quiero decir que

seguramente habrá en el pueblo gente que lleve muchos años aquí y que sepa más…

—Ya les he consultado a todos —me interrumpió—. Las personas más adecuadas, de todos modos, forman parte del consejo parroquial, y ninguna de ellas ha podido aportar una sola idea válida. Ninguna de ellas.

—Sin embargo —insistí—, usted debe tener otros amigos o conocidos fuera del pueblo a los que conocerá mejor que a mí, y que también tendrán relaciones con universitarios.

Al principio no me respondió directamente.

—El Señor me guía y el Señor me provee. No sé por qué he acudido a usted, Michael. Quizás el Señor guiaba mis pasos. Sencillamente, creí que usted podría ayudarme.

No supe qué decir. Imagino que la mayoría de las personas se sienten un tanto desconcertadas cuando alguien hace una referencia directa a la presencia de Dios en su vida. El silencio se prolongó. Se estaba haciendo tarde y yo me sentía cansado. Sugerí que haríamos bien en dejar el tema, me levanté y Allan me entregó mi abrigo. Él se puso el suyo y salimos juntos al aire frío de la noche. La lluvia había cesado y el cielo se había aclarado, salvo algunas nubes que, impulsadas por el viento, ocultaban la luna a su paso. Más allá de los árboles, la torre de la iglesia se erguía contra el cielo nocturno.

—Tiene usted que volver por aquí; seguiremos hablando del tema —comentó, levantando ligeramente la voz por encima del rumor del viento—. Estoy seguro de que hay más detalles a discutir, y tengo más papeles que deseo enseñarle.

Nos estrechamos la mano y prometí volver a visitarle cuando hubiera revisado algunos de los papeles que me había entregado.

Cuando ya me iba, le oí gritar detrás de mí.

—Gracias por haber venido esta tarde, Michael. Hágame saber si se le ocurre alguna idea nueva.

No supe qué sacar en claro de la conversación que habíamos mantenido aquella tarde. Me sentía muy inseguro, y los esbeltos olmos que orlaban el camposanto, meciéndose bajo la fresca brisa, parecieron adquirir de pronto un aire amenazador. Me abroché el abrigo hasta el cuello y apresuré el paso cuando crucé frente a la iglesia camino de casa. La noche estaba llena de inquietantes posibilidades, y los senderos de la comarca bullían de muertes sin aclarar. El pasado del pueblo me había engullido y en mi mente se sucedían a toda velocidad pensamientos de crímenes siniestros y de terrores insospechados.

5

El domingo llovió todo el día, y en casa todos parecían de mal humor. Por alguna razón, los niños estuvieron absolutamente insoportables y se pasaron el día corriendo por la casa entre gritos y peleas, poniéndose histéricos cuando les ordenábamos que se estuvieran quietos. Sal se tumbó en el sofá a leer el periódico. Había pasado mal la noche y se quejaba de que le dolía la cabeza.

Yo no estaba de humor para lecturas y me encerré en uno de los dormitorios para repasar y enyesar las paredes. Desde el piso superior disfrutábamos de una vista impresionante del pueblo y de los campos y granjas de los alrededores. De vez en cuando dejaba de trabajar y echaba un vistazo por la ventana, pero mis pensamientos volvían una y otra vez a la noche anterior y a mi conversación con Allan Stevens. Me parecía extraño que el reverendo no hubiera mencionado antes aquellas extrañas muertes de sus predecesores. Seguramente constituían un asunto tan curioso como el propio desmoronamiento de la iglesia. Sin embargo, ¿qué relación podía haber entre dos muertes separadas por un lapso de tiempo de más de quince años, y entre éstas y el desmoronamiento de la iglesia? Además, estaba el mapa de las iglesias profanadas, que yo me inclinaba a considerar irrelevante. Cavilé sobre estos temas mientras echaba una mirada por la ventana de la buhardilla, pero no encontré inspiración en las grises y apretadas cuadrículas de los campos inundados por la lluvia, ni en los árboles negros y esqueléticos que marcaban el horizonte, ni siquiera en las hileras de apretadas casitas que bordeaban las calles del pueblo. El paisaje adquiría una sensación de abandono al verse difuminado por la cortina de agua, y parecía haber perdido su habitual encanto.

Hasta el miércoles siguiente no encontré un rato para volver sobre los papeles que Allan Stevens me había entregado. Por la tarde, Sal salió a visitar a una amiga de la escuela y, una vez acostados los niños, me instalé en el despacho dispuesto a estudiar el diario y los demás documentos.

En la primera página de la historia recopilada por el doctor Sampson había una

anotación escrita con la cuidada caligrafía del sacerdote: «Registro de los sucesos acaecidos en la parroquia de Todas las Ánimas, de Steveley, entre 1850 y 1900». En la esquina inferior derecha aparecían las iniciales «B. J. S.».

Las primeras páginas constituían una introducción.

«Me he dedicado a recopilar una crónica completa y detallada de los hechos acaecidos en la parroquia de Steveley y alrededores en un esfuerzo por aportar alguna luz a la misteriosa decadencia de la iglesia parroquial de Todas las Ánimas. En las páginas que siguen he registrado todos los detalles que he podido descubrir respecto a la extraña historia del edificio, y todos los hechos dignos de mención que se han producido en los últimos cincuenta años».

La introducción proseguía con un resumen de la carrera del doctor Sampson y las calificaciones obtenidas, poniendo cierto énfasis en su preparación como jurista. Después, tras defenderse vigorosamente de ciertas acusaciones según las cuales descuidaba algunos deberes menores por causa de sus investigaciones (que consideraba, evidentemente, más importantes que acudir una vez al mes a un orfanato de la ciudad para dar un sermón), terminaba la introducción con estas palabras:

«He recogido la referencia completa de todos los informes extraídos de fuentes externas con la esperanza de que en el futuro algún estudioso descubra en los documentos aquí relacionados algo que quizá se me haya pasado por alto. Así, quizá se logre desvelar el misterio de este desgraciado lugar».

La historia de aquellos cincuenta años parecía un catálogo de desastres. Aparentemente, Sampson lo había registrado todo, por remota que fuera su relación con el objeto de su estudio. La lectura resultaba bastante tediosa, pues, aunque la estilizada y fluida caligrafía del doctor resultaba bastante legible, su estilo era pomposo y recargado. Página tras página recogía detalles aparentemente triviales, sacados de cualquier documento que rescataba, por pequeño que fuera. Sin embargo, pese a lo numeroso de los datos aportados, el conjunto no parecía arrojar ninguna luz sobre el fondo de la cuestión. Su contenido enciclopédico no se veía aligerado en ningún instante por conclusiones o incluso por conjeturas del propio reverendo Sampson. ¿Cómo debía haber interpretado éste los hechos que con tanta constancia había ido recopilando? Aquel hombre de mentalidad tan precisa y analítica debía de haber tenido seguramente una opinión propia acerca de la causa del problema, pero en ningún momento dejaba traslucir en el texto ni el menor atisbo. Cada dato objetivo seguía al anterior en una procesión monótona, casi pedante.

Dejé a un lado la historia de aquel período y centré la atención en el diario. Al principio temí que éste no aportara mucho más. Sin embargo, conforme iba leyendo,

empecé a detectar cierto cambio de actitud. El hombre pedante, ambicioso y pagado de sí mismo, convencido del valor de su propia aproximación científica al tema, empezaba a dar paso a una persona menos segura, más tratable. Pese a ello, sus últimas anotaciones me resultaron en extremo sorprendentes. El 28 de diciembre de 1904 apuntaba las siguientes palabras, como si fueran un sermón dirigido a sí mismo:

«Creo que quien intente arrojar alguna luz sobre el misterio de nuestra existencia debe tener una doble valentía. No sólo debe tener el valor de documentar meticulosa y constantemente todos los hechos que le llevan a una determinada conclusión para que otros puedan comprobarlos y asegurarse de que no ha errado, sino que debe tener también el valor de cuestionar incluso el propio método que ha utilizado para llegar a tal conclusión. ¡Qué ridículo es el hombre que trabaja con lógica y método sobre hechos incorrectos! Ese hombre está derrotado antes de que empiece, y todo su poder de deducción y de análisis es energía malgastada. Pero igualmente ridículo es el hombre que teniendo ante sí los hechos correctos, no sabe utilizarlos adecuadamente. Me temo que, más que una ayuda para la resolución de este misterio, mis años de educación como estudioso de la argumentación lógica han resultado un estorbo, un impedimento. He amontonado los hechos uno tras otro, he intentado dar forma a una teoría en base a la observación metódica y al estudio lógico, y no he conseguido avanzar un solo paso desde que llegué a la parroquia».

La anotación terminaba con aquella frase, y el doctor Sampson no había vuelto a escribir nada en el diario hasta mediados de enero. En esa fecha anotó:

«Voy a retirarme de esta vida. Ya no tengo la fe necesaria para mantener mi posición en la parroquia, y continuar aquí por más tiempo sería actuar como un Judas que traicionara a su grey. Ya no me atrevo a mirar a nadie a la cara, y la mera visión de esa iglesia me resulta una abominación».

Sin embargo, si Sampson llegó realmente a presentar su renuncia, lo hizo decididamente convencido de permanecer en Steveley, ya que no volvió a hacer nunca otra referencia a la posibilidad de marcharse. En cambio, una semana antes de su muerte escribió la siguiente anotación; la última de su vida:

«He sido conducido al error. Una a una, he visto derrumbarse hasta el momento presente todas mis teorías, y ahora lo único que sé con certeza es que he sido engañado. No hay aquí un misterio que pueda sucumbir a los esfuerzos de un pensamiento racional. Todos mis documentos y archivos pueden ser destruidos, pues carecen de importancia; la historia de los hechos acaecidos no puede ayudarme. Cada día la batalla se libra de nuevo, como siempre ha sido, y no cabe en ella la mera lógica humana. Aquí, en esta iglesia y en esta parroquia, se libra la más terrible de las

guerras. Sin embargo, esa lucha no se rige por las leyes físicas ni por la lógica, pues es una batalla entre el bien y el mal, entre las fuerzas de la luz y las de la oscuridad y la anarquía. Pero lo peor de todo, lo que ahora comprendo, es que aquí, en ese edificio sagrado que es el centro de nuestra devoción a Dios, están triunfando las fuerzas del mal. Aquí, en este lugar santo que siempre tendría que estarles negado, las huestes de la oscuridad están venciendo. No puedo sino preguntarme cómo pueden encontrar alimento en los propios dominios divinos. Desde este instante comprometo las pocas fuerzas que todavía puedan quedar en este débil cuerpo a arrancar las raíces que dan alimento a este tumor maligno».

La anotación terminaba aquí, y con ella el diario. Enfrentado a la imposibilidad de encontrar una solución lógica, el doctor Sampson había abandonado el racionalismo. Lo que para él había empezado como un problema de ciencias naturales se había convertido en un conflicto entre las fuerzas del bien y del mal. Sus seis años de investigación le habían convencido de que el desmoronamiento de la iglesia era la manifestación externa de una batalla que libraban Dios y Satán. Era una declaración increíble, cuyas conclusiones parecían no tener nada que ver con su trabajo anterior. ¿Qué podía haberle hecho cambiar de idea de manera tan drástica?

Nada más dejar el diario sobre la mesita de café comprendí que el doctor Sampson no había escrito aquello únicamente para él, sino al contrario: había apelado a quien leyera el diario después de él. Es decir, había apelado a mí, ahora. Seis años de continuos estudios no le habían llevado a ninguna parte, y en aquellas líneas intentaba advertirme para que no cometiera el mismo error. La advertencia había estado allí, a la vista del reverendo Stevens y de su predecesor, pero ambos habían hecho caso omiso, al parecer. Stevens no me había dicho una sola palabra acerca de aquellas últimas anotaciones del diario, y lo único que se me ocurrió pensar fue que las habría tomado por el desvarío de un hombre enfurecido y disgustado. Sin embargo, tampoco el reverendo Soames había hecho la menor mención a ellas en el artículo del periódico.

No obstante, pensé en el hecho de que John Soames quizá no había descartado del todo la teoría de Sampson… Me incliné hacia delante y así el mapa. Aunque seguía tan indescifrable como la vez anterior, me pareció que quizá tenía una importancia mayor de la que le había supuesto al principio. ¿Habría sido la anotación final del diario de Sampson lo que llevó a Soames a dibujar el mapa? ¿Acaso era un registro de lo que Sampson había denominado «una batalla entre el bien y el mal»? De pronto vi imágenes de rituales satánicos, la celebración de un acto de adoración demoníaca en el interior de la propia iglesia.

Desplegué el mapa en la mesa del comedor, bajo una potente luz. No supe

interpretar los símbolos, pero una cosa quedaba clara: Steveley estaba exactamente en el centro del grupo de cruces marcadas por Soames, todas las cuales estaban en un radio de treinta kilómetros alrededor del pueblo, que no aparecía señalado en el mapa más que por una ese mayúscula. Las cruces parecían semillas esparcidas alrededor de una planta.

Pero, aunque el mapa significara realmente la presencia de un credo pagano en la comarca cuyo centro era Steveley, me pregunté nuevamente si tendría algo que ver con el asunto que me interesaba. Por lo que sabía, si uno se dedicaba a apuntar todas las profanaciones de iglesias ocurridas en la región, podía llegar a demostrar con un método suficientemente selectivo que cualquiera de los pueblos de la misma se encontraba en el centro de un círculo de comunidades dedicadas al culto satánico. Como bien había dicho Allan Stevens, era muy fácil desviarse de la cuestión principal. Yo había visto con mis propios ojos la auténtica y manifiesta decadencia de la iglesia de Steveley, y resultaba inconcebible que fuera obra de algo tan incongruente como un grupo de pueblerinos supersticiosos dedicados a divertirse ruidosamente en la celebración de alguna misa negra. Pero, por otro lado, éste era el mensaje que Sampson parecía haber intentado transmitir.

Me recosté otra vez en el asiento, preocupado, y decidí que tenía que hablar con Allan Stevens para saber qué opinaba realmente de aquellas anotaciones en el diario y del mapa de Soames. Cuando oí entrar a Sal y miré el reloj, advertí que había estado dándole vueltas al tema durante una hora sin llegar a ninguna conclusión. Cuando entró alegremente en el despacho y encendió la lámpara principal, empecé a sentirme como un redomado estúpido. En la sala medio a oscuras y sombría, iluminada apenas por el fuego de la chimenea y por la pequeña lámpara de mesa, había empezado a conjurar absurdas fantasías. Era hora de acabar con aquel disparate y encontrar algún experto que realmente supiera por qué los edificios empiezan a derrumbarse.

Sal tomó asiento frente a mí y me explicó lo aburrida que se había vuelto su amiga Jenny. Después me preguntó qué había estado haciendo.

—Por tu aspecto se diría que has estado leyendo relatos de terror.

Alcé en la mano el diario de Sampson y se lo mostré.

—¿Todavía empeñado en desvelar el desagradable pasado de Steveley?

Su actitud casi burlona me irritó ligeramente.

—Puede que tengas razón —dije en tono defensivo—. Quizá se trata de un castigo divino.

—¿Te refieres a la iglesia?

Asentí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Cuando no hay una explicación racional, ¿a qué otra cosa podemos recurrir? Misterios del universo. Rituales satánicos. El Dios vengador…

Me asombré a mí mismo. Apenas un momento antes había estado diciéndome que era absurdo seguir ideas tan irracionales como aquéllas, y sin embargo se me habían pegado al cerebro como lapas. Era como si algo, más allá de mi pensamiento consciente, hubiera hablado por mí.

Esa noche, antes de acostarme, hice una copia del mapa de Soames transcribiendo los lugares y los símbolos allí dibujados. Llegué a la conclusión de que no estaría de más profundizar en el estudio de aquel mapa. Como mínimo podía constituir una interesante diversión y resultar más entretenido que el verdadero problema del desmoronamiento de la iglesia.

Aquella misma semana llamó David Russell. Preguntó cómo iban las cosas y, tras resumírselas, pude obtener su reacción a las anotaciones finales del diario de Sampson.

—Eso parece fascinante —comentó—. Me gustaría echar una mirada más detenida a esas anotaciones. Por cierto —añadió, poniendo de manifiesto que la llamada no había sido casual—, he encontrado algo que quizá le interese, aunque no sé cómo encajará en su rompecabezas. Después de nuestra conversación, recordé vagamente una referencia a Steveley en otro libro. Sin embargo, no podía recordar de qué se trataba exactamente, así que tuve que pedirlo prestado. Supongo que esto será nuevo para usted, pero, según parece, la región de Steveley tiene un monstruo…

El tono de David Russell era demasiado ligero para tomar en serio sus palabras. Le pregunté qué quería decir con eso.

—El libro se titula *Monstruos y mitos de la Inglaterra rural*, su autor es un tal doctor Wesley Wakefield y fue publicado en 1931. Suena bastante sospechoso, ¿no le parece? —comentó con una carcajada—. De cualquier modo, Wakefield menciona algo a lo que denomina «el monstruo de Steveley». No sé qué utilidad puede tener eso para su investigación, pero pensé que debía comunicárselo.

Le pedí que me dejara ver el libro.

—Naturalmente. El domingo que viene tengo que desplazarme cerca de Steveley y quizá pueda visitarle. Me gustaría echarle una mirada a ese diario. Aprovecharé para traer el libro.

El viernes por la tarde salí a dar un paseo. Había tenido un día difícil, con varias clases y reuniones de comités que habían terminado provocándome un intenso dolor de cabeza. Calculé un recorrido que me llevara primero al Red Lion, y cuando llegué allí me encontré con el agente Brown, el policía del pueblo, que apuraba una copa.

Recordé que el agente había encontrado el cuerpo del anterior párroco, John Soames. Abordé el tema con toda la delicadeza de que fui capaz, pero pronto advertí que, pese a los quince años transcurridos, los sucesos de aquella jornada habían dejado una profunda cicatriz en el hombre. Me miró con suspicacia, como si se sintiera amenazado, y pese a que le aseguré repetidas veces que había conocido el tema por los comentarios del reverendo Stevens, se mostró reacio a contarme una sola palabra más.

—¿A qué distancia del andamio estaba el cuerpo? —le pregunté, llevando la conversación a temas concretos.

—Como al doble de la distancia entre aquí y esa pared de ahí —respondió en tono cortante, sin apenas levantar los labios del borde del vaso. Calculé que eran unos cuatro metros, aproximadamente.

—¿Y todavía sigue convencido de que no pudo caer accidentalmente?

El agente apartó los labios del vaso, hizo una pausa, suspiró y dejó el vaso en la barra. A continuación volvió el rostro hacia mí, por primera vez.

—¿A qué viene tanto interés por todo eso?

Evidentemente, las palabras que habíamos intercambiado hasta el momento le habían irritado. Aunque su tono de voz era tranquilo, apenas conseguía ocultar su frustración y su cólera.

Respondí lo primero que acudió a mi mente.

—Hay algo extraño en esa iglesia, y pretendo llegar al meollo del asunto.

El agente Brown me dedicó una profunda mirada. Se veía que no estaba impresionado.

—¿De veras? —dijo en tono sarcástico, luego hizo una pausa mientras apuraba la cerveza y finalmente dijo—: Buenas noches, Reg.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta —insistí cuando le vi alejarse de la barra.

Me sentía molesto por su actitud y debió de apreciarlo en el tono de mi voz, porque se volvió a mirarme. Estuvo a punto de replicar algo, pero finalmente optó por seguir callado. Se puso el casco, caminó hasta la puerta, y allí se volvió:

—No, no creo que fuera un accidente.

—¿Qué le hace sentirse tan seguro?

—¿Y a usted qué le importa? Nada. Usted no estuvo allí. Yo sí.

Se quedó mirándome con una extraña expresión en los ojos. Su voz había ido subiendo de volumen, casi teñida de histeria.

—Voy a decirle por qué estoy tan seguro —dijo en tono agresivo—. Si hubiera resbalado accidentalmente no habría caído a esa distancia. O le empujó alguien desde el andamio, o le mataron en el lugar donde lo encontramos. En todo caso, no fue un accidente.

El agente se quedó mirándome como si me desafiara a contradecirle. Los demás clientes del bar, bastante escasos, permanecieron en silencio.

—Pero en la encuesta dijeron que sus propios esfuerzos por asirse hicieron que el cuerpo fuera a parar donde se le encontró —apunté.

—El cura no estaba practicando salto de longitud —insistió él, en tono cortante.

—Si no fue un accidente, alguien debió de empujarle. ¿Quién? ¿Tiene usted idea?

—Mire, yo no tengo ideas. Aprendí a no tenerlas hace quince años. A los policías de pueblo no les pagan por pensar. Ése fue mi error entonces. No sé quién pudo ser el responsable. De todos modos, espero que ya esté muerto. Lo único que sé es que no hubo ningún accidente. Tómeselo como le dé la gana.

Tras esa declaración, el agente salió del bar dando un portazo.

Me quedé quieto en medio del local, mirando estúpidamente el lugar donde había estado el agente. El bar se había quedado en silencio por unos momentos.

—No es muy aconsejable hablar de ese tema con el viejo Brown —dijo Reg—. No le gusta demasiado resucitar esa vieja historia.

—Y usted, ¿qué opina? —inquirí, volviéndome hacia él—. ¿Cómo fue que pasaron por alto la declaración de Brown?

—Ya sabe, la gente de la ciudad… —dijo Reg, como si aquello lo explicara todo.

Al observar mi cara de incredulidad, añadió:

—Brown no es el cerebro más rápido del mundo, y durante la encuesta el magistrado le hizo caer en varias contradicciones, o quizás el propio Brown cayó en ellas. Se confundió, calculó mal la hora en que se produjeron los hechos, y debió de confundirse también en las distancias. En realidad, cuando le preguntaron no supo precisar en qué momento pudo producirse el hecho. Lo cierto es que nuestro agente de policía sólo es capaz de describir con precisión los hechos que han tenido lugar en tiempos pasados, y cuanto más remotos, mejor. Pregúntele qué sucedió ayer y le dará dieciséis versiones diferentes. Me sorprende que aprobaran su ingreso en el cuerpo. Desde luego, ésa es la razón de que siga siendo un simple agente después de tantos

años de servicio. Ni siquiera ha llegado a sargento.

Uno de los viejos granjeros, que permanecía apoyado en el extremo opuesto de la barra, le interrumpió:

—Eso no es del todo cierto, Reg. Cuando Brown nos explicó el asunto, aquí mismo, fue bastante claro. —El granjero se volvió hacia mí—: Lo que sucedió fue que, como ha dicho Reg, Brown se lió en su declaración. Entonces era un muchacho no muy brillante, pero con ambiciones. Fue un asunto un poco lamentable, realmente. Creyó que aquél iba a ser su gran caso, y al final acabaron considerándole un estúpido policía de pueblo que se creía más listo que sus superiores. A pesar de todo, de él puedo decir que es un hombre honrado y sincero, en quien se puede confiar. Y si él dice que no pudo ser un accidente, yo le creo. Y basta.

—¿Fue un homicidio, entonces?

—Bueno, yo diría que ésa es una conclusión precipitada.

—¿Qué otra cosa pudo ser? ¿Tenía enemigos el doctor Soames? ¿Había resentimiento hacia él en Steveley? ¿Era Todas las Ánimas una parroquia feliz?

Intenté presionar al granjero para que me dijera algo, para que me diera alguna pista de cómo eran las cosas por aquella época, pero el hombre siguió haciendo bailar su jarra de cerveza en pequeños círculos sobre el mostrador. Era evidente que no estaba dispuesto a comprometerse.

Otro de los granjeros se acercó y puso su jarra entre el anciano y yo.

—¿Por qué ese interés en la iglesia? Nunca le he visto en los servicios.

Era un hombre grueso y pesado, de grandes mejillas sonrosadas y piel curtida, casi una caricatura de su profesión. Su actitud era agresiva, si no abiertamente hostil.

Con la mayor tranquilidad que pude reunir, respondí que el párroco me había comentado el tema.

—¡Ah! —exclamó—, ¿usted es amigo del reverendo?

La duda implícita en la pregunta me enfureció.

—En realidad, no —respondí acaloradamente—, aunque no creo que eso sea asunto suyo. Ocurre que el reverendo Stevens cree que puedo ayudarle a descubrir por qué la iglesia está en tan malas condiciones. Por eso intento averiguar lo que puedo, y si no le gusta, se fastidia.

El hombre me miró con irritación, y yo me maldije interiormente por haberme dejado llevar por los nervios. Lo que necesitaba era hacer amigos, no enemigos.

De pronto, la expresión del granjero varió.

—Usted es de los míos, amigo —masculló—. Franco y directo al grano. Eso me gusta. —Me tendió la mano—. Arthur Copesley.

Le estreché la mano y me presenté yo también.

—Donde las dan las toman, ¿verdad? —prosiguió el hombre—. Bien hecho; he sido un poco brusco con usted. A veces nosotros creemos ser los dueños del lugar, y no nos gusta que los demás vengan aquí a meter sus narices. No es usted un gran cristiano, supongo —comentó con una carcajada—. ¿Así que el párroco le ha estado hablando de John Soames?

—Y del doctor Sampson. Los dos murieron en circunstancias bastante extrañas.

El hombre me observó un instante. No podría asegurar qué reflejaba su mirada: quizás un cierto recelo, o una especie de expresión de inteligencia que intentaba ocultar.

—Bueno —añadí—, ¿no considera usted extraño que los dos únicos párrocos que han demostrado un interés activo por el desmoronamiento de la iglesia hayan encontrado una muerte tan…, digamos curiosa?

—No estará usted sugiriendo que hay alguna relación entre ambas, ¿verdad? —preguntó el granjero, con una dosis de su inicial hostilidad—. No diga tonterías, joven. Transcurrieron quince años entre la primera muerte y la segunda…

—¿Conoció usted a John Soames?

—No sabría decirle gran cosa de él, si se refiere a eso.

—¿Cree que su muerte fue un accidente?

—¿Qué otra cosa pudo ser? —replicó, mirándome desafiante.

En aquel instante entraron en el bar dos nuevos clientes, al parecer viejos compinches del hombre que estaba hablando conmigo, pues el rostro de éste se iluminó cuando les vio entrar. Tras dedicarme un «disculpe», se alejó de mi lado para saludarles, y pronto los tres se enzarzaron en una conversación sobre el precio de las patatas.

Permanecí en el bar un rato más, pero no hubo oportunidad de reanudar la conversación con el granjero Copesley. Al cabo de unos minutos me marché furioso, no tanto por la interrupción como por el convencimiento de que Arthur Copesley había decidido no decirme una palabra de lo que me interesaba saber. Estaba en la certeza de que el viejo granjero podía haberme facilitado algunos detalles del ambiente de la parroquia en la época de la muerte de John Soames, pero mi conversación con él había sido la típica en Steveley: la gente sabía más de lo que estaba dispuesta a reconocer y, si yo mencionaba algo que consideraban una intrusión en su mundo, erigían un muro de silencio en torno a sí mismos.

En ocasiones como aquélla me daba dolorosamente cuenta de que era un advenedizo, o peor incluso, un forastero. Era tolerado pero no aceptado, me

escuchaban pero nunca me daban una respuesta abierta y sincera. Sal no advertía tanto la diferencia. Las mujeres del pueblo nunca le habían parecido tan reservadas como a mí los hombres que conocía en el bar. El mundo de las mujeres tenía su propio ritual, pero no consideraba necesario mostrar el mismo grado de cerrazón y suficiencia.

Esa tarde, cuando volví a casa, Sal me informó, con cierta frialdad, de que los niños estaban acostados y de que tenía puesta la mesa. La cena ya estaba fría y descargué con ella mi frustración por haber perdido la tarde.

—¿Qué esperabas? —replicó Sal, tumbada en el sofá.

—Algún tipo de respuesta. Ellos saben lo que sucede, pero no dicen nada. Habría podido sacarle algo a uno de ellos, un tal Arthur Copesley, si no hubiesen llegado dos amigos suyos. Se han puesto a hablar del precio de las patatas…

—¡No me digas que ya están así otra vez! —interrumpió Sal, con grandes gestos histriónicos—. Pero si sobran patatas en Baviera del Sur.

Yo no estaba de humor para bromas.

—¡Probablemente sea lo único realmente importante que pase nunca en este lugar, y no se les ocurre más que ponerse a hablar del precio de las patatas!

—¡Oh, Michael! —rió Sal—. No lo dirás en serio, ¿verdad? ¡Vamos! Estás dando a ese tema una importancia desproporcionada. Es absurdo. El hecho de que no haya modo de arreglar esa iglesia, y que dos de sus párrocos hayan muerto en los últimos cincuenta años, a mí apenas me parece más interesante que los resultados de fútbol de la semana pasada, y muchísimo menos que el precio de las patatas.

—Pues uno solo de esos hechos bastó para incitar a un eminente abogado y teólogo a pasar seis años de su vida escribiendo una historia —repuse—. Estás demostrando una sorprendente falta de imaginación, querida. Yo hubiera dicho que encontrarías interesante un misterio de estas dimensiones.

Sal hundió la cabeza en el periódico y no dijo nada. Estaba visiblemente herida por mi última observación, pero yo no tenía la menor intención de disculparme o de reconocer siquiera lo pomposo de mi intervención. Ya que no parecía dispuesta a colaborar conmigo, que dejara al menos de buscar el lado irónico a cada detalle.

—Entonces, ¿qué opinas del asunto? —le pregunté, tras un incómodo silencio.

—Tengo una sorprendente falta de imaginación, ¿no recuerdas? —contestó Sal, apartando la vista del periódico y mirándome con expresión ceñuda.

—Te he pedido tu opinión.

—Muchas gracias.

Estábamos al borde de una pelea, o quizás ya la habíamos empezado. Decidí que era el momento de dejarlo. Después de todo, la había dejado sola con los niños toda la tarde y había llegado tarde a cenar. No era extraño que estuviese irritable. Dejé el cuchillo y el tenedor en el plato.

—Lo siento —dije.

Sal no respondió. Mantuvo el periódico entre ella y yo.

—¿Sal? Lo siento. No quería herirte.

Sal bajó el periódico y entonces vi que estaba llorando. Me acerqué, la tomé entre los brazos y la besé.

—¿Qué sucede, querida?

Sal hizo un gesto de negativa con la cabeza, aspiró profundamente y buscó el pañuelo. Por fin, con frases entrecortadas, explicó lo frustrante que le resultaba estar limitada al trabajo doméstico, a cuidar de mí y de los niños, y lo peor era que se sentía terriblemente culpable por su insatisfacción con la vida.

—Yo tendría que estar contenta… contigo y con…, con Mark y Helen.

Intenté consolarla. Ella se secó los ojos y empezó a hablar con más normalidad.

—Me estoy volviendo tonta… Cuando voy a ver a alguien, de lo único que se me ocurre hablar es de la tos de Helen, o de las dificultades de Mark con la aritmética, o… del precio de las patatas. No consigo interesarme siquiera por ese problema de la iglesia. No comprendo qué encuentras de fascinante en eso.

—Yo tampoco —añadí—. El reverendo Stevens dice que no sabe por qué vino a pedirme ayuda precisamente a mí, y apunta que quizá le guió el Señor. Bien, quizá Dios esté guiándome a mí también.

Sal me miró con aire sorprendido.

—¿Te has vuelto religioso ahora? —preguntó con gran seriedad.

—No, no creo —contesté—. Pero algo sigue impulsándome, y no encuentro para eso una explicación más racional que para el desmoronamiento de la iglesia. Por tanto, quizá lo único que cabe es buscar algún tipo de explicación irracional. —Era curioso como aquella idea volvía a mi mente una y otra vez—. ¡Vamos! —dije, dispuesto a romper aquella atmósfera—. Voy a lavar los platos. Tú prepara café y prometo no volver a mencionar esa iglesia.

El domingo, David Russell vino de visita, como había anunciado. Llegó avanzada la tarde, bajo una fina llovizna. El día había sido frío y desapacible, y aceptó agradecido

el asiento junto al fuego, al que se acercó frotándose las manos.

—Ese tiempo se me introduce en los huesos. Vengo de ver a mis padres y tienen la casa como un frigorífico. Creo que he padecido frío todo el día. —Se estremeció otra vez, como si fuera preciso demostrarlo—. He echado un vistazo a la iglesia cuando venía, pero no he tenido ganas de quedarme allí mucho rato. Parece haberse deteriorado bastante desde la última vez que la vi.

Sal preparó un poco de té y charlamos un rato. Después saqué el diario del doctor Sampson y se lo entregué. Él le dio una rápida ojeada, deteniéndose a veces en determinados párrafos y continuando luego velozmente. Cuando hubo terminado, permaneció un rato en silencio, contemplando el fuego.

—El hombre racional contra el irracional —dijo, levantando la mirada—. Al final perdió la fe en sí mismo —murmuró con aire pensativo, leyendo de nuevo la última anotación como para comprobar lo que estaba pensando—. «Comprometo las pocas fuerzas que todavía puedan quedar en este débil cuerpo a arrancar las raíces que dan alimento a este tumor maligno». ¿Qué opina usted de esto?

—Yo diría que Sampson pensaba que algo o alguien estaba provocando esas profanaciones. Algo sobrenatural.

—Es absurdo —dijo Russell—. No creo que podamos tomarlo en serio. Era un hombre desesperado y, sencillamente, se salió por la tangente.

—Ésa es la explicación racional —repliqué.

—¿Tiene alguna idea de lo que le ocurrió a Sampson entre el momento de escribir esas palabras y su muerte?

—Lo único que parece saberse es que le hallaron muerto unos días después al pie de la torre, y que el juez declaró que había caído de ésta. No parece que se determinara nunca oficialmente qué hacía allí arriba y por qué decidió hacerlo en plena noche. Todos los testimonios parecen afirmar que el pobre hombre estaba algo desequilibrado, pero se cuidaron mucho de decirlo abiertamente, quizá por respeto al difunto.

David Russell caviló sobre el asunto.

—¿Cuándo murió?

—En marzo de 1905, ignoro el día exacto —contesté.

David hizo una nueva pausa, y mantuvo las manos recogidas en el regazo. Por fin habló, lentamente:

—Entonces es posible que aún quede alguien que viviera los hechos y que pueda saber algo de lo que le ocurrió a Sampson en los últimos meses de vida.

—De eso hace más de setenta años. Los que tengan más de ochenta puede que

fueran entonces lo bastante mayores para enterarse de qué era lo que ocurría.

—Merecería la pena hacer averiguaciones —intervino Sal.

Era la primera muestra de interés que demostraba hacia el tema, por eso le dediqué una sorprendida sonrisa.

—El problema —dije— es que, a sus años, la memoria de los posibles testigos puede dejar mucho que desear.

—No necesariamente —contestó Sal—. Los ancianos suelen olvidar lo que les ha ocurrido una hora antes, pero recuerdan su infancia con todo detalle.

—¿Es usted conocido en la taberna, Michael? —inquirió Russell—. Podría preguntar a los parroquianos. Quizá sepan algo o conozcan a alguien. Las comunidades rurales tienden a ser muy estables; puede que encuentre a alguien que viviera aquí y que recuerde lo que sucedió.

—Otro de los párrocos locales murió en circunstancias bastante curiosas hacia 1960 —añadí—. Hay varias personas que se acuerdan del hecho, pero lo difícil es convencerlas para que cuenten algo. El agente de policía local que halló el cuerpo está convencido de que fue un homicidio, pero nadie le creyó entonces. Todavía no he encontrado a nadie en Steveley dispuesto a decirme una palabra sobre el tema.

—Eso parece fascinante —dijo David Russell—. Ese policía, ¿aún vive aquí?

—Sí, pero no resulta fácil conversar con él… Ni con nadie.

—Será que no lleva usted el tiempo suficiente aquí para que le acepten —dijo con aire pensativo mientras seguía pasando páginas, manifiestamente intrigado por su contenido—. Pero siga intentándolo. Al final, alguien hablará. Más de ciento treinta años y nadie ha dado con la solución… Es realmente extraordinario. Quizá debamos tomar más en serio las observaciones del doctor Sampson, después de todo.

—En tal caso, ¿qué le parece esto? —Le entregué el mapa de las iglesias profanadas—. Soames, el último párroco, pasó varios meses retocando este mapa, hasta que murió. No sé qué significan estos símbolos, pero aparentemente poseen algún significado oculto.

Russell estudió el mapa, me miró y se encogió de hombros.

—No conozco bien esta zona. —Se levantó del asiento y empezó a ponerse el abrigo—. Le sugiero que intente encontrar un testigo presencial, alguien que recuerde algo de lo sucedido aquí en la época de la muerte de Sampson, y también de Soames. Si realmente había prácticas ocultas en la zona durante esa época, quien viviera aquí por aquel entonces podrá decírselo. Pero eso sigue sin resolver la cuestión de por qué se está derrumbando la iglesia. Al menos, yo no veo una solución.

Russell se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo bruscamente.

—Casi se me olvida. Aquí tiene el libro.

Abrió el maletín que llevaba consigo y me entregó un grueso librito de tapas muy gastadas, de un rojo desvaído. Se titulaba *Monstruos y mitos de la Inglaterra rural*, y su autor era un tal doctor Wesley Wakefield. Sus páginas, gruesas y porosas, eran típicas de los años treinta, y la negra silueta de una cabeza de demonio en la página del título indicaba claramente el género al que pertenecía.

—La mención a Steveley está en el capítulo quince —dijo.

David Russell se fue y yo me quedé un rato junto a la ventana, observando las luces de su vehículo mientras recorría el camino lleno de baches por entre los setos, iluminando de vez en cuando los árboles esbeltos y desnudos que se repartían en escaso número sobre los campos en sombras. No era la primera vez que sentía aquella mezcla de temor y excitación. Las pesadas siluetas de las granjas, los campos y las colinas se hicieron amenazadoras, envueltas en insondables promesas. El misterio y el secreto parecían ahora profundamente arraigados en aquel paisaje. Tal como me sentía en aquel momento, hasta las almas de los habitantes de Steveley parecían imbuidas de aquella misma sensación. La gente y la tierra eran una sola cosa, y cada una reflejaba y profundizaba aún más el silencio de la otra.

Aquella noche, mientras Sal y yo estábamos sentados ante el fuego, decidí que David Russell tenía razón y que debía romper el muro de silencio que me rodeaba. Probablemente la mayor parte de la hostilidad que creía percibir sólo eran imaginaciones mías. La negativa a hablar no era más que un reflejo de mi propia actitud hacia los habitantes del pueblo. Subconscientemente les trataba como a personas diferentes, y ellas me respondían del mismo modo. Dado que no parecía haber un fácil remedio para ello, quizá mi mayor esperanza consistiera en ir derecho al grano. Un testigo presencial de los hechos podía resultar más satisfactorio que todos aquellos viejos manuscritos medio borrosos.

Tomé la determinación de seguir lo más pronto posible el consejo de David, aunque aún no tenía decidido del todo cómo hacerlo. Supongo que imaginé confusamente una velada en el bar, en la cual, tras varias horas de jarras y más jarras de cerveza, se manifestaría al fin el verdadero espíritu del pueblo, borrando aquellas barreras que había llegado a considerar una parte indeleble de la vida de Steveley. Sin embargo, fueran cuales fuesen mis intenciones en aquel momento, no pude ponerlas en acción inmediatamente. Cuando regresé a casa el lunes por la tarde, Sal me recibió con unas noticias que hicieron revivir mis temores acerca de la presencia de fuerzas oscuras, de aquellas fuerzas que se insinuaban en las últimas y misteriosas páginas del diario.

6

El lunes fue un día de nubarrones grises y fuerte viento. Cuando éste cesó, las nubes se posaron como lienzos plomizos sobre la ciudad y cayó una lluvia torrencial. Luego el viento volvió a levantarse y las nubes se alejaron a toda velocidad, como si tuvieran una cita urgente. Por la tarde, cuando volvía a casa, encontré mi ruta habitual bloqueada por un árbol caído. Frené a tiempo y me detuve un momento para decidir qué desvío tomaba, mientras a mi alrededor el viento soplaba con fuerza sobre la llanura, golpeando el coche con ímpetu. Al frente de aquella fuerza palpable, el aire transportaba una sensación de pánico, de malos presagios. La gente se había mostrado irritable todo el día, y yo también sentía en mi interior la tensión. Era un día lleno de inquietud, un día en que los elementos parecían desencadenarse llenos de furia ciega.

Me llevó más tiempo del que había pensado llegar hasta mi casa, contando incluso con el rodeo que tuve que dar. Las carreteras estaban llenas de fango, y algunas habían quedado parcialmente inundadas. Parecía como si la naturaleza realizara un gigantesco trabajo de demolición y estuviéramos al borde mismo de la destrucción.

Sal estaba evidentemente preocupada por mi tardanza, pues la vi ante la ventana cuando entré en el camino de la casa. Salió a recibirme con la cara pálida y el cabello revoloteándole en gruesos mechones. Mientras detenía el coche, ella se quedó mirándome con los brazos cruzados, el cuerpo inclinado contra la tormenta y las ropas pegadas a él como si acabaran de sacarla de un torrente. Sobre su cabeza, la hilera de olmos se agitaba y se doblaba como un grupo de víctimas de alguna furia terrenal, mientras el viento parecía seguir creciendo en intensidad. Sal se acercó a mí y nos abrazamos.

Tuvo que gritar para que pudiera oírla por encima de la tormenta.

—¡Michael, el padre Stevens está en el hospital!

Exteriormente parecía tranquila, sin embargo sus ojos se movían con nerviosismo, observando atentamente hasta mi más pequeña reacción.

—Le ha caído encima parte de una pared y por poco no lo cuenta. Está vivo por

pura suerte. Algunas piedras le golpearon, aunque no de lleno. Le han encontrado inconsciente.

Sal me explicó que se había enterado de la noticia en el pueblo. Al parecer, el reverendo había salido a primera hora de la mañana para arreglar unos papeles en la iglesia. Tom Baldry le había encontrado en el suelo, cerca de la pila bautismal, en la parte trasera de la iglesia. Un trozo de pared de la torre se había desprendido de ésta y le había caído encima tras romper el techo de la nave. El párroco había perdido bastante sangre y se le tuvo que hacer una transfusión, pero ya había salido de peligro.

Dos días después tuve el extraño impulso de visitar a Allan Stevens en el hospital. Sal opinó que era un poco extraño, ya que las visitas hospitalarias eran asuntos para los familiares y los amigos íntimos, no para conocidos relativamente lejanos como nosotros. Sin embargo, insistí y fuimos aquella misma tarde.

Me sorprendió su aspecto. Aunque ya se había recuperado lo suficiente para estar sentado en la cama, parecía débil y un tanto indefenso, y en su mirada había una curiosa incertidumbre. Charlamos de vaguedades, y en especial de Mark y Helen. Como la mayoría de los sacerdotes, Stevens era muy amigo de los niños y siempre se acordaba de preguntar por ellos. Al entrar, la enfermera nos había advertido que no le fatigáramos, así que pronto nos pusimos en pie para marcharnos.

—Señora Read —dijo Allan Stevens—, ¿me disculpará si le pido hablar un momento en privado con su esposo?

—Naturalmente —dijo Sal—. Esperaré en el coche.

Se despidió del reverendo y salió de la sala. Allan Stevens miró cómo se alejaba, y a continuación me dijo que me acercara para que los demás enfermos y sus visitantes no pudieran escuchar lo que tenía que decirme.

—No he dejado de rezar para que viniera a verme —dijo, mirándome fijamente con los ojos entrecerrados y la expresión tensa. Supe que hablaba en serio—. Escuche, usted es la única persona a la que puedo hablar de esto con la confianza de que me entenderá. ¿Ha leído el diario de Sampson?

Asentí.

—¿Por completo?

—Sí.

—Entonces recordará lo que escribió los últimos meses…

—Desde luego. De hecho tenía intención de preguntarle por qué no mencionó esas anotaciones cuando hablamos por primera vez de Sampson y de su diario.

—Confieso que nunca lo había tomado en serio. Sin embargo, llevo dos días sin pensar en otra cosa más que en eso que escribió, y en la extraordinaria y aterradora

sensación que he encontrado en esa iglesia… Realmente extraordinaria y aterradora.

Su acostumbrada repetición de palabras conllevaba un énfasis inusitado, como si quisiera asegurarse de que yo tomaba sus palabras totalmente al pie de la letra.

Le miré interrogante mientras se recostaba en la cama visiblemente cansado por el esfuerzo de hablar. Tras una breve pausa volvió a inclinarse hacia delante.

—Estaba en la sacristía cuando de repente sentí esa…, esa… presencia. ¡Dios mío!, no sé de qué modo describirla. Era como una brisa helada, como un sutil vapor venenoso en el aire. No pude ver nada. Sólo percibí esa sensación escalofriante… —Hizo de nuevo una pausa, como si no supiera por dónde continuar. Su mirada vagaba por la pared que tenía enfrente—. Era como si hubiera algo en la sacristía, pero no sólo allí, sino en toda la iglesia… Salí a la nave y me atenazó la misma sensación… Era como si todo el edificio estuviera consumido por ese vapor.

—¿Y allí tampoco pudo ver nada?

—Nada. Era sólo una sensación. Pero le juro que no eran imaginaciones mías. Avancé por el pasillo y la sensación se hizo más intensa y más sobrecogedora. Una presencia absolutamente maligna. Me acerqué a la pila bautismal y ya no pude hacer nada más. El aire estaba vivo y vibraba con una especie de grito. Pero cuando creí que iba a caerme al suelo escuché de repente un ruido más sordo y pesado. —La mano del reverendo se asió de mi brazo—. Instintivamente di un paso atrás, y en ese instante cayó del techo una nube de piedras y polvo. Después, ya no recuerdo nada más hasta que desperté aquí.

Se recostó de nuevo en la almohada, respirando pesadamente y como si estuviera reviviendo los acontecimientos que acababa de explicarme. Yo seguí mirándole, incapaz de decir palabra y no muy seguro de si estaría en sus cabales. La voz de la monja interrumpió mis pensamientos. Me pidió que me fuera y, suavemente, me hizo salir. Al mirar atrás vi que la mirada del reverendo me seguía, desesperada. Stevens era un hombre asustado y necesitaba que le reconfortaran. Me maldije por no haberle dicho nada antes de salir, aunque todavía no me sentía seguro de comprender lo que acababa de decirme.

Fuera, en el coche, Sal advirtió que estaba conmocionado y me preguntó de qué habíamos hablado. Cuando se lo dije, se quedó callada, incapaz de responder, igual que me había sucedido a mí.

—Allan me ha jurado que aquello era tan real como que tú y yo estamos aquí sentados, y sin embargo no pudo ver nada. Nada en absoluto. No sé qué pensar de todo eso. No lo comprendo.

Regresamos lentamente y, cuando pasamos frente a la primera fila de apretadas

casitas que señalaba los límites de Steveley, yo ya había decidido que nos detendríamos a echar un vistazo a la iglesia. Frené delante de ésta y Sal se volvió hacia mí.

—Voy a investigar un poco ahí dentro —dije.

Ella suspiró y repuso:

—¿Lo dices en serio? Está oscuro y ahí dentro no habrá luz. Déjalo para mañana.

—Sólo quiero ver los daños. —Abrí la portezuela del coche y me volví a mirarla —. ¿Vienes o te quedas aquí?

—Voy contigo —respondió Sal bajando de un salto, como si prefiriera hacerlo antes de que le diese tiempo a cambiar de opinión.

Recorrimos juntos el largo sendero de grava hacia la puerta principal de la iglesia. La última vez que habíamos hecho aquel recorrido había sido cuando acudimos a aquel extraño servicio de vísperas. Y la vez anterior… Miré instintivamente hacia la tumba de Julian, pero quedaba fuera de la vista, envuelta por las largas sombras que producía la luna llena.

Tal como esperaba, la puerta de la iglesia estaba abierta. En cierta ocasión, el reverendo me contó que le gustaba dejarla sin cerrar por si alguien quería entrar a rezar o a meditar, o simplemente echar un vistazo. Entramos y nos quedamos un instante junto a la puerta observando las hileras de bancos, medio iluminadas por la luz azul grisácea que se filtraba por los ventanales. Todo estaba tranquilo y silencioso. Pasé la mano por la pared cercana buscando los interruptores de la luz, pues sabía que estaban allí. Los encontré y, tras varios intentos, conseguí iluminar la parte de la iglesia donde se levantaba la torre. Allí, detrás de la pila bautismal, apareció un montón de piedras rotas y restos de cemento y yeso que habían sido la causa del accidente de Allan Stevens. Me acerqué hasta allí casi esperando que sucediera algo, alguna presencia sobrecogedora como la que el párroco me había descrito. Sin embargo, no había nada. Me abrí paso por encima de los escombros y miré la torre por el agujero que se había abierto en el techo de la nave. Tampoco vi nada. Densas sombras envolvían incluso la parte inferior de la torre, y más allá todo estaba en una oscuridad absoluta.

Escuché un ruido a mi espalda y vi a Sal que escalaba el montón de escombros con aire nervioso.

—¿Qué estás haciendo? ¡Vámonos de una vez! —exclamó.

En el preciso instante en que hablaba, escuché un crujido, un levísimo sonido como de algo que se escabullera. Instintivamente dirigí la mirada a la torre. Agucé el oído y… ¡sí, ahí estaba otra vez! Sin embargo, mi oído fue incapaz de concretar si

venía de la torre o de la nave que tenía a mi espalda, o si, de alguna misteriosa manera, el sonido procedía de todas partes a la vez. Se me erizaron los cabellos de la nuca.

—¿Has oído eso, Sal?

—¿El qué?

—Ese sonido, como de algo arrastrándose.

—No, Michael. Salgamos de aquí —añadió con voz tensa—. No me gusta este lugar. Parece…, parece siniestro.

—Debe de haber sido el viento —murmuré—. O los ratones.

Sin embargo, no lo creía.

De pronto oímos abrirse la puerta de la iglesia y nos quedamos inmóviles unos segundos, como niños asustados. Era Tom Baldry, el sacristán. Baldry era un individuo escuálido, de estatura mediana y rostro chupado, consumido por el aire y el clima; su escaso cabello y su bigote apenas mostraban signos de canas, pese a que debía de rondar los setenta años. Con su llegada, la atmósfera de la iglesia dejó de parecer tan horripilante.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Baldry con aire enfadado.

—Venimos de ver al reverendo y hemos decidido detenernos un momento para ver los daños.

Baldry se aproximó a nosotros, bastante aliviado al parecer.

—Al ver las luces encendidas me he llevado un buen susto. Había atajado por el cementerio camino de…, bueno, del bar, ¿saben?, y creí que habría entrado algún gamberro.

Me disculpé por haberle sobresaltado y le dije que ya nos íbamos. Recordé el consejo de David Russell y, mientras nos acercábamos al sacristán, le pregunté:

—Debe de llevar usted un buen montón de años aquí, ¿verdad?

—Casi setenta —respondió él, con voz lisa y sin emoción.

—El reverendo nos ha hablado de un tal doctor Sampson que fue párroco de Steveley hasta 1905. ¿Sabe usted algo de él o conoce a alguien que pudiera hablarnos de ese hombre?

Tom caviló un momento antes de responder.

—Eso fue un poco antes de que yo llegara, pero hay un tipo que posee una de las granjas de Wyle Valley… Sí, su padre vive con él. Debe de tener más de ochenta años. El padre ya tenía la granja por aquel entonces, y ha vivido allí toda su vida. Supongo que conocería a ese doctor.

—¿Cómo se llama?

—Arthur Copesley. Es el dueño de la granja Downlands, la que tiene el silo grande y el granero nuevo.

—¡Ah, sí, le conozco!

Aquello era un favor inesperado que nos proporcionaba la noche. Si el anciano no estaba demasiado senil, cabía la posibilidad de que supiera decirnos algo sobre el doctor Sampson. Y Arthur Copesley era accesible, por lo menos.

Como Baldry no parecía demasiado irritado por nuestra intrusión, decidí aprovechar su presencia.

—Usted debía de estar aquí cuando murió John Soames. Cuando cayó del andamio.

—Sí, estaba aquí —respondió precavidamente, casi con suspicacia.

—Hay quien dice que le mataron.

Baldry me miró torciendo el rostro.

—Sí, hay quien lo dice. Pero yo no. ¿Quién hubiera querido matarle? Vamos a ver, ¿quién querría hacerlo?

—El agente Brown parece convencido de que fue un homicidio.

Baldry frunció el ceño.

—Nunca he comprendido por qué Brown está tan empeñado en esa historia. Tuvo ocasión de decir lo que pensaba durante la encuesta, y nadie tomó en serio su declaración. Habló muy convulsamente, según dijeron todos, y eso fue todo. No, yo no creo que le mataran. Aunque fue un asunto bastante extraño. En primer lugar, ¿qué estaba haciendo subido al andamio?

—¿No estaba enyesando la pared?

—No, señor. No era un hombre mañoso. Quizás estuviera echando un vistazo, pero desde luego no estaba trabajando en las reparaciones.

—¿Y no es una razón suficiente eso de echar un vistazo?

—¿A las seis de la mañana? Si apenas empezaba a amanecer…

Tom Baldry empezó a retroceder lentamente hacia la puerta y aguardó allí a que nosotros saliéramos. Evidentemente, no iba a decir nada más. Le dimos las buenas noches y volvimos al coche. Mientras recorríamos el sendero, las luces de la iglesia se apagaron y el edificio, oscuro y severo, quedó recortado contra el cielo aterciopelado.

Recogimos a los niños en casa de la señora Ogilvie, donde habían estado viendo la televisión. Cuando llegamos a casa y los niños se hubieron acostado, Sal preparó para cada uno un vaso de leche con cacao. Cuando ella y yo nos sentamos a tomarlo,

encontré el libro que me había traído David Russell, bajo un montón de periódicos y revistas. Realmente, me había olvidado de él hasta aquel mismo instante.

—Supongo que será mejor que le eche una mirada —dije.

—Parece ordinario y desagradable —contestó Sal al tiempo que levantaba la cabeza del periódico del día—. En los años treinta solía publicarse un montón de basura increíble. ¿Cómo se titula?

—*Monstruos y mitos de la Inglaterra rural*.

Sal se echó a reír.

—«Capítulo quince: El monstruo de Steveley», —leí en el índice.

—¿Quién es el autor?

—El doctor Wesley Wakefield —respondí.

Sal volvió a sonreír.

—Eso suena totalmente a seudónimo. Me pregunto qué clase de monstruo será.

—No lo sé. Todavía no lo he leído.

Sal decidió que se iba a la cama y me dejó a solas con el libro de Russell, descolorido y un tanto mohoso. Empecé a leerlo en una actitud mental bastante escéptica, totalmente dispuesto a considerarlo, igual que Sal, una muestra de espúreo sensacionalismo. Sin embargo, pronto empecé a cambiar de opinión. Quienquiera que fuese el autor, lo cierto era que había organizado bien su material y, tras la florida verborrea típica de su tiempo, creí detectar el sabor de una auténtica investigación en profundidad. Naturalmente, por la propia naturaleza del tema que trataba, el libro contenía pocas pruebas sólidas de las extrañas historias que relataba, pero el doctor Wakefield se había cuidado de buscar el mayor número de testigos presenciales que le había sido posible. El lector tenía que tomar el libro con fe, y recordé la frase de Allan Stevens: «Yo me ocupo de asuntos de fe».

El buen doctor empezaba el libro con las siguientes palabras: «Durante cierto tiempo he contemplado la posibilidad de dejar escrita para la posteridad una lista de todas las criaturas sobrenaturales que, según los mitos y leyendas, pueblan nuestra tierra.

»Al presentar este trabajo, soy consciente de que muchos abordarán sus páginas con tanta frivolidad como auténtica curiosidad intelectual. Sospecho que un tema como el presente engendrará siempre tales sentimientos en el hombre normal que no ha permitido que lo misterioso invada su ordenado mundo. Sin embargo, no quiero que el lector tenga la menor reserva mental. Publico estas páginas con el total convencimiento de que su contenido es cierto, no sólo para aquellos que han compartido su conocimiento conmigo, y de que es tan verdadero como cualquier texto

de física, biología, geografía o historia.

»Lo que expongo ante el lector es una recopilación de nuestra mayor fuente nacional de conocimiento: nuestra herencia rural. Aquí, entre los pliegues de nuestros campos, callado y humilde, existe un acervo de erudición que nuestros llamados intelectuales urbanos suelen despreciar con demasiada facilidad. Que nadie lo dude: los campesinos de nuestro gran país llevan en sus corazones y en sus mentes un tesoro de informaciones y datos relacionados con temas que resultan incomprensibles a sus hermanos de la ciudad, presuntamente más sofisticados.

»Y a continuación presento a ustedes una serie de historias verídicas que los habitantes de la Inglaterra rural han tenido la generosidad de revelarme. Ha sido el suyo un gesto desinteresado, pues yo no tenía qué darles a cambio, salvo mi profunda atención y mi humilde agradecimiento. Este libro está dedicado a todos ellos, y ruego que termine aquí su lectura quien no sea un devoto buscador de los más profundos misterios de nuestro mundo».

En la introducción resultaba evidente que el doctor Wakefield no se consideraba un sensacionalista. Me pregunté si yo entraría en la clasificación de «intelectuales urbanos» a los que tanto parecía despreciar. No obstante, lo que no cabía considerarme, con toda seguridad, era «un devoto buscador de los más profundos misterios de nuestro mundo», así que pasé rápidamente al capítulo quince para ver qué podía decirme el libro del «monstruo de Steveley».

«Como ya he indicado, son muchas las especies de monstruos que merodean por nuestras tierras, desde los supervivientes de tiempos prehistóricos hasta los horribles mutantes. Todos los casos que he expuesto hasta aquí están respaldados por declaraciones de testigos presenciales y bien documentados. Ahora, en cambio, entro en un mundo que hace que mi creyente corazón se encoja de horror. Sin embargo, permítanme asegurar que presento estas páginas a mis lectores con la misma sinceridad y convicción que he ofrecido en todos los casos que anteceden. No hay nada en mi relato que no me haya sido explicado con total sinceridad y que no haya escuchado con profunda atención.

»¿Cuántos de nosotros no habremos oído hablar de las obras de Satán? ¿Cuántos de nosotros no conoceremos sus perversas intenciones, o no habremos visto pruebas de su funesto poder sobre las almas humanas? Y, sin embargo, ¿no creía el lector, como yo mismo, que su impía forma —esto es, su manifestación física— estaba firmemente encerrada en las profundidades del Hades? ¿Que su cohorte de ángeles caídos estaba cautiva, como él mismo, en ese terrible lugar, según dejó inolvidablemente escrito el sublime Milton? La historia que ahora os relato es una

prueba más de la importancia de la tradición que forma parte de nuestra herencia rural. Pues esas buenas gentes han visto con sus propios ojos que Satán no está encadenado, sino que anda libre entre nosotros. Ésta es la revelación que los intelectuales urbanos nos querrían hacer despreciar ¡cuando nuestras propias almas están en juego!

»¡El Diablo está vivo! Recorre nuestra tierra. Los campesinos le han visto. Ellos lo saben, y este conocimiento hace que comprendan lo que significa guarecerse entre los brazos extendidos de la bondad divina. ¿Por qué si no está siempre llena a rebosar la iglesia parroquial, mientras las iglesias de nuestras más pobladas ciudades están vacías y abandonadas? Los campesinos no sólo están más cerca de Dios, sino que son conscientes de la perversidad del Archienemigo como ningún habitante de la ciudad puede valorar.

»Las buenas gentes de Steveley saben a qué me refiero. Este apacible pueblecito, que se levanta en el más adorable de nuestros condados rurales, ha visto el rostro terrible de Satán y conoce el horror de su presencia. ¿Por qué, preguntará el lector, ha optado el Diablo por entrar en nuestro mundo por un lugar como Steveley? ¿Por qué ha tomado sus humildes moradas como el ojo de la aguja por el que pasar el hilo de sus maléficos designios? Lo desconozco, pero sé con certeza que no es resultado de debilidad moral alguna por parte de la buena gente que allí vive. No, he pensado mucho en este asunto y, aunque no he encontrado una explicación clara, debo rechazar rotundamente la tan manida sugerencia de que el Diablo entra en nuestro mundo sólo a través de nuestras Sodomas y Gomorras. La gente de la que hablo no es menos piadosa que los demás, pero el Diablo ha elegido morar entre ellos.

»El monstruo de Steveley es un relato intrigante, pues tengo la convicción de que lo que llaman “el monstruo” no es ni más ni menos que el mismo Satán. He registrado cuatro apariciones distintas, independientes una de otra, y las cuatro han hecho una descripción idéntica (hecho que naturalmente les añade credibilidad). Se trata de una criatura semejante a un murciélago, pero mucho más grande que éstos. Sus dimensiones son más bien las de una gran ave como un águila ratonera o un milano real. Ninguno de los dibujos que se han hecho de esa criatura recoge con fidelidad su aspecto, según quienes la han visto, pero imagine el lector un murciélago gigantesco, con alas grandes y extendidas recorridas por unos músculos que terminan en unas garras afiladas y crueles. Su aspecto, insisto, es en todo el de un murciélago —un mutante, podría decirse— salvo la cabeza, que difiere ¡y cuánto!, de esas pequeñas criaturas inofensivas que revolotean en nuestros cielos nocturnos. Es la cabeza de Satán, negra y peluda, con sus ojos amarillos de aspecto felino y sus rizos lanudos

cubriéndole las puntiagudas orejas. Cuando este monstruo se mueve, lanza siseos y escupitajos como si los fuegos del Infierno estuvieran consumiendo su vientre, y cuando se posa en tierra lo hace lanzándose de repente, inesperadamente, y se arrastra sobre sus garras desgarrando y rompiendo, pues intenta destruir todo cuanto toca.

»Pero los hechos a los que me refiero se expresan mejor en las palabras de quienes han visto la criatura con sus propios ojos. Por ejemplo, pregunten a Bill Grainger, herrero local y hombre que asiste regularmente a la iglesia, qué extraña visión ha tenido. "Fue hace tres años", ha declarado el herrero. "Yo iba hacia mi casa, de vuelta de una feria. Era bastante tarde cuando pasé junto a la iglesia y alcé la mirada a la torre. Creo que fue un ruido el que atrajo mi atención, algo que rascaba o frotaba. Allí arriba, agarrada de la pared de la iglesia cerca de la torre, estaba esa gran criatura. Hubiera dicho que se trataba de un murciélago, pero era demasiado grande y, cuando batía las alas, no lo hacía como un murciélago. Al avanzar emitía un extraño sonido, como un siseo, y sus garras parecían rascar y desgarrar el muro exterior de la iglesia. La criatura desapareció tras una esquina de la torre, pero al hacerlo se volvió y vi su rostro. ¡Dios mío!, espero no volver a verlo jamás, pues era el rostro del diablo, tan cierto como si yo fuera un alma perdida en el tormento eterno y alzara la mirada desesperado".

»Le pedí al buen hombre que me hiciera una descripción del rostro de la criatura, y su respuesta fue la que he citado más arriba. No le parecía una descripción adecuada. "¿Cómo describir al diablo?", fueron sus palabras, y yo comprendo su exclamación. ¿Cómo puede alguien que ha contemplado el abismo comunicar a otro ser humano el terror que ha sentido, cuando se trata del misterio más insondable de nuestra existencia? Charlie Morton, Gordon Fielding y Joseph Steps abundan en esa opinión, pues ellos, hombres respetables, también han visto al monstruo de Steveley, y sus relatos concuerdan con el de Bill Grainger.

»Pero, preguntará el lector, ¿cómo sabe que se trata del propio Satán? Confieso que esta cuestión no puedo responderla con pruebas irrefutables. Quizás es uno de sus adeptos, uno de sus ángeles caídos o, simplemente un alma perdida que vaga por la tierra en perpetuo tormento. Pero si se trata del propio Satán, entonces nos hallamos frente a un oponente terrible, y no debemos perder un minuto si queremos evitar el inminente desastre. Recuerde el lector los sucesos que he mencionado en un capítulo anterior acaecidos en el norte de Francia, alrededor de la villa de Louvalle, o en Landsheim y su vecino Oberlandsheim, esos pueblecitos bávaros donde no se hizo caso de apariciones semejantes y que, poco tiempo después, padecieron grandes catástrofes. Louvalle fue arrasada por una terrible inundación que destruyó el pueblo

entero hasta el punto de no volver a ser reconstruido jamás, mientras que en Baviera la aparición fue seguida de una terrible peste que afligió a sus gentes con la aparición de unas pústulas malolientes que les causaban un terrible dolor durante cinco largos días antes de llevarles a la tumba. ¿Se abatirá sobre Steveley una calamidad semejante?

»Sólo conozco una salvación. Debe buscarse el lugar donde reposa el diablo y limpiarlo de su presencia. En este punto, resulta inapreciable el consejo del reverendísimo padre Fletcher. Él es, de todos los sacerdotes de esta tierra, el más experimentado en expulsar diablos. En efecto, el padre Fletcher ha estudiado exorcismos en todo el mundo, especialmente en Holanda y Alemania, donde la gente del pueblo no teme colaborar con el sacerdote en tales empresas. Según él, la gente del pueblo debe reunirse, conducida por su párroco, y buscar el cubil del diablo. Allí deben dejar objetos consagrados, como los cálices utilizados en la Eucaristía, y la Santa Biblia y la Cruz Procesional, y el sacerdote debe llevar consigo los Santos Sacramentos. Deben esperar hasta que la bestia regrese y, cuando lo haga, deben alzar los objetos sagrados y, mientras la mitad de los reunidos cantan o recitan las Letanías o la Súplica General, los restantes deben pedir que el diablo les abandone. Entonces se producirá una batalla entre el bien y el mal, y una cosa es segura: la lucha no estará exenta de peligros. Pero si alguien participa en el conflicto con un corazón que no sea absolutamente puro, que sepa que el suyo será un sacrificio, pues no abandonará el lugar con vida. El diablo puede reclamar como víctimas a los que tengan un corazón menos puro, pero si hay una sola alma lo bastante poderosa para contener su furia, entonces la victoria está asegurada. Por eso le digo al lector que antes de participar en esa batalla debe prepararse con buenas obras y con una asistencia continuada a la Casa del Señor. Sólo entonces puede esperarse la victoria, y sólo así pueden librar del Maligno sus casas y sus hijos.

»Pero antes de terminar mi historia sobre el monstruo de Steveley, sobre el diablo de Steveley, aquí viene la parte más terrible. Cuatro son las veces que se le ha visto, y solamente cuatro. ¡Y cada una de las apariciones ha tenido lugar en el recinto de la iglesia parroquial de Steveley! ¡Calculen lo que ello significa! Para mí, no hay duda. El diablo busca las almas de esas buenas gentes y conoce perfectamente dónde es mejor atacar. Pretende la muerte de todas ellas, y la gente de Steveley sabe lo que está en juego. El propio centro de su devoción a Dios está en peligro, ¡y con ello, sus almas!».

Aquello era todo. El doctor Wakefield escribía en capítulos cortos, con un estilo bastante melodramático, pensé. Con todo, algo me dijo que lo allí escrito era algo más

que sensacionalismo barato. Bajo sus palabras había una pizca de verdad, o quizá mucho más que eso. Cuando subía a acostarme decidí hablar de ello con Allan Stevens, y ver cuál era su opinión sobre el relato.

Transcurrió algún tiempo hasta que volví a encontrarme con Arthur Copesley, y en esta ocasión también tropecé con él por casualidad en el Red Lion, un día que me detuve allí a tomar algo de vuelta del trabajo. Copesley estaba sentado con otro individuo en una de las grandes mesas de roble, cerca de la chimenea. Cuando entré en el bar y le dirigí un saludo con la cabeza, el hombre me miró. Comprendí que ésa era la ocasión que buscaba y, en lugar de comprar unas cuantas botellas y llevármelas a casa, cambié de idea, pedí una pinta de cerveza y permanecí apoyado en la barra unos instantes, contemplando el fuego.

La conversación entre Copesley y el otro hombre terminó y jugué mis bazas.

—¿Le importa que me siente aquí? —le pregunté.

Ambos me miraron con aire de leve hostilidad, pero eran demasiado educados para oponerse abiertamente.

—Por supuesto que no —murmuró Copesley.

—Vaya accidente más desagradable ha tenido el párroco —dije yo mientras tomaba asiento.

Copesley asintió.

—Un asunto muy extraño —añadí.

—Deberían echar abajo esa iglesia y construir otra nueva en su lugar —dijo el amigo de Copesley.

—¿Y qué se ganaría con eso? —repuso éste.

El otro hombre no replicó y nos quedamos en silencio durante un breve instante.

—La última vez que nos vimos, hablamos de las muertes del doctor Sampson y de John Soames —dije yo—. Parece que por poco hay una tercera.

Arthur Copesley permaneció impasible en su asiento, con la mirada fija en las llamas del hogar.

—Es un poco extraño, ¿no? —proseguí.

—No estoy muy seguro de ello —dijo el otro hombre—. Cuando uno tiene una iglesia que se cae a pedazos, cabe esperar que alguno de esos pedazos le caiga encima.

—Sin embargo, el hecho de que la iglesia se encuentre en ese estado lamentable ya es extraño por sí mismo.

—Es un signo de los tiempos —murmuró el hombre al tiempo que miraba con

tristeza su vaso.

—Hace poco vi a Tom Baldry, señor Copesley. Él me dijo que su padre conoció al doctor Sampson.

Copesley me observó con mirada aviesa.

—Dudo que lo conociera bien. Probablemente sólo se daban los buenos días. Mi padre no era más que un muchacho entonces.

—Lo sé, pero es posible que sepa decirme algo acerca de Sampson.

—¿Algo como qué?

—Por lo que sé, su padre es una de las pocas personas aún vivas que puede saber algo de él por haberle conocido personalmente; él puede decirme qué clase de persona era, cómo se produjo su muerte, qué aspecto tenía los meses anteriores a su muerte. Hay quien dice que hacia el final de sus días se volvió muy excéntrico.

—Puede usted hablar con mi padre si quiere —contestó Copesley—. No veo ningún mal en ello. Sin embargo, dudo que pueda sacar gran cosa de él. Tiene ochenta y dos años, ¿sabe?, y su memoria ya no es lo que era. Además, no solía acudir a la iglesia regularmente.

—¿Su padre suele salir de casa?

—De vez en cuando le traigo aquí a que se tome media cerveza, pero casi siempre está en casa: lee el periódico, echa una cabezada, hace crucigramas… Cosas así. Conserva todavía todas sus facultades, pero no se aguanta demasiado bien sobre sus piernas.

—¿Le importa a usted si me acerco en algún momento a su casa para verle?

—Si lo desea… Mi padre está siempre allí.

Poco tiempo después de eso, llevamos a los niños de vacaciones al mar, durante una semana. El semestre de invierno había sido agotador y todos necesitábamos un descanso. Sal y yo hubiéramos preferido salir a escalar alguna montaña, pero cuando se tienen dos hijos de once y nueve años, respectivamente, las opciones se ven restringidas debido a sus limitaciones. Tomamos una habitación en un pequeño hotel —más bien una fonda, en realidad— y pasamos los días sentados en la playa (por fortuna el tiempo era cálido y seco, aunque el mar todavía estaba demasiado frío para bañarse en él) ayudando a Helen a construir complicados castillos de arena, estudiando los agujeros entre las rocas con Mark y jugando a la pelota. Naturalmente, a los niños les encantó, y Sal, que durante las semanas anteriores había empezado a parecer cansada y abatida, recuperó parte del color de sus mejillas y se sintió mucho

mejor. En cuanto a mí, encontré muy estimulante el cambio. Resueltamente, aparté de mi mente Steveley, aunque enviamos una postal a Allan Stevens, quien todavía no había sido dado de alta en el hospital.

Hacia el final de la semana, mientras Sal y yo estábamos solos en el hotel después de cenar, mi esposa me confió que no tenía muchas ganas de regresar.

—Hasta ahora no me había dado cuenta de lo cerrada que se ha vuelto nuestra vida. Hay algo sofocante en Steveley, algo casi opresivo. No es la vinculación del lugar con la muerte de Julian…, es algo más. Y tampoco tiene que ver con la fascinación que sientes por esa iglesia —añadió rápidamente. Tras una pausa, prosiguió—: Hace dos o tres semanas volví a tener uno de esos sueños. Fue esa noche que estabas de viaje para dar esa conferencia. No te dije nada, porque sólo habría conseguido preocuparte.

Le dirigí una torva mirada.

—¿El mismo sueño de las otras veces?

—Exactamente el mismo —asintió ella—. Hasta el menor detalle. La llana extensión de tierra yerma, el niño llorando y ese monstruoso objeto parecido a un insecto lanzándose hacia él. Y cuando yo trataba de moverme, me resultaba imposible.

—Es la tercera vez que tienes ese mismo sueño. ¿Se lo dijiste a Martin Stapleton?

Sal no lo había hecho, y me pregunté por qué razón había decidido contármelo ahora. La observé detenidamente. Su rostro expresaba confusión, incluso temor. Me recordaba intensamente mis dudas y ansiedades anteriores.

Le pregunté si quería que dejáramos Steveley, y contestó:

—Hace dos o tres meses te dije que no quería. Sin embargo, ahora pienso que si vuelvo a tener ese sueño…

Su voz se difuminó. Sal encogió los hombros.

—Si estás segura, no tienes más que decirlo y nos iremos. Quizá después de todo seamos gente de ciudad. Este cambio de casa no ha sido un éxito.

—No creo que se deba a que somos gente de ciudad. No estoy segura de que realmente lo seamos. A mí me encanta el campo, los pueblos pequeños. Y a ti también. Me encanta pasear sin oír el sonido de los coches y la gente. No. Tiene que ver con Steveley, y no es sólo porque Julian esté enterrado ahí. En ese pueblo hay algo… No sé cómo explicarlo, pero hay algo que no está bien. No es como debería ser. Siento como si todo ese lugar estuviese tan desmoronado y decadente como su iglesia. Es como un cadáver, como el niño de mi pesadilla.

—¿Crees que eso es lo que significa el sueño?

Sal movió la cabeza en gesto de negativa.

—No lo sé, pero la atmósfera allí resulta opresiva. Uno no descubre lo que un lugar le ha afectado hasta que sale de él. Quizá para ti sea distinto porque vas a menudo a la universidad y algunas veces sales de viaje, pero yo me paso la vida en el pueblo y puedo percibir que hay algo en él que no está bien.

—¿Quieres que compremos otro coche y así podrás salir más?

—¡Oh, Michael! —estalló ella con un asomo de exasperación—. Sabes tan bien como yo que esa no es la solución.

—Entonces, será mejor que nos vayamos.

—Hum… No lo sé. Si por lo menos pudiera tener la seguridad de que esos sueños no se repetirán… Eso es la mitad del problema.

Nunca, hasta aquel momento, me había dado cuenta de que Sal sentía tal aversión por Steveley. Siempre había imaginado que era a mí a quien más disgustaba el lugar. Y, sin embargo, siempre que surgía la cuestión del traslado, algo parecía retenernos en el pueblo. Siempre aplazábamos la decisión, encontrábamos razones para quedarnos o buscábamos el modo de no echarle la culpa al pueblo. Así se lo dije a Sal.

—Sí —asintió ella—. Yo también lo he notado. De todos modos, después de esto quizá nos sintamos mejor.

—Ya estamos otra vez —contesté yo, y ambos nos fundimos en una carcajada.

Si no nos hubiéramos echado a reír, quizá nos habríamos echado a temblar.

7

El domingo regresamos a casa y pasé la semana siguiente haciendo reparaciones en ella. Un día, a la hora del almuerzo, mientras Sal estaba de compras en la ciudad, me acerqué al Red Lion a tomar un bocadillo y una jarra de cerveza. En el local sólo se hallaba Tom Baldry, que estaba sentado en un rincón con aspecto de encontrarse bastante enfermo. Le saludé pero no se movió siquiera, tenía la cabeza apoyada en el ángulo de la pared y el brazo en la barra. Emitía unos quedos gemidos y cuando me volví para observar a Reg, éste se limitó a encoger los hombros y suspirar.

—Está así desde las doce y media. Ha entrado gruñendo y gimiendo, y se ha tomado ya cinco jarras.

—No es uno de tus borrachos habituales, ¿verdad?

—No, nunca lo había visto así.

Como para demostrar que se encontraba bien y que no estaba ebrio, Tom se incorporó, bajó tambaleándose del taburete y avanzó con paso incierto hasta una silla situada junto al hogar, donde continuó murmurando para sí.

Reg me sirvió la cerveza y dejó un momento la barra para prepararme un bocadillo en la parte trasera del bar. Cuando lo hizo, Tom se puso en pie y se lanzó hacia la barra. Tropezó con ella y se le cayó la jarra de las manos.

—¿Dónde está Reg? —dijo con voz arrastrada—. Ese viejo cerdo nunca está cuando uno le llama.

—No lo había visto nunca así, Tom.

—Y a mí nunca me habían tratado así. En todos mis años de servicio, jamás me habían tratado de este modo.

Me observó titubeante con unos ojos que no conseguían enfocarme bien pese a sus esfuerzos.

—¿A qué se refiere? —le pregunté—. ¿Quién le ha tratado mal?

—Nadie me cree. Todos me toman por un viejo estúpido —contestó eructando otra vez—. Sí, eso es lo que soy —añadió. Soltó una carcajada y luego masculló algo

que no entendí.

—¿Cómo ha dicho?

Baldry se acercó a mí y me susurró al oído:

—En ese cementerio sucede algo raro.

—¿A qué se refiere con eso de «raro»?

—Lo que digo —contestó él al tiempo que retrocedía hasta tomar asiento otra vez junto al fuego apagado. Después, alzó los ojos y añadió—: Es usted como los demás. No me cree. Llevo años y años trabajando en ese cementerio y lo conozco como la palma de mi mano. Y cuando digo que algo raro sucede allí, nadie me cree.

—¿Quién es el que no le cree?

Tom Baldry volvió a mirarme con aire hosco.

—Le he dicho al párroco una y otra vez que algo raro sucedía allí, pero no me hace caso. Dice que son imaginaciones mías. Ayer volvió a suceder algo y, cuando fui a decírselo al hospital, contestó que yo lo había imaginado. Pero no es cierto. Es él, que no me cree.

Recordé entonces la ocasión, varios meses antes, en que les había visto discutir a los dos. Me acordé de la despreocupación con que el párroco había tratado el asunto, y lo irritado que parecía estar Tom Baldry. ¿Habría estado hablándole de lo que creía que estaba sucediendo en el cementerio?

Reg volvió a la barra con mi bocadillo. Lo recogí y fui a sentarme junto a Tom, pero no era el momento de acercarse a él. Se levantó y pidió otra cerveza, haciendo caso omiso de las protestas de Reg, quien insistía en que ya había bebido bastante y que debía irse a casa. Finalmente, Tom Baldry pareció aceptar la situación y volvió a hundirse en su asiento. No dijo nada más y por último, a la una y media, se levantó y se dirigió hacia la puerta, tambaleándose.

—Como no lleve cuidado terminará en cualquier zanja de la calle —comentó Reg.

Sin embargo, yo ya me había puesto en pie. Había decidido seguirle e intentar descubrir qué era eso que el reverendo no quería creer pese a la insistencia de Tom.

Baldry tomó el sendero hacia la iglesia, pero no estaba en condiciones de seguir aquel camino estrecho y serpenteante. Le vi trastabillar inestablemente camino abajo, hasta que finalmente tropezó y cayó en la cuneta. Se puso a vociferar, pero no conseguí entender sus palabras. Corrí hasta él y vi que había hundido las posaderas en el espeso fango que llenaba el fondo de la cuneta. Si no hubiera acudido yo, allí se habría quedado toda la tarde, maldiciendo al cielo. Pareció sorprendido de verme y dejó de bramar. Le ayudé a ponerse en pie y me dio las gracias profusamente.

—Será mejor que le acompañe para que no le suceda nada —me ofrecí. Pese a sus

protestas, le ayudé a seguir adelante—. No es habitual verle a usted en este estado, Tom. ¿Tiene problemas en el trabajo?

Se detuvo de inmediato y me miró. De repente, pareció totalmente sobrio y sus ojos me dedicaron una penetrante mirada. Era como si estuviera valorándome. Por último, dijo:

—Venga. Se lo enseñaré —y empezó a caminar, un tanto inestable, hacia la iglesia. Le seguí.

Al llegar a la verja del cementerio, aguardó unos instantes a que le alcanzara antes de abrirla de un golpe y recorrer un estrecho pasaje que nos condujo a la parte más antigua del cementerio, separada de la parte principal por una fila de arbustos bajos y descuidados. Ahí, la hierba necesitaba una buena siega y las losas estaban desgastadas por el tiempo. Las tumbas no formaban líneas rectas como en la sección más reciente; era como si los sepultureros de la época hubieran clavado sus azadas donde más les placía.

Tom se quedó en medio del recinto, apartando con el pie las hierbas que rodeaban una de las losas. Yo permanecí junto al seto hasta que él me miró.

—¿Para qué me ha traído aquí? —pregunté.

Hasta aquel momento, el paseo no tenía sentido. Baldry me hizo un gesto con la mano pero, cuando llegué a su lado y miré el suelo a sus pies, seguí sin comprender qué intentaba mostrarme.

—¿Qué le parece eso? —exclamó.

—¿Qué? —pregunté yo. La situación parecía ligeramente ridícula.

—¡Eso! —añadió, al tiempo que señalaba una parte de las hierbas que estaba apartando.

Trazó una línea en el suelo con la punta del zapato, siguiendo lo que ahora me pareció un hoyo poco profundo.

—¿Ha cedido el suelo? —inquirí.

—Así es —afirmó él. Se detuvo y me miró fijamente.

—No comprendo qué significado tiene —dije fríamente, irritado por su misterioso comportamiento. ¿Por qué no se decidía a decirme de una vez lo que pensaba?

—¿Ha visto alguna vez una cosa más extraña?

Me fijé más atentamente en el hoyo. Era poco profundo, no más de ocho o diez centímetros, y tenía una anchura de unos veinticinco o treinta. Iba desde la base de una de las tumbas, que sobresalía formando un montículo, directamente hacia la siguiente. Ahora que Baldry lo mencionaba, reconocí que tenía algo de peculiar. La depresión del suelo unía sin confusión posible ambas tumbas.

Tom dio unos pasos hasta el extremo opuesto de la segunda tumba y volvió a indicarme que me acercara. Allí, en el lugar donde señalaba con el pie, había otro hoyo como el anterior. La siguiente tumba por aquel lado estaba a cierta distancia. Los dos juntos seguimos la depresión del terreno hasta que, sin ninguna razón aparente, ésta desaparecía por completo.

—¿Qué opina usted de esto? —preguntó Tom.

—¿Cuál es la causa? —repliqué.

Tom sacó del bolsillo de su abrigo una lata metálica vieja y gastada y empezó a liar un cigarrillo.

—El suelo ha cedido —dijo después de una pausa durante la cual yo me dediqué a inspeccionar cuidadosamente el surco.

—No sé cuál es la causa —dijo al fin—, y me sorprende lo recto que es, pero algo tiene que haber causado ese hundimiento. También puedo asegurarle que no lo ha hecho un topo, si era eso lo que estaba pensando.

En realidad, no se me había ocurrido aquella explicación, pero contesté:

—Es demasiado grande para ser obra de un topo, ¿verdad?

—Y demasiado recto —añadió—. No creo que lo haya hecho ningún animal de los que cavan madrigueras. Es demasiado recto, demasiado regular.

—¿No podría ser alguna vieja cañería de desagüe?

Tom no respondió y siguió dando caladas al cigarrillo. Me recordé a mí mismo que, aunque su hablar ya no era tan arrastrado, Tom Baldry seguía lejos de estar sobrio. Recorrí la depresión marcada en el suelo, que resultaba difícil de apreciar bajo las altas hierbas. No tenía ningún rastro especialmente notable. A un lado de la primera tumba que Tom había indicado, el hoyo se extendía unos tres o cuatro metros y luego desaparecía. Por el otro lado, llegaba hasta la tumba siguiente y descubrí que seguía hasta una tercera, más allá de la cual la depresión se hacía progresivamente menos profunda, hasta desaparecer finalmente. Tres tumbas quedaban unidas por el ahuecamiento del terreno, que continuaba hasta cierta distancia por cada lado. Eché una mirada a las losas que cubrían las tres tumbas, pero aunque pude reconocer algunas letras después de raspar el musgo que las cubría, no conseguí descifrar las suficientes para identificar el nombre de los que estaban enterrados en ellas, ni las fechas de sus respectivas muertes.

—¿Ha cavado aquí para ver si hay alguna tubería?

—Lo he intentado. Especialmente en el punto donde desaparece.

—¿Y bien?

—El reverendo no me ha dejado.

—¿Qué opina él de todo esto?

—No sabe qué decir. Según él, no hay razón para andar revolviendo por aquí. Cree que el hundimiento se debe al túnel de algún topo o a una antigua tubería, igual que usted. —Tom soltó una maldición y lanzó el cigarrillo al suelo—. Podría ser, pero no lo creo. Nadie recuerda que por aquí pasara tubería alguna.

Me arrodillé y arranqué un puñado de largos hierbajos.

—¿Cuándo advirtió ese surco?

—Hace unos cuatro meses, me parece. Pero puede que llevara aquí mucho más tiempo, porque no suelo venir mucho por esta parte. Sólo para segar las hierbas de vez en cuando, aunque en esta zona no crecen demasiado, así que no las corto y crecen lo suficiente para ocultar el hoyo. Ésta es la razón de que no lo haya descubierto antes.

—Entonces, ¿eso es todo? —pregunté.

—No —contestó Baldry—. Venga a ver.

Me condujo a la parte principal del camposanto y se encaminó hacia una de las esquinas.

—Mire eso —me dijo.

Allí se repetía una de aquellas extrañas depresiones del terreno, en línea recta y con una longitud de casi metro y medio. Parecía dirigirse hacia una tumba bastante nueva, pero no llegaba a alcanzarla. En la inscripción de la losa vi que la tumba no tenía más de dos años de antigüedad.

—Eso no estaba aquí hasta ayer —dijo Tom Baldry—. Bueno, puede que estuviera antes, pero hasta ayer no lo advertí, y puedo jurar que no lleva mucho tiempo ahí. Por eso se lo dije al párroco, pero no quiso creerme. Me dijo que estaba… —se interrumpió y permaneció un instante respirando apresuradamente—. Señor, me siento mal… —murmuró, y se ocultó rápidamente tras un árbol situado a unos metros de distancia. Le oí vomitar.

No tenía ninguna intención de hacer de enfermera, así que aguardé. Por fin, reapareció y me dijo con aire avergonzado:

—Me voy a casa.

Dio media vuelta y se alejó, caminando todavía con cierta vacilación. Le seguí con la mirada y pensé en lo que acababa de ver. Las depresiones de la parte antigua del cementerio llevaban allí por lo menos cuatro meses, mientras que en la zona nueva acababa de aparecer. No era un lapso de tiempo considerable en relación con el período que abarcaba el problema de la iglesia, pero pensé si aquellos extraños ahondamientos del terreno no serían la posible causa del desmoronamiento estructural

del edificio. En tal caso, ¿por qué no me había hablado de ellos Allan Stevens, cuya primera idea había sido la posibilidad de una explicación geológica? ¿Y por qué había discutido tan airadamente con Tom Baldry acerca de ellos?

Aunque había que tener en cuenta el ahondamiento de más reciente aparición, lo realmente interesante parecía estar en el viejo camposanto. Volví allí para observarlo de nuevo. No recordaba haber visto antes aquella parte del terreno, y cuando llegué a los setos que la rodeaban y miré hacia la iglesia, comprendí que siempre había supuesto que el seto marcaba los límites del cementerio, sin sospechar que se extendiera más allá. Aquella parte no estaba exactamente abandonada, pero la mayor parte de las lápidas estaban rotas o resquebrajadas, dando aspecto de descuido. Las pocas losas que todavía estaban en pie quedaban enlazadas por una lujuriante mata de enredaderas. Sus pequeñas hojas como de ortiga y sus flores de un rojo intenso emitían un desagradable aroma y parecían añadir un aire de putrefacción a la atmósfera general de pudrición.

No encontré una explicación clara para aquellas depresiones del terreno, pero al propio tiempo no las consideraba en modo alguno extraordinarias y, ciertamente, no compartía el aire de misterio que pretendía darles Tom Baldry. La explicación más plausible era que se hubiese hundido alguna cañería o canal de desagüe y, si así era, resultaba asimismo posible que la tierra no drenara bien el agua, causando con ello el desmenuzamiento del edificio.

Mientras estudiaba detenidamente este razonamiento, recordé otra vez las palabras del diario del doctor Sampson: «Ésta es una batalla entre las fuerzas de la luz y las de la oscuridad… y no cabe en ella la mera lógica humana». ¿Acaso me estaba apoyando demasiado fácilmente en una explicación racional? Y, sin embargo, ¿por qué no podía ser ésta la explicación lógica que había pasado desapercibida a tantos antes de mí? Al fin y al cabo, la pista estaba lo bastante oculta para que ni siquiera hubiesen sabido de su existencia. Quizá fuera a ser yo el afortunado que descubriera por casualidad la verdadera causa de todo el problema.

Unos días después visité a Allan Stevens y llevé conmigo el libro de Wakefield. El reverendo ya había salido para entonces del hospital y su ama de llaves me condujo a su despacho, donde estaba sentado ante su enorme escritorio. Cuando la mujer hubo cerrado la puerta, el reverendo sacó una jarra y un vaso.

—Sírvase usted mismo, por favor —dijo—. Y perdone que no me levante.

Stevens todavía iba vestido con un pijama y un batín por encima. Estaba más

delgado y parecía mucho más viejo que cuando le había visto en aquella misma estancia por última vez. Me acordé de la expresión atemorizada de sus ojos cuando le dejé en la sala del hospital. Ahora, sus movimientos eran rápidos y nerviosos, y cuando nuestras miradas se cruzaron, él apartó rápidamente la suya. Estaba sentado semiencogido en su butaca y no hizo ningún esfuerzo para ponerse más erguido.

—Estoy encantado de verle —dijo mientras yo me servía un trago de *whisky*—. ¿Cómo está usted? —añadió, con voz monótona.

Cuando le pregunté si de verdad se encontraba bien, encogió los hombros y no hizo caso de la pregunta.

—Un poco cansado —se limitó a responder, y eso fue todo.

—¿Ha vuelto a pensar en lo que percibió usted justo antes del accidente?

El reverendo bajó la mirada, evitando nuevamente la mía, y me pregunté por un instante si el recuerdo no le habría resultado demasiado doloroso, o si no habría cerrado su mente al mismo.

—En el hospital me dijo usted que había percibido una presencia en la iglesia. Dijo también que se había acercado a la torre y que allí la sensación había sido todavía más intensa. Eso fue justo antes del accidente, ¿lo recuerda?

—Sí, sí. Lo recuerdo —murmuró. En su voz hubo esta vez un rastro de irritación —. Casi no he pensado en otra cosa, pero me siento desconcertado. No sé cómo explicarlo. Muchas veces me he preguntado si no sería todo pura imaginación.

—¿Imaginación?

Casi a regañadientes, el párroco dijo en voz baja:

—Exacto. Quizás imaginé… algo que en realidad no existía. Pero no, no lo creo. No lo creo. Aquello estaba allí, seguro. No era un engaño de mi mente. Pero si aquello estaba realmente allí, yo no sabría decir exactamente… —Se encogió de hombros—. He intentado recordar todos los detalles, pero no estoy seguro. Quizá fueron imaginaciones mías. Supongo que podrían serlo…

—Usted me habló de las últimas anotaciones del diario de Sampson y de que nunca las había tomado en serio hasta ahora. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

Stevens todavía parecía inseguro de cómo expresarse.

—Yo… yo nunca había experimentado, nunca había sentido algo semejante. Y mucho menos, ¡Dios me libre!, en la casa de Dios.

—Dijo que había sentido la presencia de algo maléfico. ¿Podría describir eso más exactamente? Antes de nada, ¿por qué acudió a la iglesia?

Durante unos instantes, permaneció en silencio dando golpecitos con los dedos sobre el escritorio con aire de nerviosismo.

—Fui a la sacristía para anotar los datos de una boda en el libro correspondiente. Estaba en mi escritorio trabajando —los ojos del reverendo Stevens adoptaron una expresión helada, como si estuviera reviviendo los hechos—. De pronto, sentí una tremenda corriente de aire procedente de la iglesia. Me sorprendió porque hasta entonces nunca había sentido algo así en la sacristía, donde habitualmente se está muy abrigado. Me levanté y pasé a la iglesia para ver si había alguna puerta o ventana abiertas que pudiera ser la causa, pero no alcancé a ver nada fuera de lo normal. Seguía sintiendo la corriente de aire, que era como una intensa brisa, pero, cuando me encaminé hacia los peldaños de subida al coro y presbiterio, cesó de repente y advertí una especie de fría humedad que me envolvía de pies a cabeza. Mi corazón se puso a galopar, y todavía recuerdo la sensación de sus latidos desbocados. Avancé por el pasillo entre los bancos. No sé por qué, pero estaba aterrado. No veía ni oía nada. No había nada que pudiera alarmarme, salvo aquella extraña e incómoda sensación de que… —Se detuvo y echó una mirada a su alrededor como si buscara inspirarse—, de que estaba siendo observado. ¡Eso es! Como si estuviera siendo observado. Y entonces… —titubeó otra vez—, entonces el aire se puso a vibrar. No sé de qué otro modo describirlo. Me encaminé hacia la torre y mi cabeza…, mi cabeza pareció llena de aullidos. No sé por qué seguí caminando. De pronto hubo un sonoro rugido y…

Durante la descripción, el reverendo se había ido inclinando hacia delante en su butaca. Al llegar a ese punto, volvió a echarse hacia atrás. Apoyó sobre la superficie del escritorio una mano temblorosa. Hubo una larga pausa. Stevens parecía exhausto y me pregunté si habría sido conveniente hacerle contar de nuevo todo aquello. Por fin, continuó diciendo:

—Nunca creí que sentiría algo semejante en la casa de Dios. Era exactamente como había dicho Sampson: «Aquí, dentro de este sagrado recinto, están triunfando las fuerzas del mal».

Me miró en actitud desafiante y creí notar que deseaba que le siguiera haciendo preguntas.

—¿Las fuerzas del mal? ¿Triunfantes? ¿Cómo puede usted dar esa interpretación a lo que sucedió? ¿No habrá dejado que la imaginación se le vaya un poco de las manos?

El reverendo movió la cabeza en señal denegatoria y su tono se hizo insistente.

—Sé perfectamente lo que sentí.

—Entonces, ¿no pudo ser que…?

Sin embargo, él me cortó rápidamente y exclamó:

—¡Por primera vez en mi vida, sentí un terror profundo y absorbente! —Se llevó

las manos al rostro—. No sé si podré volver a entrar en ese lugar.

De repente, entendí en todo su significado lo que le había sucedido y comprendí por qué me había desafiado a seguir preguntándole: necesitaba contarle a alguien cómo había sido exactamente su experiencia. Era como si se repitiera punto por punto el episodio de la pérdida de fe en sí mismo que había sufrido Sampson. El pobre hombre se había aterrorizado hasta el punto, quizás, de no poder reemprender su labor pastoral. Igual que había dejado entrever Sampson en su diario, Allan Stevens también estaba a punto de presentar su renuncia.

—No tendría que reaccionar así —le dije—. Tiene usted que luchar. Tiene que volver a esa iglesia y convencerse de que no hay nada allí dentro.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —Tenía los ojos fijos en algún punto a mi espalda, que no pude determinar—. Usted no lo comprende. Yo creo en Dios, en el Padre amante y en Su Hijo, Redentor nuestro, y en el Espíritu Santo, la fuerza de Dios en el mundo. También creo en el poder del mal. Creo en Satanás como poder que hay que tener en cuenta y rechazar. Eso es lo que quería decir Sampson, que no se puede creer en uno sin el otro. Nuestra lucha es contra Satán y contra lo que él representa, es decir, la fuerza del mal en el mundo. Ese día, lo que encontré en la iglesia fue la encarnación del mal, y creo que lo mismo le sucedió a Sampson. Lo notable no es que me enfrentara a él. Lo realmente notable es que esa fuerza maligna haya sobrevivido con tal vigor, con tal fuerza tangible, en tierra sagrada. Y ello me lleva a poner en duda todo cuanto he mantenido durante mi vida.

—¿Y no podría estar usted confundido?

—No puedo aceptar eso. No puedo poner en duda que he sentido lo que he sentido. No puedo explicárselo con más claridad. No vi nada ni oí nada, ni toqué nada, pero estuve en presencia del mal, y por un instante quedé a su merced. Eso lo veo tan claro como que está usted sentado ahí enfrente.

Hubo un largo silencio. Noté que su estado de agitación no se calmaba y que todavía le quedaba algo por decir. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz tan baja que apenas conseguí entenderle, pero había en ella un tono de desesperación tal que me hizo poner toda la atención en no perderme una palabra.

—Quiero decirle una cosa más, Michael, que no podría explicarle a nadie más. A nadie en absoluto. Ni siquiera estoy seguro de por qué puedo decírsela a usted. Quizá sea porque somos amigos, pero no hasta el punto de que una revelación de esta naturaleza pueda suponer un estorbo.

Me pregunté adónde pretendía llegar.

—Creo que he fracasado como sacerdote —prosiguió—. No sólo porque he

sucumbido a la fuerza de ese mal en la ocasión que le he descrito, sino por otra cosa con la que he vivido durante mucho tiempo. ¿Sabe usted, Michael?, cuando estoy en esa iglesia no puedo comunicarme con Dios —sus ojos adoptaron una expresión de profundo dolor—. Si me pongo a rezar aquí, en la vicaría, o en cualquier otro lugar de la parroquia, puedo sentir Su presencia, puedo hablar con Él, y puedo oír lo que Él me dice. Sin embargo, en esa iglesia que también es Suya, donde Su presencia debería ser más manifiesta para mí, no siento nada. Nada.

Recordé la tarde en que Sal y yo habíamos asistido al servicio. No resultaba extraño que su voz pareciera monótona y carente de vitalidad. Me di cuenta de que ahora el reverendo acudía a mí en busca de consuelo, y me pregunté cómo podría dárselo.

—No creo que sea un fallo por su parte —le dije—. Quizá cuando está en esa iglesia se encuentra usted desconectado de su Dios… desconectado por la fuerza maligna que la ocupa. Quizás ahí esté la solución a todos los problemas, Allan. Quizás el desmoronamiento del edificio sea obra del diablo que está destruyéndola piedra a piedra.

El reverendo pareció animarse un poco con mis palabras.

—¿Eso cree usted? —preguntó.

—Bueno, es posible —contesté.

Sin embargo, me pregunté por qué iba a ocuparse el diablo en destruir una pequeña iglesia rural. Seguramente, podía encontrar un medio más efectivo para golpear a sus enemigos y para asegurar la presencia sin estorbos del reino del mal en el mundo. En cualquier caso, si lo que se proponía era demoler la iglesia, ¿por qué no lo hacía en un solo y espectacular acto de aniquilación, en lugar de causar su derrumbamiento poco a poco, en el transcurso de un siglo, como mínimo?

Saqué del bolsillo el ejemplar de *Monstruos y mitos de la Inglaterra rural*.

—¿Conoce usted este libro? —le pregunté.

—¿De qué se trata? ¡Ah, el libro de Wakefield! Sí, lo he releído recientemente. Muy recientemente.

—Habla de la posesión diabólica de la iglesia de Todas las Ánimas.

—Bueno, no creo que esa criatura en forma de murciélago de la que habla tenga ningún tipo de relación con el tipo de experiencia que he vivido. No me tomo ese libro demasiado en serio, ¿sabe?

—Podría ser otra manifestación de la misma cosa.

—Supongo que sí.

Su tono de voz era neutro, casi desinteresado, pero creí que debía seguir adelante.

—Aquí se habla un poco de expulsar al diablo. Una especie de exorcismo.

—Sí —dijo el reverendo—. No sé de dónde pudo sacar el autor toda esa basura. Aún hoy día existe un ritual establecido para el exorcismo, y no se parece en absoluto a las acciones que él sugiere. En la actualidad, ningún párroco en sus cabales haría el menor caso a esas tonterías. El exorcismo es una tarea para expertos.

—¿No merecería la pena intentarlo?

—Tendría que pedírselo al obispo, y después a la Sociedad para la Investigación Psíquica. Todas las confesiones religiosas recurren a ella. Sin embargo, es absurdo. ¿Cómo puede exorcizarse una iglesia, una casa de Dios? ¡Vaya!, si cada servicio religioso realizado en ella debería por sí solo exorcizar cualquier posible mal. Sí, cada servicio realizado en ella.

No pude seguir discutiendo ante el tono de derrota que se apreciaba en su voz. Aquel hombre roto y atemorizado era tan diferente del Allan Stevens que había conocido, que era como hablar con un desconocido… aunque un desconocido que había desnudado su alma ante mí. Hasta entonces, aunque preocupado por su iglesia y por su fe, había conseguido seguir fiel a su sacerdocio, a las actividades habituales de su vida cotidiana. Ahora parecía que le hubieran quitado todo aquello en lo que se apoyaba, y no parecía quedar nada de su personalidad anterior en su disposición de ánimo y en su manera de hablar. Deseé con todas mis fuerzas poder consolarle o sostenerle de alguna manera, pero no estaba en mi mano conseguirlo. Parecía muy cansado y absolutamente desanimado, por lo que decidí que sería mejor que me fuera. Le dije que tenía que irme y me dio las gracias por la visita, disculpándose por no poder acompañarme hasta la puerta.

Cuando ya salía de la estancia, me acordé del otro asunto que quería hablar con él.

—Tom me ha enseñado unos ahuecamientos del terreno que ha encontrado en el cementerio antiguo. ¿Qué cree usted que puede haberlos causado?

El reverendo me miró con aire burlón.

—¡Ah, eso! Túneles de topos, cañerías de desagüe o algo parecido.

Evidentemente, no estaba muy interesado por el tema. Insistí:

—Si el suelo se hunde en ese lugar a causa de, digamos, un mal sistema de drenaje, ¿no podría ser ésa la explicación del desmoronamiento de la iglesia?

—Ya se ha estudiado esa posibilidad, y puedo asegurarle que el desmoronamiento no tiene nada que ver con un mal drenaje.

Me sentí vencido. Stevens había echado por tierra todas mis sugerencias con la facilidad de un profesional que evaluara los inexpertos esfuerzos de un aprendiz.

Se dio cuenta de mi aire de frustración y pareció reconocer el efecto que su actitud

estaba teniendo en mí.

—No me tome por un desagradecido, pero debe usted darse cuenta de que llevo muchos años con esta investigación. Si le parezco algo descortés, es sólo porque ya he barajado antes todas esas ideas que menciona.

Puede que me sintiera vencido, pero aún así intenté encontrar otra línea de investigaciones que seguir.

—Dígame —insistí—, ¿dónde podría encontrar una lista de las personas enterradas en ese cementerio?

—Pregunte a Tom —replicó el reverendo en tono de hastío—. Él tiene toda la información.

Si llegó a sentir alguna curiosidad por mis motivos, no la manifestó.

—Gracias —dije finalmente—. Ahora me marcho, pero vendré a verlo pronto.

—Vuelva pronto —murmuró él, inclinándose hacia delante en su butaca con una repentina nota de urgencia en la voz—. Vuelva pronto. De lo contrario, quizá sea demasiado tarde.

8

El viernes por la tarde, decidí tomar el coche y visitar un par de iglesias de las mencionadas en el mapa de Soames. Quería saber por mí mismo qué tipo de profanación había tenido lugar, y quizá descubriera también una explicación para los símbolos que Soames había marcado.

Habiendo quince lugares para escoger, establecí una ruta que abarcara seis. No quería tener que visitarlas todas y, con suerte, una o dos bastarían para hacerme una idea de lo que había sucedido.

Al principio, pareció que la excursión iba a ser una pérdida de tiempo. En Abbotsford, el pueblo más cercano en el mapa, a unos cinco kilómetros de la universidad y al nordeste de Steveley, la iglesia estaba cerrada y, cuando conseguí encontrar la rectoría, no me contestó nadie. Seguí hasta Batlow Bridge. El párroco, un hombre joven, se mostró muy amable y dispuesto a colaborar, pero me dijo que había ocupado la parroquia apenas un par de meses antes y no sabía nada de actos de vandalismo o profanación. Le di las gracias y regresé al coche.

Fenbury, el siguiente pueblo de la lista, era una pequeña y pintoresca comunidad situada en la confluencia de dos riachuelos. En el extremo donde éstos se unían estaba el centro de la población, con su bar y sus tiendas rodeando un gran triángulo de césped.

Sal y yo habíamos llevado allí a los niños un fin de semana cuando todavía vivíamos en la ciudad. No había vuelto desde entonces y me embargó una oleada de nostalgia, pues era allí, a unos pasos de la carretera, donde Julian había pescado un pececillo en uno de los riachuelos. Recordé su excitación y volví a ver su carita feliz sobre la alta hierba mientras venía hacia nosotros agitando el bote de mermelada donde había guardado su captura. Parecía haber transcurrido un siglo pero, si nosotros habíamos cambiado, el pueblo y sus alrededores seguían casi cruelmente iguales. Recordé la cafetería donde habíamos tomado el té, y la tienda donde Julian había insistido en comprar caramelos para todos con su propio dinero. Entre los

pliegues de aquel pacífico pueblecito yacían recuerdos que creía olvidados pero que ahora volvían a asaltarme. Me habían sorprendido de improviso. Creía que ya me había recuperado del golpe, y en lugar de eso había caído de lleno en aquella trampa insospechada.

La iglesia quedaba a un lado del césped, dominando el grupo de casitas y extendiendo su vista sobre los campos, que semejaban una gran alfombra verde desenrollada sobre un suelo de suaves colinas. Igual que el pueblo, reflejaba el encanto bucólico de aquella hermosa zona. No tenía en absoluto los tonos sombríos de la iglesia de Steveley, sino que era clara y bien cuidada, como el modelo idealizado por un artista de una típica iglesia rural de Inglaterra, con su grácil verja en el cementerio, su línea de jóvenes robles y su camposanto, cuidadosamente atendido. Parecía increíble que allí pudiera haber algo malo. Detuve el coche y avancé plácidamente por el cementerio, buscando alguna pista de por qué aquella serena y adorable iglesia, entre todos los lugares del mundo, había sido anotada en una lista tan siniestra.

Entré en el edificio. La iglesia era clara y espaciosa, y limpia, con un aroma fresco y nada desagradable a muebles encerados mezclado con el olor de los ramos de flores silvestres desparramados por el coro y presbiterio y al pie del púlpito. Era un absoluto contraste con Todas las Ánimas. Mientras echaba una mirada de admiración a mi alrededor, escuché una puerta que se abría detrás de mí y me volví. Un sacerdote salía de lo que, evidentemente, era la sacristía.

—Buenos días —me saludó.

Era un hombre entrado en años con una expresión cansada que de vez en cuando parecía volver, repentina e inesperadamente, a la vida. Me atendió con paciencia mientras le hablaba de mi investigación y observó con interés el mapa que le enseñé como explicación.

—¿Dónde ha conseguido eso? —preguntó mientras me miraba fijamente.

—Del párroco de Steveley, Allan Stevens. Él me lo dio. Lo encontró en la colección de papeles que le dejó su predecesor, John Soames.

—Ah, sí, claro. —Era evidente que ya le había dicho lo necesario—. Conozco a Allan, naturalmente, y conocí bastante bien a John Soames. Éramos casi de la misma edad y pasamos días muy agradables juntos. Llegamos los dos aquí, a esta zona, quiero decir, casi al mismo tiempo. Era un hombre tan lleno de vigor y de energía… Aceptó Steveley cuando otros menos valientes que él habrían intentado evitarlo. Pero él nunca se acobardó. Su muerte fue una absoluta tragedia.

—¿Sabe usted algo acerca de lo que sucedió?

—No mucho —contestó el párroco lentamente—. Le encontraron muerto en su iglesia. Creo que hubo ciertas especulaciones en torno a la causa de la muerte, pero al final el forense decidió que había sido accidental.

—¿Tiene usted alguna razón para dudarlo?

Volvió a mirarme con la anterior expresión de leve suspicacia, teñida ahora con cierta incomprensión. Después, su rostro volvió a relajarse.

—No. Por lo que sé, fue un accidente. No tenía razones para dudarlo. —Seguía hablando lentamente, como si recordara el hecho y buscara alguna pista olvidada, enterrada en su memoria ya en declive—. No, realmente no recuerdo nada. Lo único que sé es que antes de su muerte estaba intentando descubrir qué estaba sucediendo con su iglesia. Se estaba cayendo, ¿sabe usted? Bueno, todavía sigue igual —añadió con una sonrisa, corrigiéndose.

—Escribió un artículo al respecto en un periódico.

—Sí, y hablaba muy a menudo de un párroco anterior, un tal doctor Sampson, que al parecer creía en la existencia de una explicación sobrenatural para el lamentable estado de su parroquia. Yo no pienso que John le creyera.

Volvió a comprobarlo, como si le hubiera asaltado un repentino recuerdo.

—Entonces, ¿por qué hizo este mapa?

—Sí. Me refería a que Soames no estaba de acuerdo con las teorías del doctor Sampson, pero se sentía profundamente preocupado de que en la localidad estuviera ocurriendo algo relacionado con las ciencias ocultas. Escuche, ¿por qué no me acompaña a la vicaría? Allí podemos hablar tranquilamente.

Mientras nos dirigíamos a su casa, le pregunté si realmente se había producido alguna profanación en su iglesia.

—¡Oh, sí! —contestó—. Fue un hecho que me alarmó mucho. La primera vez, recuerdo, fue en 1948. Yo llevaba muy poco tiempo aquí. Los autores abrieron una tumba recién excavada, sacaron el féretro de modo que quedó apoyado en uno de sus extremos y lo pintarrajearon, igual que las lápidas cercanas, con diversas marcas utilizando una pintura verde. Yo hice algunos dibujos de las marcas, que todavía conservo. Si lo desea, se los mostraré.

—Me gustaría mucho.

Le seguí, presintiendo que por fin había dado con algo útil.

—¿Se fijó usted si había algún surco en el suelo? —pregunté con un súbito impulso.

—¿Surcos?

—Depresiones, hundimiento del terreno. De unos veinte centímetros de ancho, y

extendiéndose de una sepultura a la siguiente.

El párroco movió la cabeza en señal de negativa.

—No, no había nada parecido. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque en Steveley hay algunos y me preguntaba si guardarían alguna relación con… con la profanación.

—No, yo diría que no —respondió.

Llegamos a la vicaría. Me hizo pasar a su despacho, se sentó tras su escritorio y sacó de un cajón una pequeña carpeta de piel de ante atada con un cordel. Deshizo el lazo de éste y abrió la carpeta, que contenía un fajo de papeles perfectamente ordenados. Hojeó el contenido hasta encontrar lo que buscaba.

—¡Aquí está! —dijo al tiempo que me mostraba el boceto que había dibujado. Los símbolos eran exactamente iguales a los del mapa de John Soames.

—¿Le enseñó esto a Soames? —pregunté.

—Sí, naturalmente. Él los copió para incluirlos en ese mapa.

—¿Por qué tenía tanto interés por las profanaciones?

—Soames estaba absolutamente convencido de que había una especie de secta de adoradores del diablo en esta zona. Y no le diría yo que no sea así, pues aquí sucede todo tipo de cosas extrañas. Las viejas tradiciones paganas tardan en desaparecer. Pero Soames también estaba seguro de que esa secta tenía más poder del que cabría esperar en un grupo de fanáticos, y creía que éstos ejercían un manifiesto poder maléfico en la localidad.

—Si era una secta local —intervine—, cabría esperar que hiciera algo más que una mera acción aislada en una fecha tan remota como 1948.

—Bueno, es que han habido otras profanaciones desde entonces. Una, aproximadamente diez años después de la primera. Otra, en agosto pasado.

—¿De verdad? ¿Y qué sucedió en éstas?

—Más o menos, lo mismo que en la primera. Los mismos actos, los mismos símbolos…

—¿Cómo reaccionó usted ante ello?

—Hablé con el obispo, naturalmente, y de acuerdo con sus instrucciones limpiamos los símbolos, arreglamos las sepulturas y luego dije la Conminación. Después, procedimos a rededicar, o resantificar, el suelo del camposanto.

—¿Qué es la Conminación?

—Es un viejo rito litúrgico del Libro de Oraciones del año 1662, en el cual el oficiante lee las imprecaciones que lanza Dios a quienes quebrantan Su ley y la llamada a todos los pecadores a arrepentirse en Nuestro Señor Jesucristo.

—Suena un poco primitivo.

—Supongo que así es, pero es lo que prescribe la Iglesia anglicana en estos casos. Naturalmente, también informé a la policía, pero no descubrieron a los culpables —el párroco suspiró e hizo una pequeña pausa—. La otra cosa que hice fue averiguar algo más sobre el culto satánico. La primera vez que tuvo lugar la profanación quedé muy afectado. Creo que incluso «asustado» sería una palabra más precisa. Quise saber algo más y leí algunos libros sobre el tema. Descubrí que John Soames tenía toda la razón al decir que los símbolos tenían un origen muy antiguo. Se los mostré a un amigo y él me los explicó. Son todos ellos parte de la identificación de un núcleo de adoradores del diablo.

Empezó a pasar el dedo por encima del mapa, trazando uno de los símbolos, y prosiguió:

—Este símbolo identifica al grupo, lo que nosotros llamaríamos una Iglesia. Este jeroglífico indica el objeto de su devoción, su amo inmediato en la jerarquía satánica. Estos diseños más pictóricos parecen representar los poderes poseídos por ese diablo, las fuerzas que puede desatar y que la secta reconoce. Por ejemplo, esta cabeza de dragón es para las pestes y enfermedades, y esa llama, como cabía esperar, simboliza el fuego del infierno. Estos símbolos se utilizan en los rituales de adoración, que son muy complicados y constan de actos como dibujar una marca llameante en el signo sobre el cual el amo desea obtener poder, y luego sacrificar un animal pequeño y verter su sangre sobre el símbolo.

Hizo una nueva pausa, como si se avergonzara de demostrar sus conocimientos y no estuviera seguro de cómo iba a reaccionar yo ante posteriores revelaciones. Me miró fijamente antes de proseguir:

—Por lo que he podido entender, el asunto funciona así: cada secta tiene su amo, un diablo como ya he dicho, y mediante la adoración de los adeptos ese diablo establece un puente que le permite entrar en nuestro mundo. Es como si así consiguiera crear un túnel infame por debajo de la cúpula protectora que normalmente nos rodea. El diablo se cuela por ella y trae consigo la peste o el mal que ellos hayan invocado. Su estancia en este mundo es breve. Después, el espíritu maléfico regresa al infierno, y el ciclo se repite.

—¿Con qué frecuencia se reúnen estas sectas?

—No tengo idea. Supongo que con regularidad —añadió al tiempo que extraía de la carpeta otro dibujo—. ¡Ah, sí!, éste es un dibujo que hice de la profanación del pasado agosto. ¿Ve ese símbolo? —preguntó al tiempo que me pasaba el papel—. Eso representa la matanza de los niños.

Se trataba del tridente con los fetos empalados en sus púas. Una náusea se apoderó de mí. Durante unos instantes me fue imposible hablar y me volví rápidamente para echar una mirada por la ventana del despacho hacia el césped perfectamente cuidado y, más allá, hacia la fila de árboles que señalaba la orilla opuesta del riachuelo. ¿Era posible que en el fondo de nuestro problema hubiera algo tan condenable y espantoso?

—¿Ha tenido usted alguna vez una prueba que sugiera que esos poderes son reales? —le pregunté al párroco.

—¿Se refiere a que si lo que supuestamente han invocado se ha cumplido en alguna ocasión?

Asentí.

—Lo difícil del asunto, según mi informador, es que estos cultos satánicos o actividades relacionadas con la brujería están muy extendidas dentro de una zona bastante pequeña. Como usted sabrá, varias iglesias de los alrededores han sufrido episodios de profanación y, si alguna vez llega a suceder algo, uno no puede estar seguro de qué grupo ha invocado algún poder, y cuál exactamente. Además, muchos de sus encantamientos son tan vagos y generales que siempre resulta probable que se produzca un hecho de los mencionados en el encantamiento en alguno de los pueblos, por la mera ley de las probabilidades. Sin embargo, hay un par de hechos que resultan extraños.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, la destrucción mediante el fuego. En el pueblo de Haleyford, uno de los quince apuntados en el mapa, se produjo un terrible incendio apenas dos días después de una de esas ceremonias. Y en Latchford, un hombre sin identificar fue hallado ahorcado en un bosquecillo. Fue un asesinato, no un suicidio, y la policía nunca resolvió el caso.

—¿Y en ambos casos fueron las sectas locales las que habían invocado esos poderes?

—Así lo cree mi amigo.

—¿No le alarma a usted que alguno de sus feligreses pueda estar involucrado?

El párroco hizo una pausa. Parecía tener dificultades para encontrar las palabras adecuadas.

—No me ha entendido usted. Todos esos actos no necesitan ser realizados por seres humanos vivos, ni siquiera por seres humanos sin más calificativos. Puede tratarse de rituales celebrados por los muertos o por algún demonio atrapado en este mundo, que por alguna razón no puede escapar y regresar al infierno.

—¿Se refiere usted a que los muertos pueden levantarse de sus tumbas? —pregunté mientras me apartaba de la ventana y me situaba de pie detrás de mi butaca.

—No pensaba en algo tan drástico. Sólo hablaba del poder de los muertos. Con eso bastaría. En las ceremonias paganas, suele evocarse a los difuntos para que aconsejen o fortalezcan a los vivos. Sólo es preciso establecer un único vínculo entre los vivos y los muertos para que se forme el canal a través del cual este poder de los muertos puede actuar sobre la tierra.

—No le comprendo.

—Aquí está el cielo, aquí el infierno, y aquí, entre ambos, está la tierra. —El párroco dibujó con el dedo tres círculos en la superficie de la mesa que teníamos delante—. Yo me lo imagino así: el poder del amor eterno de Dios nos llega por intercesión de Su Hijo, Jesucristo. Es él, en su forma terrenal, quien nos proporciona el puente necesario hasta el amor de Dios. Fue Su única y casi fugaz existencia física sobre la tierra lo que ha permitido al amor de Dios entrar en el mundo y dar sentido y esperanza a nuestra existencia. Este puente es renovado y estimulado cada día por aquellos que buscan seguir el mensaje divino. Sin embargo, aquí está la otra parte del triángulo, el puente que une el infierno y la tierra. Y para que el poder del diablo se imponga, también él debe tener un mensajero. De hecho, como no tiene un hijo, un verdadero Anticristo, ha de tener varios, pues el poder de éstos es menor. Entonces, el diablo necesita tener un vínculo entre sí mismo y sus mensajeros, algo que tienda un puente entre su mundo y el nuestro de modo que sus poderes no se disipen en el vacío, como sucedería al amor divino de no haberse producido la intercesión de Jesucristo. Más aún, el poder del diablo debe ser renovado mediante las oraciones de sus seguidores, sean vivos o muertos. Pero antes debe existir ese puente o canal que los conecte. Algo mediante lo cual pueda realizarse la comunicación.

—Pero ¿qué podría ser eso?

—¡Ah!, bien, si lo supiera usted, tendría la respuesta al enigma. Sólo cabe especular.

—Entonces, ¿qué especula usted que pueda ser?

—Algunos creen que un Fausto, un hombre o mujer que vende su alma al diablo. Quizá. —Se encogió de hombros. El párroco hablaba ahora lenta y prudentemente—. Opino que no es necesario ser tan melodramático.

—¿Podría ser una iglesia? ¿Una iglesia ruinosa, en pleno desmoronamiento?

El párroco me miró un poco sorprendido.

—¿Se refiere a Todas las Ánimas? Quizá, pero considero más probable que sea un ser vivo o que haya tenido vida. Supongo que el desmoronamiento sería un efecto, no

la causa. —Tras una pausa, añadió—: Eso, siempre que no tenga una explicación más natural.

Sopesé lo que acababa de oír. No sabía si hacerle caso. ¿Qué tipo de ser podía tender un puente sobre el abismo que separa a los vivos de los muertos y proporcionar el poder con que mantener aquel interminable ritual que convocaba a los demonios del infierno?

—¿Puede uno tomarse en serio todo eso?

—No lo sé. Es uno de los misterios de este mundo, que siempre parece surgir en triángulos y círculos. No tienen principio ni tienen final, y en ello se fundamenta su misterio y su fascinación. Han edificado en sí mismos una lucha intemporal de fuerza y contrafuerza sin principio y sin final. Algunos son ciertos y otros falsos. Algunos están respaldados por siglos de fe, otros carecen de pruebas irrefutables. Si estuviéramos seguros de que el hombre ahorcado fue objeto del odio de una secta determinada, o si el incendio del pueblo de Haleyford fuera un ritual dirigido contra él, entonces… —Su voz se apagó.

Pensé en Julian y en el tridente con los fetos. Desde la primera vez que habíamos hablado de aquel símbolo, había sentido crecer en mi interior una extraña tensión. Ahora, me así al respaldo de la butaca apretando las manos hasta que tuve los nudillos blancos. La cabeza empezó a darme vueltas. Solté las manos y regresé a la ventana.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el párroco—. Espero no haber dicho nada que le haya trastornado.

—Mi hijo murió el año pasado…, o fue asesinado. Sucedió en Steveley, a la sombra de esa iglesia.

—Lo lamento mucho.

—Eso que acaba de contarme abre una perspectiva horrorosa. «La matanza de los niños», ha dicho usted.

—Bueno, no debe permitir que esa tontería le trastorne. Estoy seguro de que no existe relación. Recuerde lo que le he dicho sobre la ley de probabilidades.

—Sí, pero en todo esto hay algo que me hiela la sangre. No lo comprendo, y tengo miedo. Nada de esto tiene sentido y no sé si es por mí o…

—Quizá debería detener sus investigaciones.

—Esto es un favor que le hago a Allan Stevens. Parece extraño, pero lo cierto es que ahora no puedo detenerme. Quizá debería estar buscando al asesino de mi hijo.

El hombre cloqueó e hizo algunos aspavientos. Era hora de irse.

Cuando salía, recordé un párrafo de la colección de papeles que el reverendo Stevens me había dado. Se trataba de un escrito anónimo pero la caligrafía parecía

similar a la de John Soames. Apenas resultaba legible y, si realmente era de Soames, había sido escrita sólo cuatro días antes de su muerte. ¿Por qué habría surgido de nuevo, inopinadamente, en mi recuerdo?

«Soy como el insecto que se apresura sobre el desierto. Percibo extraños diseños, extrañas formas, y me detengo a estudiarlas de cerca. Nunca he sospechado el veneno oculto tras el diseño brillante hasta que mis huesos crujen en las mandíbulas de la bestia. Es demasiado tarde entonces para decir que no había necesidad de interrumpir el viaje, por atractiva que fuera la diversión. ¡Qué precio tan terrible se ha de pagar! Como la hormiga que corre a toda prisa y sólo ve el siguiente cristal de azúcar, yo siento que avanzo a ciegas, tambaleándome, hacia la trampa. Y los restos de quienes me precedieron no me advierten, sino que me instan a seguir adelante».

9

El miércoles siguiente acudí a la universidad para dar una clase, pero a mediodía, viendo que no tenía más compromisos durante el resto de la jornada, decidí llevarme a casa el trabajo que tenía pendiente. Era un cálido día primaveral y, en la plaza que flanqueaba la facultad, observé una concentración de estudiantes con pancartas que exigían el fin de los recortes presupuestarios en educación. De repente, sentí que me asaltaba una oleada de intensa excitación. El ruido de la manifestación, la sensación de urgencia que se notaba tras ella, el cálido sol de primavera, el canto de un zorzal en el árbol cercano…, todo parecía conjuntarse para ofrecer una sensación de vida renovada, algo que no recordaba haber apreciado durante los meses anteriores. Más exactamente, desde aquel día en que había luchado por hacer caso omiso del resurgir de la vida. Sin embargo, ahora no había modo de pasarlo por alto. Como tan a menudo me había venido sucediendo, la imagen de mi hijo Julian acudió a mi recuerdo, pero yo también tenía que seguir viviendo. El invierno estaba llegando a su fin, y con él debía terminar mi compromiso con aquel absurdo asunto de Steveley. Tenía que llegar a una conclusión, y rápidamente. ¿Cómo había podido permitir que mis morbosas fantasías me arrastraran tan profundamente a aquel penoso y deprimente asunto? (Y, pese a todo, supe que no había tenido más remedio que hacerlo).

Me dirigí hacia mi coche y decidí visitar al señor Copesley para ver qué podía contarme de unos hechos sucedidos setenta años atrás, y que ahora quizás sólo estaban registrados en sus recuerdos.

Así pues, emprendí el regreso a casa por Wyle Valley, siguiendo una sinuosa carretera local que se abría paso a través de pequeños pueblecitos muy parecidos a Steveley. Junto a la carretera, ora a un lado, ora al otro, corría un riachuelo que atravesaba unos lozanos pastos primero, y después algunas arboledas. Más adelante, los pueblos que iba dejando atrás parecían pequeños diamantes negros esparcidos por el verde reluciente de los campos. A mi alrededor se alzaban suaves laderas que

conducían a grandes pastos de hierba corta que incontables rebaños de ganado se encargaban de segar. El angosto valle era diferente de la zona de Steveley: todo parecía más pequeño, más apretado, como si fuera un pequeño enclave que el tiempo hubiera dejado fuera de su camino. Allí donde los horizontes de Steveley eran grandes llanuras desnudas amoldadas a las exigencias de la agricultura moderna, el Wyle Valley sólo tenía colinas bajas que se inclinaban hacia las demás, cerrándose sobre sí mismas.

Por fin llegué a la granja Downlands. Al detenerme en el patio aprecié un fuerte olor a estiércol y aceite de tractor (aromas que nunca había podido conciliar con mi idílica visión mental del trabajo agrícola). Vi a una mujer, a la cual tomé por la señora Copesley, que salía del sombrío y robusto edificio. Llevaba en las manos dos grandes cubos y, al verme descender del coche, se detuvo. Avancé entre los charcos del patio y la llamé para explicarle la razón de mi visita, y ella me condujo hacia una puerta que llevaba a la cocina.

No estaba preparado para lo que encontré en el interior. Desde fuera, había esperado ver una cocina rústica y sencilla. En cambio, descubrí todo el equipamiento moderno habitual en las ciudades, que parecía incongruente con la estancia, cuyo suelo estaba formado por grandes losas. La cocina era luminosa y llena de colores, las superficies relucían como si fueran nuevas y los utensilios de cobre brillaban al ser iluminados por el sol. En medio de todo ello, patéticamente fuera de lugar, hundido en una vieja mecedora como símbolo de una época ya pasada, estaba la figura frágil y débil del anciano señor Copesley.

—Tienes una visita, papá —dijo la señora Copesley.

El anciano levantó un instante una mano temblorosa, pero su rostro no mostró la menor señal de interés. Me descorazoné, convencido de que las esperanzas de sacarle algún dato eran inexistentes.

—No le entretenga demasiado —me recomendó la mujer—. Se cansa mucho. Tampoco espere gran cosa de él. Conserva una buena memoria, pero le cuesta mucho tiempo responder.

Di las gracias a la mujer y me senté junto al anciano mientras ella salía para seguir dando de comer a las gallinas.

El señor Copesley respondió bien a mis primeras preguntas. Le pregunté si recordaba algo de su infancia en Steveley, y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Yo era un buen pillastre entonces —confesó.

—¿Iba usted a la iglesia?

—En esos tiempos todos teníamos que ir, ¿sabe? —Su expresión se había hecho más seria—. Todos los domingos, nos bañaban antes de llevarnos a la iglesia.

—¿Y a qué iglesia iba?

—A la que está junto a la carretera.

—¿En Steveley?

—Exacto.

La conversación era dolorosamente lenta pero, al menos, parecía coherente.

—¿Recuerda usted al párroco de entonces?

Por un instante, los ojos del anciano parecieron quedarse en blanco. Luego respondió:

—Bueno, en mis años mozos hubo varios párrocos. Venían y se iban y nunca se quedaban mucho tiempo.

—¿Recuerda a un tal doctor Sampson?

Sí, el anciano recordaba al tal señor Sampson, pero entonces él no tenía más de siete u ocho años. Recordaba a un hombre de aspecto bastante atemorizador que golpeaba el púlpito al predicar y que en la escuela dominical llevaba una vara que utilizaba para señalar en el encerado o para darles en la cabeza a los perezosos.

Le recordé la muerte de Sampson y le pregunté si se acordaba del día en que sucedió.

—Hubo un gran alboroto en el pueblo. Yo estaba entonces en la escuela. Otro de los maestros entró en el aula y le susurró algo al nuestro. No quería que lo oyéramos pero yo estaba en la primera fila y escuché muy bien lo que decía. Se había descubierto el cuerpo del doctor Sampson fuera de la iglesia.

—¿Supo usted cuál había sido la causa de la muerte?

—Nadie llegó a saberla nunca.

La voz del anciano se difuminaba, cada vez más débil, y su respiración se hacía manifiestamente más agitada.

—Hubo quien dijo que fue un accidente, y otros afirmaron que fue un asesinato —comenté, deseando estimular su memoria antes de que fuera demasiado tarde.

—Recuerdo el domingo anterior a su muerte. Estaba predicando el sermón y de repente se detuvo. Se llevó las manos a la cabeza y nos dijo que nuestra parroquia estaba en manos de Satán y que nosotros estábamos en poder del mismísimo diablo. Luego salió corriendo de la iglesia, y sólo se le vio otra vez antes de su muerte. —Me incliné hacia delante para captar sus débiles palabras—. Fue en el cementerio viejo. Estaba excavando en las tumbas del cementerio viejo. Mi padre lo vio.

La señora Copesley ya estaba de regreso. Era hora de que me fuera. El anciano estaba visiblemente agotado y les di las gracias a ambos antes de irme.

Mientras conducía de vuelta a casa, pasaron por mi mente un cúmulo de

posibilidades. ¿Por qué se había dedicado el doctor Sampson a excavar las tumbas? ¿Había descubierto también aquellos extraños hundimientos del suelo? ¿Qué antigüedad tenían? ¿Cuál sería la conexión que el doctor Sampson había creído ver entre el desmoronamiento de la iglesia y aquel siniestro camposanto? ¿Qué papel ocupaba en todo aquello la figura de Satán? Si bien todas aquellas cuestiones quedaban sin respuesta, por lo menos ahora apreciaba que estaba siguiendo exactamente las investigaciones que había realizado el propio Sampson.

Decidí ir a ver a Tom Baldry, el sacristán, y regresé directamente a Steveley. No estaba en su casa pero lo encontré en la iglesia, atareado con unas pequeñas reparaciones en uno de los bancos. Yo debía presentar un aspecto agitado, pues me miró con aire burlón durante unos segundos antes de acceder a dejarme ver el registro de enterramientos de la parroquia y un plano de las distintas zonas del cementerio. Se puso a rebuscar en unos grandes cajones de un enorme armario de la sacristía y tardó un buen rato en encontrar lo que buscaba.

—Aquí está el plano del cementerio, que muestra dónde está enterrada cada persona con especificación de las fechas de nacimiento y fallecimiento de cada una.

—¿Le importa si me lo llevo un momento a la parte vieja del cementerio?

A Tom Baldry no pareció agradarle mucho la idea, pero accedió, recordando quizá que, por lo menos, yo no me había reído de sus observaciones.

Salí de la iglesia y me dirigí al cementerio viejo. Todavía era de día, pero unas tupidas nubes habían cubierto el sol y el cielo grisáceo intensificaba la sensación de horrible lobreguez que parecía cernerse sobre el suelo carente de vida. Nada se movía y hasta los árboles y arbustos parecían reflejar a qué se dedicaba aquel tenebroso lugar. Sentí la necesidad de acabar cuanto antes mi inspección, y marcharme rápidamente.

La disposición de las tumbas era tan irregular que no fue difícil localizar cada una de ellas. Había en total entre treinta y cuarenta. La más antigua llevaba fecha de 1798, y la más reciente databa de 1859. Antes le había preguntado a Baldry por qué no había ninguna con fecha anterior a 1798, pero el sacristán se había limitado a encogerse de hombros.

Ahora era posible determinar, mediante los registros parroquiales, quién estaba enterrado en cada lugar, aunque las lápidas estuvieran gastadas por el paso del tiempo. Mi preocupación más inmediata fue descubrir a quiénes pertenecían los restos de las tumbas unidas, aparentemente, por aquellos extraños surcos del suelo. Eran tres tumbas en total. La primera pertenecía a una tal Molly Dell. Aquella tumba parecía ser el punto de origen de los surcos, pues allí eran más profundos. El registro apuntaba

que la tal Molly Dell había nacido el 3 de enero de 1778 y que había muerto el 4 de enero de 1843. La siguiente tumba pertenecía a Sarah James, nacida el 16 de marzo de 1840 y fallecida el 12 de mayo de 1843. La última de las tres tumbas pertenecía a Emma Knightly, nacida el 30 de septiembre de 1816 y fallecida el 12 de diciembre de 1844. El surco desaparecía después a medio camino entre su tumba y la perteneciente a Charles Pettigrew, quien había nacido el 4 de agosto de 1793 y había muerto el 15 de marzo de 1847. Me pregunté si sería mera coincidencia que la más antigua de aquellas tumbas hubiera sido excavada precisamente seis meses antes del primer desmoronamiento registrado de parte de la iglesia.

Regresé a ésta y devolví los registros al viejo Tom.

—¿Es posible encontrar más datos acerca de esas personas? —le pregunté.

—Aquí en la iglesia no hay nada más.

Tom Baldry había terminado lo que estaba haciendo en la iglesia, así que salimos y recorrimos juntos el sendero hasta la verja. Recordé entonces la conversación con el anciano señor Copesley y le pregunté a Baldry:

—¿Es posible que esos surcos hayan estado ahí desde hace muchísimo tiempo?

El sacristán volvió la mirada hacia mí y, por segunda vez aquel día, me observó con aire perplejo.

—¿Podría ser que se remontaran a hace más de setenta años, pongamos?

Preguntaba aquello pensando en los tiempos del doctor Sampson.

—No hay modo de saberlo.

—¿No cree usted que los habría advertido antes si llevaran ahí ese tiempo?

Baldry se encogió de hombros.

Pensé en ir a visitar al reverendo Stevens. Ya hacía cierto tiempo que no le veía y recordé su súplica de que no dejara transcurrir mucho tiempo antes de visitarle otra vez. Dejé a Baldry, que se alejó paseando hacia su casa, y atajé por el patio de la iglesia, cruzando la verja hacia la vicaría. Mientras me dirigía hacia ella, una teoría iba tomando forma lentamente en mi cerebro.

El ama de llaves de Allan Stevens abrió la puerta. Estaba a medio amasar y se limpió las manos con un trapo. Le pedí ver al párroco y la mujer me condujo hasta su despacho.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté.

—Está mucho mejor —respondió ella—. ¡Oh, sí, mucho mejor!

Me pregunté si el ama de llaves habría adquirido la misma costumbre de repetir frases que el párroco.

El reverendo me recibió efusivamente.

—Estoy encantado de verle. Por favor, tome asiento. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias. ¿Y usted, qué tal se encuentra?

—¡Ah, mucho mejor! Parece que he podido sacudirme de encima la depresión, de lo cual me alegro mucho.

Realmente, era un hombre absolutamente distinto al que había visto la última vez, un hombre atemorizado y enfermo. Tenía el rostro más lleno y las mejillas menos pálidas. Mientras conversábamos, pensé en lo extraordinaria que es la mente humana. Sin duda, la angustia de espíritu que había apreciado en mi anterior visita todavía estaba presente, pero de algún modo Allan Stevens había conseguido enterrarla en su subconsciente, de modo que, al menos en público, le permitía recuperar su carácter normal de hombre activo y un tanto despistado. Le vi profundamente preocupado quizá, pero capaz todavía de llevar a cabo su labor con dedicación y entusiasmo.

—He estado haciendo planes para una fiesta campestre —me dijo—. Servirá para sacar fondos para las reparaciones, ¿sabe? Me pregunto si no podría usted colaborar, encargándose de una caseta, quizá.

—¿Cuándo será?

—El sábado, dentro de tres semanas.

—Es un poco precipitado, ¿no cree?

—Sí, pero necesitaremos el dinero muy pronto. Además, a veces las cosas preparadas apresuradamente resultan mucho mejor que las estudiadas durante largo tiempo.

—Quizás esté fuera ese día —murmuré.

—Bueno, está bien —contestó—. Está bien.

Parecía tomárselo con bastante tranquilidad. Quizás estaba acostumbrado a ver rechazadas tales peticiones, y casi parecía contento, incluso.

—Bueno, Michael —dijo a continuación—. ¿Qué le trae por aquí?

—¿Recuerda que la última vez que estuve aquí le dije que había estado hablando con Tom Baldry y que me había enseñado unos extraños hundimientos en el cementerio viejo? —Al ver que el reverendo asentía, continué—: Esta tarde le he pedido que me enseñara el plano del cementerio y he hecho dos descubrimientos. El primero, que la línea de surcos se inicia en la tumba de una mujer llamada Molly Dell, que murió el 4 de enero de 1843, justo seis meses antes de la primera noticia registrada de signos de desmoronamiento en la iglesia. El segundo, que la línea de surcos pasa a través de unas tumbas excavadas en enero de 1843, en mayo de 1843 y, por último, en 1844 y 1847. Es decir, consecutivas. Entre una fecha y la siguiente no aparece registrado ningún enterramiento más. Eso parece indicar un número de fallecimientos,

o al menos de entierros, muy reducido en el Steveley de esa época.

—Sí, claro. Entonces Steveley era un pueblo muy pequeño. Sí, muy pequeño. ¿Y qué conclusión saca usted de esos descubrimientos?

—Bien, desde luego no son tuberías de desagüe hundidas. El plano del cementerio no muestra que se colocara ninguna. Tampoco pueden ser resultado de la acción de algún animal zapador, pues son demasiado rectos y su tamaño es demasiado grande. Muestran una dirección clara, y casi parecen haber sido hechos con un propósito determinado. No estoy seguro de saber qué significa todo eso, pero el viejo cementerio debe contener alguna pista para resolver su problema. La última vez que Sampson fue visto con vida estaba excavando en esas tumbas.

Por primera vez, el reverendo Stevens pareció realmente sorprendido.

—¿Excavando en las tumbas?

Asentí.

—Eso es imposible. ¿Quién se lo ha dicho?

Le conté al reverendo mi encuentro con el anciano señor Copesley.

—Es cierto que en esa época Copesley debía de ser un niño —dijo con aire pensativo—. ¡Pero eso de excavar tumbas! ¿Está usted totalmente seguro de que fueron esas sus palabras?

No dije nada, pero asentí lentamente, intentando adivinar por su agitada actitud qué ideas estarían pasándole por la cabeza.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué estaría excavando en esas tumbas el doctor Sampson? ¡Vaya, si eso es una profanación! Si alguien le hubiera descubierto, se habría visto envuelto en un lío terrible. Sampson debía de estar loco. Totalmente loco.

Hizo una pausa y movió la cabeza en un gesto de negativa antes de proseguir:

—Aunque supongo que eso concuerda con el resto de su comportamiento por esa época, y con las anotaciones del diario.

—También puede ser parte del asunto.

—¿A qué se refiere? —preguntó Stevens.

—Se envía a ese hombre a hacerse cargo de la parroquia con instrucciones de detener el declive espiritual de la misma. Sampson es un erudito, con una mentalidad clara y lógica, y busca una explicación racional para el desmoronamiento material, y quizás incluso social, de la zona. Al cabo de seis años todavía no lo ha conseguido. Llega a la conclusión de que sus métodos están equivocados pero no tiene idea de qué otro camino emprender para conseguir su objetivo y cumplir la tarea encomendada. Entonces sucede algo…, ve algo quizás, en el cementerio viejo. Y eso lo cambia todo para él.

—¿Qué es eso que ve?

—Depende de cuánto deje usted volar su imaginación, Allan. —Hice una pausa para aclararme la voz y añadí—: ¿Cree usted en el culto al demonio?

—¿Se refiere a si creo que exista? Sí, por supuesto.

—Creo que había una historia de cultos demoníacos en la región, y que Sampson descubrió lo que sucedía. Los seguidores de ese culto debieron de asesinarle para asegurarse de que el secreto seguiría guardado. Y lo mismo debió de suceder con John Soames unos cincuenta años más tarde.

—¿Cómo ha llegado usted a esa conclusión?

—No tengo muchas pruebas. Sólo el mapa de Soames, esos surcos en el cementerio, y el hecho de que Sampson fuera visto con vida por última vez mientras excavaba en esas tumbas. Los surcos debían de tener algún significado como parte de un ritual pagano, un ritual que utilizaba los huesos de los muertos. Quizá Sampson se puso a excavar en las tumbas para proteger los restos.

—Eso es increíble, Michael. Totalmente increíble. Quiero decir que quizás había alguna secta de adoradores del diablo, pero dudo de que eso hubiera llevado al doctor Sampson a cavar en esas tumbas. Ningún sacerdote lo permitiría, y mucho menos lo haría él mismo. Tampoco puedo creer que ello diera lugar a un asesinato. Ya le he dicho alguna vez que es fácil apartarse de lo verdaderamente importante si uno se interesa excesivamente en esos viejos cultos paganos. En cualquier caso, aunque todo lo que dice fuera cierto, ¿cómo se explicaría el desmoronamiento de la iglesia?

Permanecimos en silencio unos instantes. Ni siquiera estaba seguro de creer del todo mis propias explicaciones. Quise recordarle a Stevens su propia experiencia en la iglesia, pero sospeché por su expresión de preocupación que seguramente ya estaba recordándola, y con todo detalle.

—¿Qué se propone hacer ahora? —me preguntó por fin.

—Quiero descubrir todo lo que pueda sobre las personas enterradas en esas tumbas. También quiero saber algo más sobre el culto al demonio. ¡Ah!, no crea que voy a dejarme absorber por el tema o a perder demasiado tiempo en él. No obstante, quiero saber algo más sobre los ritos que se utilizan, qué se proponen conseguir y hasta qué punto lo logran, etcétera. ¿Puede darme alguna idea?

Allan se encogió de hombros y sonrió.

—Creo que será problemático descubrir gran cosa acerca de los ocupantes de esas tumbas. Ello demuestra lo nimio e insignificante de nuestro paso por la tierra. Apenas un siglo después de nuestra muerte, no queda de la mayoría de nosotros otra cosa que un nombre en una lápida. Naturalmente, si alguna de esas personas consiguió alguna

notoriedad en vida, su nombre aparecerá en los periódicos locales de la época, aunque no estoy seguro de cuántos ejemplares habrán sobrevivido, especialmente tratándose de fechas tan remotas. Sin embargo, si quiere intentarlo, el registro del pueblo contiene ejemplares de todos los periódicos que todavía existen. En cuanto a los detalles de los cultos demoníacos, sigo pensando que desperdicia usted sus fuerzas, aunque quizá sea interesante comprobar si en los periódicos antiguos existe alguna referencia a actividades de ese tipo en el pueblo. Sí, puede ser muy interesante.

Me puse en pie y el reverendo me acompañó hasta la puerta. Cuando extendí la mano para abrir, me asió del brazo.

—Escuche, Michael, considero muy difícil de aceptar lo que acaba de contarme y, sin embargo, lo creo posible. Pensaré en el asunto. Nuestro mundo es más misterioso de lo que queremos imaginar. Quizá yo siempre haya sospechado algo de lo que ahora sugiere usted, pero sigo necesitando más tiempo y más pruebas concretas.

Parecerá que con estas investigaciones estaba descuidando mi trabajo universitario pero, aunque estaba retrasándome un poco en un proyecto en concreto, hasta el momento me las había arreglado para mantenerme perfectamente al corriente y pude encontrar un hueco al día siguiente para visitar el registro civil del condado, donde solicité ver varios ejemplares del semanario local, desde el año 1843.

Por pura suerte, resultó que aún existía un gran número de ejemplares pertenecientes a la primera parte del año. Tras un rápido vistazo a los mismos, el único asunto de interés que pude encontrar fue la confirmación de las observaciones de Soames respecto a que el primer desmoronamiento de la iglesia de que había constancia había tenido lugar el 18 de junio de 1843. Así que decidí volver al primer número del año y repasar cada ejemplar párrafo por párrafo.

El segundo número de enero traía la muerte de Molly Dell. Me sorprendió ver que el fallecimiento de la mujer no sólo estaba en la habitual sección de «nacimientos, bodas y defunciones», sino que había también un pequeño artículo al respecto en una de las páginas interiores. Decía como sigue:

«El 8 de enero tuvo lugar en la iglesia parroquial de Steveley el funeral por el alma de la señorita Molly Dell. La sencilla ceremonia fue celebrada por el reverendo doctor Sayersby, quien añadió a las oraciones habituales las palabras, “y que encuentre en la muerte la paz que le fue negada en vida”. Con esta despedida, los restos fueron entregados a la tierra. Hace ya bastantes años que la desgraciada señorita Molly Dell obtuvo una inmerecida notoriedad con el sobrenombre de “la bruja de Steveley”. Fue

sobre todo su aspecto físico tan poco atractivo lo que dio pie a unas afirmaciones calumniosas e infundadas respecto a su conducta. Incluso después de que, hace un par de años, se demostrara que tales calumnias no eran más que una muestra de hipocresía medieval, muchos habitantes del pueblo, para su sempiterna vergüenza, siguieron sin aceptarla plenamente en la vida de la comunidad. Su muerte pone triste término a un tema muy desagradable, y todos los buenos cristianos deben hacerse eco de las compasivas palabras pronunciadas por el reverendo Sayersby».

No pude por menos que preguntarme de qué la habrían acusado, y cuál debía ser su aspecto físico para dar lugar a las calumnias que se mencionaban. Seguí hojeando los números siguientes del semanario pero no encontré nada de interés salvo una breve mención del entierro de Sarah James, el 16 de mayo. Decidí que lo mejor sería volver atrás, a números anteriores a aquel año, con la esperanza de que algún artículo aparecido previamente pudiera arrojar alguna luz sobre lo que acababa de leer.

Me afané todo el día en el registro, sin éxito. Hacia las cinco y media, hora de cierre de la oficina, estaba extenuado. La bibliotecaria se acercó a mí y se sentó.

—¿Ha tenido suerte?

—En absoluto —respondí, al tiempo que me frotaba los ojos.

El detenido repaso a aquella minúscula letra de imprenta me había producido dolor de cabeza, y sólo ahora que empezaba a relajarme advertí una oleada de cansancio.

—¿Puedo preguntarle qué anda buscando?

—Al principio, buscaba en realidad alguna mención a cultos satánicos o actos de brujería. Lo único que he encontrado ha sido algo de una tal Molly Dell, que fue enterrada en Steveley en enero de 1843. El artículo indica que fue acusada de brujería, pero más tarde se demostró su inocencia. Esperaba encontrar algo más al respecto.

—¿Se refiere a que el caso fue llevado a los tribunales?

—Bueno, lo supongo —contesté—. En realidad no lo sé.

Busqué de nuevo el artículo sobre el funeral y se lo enseñé. La bibliotecaria permaneció pensativa unos instantes.

—Sí, ya veo a qué se refiere. Pero parece bastante extraño que una bruja fuera llevada a los tribunales en el siglo pasado. Seguramente, en ese tiempo no se celebraban juicios de ese tipo. Creo recordar que el último que hubo en Inglaterra fue a principios del siglo dieciocho.

—Probablemente tenga usted razón —asentí.

—Quizá no se trató en absoluto de un juicio. Quizá sospecharon de ella como autora de algún delito pero después capturaron al verdadero responsable y quedó libre

de toda culpa.

Tomé en consideración la sugerencia. Parecía posible.

—O quizás —añadí— se estaba juzgando a alguien y la defensa intentó hacer recaer la culpa en Molly Dell, quien tenía fama de bruja en el lugar. ¿Hay algún registro de los juicios celebrados en esa época?

—Desde luego —asintió la bibliotecaria—. Si desea usted volver mañana hacia las once, los tendré preparados. ¿Desde qué año quiere empezar a buscar?

—Supongo que podría empezar a fines de 1840. Y dado que la información de los periódicos de esa época era casi inexistente, será cuestión de rebuscar poco a poco en todos los documentos posibles.

Y eso fue exactamente lo que tuve que hacer. A la mañana siguiente volví al registro durante una hora, pero no encontré nada. Volví a intentarlo el día siguiente que tuve libre. Por fin, di con lo que andaba buscando. Lo que leí resultaba muy sorprendente.

El nombre de Molly Dell aparecía brevemente en el resumen del juicio contra Rufus Whiteleafe, un joven peón agrícola. El hombre había sido acusado de asesinato. Al principio, la acusación se limitaba al asesinato de su amante. Whiteleafe había sido descubierto en el instante de descuartizarla y enterrarla en uno de los bosques cercanos. No había defensa posible, pues le habían sorprendido *in fraganti*, pero ya en el juicio había sido acusado de otros siete asesinatos por resolver. Al parecer, esas siete personas habían sido dadas por desaparecidas, sin que nunca más se supiera de ellas, y se presumía que habían sido asesinadas. El joven peón era, evidentemente, el principal sospechoso. Al principio, había negado los cargos pero, por alguna razón, había retirado después su alegación de inocencia y había confesado su culpabilidad en todos los asesinatos. Después de aquello, no había mucho más que decir.

Antes de pronunciar la sentencia de muerte, el juez alababa el trabajo de la policía y concluía las observaciones finales con estas palabras:

«En los primeros días de este juicio he recibido un sorprendente documento en forma de lo que creo se denomina “recogida de firmas”. Firmado por un par de decenas de personalidades locales, el documento proponía ofrecer una defensa al acusado Rufus Whiteleafe atribuyendo sus crímenes a una tal señorita Molly Dell, apodada “la bruja de Steveley”, de quien se sospechaba que dirigía un culto dedicado a prácticas sacrílegas y obscenas. Resulta sorprendente que en esta era moderna de conocimientos científicos todavía alberguemos entre nosotros a personas de mente tan débil que lleguen a acusar a una pobre criatura indefensa de unos hechos terribles y realizados en nombre del diablo. Y que lo hagan simplemente, al parecer, debido a su

desafortunado aspecto físico. No somos nosotros quienes podamos juzgar las razones que tuvo Dios para tratarla así, pero tampoco somos nadie para condenarla por ello. Espero que este juicio ponga fin, de una vez por todas, a las infundadas acusaciones medievales de brujería que se han vertido contra ella. El acto de comer carne humana es una abominación mucho peor que el mero hecho de asesinar, a los ojos de Dios. Quienes han acusado a Molly Dell de tal sacrilegio verán ahora sus perversas e infundadas sospechas manifestadas abiertamente en cuanto de hipocresía tienen. Al condenar a muerte al desdichado que tengo ante mí, espero poner fin para siempre a las perversas acusaciones vertidas contra la señorita Dell».

Cabía presumir que Rufus Whiteleafe fue ejecutado, aunque el registro del tribunal no dejaba constancia del hecho, y Molly Dell quedó absuelta de la acusación de haber tenido relaciones sexuales con el diablo. Sin embargo, leyendo y releyendo las actas del tribunal, una cosa quedaba patente: la policía nunca había encontrado los cuerpos de las siete personas cuyas muertes habían sido añadidas a la primera acusación de asesinato. Rufus Whiteleafe fue incapaz de decir lo que había hecho con ellas, ni siquiera cuando fue sometido a interrogatorio. Lo único que supo decir fue que lo había olvidado, hecho que la defensa intentó en vano utilizar para conseguir que Rufus fuera declarado demente.

Todo aquello resultaba decididamente extraño y me estrujé el cerebro para intentar explicármelo. ¿Y si aquellas otras siete personas habían desaparecido —habían muerto — como resultado de actos de brujería o de rituales satánicos o algo parecido? Si los responsables eran personas influyentes, ¿no era posible que vieran en Whiteleafe un adecuado chivo expiatorio? Ya que le iban a colgar por una muerte, lo mismo daba que le ajusticiaran por siete muertes más, desviando así la atención de los auténticos responsables. ¿Una conspiración para pervertir el tribunal de justicia? En efecto, y no sería la primera en la historia legal del país, eso desde luego.

Molly Dell había muerto poco después del juicio, y el asunto había terminado allí. Acusada en vida de haber comido carne humana y de haber tenido relaciones con el diablo, había sido enterrada sin embargo con otras almas cristianas en el cementerio de la iglesia de Steveley. ¿Cuál debió de ser su aspecto físico? Ninguno de los documentos que había leído daban la menor indicación al respecto, aunque era evidente que debió de ser muy sorprendente. Probablemente, nunca llegaría a saberse la razón concreta de que la gente del pueblo la acusara de aquellos hechos.

Aquella tarde, de vuelta a Steveley por la carretera estrecha y sinuosa próxima al pueblo, con la torre de la iglesia alzándose en la distancia sobre una arboleda no muy alta, me permití una fantasía. Supuse que Molly Dell había sido verdaderamente una

bruja, y que realmente había tenido trato carnal con el diablo. Pese a ello, había sido enterrada en un cementerio cristiano. ¿Podía ser aquélla la pista definitiva que necesitaba para explicar por qué la iglesia de Todas las Ánimas de Steveley era un lugar de culto al diablo?

10

Aquella tarde, cuando llegué a casa, me sentí muy contento. Ciertamente, no había resuelto el misterio, pero al menos había descubierto qué estaba buscando y, además, contaba con una nueva teoría para explicar el enigma de Steveley.

Habitualmente, cuando abría la puerta de casa, Sal me daba la bienvenida, aunque fuera sólo una palabra desde alguna de las habitaciones. Esta vez, sin embargo, no escuché más que silencio. Me sorprendió y me preocupó un poco, pues no me había dicho que fuera a salir. Quizás había ido a buscar a Helen a la clase de danza… pero no. Faltaba todavía más de media hora para que la clase terminara. Entonces escuché un ruido en la cocina.

Sal estaba allí.

—Hola, querida —le dije—. ¿No me has oído entrar?

Me acerqué a ella para darle un beso.

—Claro que te he oído —respondió ella con frialdad, dando un paso para evitar mi caricia.

—¿Qué te sucede, querida? —pregunté.

—Me sorprende que te des cuenta de que sucede algo —replicó ella.

No supe qué contestar. Al cabo de un momento se dio la vuelta y me dijo con voz furiosa:

—Hace días que ni siquiera me miras. Y creo que te has olvidado por completo de que tienes unos hijos. Pareces totalmente obsesionado, y estoy hasta las narices. Me gustaría no haber venido nunca aquí. ¡Me gustaría no haber oído hablar siquiera de Steveley!

Me quedé boquiabierto, anonadado por su repentino ataque de cólera. No dije nada porque no supe qué responderle.

—¡No te comprendo, Michael! —Siguió ella, con un tono de voz desacostumbradamente agudo—. Hasta ahora nunca te habías interesado por las viejas iglesias, así que ¿a qué viene tanto interés por ésta? Nunca has sido una persona

practicante, así que ¿por qué pasas tanto tiempo con el párroco? Ya no hablas más que de surcos, cementerios y…, y brujerías y cultos demoníacos. Cualquiera diría que estás embrujado. —Se echó a reír sin ganas—. Eso es: ¡estás embrujado! Por eso pasas más tiempo fuera de la casa que dentro. Por eso no piensas más que en esa maldita iglesia. ¡Por eso parece que ya no formes parte de la familia! —Dio media vuelta, me miró y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas—. No puedo soportarlo más, ¿me oyes? ¡No puedo soportarlo!

Salió apresuradamente de la cocina entre sollozos y se derrumbó sobre el sofá del salón.

Fui tras ella e intenté consolarla y disculparme. Tenía razón, por supuesto, y era verdad que había descuidado mi familia y mi trabajo. No creía que estuviera embrujado, pero realmente me había obsesionado con la iglesia de Steveley y su misterio.

—Con sinceridad, Sal, ni yo mismo me lo explico. Esa iglesia parece haberse convertido en parte de mi vida, y no sé por qué. ¿Sabes que la has llamado «esa maldita iglesia»? Pues bien, quizá sea ésa la razón. Creo que realmente está maldita y quizá lo que afecta a la iglesia también esté afectándome a mí.

Sal se echó a reír, al borde de la histeria.

—Perdona a mi marido… Está maldito, ¿sabes? Se contagió de una iglesia.

—¡Basta, Sal! ¡Ya está bien! —La tomé entre mis brazos—. Escucha, querida, estaba diciendo una tontería, pero tienes razón. He pasado demasiado tiempo con ese asunto y os he descuidado a ti y a los niños. Voy a corregirme. No te prometo que lo deje definitivamente porque realmente se ha convertido en parte de mí y porque, además, estoy convencido de que estoy a punto de resolver el misterio. Sin embargo, no dejaré que me obsesione así. No permitiré que absorba todo mi tiempo.

Por dentro, noté que mi mente estaba en contradicción con mis palabras, pues sabía que, a pesar de todo, seguiría con mis investigaciones. Algo más poderoso que mi voluntad me llevaba inexorable y terriblemente a ello, y no podía resistirme. Al propio tiempo, me sentía verdaderamente preocupado por Sal y su evidente infelicidad.

Ahora ya estaba más calmada.

—Pero no me dejes sola todo el rato —suplicó—. Lo lamento, cariño. No quería montar una escena, pero no he podido evitarlo. Hoy me sentía especialmente irritable, supongo. Además, este mediodía Mark ha venido a casa diciendo no sé qué tonterías acerca del Templo del Aire Libre y yo…

—¿El qué?

—El Templo del Aire Libre. Es una especie de secta… Fanáticos, supongo. Creo que tienen su centro en Steveley.

—Sí, ahora lo recuerdo. El reverendo Stevens me habló de ellos.

—Al parecer, Mark ha conocido a una chica de la secta volviendo de la escuela. Según él, es muy simpática y le preguntó si asistía a la iglesia. Cuando Mark le dijo que no, ella le sugirió que el domingo por la tarde la acompañara al parque del pueblo. Dijo que habría muchos chicos y chicas, que contarían viejas historias, cantarían bonitas canciones, celebrarían entretenidos juegos y prepararían una deliciosa merienda. Como es lógico, a Mark le pareció una perspectiva maravillosa y le prometió asistir, aunque supongo que se acordaría de decirle que tenía que pedirnos permiso. Eso me ha atemorizado muchísimo, Michael. Por alguna razón, suena a algo siniestro. Ya que no enviamos a los niños a la escuela dominical de la iglesia, lo que desde luego no quiero es verles metidos en un tinglado desquiciado de ese tipo.

—Tranquilízate, cariño. El reverendo parecía considerar a ese grupo como algo patético, más que siniestro. De todos modos, le diremos a Mark que no puede ir.

—Ya lo he hecho. Se ha enfadado mucho, y eso me ha hecho sentir aún peor. He querido prometerle que el domingo iríamos de picnic para compensar, pero me he dado cuenta de que no podía decirle tal cosa porque probablemente tú dedicarías el día a husmear en los cementerios o a leer cosas sobre brujas.

—Lo siento, querida —contesté—. Claro que iremos de picnic, aunque llueva. Si hace un día de sol y calor iremos al mar, y si llueve iremos al museo de coches antiguos. Helen se aburrirá un poco, pero a Mark le entusiasmará.

Sal me sonrió y me dio un suave beso en la mejilla.

—Gracias, querido. Le gustará mucho. A todos nos gustará. Lamento haberte reñido. Sé que eso es importante para ti pero… Voy a preparar la cena —dijo al tiempo que se levantaba—. ¡Ah, me olvidaba! Esa muchacha le ha dado a Mark un panfleto para que lo leamos. Está ahí, sobre la mesa.

Con esto, Sal regresó a la cocina. Yo tomé el folleto preguntándome por qué no habría visto hasta entonces signo alguno del Templo del Aire Libre en el pueblo. Entonces se me ocurrió que quizá sus actividades estaban sujetas a los caprichos del clima inglés. Probablemente, sólo salían de un estado de hibernación durante los meses veraniegos, lo cual les daba un aire más cómico que siniestro. Sin embargo, recordé la amargura que se apreciaba en la voz del reverendo Stevens cuando hablaba de ellos.

El panfleto era muy sencillo, bastante mal impreso, en un solo color y por una cara solamente. Iba encabezado por la leyenda «Templo del Aire Libre, Steveley», y el

mensaje era breve y sencillo. «Dios no es escarnecido. Los salmistas nos dicen: "Si no es el Señor quien edifica Su casa, quienes la edifiquen trabajarán en vano". Quienes edificaron la iglesia de Todas las Ánimas trabajaron en vano. Dios no está en ella. Su casa está vacía. Pero Dios no ha abandonado al pueblo de Steveley e invitamos a todos los cristianos a que Le adoren con nosotros todos los domingos a las seis y media de la tarde en el parque del pueblo, bajo el dosel de los cielos que Él creó».

Pese a todas mis promesas a Sal, todo lo que me sucedía parecía tener una relación directa con el mismo tema. «Dios no está allí. Su casa está vacía». Recordé que Allan Stevens me había confesado que no podía comunicarse con Dios cuando estaba en la iglesia. Yo había sugerido que la fuerza diabólica presente en el edificio impedía tal comunicación, pero quizás hubiera tenido que ir más allá y apuntar que el diablo había expulsado de ella a Dios.

Quienquiera que fuese el autor del folleto del Templo del Aire Libre, parecía creerlo así, precisamente. Tomé la resolución de ir a hablar con los integrantes de la secta. Sin embargo, no lo haría el domingo, que iba a dedicar a mi familia.

Tuvimos un día maravilloso. La primavera seguía presentando un tiempo veraniego, con cielos azules y un fuerte sol. Fuimos a la costa, igual que millones de otras familias, al parecer. Hicimos el trayecto muy contentos pese al denso tráfico que nos acompañaba, y ni siquiera nos importó que nos viéramos envueltos en un atasco en la confluencia de dos carreteras principales. Mientras esperábamos que la circulación volviera a ponerse en marcha, nos entretuvimos con juegos y risas.

Naturalmente, tuvimos que aparcar a cierta distancia de la playa. Anduvimos desde el coche hasta el mar y, en el camino, pasamos ante una pequeña tienda de antigüedades que estaba abierta, y nos detuvimos a mirar el escaparate. Sal descubrió un pequeño anillo de plata grabado con un curioso diseño, como un círculo de estilizadas bellotas, y quedó tan prendada de él que se lo compré, aunque consideraba que el precio era un poco excesivo.

Pasamos el resto del día en la playa y volvimos a casa con el rostro algo moreno y arena entre los dedos de los pies, cansados pero felices.

El miércoles siguiente, hice que la señora Ogilvie viniera a cuidar de los niños para que Sal y yo pudiéramos disfrutar de unas horas para nosotros solos. No íbamos a hacer nada extraordinario. Proyectábamos cenar algo y tomar un par de copas en el Rose and Crown de Abbotsford. Me habían recomendado el lugar y resultó realmente atractivo, auténticamente antiguo pero limpio y confortable. Cuando llegamos estaba

totalmente lleno pero, mientras yo pedía la cena y las copas, Sal consiguió sitio en una mesa en la que ya estaban sentados un hombre de edad madura y una mujer que supusimos era su esposa.

El hombre resultó muy simpático y pronto estuvimos charlando con ellos sobre el tiempo, naturalmente, y sobre las excelencias del Rose and Crown y sus interesantes caballerizas, etcétera. Simplemente, la conversación normal que se sostiene con dos desconocidos que uno se encuentra en un *pub*. Llegó nuestra comida, bien preparada, caliente y apetitosa.

—¿Vienen de muy lejos? —preguntó el hombre.

—No. De Steveley.

¿Fueron imaginaciones nuestras, o el hombre y la mujer intercambiaron realmente una breve mirada de inteligencia?

—Así que viven allí, ¿no?

—En efecto.

—Un lugar interesante. Tienen muchos problemas con la iglesia, ¿no es así?

Parecía que todo el mundo conocía Todas las Ánimas.

—Hum… —contesté con aire de total desinterés.

Esperaba que ello bastara para que el hombre no siguiera con el tema, pues sabía que a Sal no le gustaría hablar de la iglesia de Steveley.

Alcé la vista hacia el hombre y él me sonrió abiertamente. Tenía un rostro como el de un pajarillo, con ojos vivaces, nariz aguileña y barbilla bastante retraída. Su cabello, cuidadosamente dispuesto sobre el cráneo, no conseguía disimular su calvicie. Su esposa era delgada y angulosa, con una nariz larga y fina que dominaba un rostro igualmente largo y delgado. Ambos vestían ropas caras y elegantes y hablaban en un tono culto y agudo. Evidentemente, pertenecían a la clase alta local, pero no se daban aires de grandeza y, realmente, parecían muy simpáticos y espontáneos.

Al cabo de un rato, la mujer se dirigió a Sal.

—Perdone que lo comente, señora, pero me he estado fijando en su anillo. Tiene un diseño muy original.

—Sí, es nuevo —contestó Sal—. Bueno, el anillo es antiguo, claro, pero nuevo para mí. Lo vimos hace muy poco en una tienda, me enamoré de él y mi marido me lo compró.

—¿Le interesan a usted esas cosas? —preguntó el hombre.

—¿Las joyas antiguas?

—No, no. Sabe usted qué significa ese diseño, ¿verdad? Es uno de los símbolos

utilizados en la antigua religión.

—¿La antigua religión? —repetí.

—Exacto —contestó él con una expresión de leve diversión en sus ojos brillantes como dos gotas de agua.

—Me temo que no le comprendo.

—Brujería. Cultos satánicos —dijo el hombre inclinándose hacia delante—. Le llaman la antigua religión porque se dice que ya existía mucho antes del cristianismo. Yo la encuentro fascinante. ¿Le interesan a usted ese tipo de cosas?

Le observé, sorprendido. El tono de sus palabras indicaba que él estaba más que interesado. Quizá podría contestar algunas preguntas que todavía guardaba en el fondo de mi mente.

—Pues sí, señor. Mucho. —Sal me dio un puntapié en el tobillo pero no pude detenerme—. Y usted parece conocer el tema en profundidad.

—Yo no diría eso exactamente, pero es cierto que tengo alguna idea.

—No le haga caso —intervino su esposa—. Precisamente está considerado una autoridad en el tema.

—¿De verdad? Entonces, es usted precisamente la persona que andaba buscando. Quizá pueda usted responderme a un par de preguntas.

—Encantado, amigo.

Hice una pausa mientras intentaba encontrar el modo de exponer las cuestiones.

—Según tengo entendido —dije por fin—, el propósito del culto satánico es establecer un puente para que el diablo pueda entrar en el mundo.

—Veo que tiene una idea precisa de estos temas —comentó el hombre, al tiempo que parpadeaba ostensiblemente con la mirada fija en mí—. Sí, ése es uno de los propósitos.

—Entonces, ¿por qué no aparece más a menudo? Me refiero a que… Bueno, tomemos por ejemplo Steveley. Supongo que sabrá usted que hay quienes creen que la iglesia de Steveley está poseída por el diablo. Hay incluso quienes afirman haberle visto allí. Sin embargo, las apariciones registradas y otros acontecimientos extraños que la gente pueda relacionar con el diablo sólo se han producido en Steveley a intervalos muy prolongados. ¿Podría usted explicarme eso?

—Sí, claro. En primer lugar, debe usted comprender que no siempre queda constancia de las apariciones, por lo que pueden ser más de las que se cree. Sin embargo, tiene razón al apuntar que no son en absoluto frecuentes. Pues bien, supongo que usted, igual que yo, es un hombre temeroso de Dios y habrá observado que la gente reza a Dios domingo tras domingo, e incluso en muchas otras ocasiones,

sin que Él responda siempre a sus oraciones, ¿no es así? Supongo que está demasiado ocupado —emitió una breve risilla—. Pues bien, lo mismo sucede con el diablo, ¿comprende? No siempre aparece en respuesta a la llamada de sus adoradores. No, ni mucho menos. Creo que sus fieles se sienten especialmente felices si consiguen… si consiguen conjurarle. Escuche, ¿le apetece otra copa?

—No —dijo rápidamente Sal—. Gracias, es usted muy amable pero tenemos que irnos. Le prometí a la niñera que volveríamos pronto.

—¡Ah!, ¿tienen ustedes hijos? —preguntó la mujer.

Sal se quedó mirándola unos instantes. Me di cuenta de que estaba absolutamente tensa. Al cabo de unos segundos, asintió lentamente y respondió:

—Sí, dos.

—¿No es extraño? —exclamó la mujer con una sonrisa—. Hubiera jurado que iba usted a decir tres.

Sal me asió la mano con fuerza pero no dijo nada. Advertí que la conversación le desagradaba pero yo no podía dejar pasar la ocasión de que un experto respondiera a mis preguntas. Volví a dirigirme al hombre.

—¿Cómo saben los seguidores que han conseguido conjurarle? —pregunté—. Me refiero a que el diablo no precisa materializarse necesariamente entre humos, llamas y olores de azufre, ¿verdad?

—No, desde luego. Pero quedan señales. Frecuentemente, aparecen los viejos símbolos como el de su anillo, querida —le dijo a Sal—. Ése, en concreto, es el de la fertilidad. Uno de los más bonitos. Quizá dentro de poco su familia aumente de número, ¿eh? Así, mi esposa, Margaret, habrá acertado respecto al número de sus hijos.

Acompañó sus palabras de una nueva risilla, pero Sal replicó sin devolvérsela.

—No lo creo. ¡Michael! —me susurró con voz inquieta y tono de urgencia.

—Cuando dice que aparecen símbolos, ¿se refiere usted a que se materializan por sí solos?

—Me refiero a que no son producidos por un agente humano. El diablo marca su territorio, ¿comprende?

—Tenemos que irnos, de verdad —dijo Sal al tiempo que se poma en pie.

—¿Está seguro? —dijo el hombre, incorporándose también.

—Bueno… —empecé a decir.

—Me temo que ya nos hemos quedado más de lo que debíamos —insistió Sal con firmeza—. Vámonos, querido.

Me levanté también y dirigí al hombre una mirada de las que suelen intercambiar

los hombres casados cuando sus esposas se ponen irrazonables.

—He tenido un gran placer en conocerle —dijo el hombre—. Lamento que no podamos continuar nuestra conversación, señor…

—Read —añadí—. Michael Read. Y mi esposa, Sal.

—Ah, sí —dijo él con un gesto de cabeza—. Aquí tiene mi tarjeta, señor Read. —Sacó una estilográfica y escribió algo en ella—. Y aquí está mi número de teléfono. Póngase en contacto conmigo. Quizá les gustaría venir a cenar con nosotros cualquier tarde, ¿no, Margaret?

—Sí, claro —dijo ella—. Llámennos.

Nos despedimos y salimos del *pub*. Sal estaba visiblemente agitada y yo tampoco estaba demasiado contento de su manera de forzar nuestra salida. Mientras llegábamos hasta el coche miré la tarjeta. Sólo figuraba un nombre: «Lord Vernitor», y un número de teléfono de Abbotsford.

—¡Vaya! —le dije a Sal—. Hemos estado hablando con un lord de carne y hueso. Lord y lady Vernitor. ¿No te parece magnífico? ¡Y además no he cometido ninguna falta de urbanidad!

Ella no respondió a mi intento de ser gracioso y, de hecho, no dijo una palabra hasta que estuvimos en el coche.

—¿Qué prisa teníamos? —le pregunté entonces con cierta irritación—. Sabes perfectamente que no teníamos que estar de vuelta hasta las diez y media o las once.

—¡Idiota! —exclamó ella—. ¡Idiota!

Había tal intensidad en su voz que detuve el motor y me volví hacia ella.

—¿Qué sucede, cariño?

—¿No te has dado cuenta? ¿No has visto que ellos también forman parte de esa secta maligna y horrible?

—¿Quiénes, lord y lady Vernitor? ¡Vamos, Sal! Ese hombre sólo está interesado en el tema, igual que yo. Y precisamente estaba explicándome las cosas que yo quería saber.

—Estaban intentando captarnos para la secta. Si no te has dado cuenta eres más estúpido de lo que creía. ¡Oh, Michael, esa gente es mala! La expresión de los ojos de esa mujer cuando me preguntó por los niños… ¡Por favor, Michael, te lo ruego, no vuelvas a hablar con ellos nunca más!

La pasión con que lo dijo me trastornó.

—Está bien —respondí—. No lo haré, te lo prometo.

—Y ahora, por favor, alejémonos de aquí rápidamente.

A medio camino, Sal abrió la ventanilla y arrojó algo por ella.

—El anillo, querido —explicó después—. Lo lamento. Sé que era muy caro y, además, me encantaba, pero no podría volver a llevarlo jamás.

La semana estuvo llena de incidentes y ahora, al recordarlo, me da la impresión de que fui conducido inexorablemente al punto culminante de mi compromiso con la extraña historia de Steveley.

La tarde siguiente estaba en el salón, junto a la ventana abierta —pues era evidente que aquel año el verano se había adelantado—, intentando adelantar un poco el trabajo pese a la distracción que significaba la presencia de Helen y tres amiguitas jugando en el césped. Pese a lo mucho que adoraba a mi hija, había ocasiones en que estaba de acuerdo con Mark, quien se había retirado a su habitación media hora antes con el mordaz comentario de «¡Las chicas hacen tanto ruido!».

De repente, me incorporé con un sobresalto. ¿Qué era lo que acababa de escuchar? Helen acababa de cantar una estrofa de esas que recitan los niños cuando juegan a adivinanzas y me pareció como si…

Corrí a la ventana. Las niñas se habían esparcido corriendo por los rincones del jardín con felices gritos de excitación y de fingida alarma. Salí apresuradamente de la casa.

—¡Helen! —llamé a la pequeña—. ¡Helen!

—¿Sí, papá? —contestó ella mientras corría hacia mí.

—¿Qué era eso que acabas de cantar?

Helen me miró confusa.

—Ahora mismo —insistí—. Estabas cantando algo. ¿Qué era?

Ella siguió callada, mirándome con aire de no comprenderme.

—¡Oh, Helen, vamos! ¿Qué era eso que cantabas junto a la ventana? Por favor, dímelo. Es importante.

Me di cuenta de que estaba gritándole, pues sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Advertí que las demás niñas me estaban mirando.

—Lo siento, cariñín. No estoy enfadado y no quería gritarte. Sólo quiero que me cantes otra vez esa adivinanza.

Helen titubeó y susurró:

—*La vieja Molly Dell*… —Y volvió a callarse.

—Eso es, Helen —dije intentando que la intensidad de mi interés por la tonada no atemorizara a la pequeña—. Cántamela completa.

—*La vieja Molly Dell vino del infierno / para engañar y mentir a todos los*

niños. / No tiene brazos, ni tiene piernas, / ni tiene cuello ni tiene pies.

—¿Dónde la has aprendido, cariño?

—En la escuela. Jugando, papá.

Hice que me la cantara otra vez para grabarla en mi memoria y después dejé que las niñas siguieran jugando. Volví a la casa pensando de nuevo en que, aparentemente, no tenía modo de escapar, ni siquiera aunque fuera por unas horas, de aquellos acontecimientos y nombres siniestros que me habían tenido embrujado durante tanto tiempo. «La vieja Molly Dell vino del infierno…». La estrofa era en cierto modo desagradable, y no tenía mucho sentido a pesar de que resultaba fascinante el hecho de que se conservase el nombre de Molly Dell. Quizá la vieja venía realmente del infierno.

Esa noche, Sal y yo estábamos escuchando juntos una obra de teatro por la radio cuando escuché a Helen llorar desconsoladamente en su habitación. Sal me miró y suspiró.

—Está bien —dije—. Iré yo.

Helen estaba en la cama, sollozando.

—¿Qué sucede, cariño?

La niña tendió sus brazos hacia mí. Me senté en la cama y la abracé con fuerza.

Poco a poco, fue explicando lo sucedido. Había estado soñando. En el sueño, había escuchado un estrépito y algo había caído sobre ella. Entonces se había despertado. La tranquilicé lo mejor que pude y, poco a poco, fue calmándose. De pronto, justo cuando ya creía que se había relajado del todo, apretó sus bracitos alrededor de mi cuello.

—Papá —susurró—, eso era precisamente lo que quería decir la abuela…, cosas que aparecen por las noches. Papá, supón que vienen las bestias de patas largas…

—No vendrán, cariño —le prometí, maldiciendo mentalmente a mi suegra por haberle metido aquellas ideas en la cabeza—. No vendrá nadie mientras papá y mamá estén aquí. Ahora, intenta dormir. Yo me quedaré aquí, y cuando me vaya dejaré la luz encendida.

Helen volvió a apoyar la cabeza en la almohada con unos ojos abiertos como platos que todavía mostraban una expresión de miedo en lo más hondo.

—Cuéntame un cuento, papá.

Empecé a explicarle una historia de una niña que iba a clase de danza pero, antes de que yo pudiera proseguir la narración, sus párpados se cerraron y poco después

dormía de nuevo. Permanecí a su lado bastante rato para asegurarme de que dormía profundamente.

Mientras bajaba las escaleras me pregunté si sólo habría sido un desagradable sueño o si debía buscar un significado más siniestro a su pesadilla. Resolví que mi preocupación era una tontería y no le comenté nada a Sal.

Contra todo pronóstico, el tiempo todavía se mantenía espléndido para la fiesta campestre del reverendo Stevens, el sábado por la tarde, y allí acudimos toda la familia poco después de las tres.

Detrás de la iglesia había un prado y allí se habían instalado las casetas. El ambiente estaba poco animado, tal vez porque la fiesta se había organizado con demasiada precipitación, pero el reverendo hacía todo lo posible para extender un sentimiento de afabilidad y buen humor entre los asistentes, yendo de una caseta a otra con gran entusiasmo. Había tenderetes que vendían pasteles, maulas, bordados nada excepcionales y libros de segunda mano. Dediqué bastante tiempo y dinero a estos últimos, más porque me sentía obligado a contribuir a la colecta que porque realmente quisiera los libros.

La mayoría de las casetas presentaban espectáculos o juegos de feria —lanzamiento de aros, tiro al coco, etcétera— y parecían estar haciendo bastante buen negocio. Les di algunas monedas a Mark y a Helen y les dije que podían gastarlo en lo que quisieran. Los niños se alejaron felices y contentos.

La fiesta terminó por reunir más gente de la que yo esperaba, y vi que parecía haber acudido la mayoría de los habitantes de Steveley, incluidos los que yo conocía, como Reg Powell, del Red Lion, y Arthur Copesley y su esposa. También reconocí a algunas viejas beatas de las que estaban en la iglesia el día que Sal y yo acudimos al servicio vespertino. Las ancianas revolvían encantadas en los tenderetes. Pese al bullicio, consideré que la fiesta no iba a reportar una cantidad sustanciosa, pero probablemente todo ayudaba.

Me estaba preguntando cuánto tiempo más sería preciso que nos quedáramos, cuando se produjo el primero de los sucesos extraños de aquella tarde. De repente, llegaron hasta mí unos irritados gritos. Todo el mundo se volvió hacia el arco raquítico que se había levantado a la entrada del recinto de la fiesta. Había allí un grupo de personas que luchaba con los porteros. Dos de ellas llevaban pancartas, en una de las cuales aparecía la leyenda «El Templo del Aire Libre», mientras que la otra proclamaba «Nadie se burla del Señor».

Vi que Allan Stevens corría hacia el tumulto y yo también me apresuré hacia él. Cuando llegué a la entrada, el reverendo ya estaba hablando con el líder del grupo, un hombre sesentón, flaco y de ojos hundidos.

—¡No, no! —decía el reverendo—. No toleraré esta blasfemia sobre esta tierra sagrada.

Su voz era firme y potente, pero el jefe del grupo no pareció inmutarse.

—He venido para decir a los habitantes de Steveley que Dios no está aquí, ni en esta iglesia, ni en usted.

—Ya que repudia la casa de Dios, y ya que niega mi sacerdocio, no tiene derecho a entrar aquí. No puedo impedir sus celebraciones litúrgicas pese a que son parodias burdas de nuestros ritos, pero sí que puedo prohibirle que traiga aquí sus blasfemias, y eso hago. —Allan Stevens bajó el tono de su voz y habló urgente y suplicante—. Lionel, se lo ruego. No quiero utilizar la fuerza, pero tengo aquí amigos suficientes para respaldarme si les pido ayuda. Aquí no va a conseguir nada. Salvemos al menos nuestra dignidad.

El hombre del rostro flaco no respondió pero, tras un largo momento, dio media vuelta e hizo un gesto a sus seguidores para que se retiraran. Yo permanecía al lado del reverendo y les observé alejarse.

—Lionel Harrison era uno de los miembros más devotos de mi congregación —me dijo—. Casi demasiado devoto. En cada parroquia se encuentra uno con algún devoto fanático, y siempre se pregunta uno si algún día se excederá irreversiblemente. Recuerdo que Lionel vino un día a decirme que cuando acudía a la iglesia no podía comunicarse con Dios. Naturalmente, yo sabía a qué se refería. No podía abrirle mi corazón como hice con usted, pero le respondí que comprendía lo que me decía, y le sugerí que debíamos tratar de resolver el asunto entre los dos. Lionel no me hizo caso, se apartó de la iglesia e inició esta ridícula campaña. No sé qué hacer con él. Realmente no lo sé.

Mi corazón lloró por el reverendo. Era una verdadera lástima que aquel buen hombre tuviera que vérselas con aquel problema, a añadir a los que ya tenía.

—¿Por qué no se va usted, Allan? —le pregunté—. No está obligado a quedarse, ¿verdad?

—No, claro. Podría pedirle al obispo que me asignara otra parroquia, y supongo que lo haría, pero no puedo hacer tal cosa. Sería una salida fácil y estoy seguro de que no es eso lo que Dios quiere de mí. Sí, estoy totalmente seguro.

Uno de los feligreses se acercó en ese momento a nosotros y, para alivio mío, abordó al reverendo. Me alejé de ellos y me puse a buscar a Sal. En una ocasión había

querido hablar con Lionel Harrison, pero ahora ya no estaba tan seguro de desearlo. Supuse que lo único que conseguiría de él sería una confirmación de la ausencia de Dios de la iglesia de Todas las Ánimas, acompañada probablemente de una invitación a unirme a lo que Stevens denominaba «ridícula campaña». ¿Ridícula? Quizá, pero yo había visto el odio en los ojos de Harrison y se me pasó por la cabeza que si el doctor Sampson y John Soames habían tenido enfrente un enemigo fanático similar a aquel, sus muertes pudieron deberse perfectamente a un asesinato cometido por manos humanas.

El segundo suceso extraño tuvo lugar poco después. Estaba con Sal junto a una de las casetas, esperando nuestro turno para lanzar pelotas de *ping-pong* al interior de unos botes de mermelada con la esperanza —por fortuna improbable— de ganar un pececillo de colores. Yo estaba mirando a un lado de la iglesia mientras Sal dirigía la cabeza en otra dirección. De pronto, advertí que Helen caminaba pausadamente a menos de medio metro del muro de la iglesia. No sé qué estaría haciendo allí. Quizá jugaba al escondite con sus amiguitas.

En el mismo instante en que la vi, y antes de que pudiera gritarle que se apartara de la pared, Sal —que no podía haberla visto— dio un grito:

—¡Helen!

Fue más un grito que una advertencia o una llamada. Se escuchó en todo el recinto y pudo apreciarse en aquella única palabra un tono imperioso, de mando, casi increíble. Todo el mundo se volvió a mirar, y yo también tenía la vista clavada en Helen. En el mismo instante en que oyó el grito de Sal, la pequeña dio media vuelta y corrió hacia nosotros. Y precisamente en ese instante se escuchó un terrible estrépito. Una de las gárgolas se había desprendido del techo y había caído a pocos centímetros de nuestra hija.

Hubo una gran barahúnda de voces, algunas de felicitación a Sal por haber llamado a Helen justo a tiempo, y otras protestando de la peligrosidad de la iglesia; todo el mundo estaba muy agitado salvo Helen, quien no parecía haberse dado cuenta en absoluto de su buena estrella.

Cuando hube visto que estaba a salvo con Sal, algo me empujó a acercarme a la gárgola caída. Ésta había caído, extrañamente, en posición vertical, y su rostro horrendo parecía sonreírme con malevolencia. ¿Era una mera coincidencia que Helen hubiera estado a punto de morir, o aquello era una advertencia dirigida a mí? ¿Existía algún poder que intentaba hacerme ver que las vidas de los míos estaban en juego, que la oscuridad que nos había arrebatado a Julian podía descender nuevamente sobre nosotros? Recordé la pesadilla que había tenido Helen la noche anterior. Había soñado

que le caía algo encima, lo cual parecía demasiado extraordinario para que se tratara de una mera coincidencia. Me estremecí al pensarlo y corrí de nuevo junto a Sal.

El reverendo Stevens también estaba allí, diciendo algo de acordonar la zona inmediata a los muros de la iglesia. Sal, con el rostro demudado y pálido, tenía fuertemente asidos a Helen y a Mark, uno a cada lado, y advertí que no parecía estar oyendo realmente lo que el reverendo decía.

—¿Dónde te habías metido? —gritó Sal cuando me vio—. Vámonos a casa, Michael, por favor.

Allan Stevens se volvió hacia mí y murmuró:

—Su esposa está muy alterada, Michael. Muy alterada. Ha sido una verdadera suerte que llamara a la niña justo a tiempo.

No le dije que Sal no había podido ver a Helen, que no había podido darse cuenta de que la gárgola se desprendía.

Salimos del recinto de la fiesta. Mark y Helen iban charlando felices y contentos, absolutamente despreocupados por lo que había sucedido. Di gracias a Dios de que la tarde de alegría y diversión no hubiera tenido un mal final para ellos.

Cuando llegamos a casa, mientras los niños se ponían a jugar en el jardín, me volví hacia Sal.

—¿Cómo lo has sabido, Sal? —le pregunté—. No podías verla. Yo sé que estabas mirando en otra dirección. ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sé —murmuró ella. Titubeó durante unos instantes y luego alzó el rostro hacia mí con lágrimas en los ojos—. Tengo miedo, Michael. Tengo miedo.

11

Sal y yo seguimos manteniendo la ficción de que no había sucedido nada extraordinario, por el bien de los niños, hasta que éstos se hubieron acostado. Entonces, nos pusimos a hablar de Helen y de la inexplicable intuición que Sal había tenido sobre el peligro que corría la pequeña. Ahora parece una estupidez, pero esa noche llegamos finalmente al convencimiento de que nos habíamos puesto demasiado nerviosos y que no debíamos buscar connotaciones siniestras a lo que no era más que una extraña coincidencia.

El día siguiente transcurrió normalmente, aunque había en la casa una tensión indefinible, que tuvo el curioso efecto de mantenernos silenciosos y reservados, sin apenas dirigirnos la palabra, hasta el punto de que incluso Mark y Helen se dedicaron a pasatiempos silenciosos y solitarios.

Ese domingo, por la noche, Sal se acostó pronto quejándose de que le dolía la cabeza. La tarde había refrescado y habíamos encendido la chimenea. Me senté a contemplar el fuego y me puse a buscar alguna lógica en la extraña serie de hechos que había ido descubriendo y en los extraordinarios acontecimientos de los últimos meses y, sobre todo, de la última semana.

¿Cómo era posible conciliar elementos tan dispares como un párroco ambicioso pero al final frustrado y probablemente desquiciado, una vieja acusada de brujería, un monstruo fabuloso y una serie de surcos que no tenían explicación posible y que sin duda no tenían importancia? ¿O quizás aquellas depresiones del terreno era el único descubrimiento importante de cuantos había hecho, al ser el único elemento que apuntaba a la existencia de causas naturales para explicar el desmoronamiento de la iglesia? Vi que mi mente volvía a considerar la posibilidad de una explicación científica y lógica y rechazaba la «hipocresía medieval» de los actos de brujería o los ritos satánicos.

Sin embargo, no podía apartar por completo de mí la idea de la existencia de alguna secta de adoradores del diablo. Y mucho menos cuando parecía haber pruebas

de que Todas las Ánimas había dejado de ser la morada de Dios. También quedaban por explicar las misteriosas muertes de Sampson y de Soames, así como la aterradora experiencia de Allan Stevens en la iglesia. Y el modo en que Helen había escapado a la muerte. La cabeza empezó a darme vueltas. Volví a la explicación que le había dado al reverendo. ¿No podía existir una secta en cuyas ceremonias se utilizaran los huesos de los muertos? ¿Quizá Sampson, y luego Soames, habían descubierto sus reuniones clandestinas o, cuando menos, habían representado una amenaza para su anonimato? ¿Les habrían matado a ambos para preservar el secreto? En tal caso, quizá los surcos en el cementerio tenían un significado simbólico. Pero ¿quiénes eran? ¿Lord Vernitor y sus amigos?

Sopesé la posibilidad de que la secta fuera de carácter local y que sus adeptos siguieran reuniéndose en el camposanto de Steveley. Eso significaría que debían de haber existido durante un mínimo de cincuenta años, si realmente eran responsables de las muertes de Sampson y de Soames. ¿Era posible que hubieran sobrevivido tanto tiempo sin que nadie se enterara? ¿Cabía la posibilidad de que hubieran llevado a cabo un asesinato con tal limpieza que la policía no lo hubiese descubierto? Por otra parte, si todavía celebraban reuniones, ¿cómo no les había oído el viejo Tom Baldry? ¿No habrían dejado algún rastro que el sacristán pudiera reconocer? A menos, claro, que el viejo Tom Baldry también estuviera complicado. Sin embargo, de ser así, ¿por qué iba a llamar la atención sobre el estado del cementerio viejo al comentar la existencia de los surcos?

Mis pensamientos volvieron al anciano señor Copesley y a las últimas palabras que me había dirigido. Sampson había estado cavando en las tumbas del cementerio viejo justo antes de su muerte, y sólo podía haber un motivo para ello. Seguramente, el doctor Sampson había querido constatar si las tumbas estaban vacías. De ser así, la teoría de que habían sido saqueadas para celebrar ceremonias satánicas parecería más creíble. Quizá Sampson había averiguado algo sobre Molly Dell. En cuyo caso, ¿qué mejor que empezar por inspeccionar su tumba? Los huesos de bruja debían de estar muy cotizados en el culto satánico.

Me vi conducido a una conclusión ineludible: yo también debía desenterrar el féretro de Molly Dell. Si contenía sus huesos, allí terminaría el asunto y podría dar por olvidada aquella absurda fantasía que estaba tomando forma en mi mente. En cambio si la tumba estaba vacía, el asunto sería muy distinto. Antes de seguir adelante, tendría que hablar con el reverendo Stevens.

Sin embargo, apenas acababa de decidirlo, me vi sobresaltado por un grito desgarrador procedente del piso de arriba. Salí apresuradamente del salón y corrí

escalera arriba hacia nuestro dormitorio. Apenas había alcanzado el rellano cuando oí el ruido de una ventana que batía furiosamente por la acción del viento, y cuando abrí la puerta de golpe, me sacudió una ráfaga de viento helado y el sonido de cristales al romperse. Sal no estaba en la cama, sino en el suelo, acurrucada contra la pared. Corrí a la ventana y la cerré, aunque el viento siguió aullando a través de las rotas vidrieras. Después tomé a Sal en mis brazos y la levanté. Noté que se estremecía y la oí sollozar histéricamente mientras murmuraba:

—¡Oh, no, Dios mío! ¡No, no!

La llevé al piso inferior, al calor de la chimenea, y le serví una copa de coñac, que ella rechazó. Intenté tranquilizarla, pero durante varios minutos no obtuve respuesta. Por fin, me miró. Estaba asida a mis brazos con todas sus fuerzas, temblando incontrolablemente. Abrió la boca para hablar pero no le salió sonido alguno. Sus ojos expresaban un pánico absoluto y parecían suplicarme. Debía de tratarse nuevamente de la pesadilla, pero ninguna de las ocasiones anteriores había tenido un efecto tan poderoso sobre Sal. ¿Qué podía haber sucedido para dejarla en aquel estado? La oí balbucear unas palabras pero seguí sin entender nada. La obligué a tragar un sorbo de coñac y se convulsionó como si le hubiese administrado una descarga eléctrica, y emitió unos sonidos extraños, casi animalescos. Resultaba estremecedor, sobre todo porque yo me sentía absolutamente impotente.

—Era ese sueño —dijo Sal por fin, con voz ronca y apenas audible. Hablaba con breves jadeos, como si le faltara el aliento—. Era igual que otras veces…, salvo que esa figura, esa figura monstruosa…, horrible…, se volvió hacia mí, y vi un rostro… abotagado, hinchado…, con todos los rasgos abombados y deformes…

Se quedó mirando al vacío, pasó las manos lentamente sobre el rostro y respiró hondo, al tiempo que se estremecía una vez más. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono más normal y controlado.

—Tenía unos labios enormes, gruesos y blandos. Sus ojos eran como pozos negros. No eran ojos humanos, sino dos profundos huecos entre la carne abotagada, que parecía colgarle o sobresalirle del rostro. Era una caricatura monstruosa de un rostro humano, una carne fofa que colgaba como un saco vacío sobre una boca roja y desdentada. Y siempre esos dos pozos negros que tenía por ojos… —Sal hizo una pausa mientras su mirada, perdida e impotente, seguía clavada en el vacío—. Entonces me daba otra vez la espalda y avanzaba lentamente hacia el niño, que seguía llorando para que le salvara. Pero yo estaba aterrada; no podía moverme de donde estaba. Y cuando aquella cosa se acercó más a él, yo me di la vuelta, y allí, justo a mi espalda, mirándome con los brazos extendidos para agarrarme, estaba el mismo monstruo, o

quizás otro igual que el primero. Sólo había una diferencia. Los ojos del segundo no eran dos pozos negros, sino como dos finas rendijas. Eran como los ojos de un gato, o como los del mismo diablo.

Sal empezó a temblar otra vez. Estaba reviviendo el sueño y su cuerpo se estremecía de puro terror. La sostuve con firmeza, intentando tranquilizarla, pero no hubo manera. Por fin, sus temblores se hicieron más espasmódicos, hasta que por último cesaron. Se derrumbó entonces en mis brazos, débil y agotada. Mientras la sostenía, comprendí que aquélla no había sido una pesadilla normal; Sal estaba asustada más allá de toda medida. Y mientras reposábamos ambos en el sofá, escuchando el viento y el lento golpeteo de la ventana del dormitorio, que de nuevo se había soltado, mi recuerdo volvió al día del funeral de Julian. Entonces me había preguntado si no habríamos cometido un error al intentar convertirnos en gente de campo. Si no habríamos intentado cruzar unos límites invisibles pero prohibidos. Ahora, se me ocurría que quizás en mi accidentada investigación yo también había violado otras fronteras que eran igualmente prohibidas. Y además, al igual que antes, no era yo quien estaba pagando el precio más elevado por aquella locura.

Sal no me dejó apartarme de su lado, y ambos dormimos en el sofá, frente al calor de la chimenea. Pronto cayó dormida en mis brazos y, a la media luz de las brasas, quedé tendido apretándola contra mí, mientras recordaba su vivida descripción del sueño. Recordé también el día en que Sal me había dicho que si volvía a tener esa pesadilla sería incapaz de seguir viviendo en Steveley. Ahora parecía seguro que nos iríamos. Quizás incluso se negara a permanecer allí un día más. Miré a mi alrededor las ventanas formadas por pequeños cristales, las paredes bastas, irregulares, teñidas de color ámbar por la luz de la chimenea, los adornos de latón que brillaban con el reflejo de los troncos encendidos. ¿Dónde estaba el fallo? ¿Dónde estaba el error que nos había traído aquella serie de infortunios? ¿Qué habíamos hecho para que los dioses se enojaran con nosotros? Nos habíamos creído a salvo dentro de nuestra cálida y acogedora casita, pero apenas media hora antes había visto por mí mismo que las fuerzas oscuras que merodeaban fuera no podían ser mantenidas a distancia ni por aquellos sólidos muros. Aquellas fuerzas podían alcanzamos incluso dentro de nuestro refugio. Realmente era el momento de marcharse, de reunir nuestras escasas pertenencias y escapar antes de que la voluntad de irnos desapareciera de nosotros.

Tuve una visión de una tierra desolada, una llanura desnuda, y flotando sobre ella se acercaba el Príncipe de las Tinieblas, arrastrando a su paso los restos de la humanidad en un torbellino. Nuestras casas, nuestros hogares, aquellas pequeñas fortalezas, parecían de papel al paso del huracán; sus lucecitas quedaban apagadas

para siempre y sus moradores eran aniquilados. Y allí, en medio del caos, se alzaba la pequeña iglesia. ¿Soportaría el ataque, o caería bajo su fuerza? ¡Oh, Dios! ¡Oh, Señor, ya no Omnipotente, ya no Todopoderoso, Tu casa convertida en mismísima guarida del maligno! Pues cuando se alzaba el viento y los árboles se doblaban ante la tormenta, la silueta del diablo se hacía visible en la torre, ondeando su capa al viento, y desaparecía luego dentro de la propia iglesia, donde las garras impías e inmisericordes de sus extremidades rasgaban y rompían las piedras de sus muros. A tal estado se había visto reducida la casa de encuentro de Dios que su torre no era más que un asidero para el diablo, y su coro un mero refugio ante la tormenta.

La imagen se difuminó. Había sido un sueño, una mera visión imaginada, pero supe que así sucedía también en la realidad. Mi frente se perló de sudor y el cuerpo se me puso a temblar de miedo, de un miedo insuperable por mi vida y por la de mi familia.

Esa noche dormí a intervalos, despertándome varias veces y sin llegar a conciliar en ningún momento un sueño profundo. A las cuatro de la madrugada volví a despertarme y no pude dormirme otra vez. Allí tendido en el sofá, con la cabeza de Sal apoyada en mi regazo, sentí la imperiosa necesidad de una bocanada de aire fresco. Conseguí levantarle la cabeza, ponerme en pie y apoyarla de nuevo sobre un cojín sin que despertara. Tenía el cuerpo entumecido y rígido y me estiré, lo cual me alivió mucho. Subí al dormitorio para ver cómo había quedado la ventana y vi que no tenía gran importancia. Un par de cristales rotos, pero nada más. Eché un vistazo a las habitaciones de los niños. Dormían profundamente.

Bajé de nuevo la escalera, me puse un abrigo grueso y las botas y salí al aire frío de la noche. Eran casi las cuatro y media.

La noche era silenciosa como una tumba. Mis pasos resonaron en el aire oscuro mientras avanzaba por la carretera. Un gato, encaramado a una tapia, me miró pasar; a lo lejos oí ladrar a un perro. Solía salir tan poco a pasear de noche que me causó casi una conmoción descubrir lo silencioso y muerto que estaba todo a primera hora de la madrugada. Y también lo vulnerable, pensé mientras llegaba al cruce de carreteras.

Tomé hacia la izquierda y descendí la suave ladera hacia la iglesia. No pude resistir la tentación de verla de noche y tropezarme quizá con el ritual que mis fantasías habían creado. Pero cuando llegué a la verja del cementerio, todo estaba quieto y silencioso. Entonces, mientras permanecía en aquel lugar, oí un levísimo ruido de pisadas. El ruido aumentó de volumen, e instintivamente me acurruqué tras la verja y espié entre los barrotes, de tal modo que divisaba la puerta de la iglesia, justo frente a mí. Una silueta apareció por un lado del edificio con una antigua linterna en la mano

y, con movimientos silenciosos y casi furtivos, desapareció en el interior de la iglesia. Me levanté, abrí un poco la verja y avancé sigilosamente hacia la entrada, poniendo cuidado en pisar sobre la hierba para que mi proximidad no pudiera ser advertida.

Llegué a la puerta de la iglesia, que estaba entornada, y eché un vistazo. Un hombre avanzaba por el pasillo. Su rostro quedaba en tinieblas, pero cuando llegó a la torre y levantó la linterna como para inspeccionar el agujero en el tejado, vi que se trataba del reverendo Stevens.

—¡Allan! —exclamé, al tiempo que penetraba en la iglesia.

El reverendo dio un respingo y se volvió rápidamente, sosteniendo la linterna para ver de quién se trataba.

—¡Santo cielo, Michael!, ¿qué hace usted aquí?

Aguardé a estar un poco más cerca antes de responder:

—Le parecerá extraño, pero tenía ganas de dar un paseo.

—Sí —contestó con una carcajada—. Suena bastante raro, a estas horas de la noche.

—¿Y usted?

El reverendo se apartó de la torre y se encaminó hacia la puerta. Parecía ligeramente turbado, como si no estuviera seguro de cómo explicarse. Por último, dijo:

—Llevo dos noches haciendo esto. ¿Recuerda la última vez que nos vimos, cuando me contó lo del doctor Sampson cavando entre las tumbas del cementerio viejo? Esa noche no pude conciliar el sueño pensando en sus palabras. Mientras estaba en la cama oí como un batir de alas y, al incorporarme, hubiera jurado que había una figura moviéndose por la pared exterior de la iglesia. Era como un murciélago enorme, pero desapareció tras una esquina de la pared con tal prontitud que no podía tratarse de uno de dichos animales. Se apartó de mi vista a tal velocidad que se esfumó entre las sombras casi instantáneamente. Al final, ni siquiera estaba seguro de que realmente hubiera visto algo. De todos modos, me vestí y salí al cementerio a investigar. Naturalmente, allí no encontré nada. Sin embargo, de vuelta dentro de la iglesia hubiera jurado que volví a oír un ruido, como si estuvieran rascando algo, aunque tan breve y débil que no pude estar seguro. Parecía provenir de la torre. Esa noche no llevaba linterna, y cuando regresé allí con la luz del día y eché un vistazo a la torre, no vi absolutamente nada. De hecho, habría considerado todo el asunto una pura alucinación de no haber sido por un detalle. Al pie del muro donde había visto a la criatura, encontré polvo y pequeños trozos de pared procedentes de la fachada de la iglesia, así como algunos huecos recién escavados en la misma, a

intervalos irregulares. De no haber visto aquella extraña forma en movimiento, probablemente no habría advertido los restos en el suelo y, de no haberlos encontrado, habría considerado mi visión nocturna como una mera ilusión óptica. Estas dos ultimas noches no he podido conciliar el sueño, y he estado vigilando para ver si volvía a aparecer eso…, fuera lo que fuese. Sin embargo, no ha sucedido nada. Nada en absoluto.

—¿Cree que lo que vio puede tener alguna relación con el monstruo de que hablaba el doctor Wakefield?

—Ese mito se extinguió hace muchos años. Las personas que Wakefield entrevistó para ese libro no eran precisamente las más fiables, ¿sabe? Eso del monstruo nunca se lo ha tomado nadie en serio. Jamás.

—Pese a ello, la descripción del doctor Wakefield tiene algún punto en común con lo que usted vio.

Salimos juntos y en silencio de la iglesia y, ya de camino hacia la vicaría, me invitó a tomar una copa, que acepté pese a que era primera hora de la madrugada. Sentados ante nuestros respectivos whiskis, le hice la pregunta que más me preocupaba:

—Allan, ¿no le ha dado miedo entrar en la iglesia? Me refiero a que siendo de noche, y después de lo que le sucedió hace poco…

—Llevo muchas semanas rezando —respondió, y con una expresión risueña en los ojos, añadió—: Es una costumbre que tienen los sacerdotes, ¿sabe? —Hizo una breve pausa y luego prosiguió, en tono más serio—: Por fin llegó a mí la respuesta, como siempre sucede. Siempre. Sólo es preciso esperar. Pues bien, en los últimos días me he dado cuenta de que tengo que luchar, de que no puedo permitir por más tiempo que sigan sucediendo cosas… Tengo que participar en la batalla, aunque no sepa muy bien cuál es mi papel en ella. Así pues, he rezado para tener valor, y me ha sido concedido prontamente. No es un valor absoluto, irreflexivo, ¿comprende? Sigo teniendo mis momentos de duda y hasta de pánico, pero me basta para hacer lo que se requiere de mí. Y hay algo más, Michael. Se trata de usted y del interés y apoyo que me ha dado. Ahora siento que no estoy solo, y no puedo expresarle lo mucho que aprecio todo cuanto ha hecho. Sus esfuerzos me han hecho despertar y me han proporcionado la fuerza que necesitaba.

Como el resto de nuestra conversación de aquella madrugada y los acontecimientos de las siguientes veinticuatro horas iban a demostrar, lo que el reverendo me decía era verdad. Poseía una nueva confianza en sus fuerzas y, allí donde antes había parecido amable, confuso y preocupado, había ahora un hombre más decidido y —busqué la palabra más adecuada— mucho más sereno.

Le expliqué lo que había averiguado acerca del juicio de Rufus Whiteleafe y de la relación de Molly Dell con el caso.

—Esa Molly Dell tenía alguna deformidad física —le expliqué—, aunque no he podido averiguar exactamente cuál. En cualquier caso, fue acusada de brujería y de antropofagia. Parece que fue precisamente su apariencia física la que condujo a tales supersticiones, junto con el hecho de que al parecer siete personas de la zona se hubieran esfumado en el aire.

Seguí contándole mi teoría de que Whiteleafe había sido inocente de todos los crímenes salvo uno, y que había sido utilizado para ocultar a los verdaderos responsables de la muerte ritual de los otros siete desaparecidos. El reverendo me contemplaba con expresión adusta. Proseguí:

—Cuanto más pienso en ello, más me pregunto si, por medieval que pueda parecer la idea, esa Molly Dell no fue una bruja de verdad, una antropófaga que realizó el coito con el diablo. Y si lo fue, Allan, fíjese que fue enterrada en lugar sagrado, en el cementerio viejo, junto a las almas de los buenos cristianos de aquel tiempo.

El reverendo enarcó las cejas pero no dijo nada.

—Eso podría explicar las muertes de Sampson y de Soames —proseguí—. Recordará usted la idea que mencioné la última vez que nos vimos: que los surcos tienen algo que ver con un ritual en el que se utilizan los huesos de los muertos. Bien, quizás esa sea la explicación de por qué Steveley es el lugar de reunión del culto al diablo. Quizás ésa sea la razón de que Sampson se dedicara a excavar las tumbas. Puede que quisiera desenterrar precisamente a Molly Dell. Si el doctor tenía la sospecha de que eran los huesos de la vieja bruja los que se utilizaban en el ritual, bien pudo decidirse a comprobar si seguía intacta en su ataúd o si sus restos habían desaparecido. Y si encontró pruebas de ello, y Soames lo consiguió también, quizás ambos fueron eliminados para impedir que hablaran.

El reverendo Stevens permaneció pensativo unos instantes antes de responder:

—Pero no tenemos pruebas de que algo así se produzca hoy día. Me refiero a los cultos satánicos, a los ritos ocultos. Tom habría visto algo y me lo habría contado. A menos que sospeche de él también… —añadió.

—No, de Tom Baldry no. Aunque no estoy seguro de por qué. Nadie queda libre de sospecha.

Hubo otro prolongado silencio antes de que el párroco dijera:

—Si tiene usted razón, entonces lo más probable es que la tumba de Molly Dell esté vacía.

Asentí para mostrar mi acuerdo y añadí:

—Sin embargo, tenemos que comprobarlo. Debemos estar seguros.

El reverendo no respondió. Supe que era el momento de convencerle de la necesidad de actuar y, más exactamente, de que consintiera en realizar aquel mismo acto que, tiempo atrás, había considerado imposible de aceptar para un sacerdote.

—Quiero su permiso para inspeccionar la tumba de Molly Dell —le dije con voz grave.

Él me miró con aire ceñudo.

—Se da usted cuenta de lo que me pide, ¿verdad? —dijo.

—Le pido que sea cómplice en un delito, pero no hay otra solución. No lo haré sin su conocimiento y su permiso; y si me descubren haré cuanto pueda para no mezclarle.

—¿Se da cuenta de que tanto usted como yo podemos vernos en serios problemas?

—Sí.

Esta vez permaneció pensativo un rato todavía más prolongado.

—¿Sabe una cosa? —dijo por fin—. Creo que aunque hubiera sabido que este asunto iba a desarrollarse como lo ha hecho, habría acudido igualmente a verle aquella tarde para pedirle que me ayudara. No consigo convencerme de modo razonable de que todo esto tenga algo que ver con el problema inicial, pero muy dentro de mí, instintivamente, estoy seguro de que la relación entre ambas cosas es absoluta. He estado ciego y ya he recobrado la visión. Me he negado tercamente a admitir la existencia de poderes ocultos. No, eso no es cierto. He sabido que existían, pero en mi estupidez no los he tomado en serio, me he negado a creer que en modo alguno pudieran desafiar a la única religión verdadera. —Hizo una nueva pausa y emitió un suspiro prolongado y estremecedor, como si por fin hubiera aceptado algo que detestara—. Sí, tenemos que abrir esa tumba. Usted y yo juntos. Para mí, negárselo sería como destruir todo cuanto ha hecho por mí. Sin embargo, algo me dice que antes de eso tenemos que ir a la torre. Estoy convencido de que la criatura que vi se refugió en la torre. Podría ir yo solo, pero prefiero que esté usted también. Tiene usted un don, Michael, un don. Ve las cosas en toda su profundidad; su intuición le lleva a la raíz de todos estos misterios.

—No estoy seguro de que eso tenga algo que ver conmigo.

—¿A qué se refiere?

—A que no estoy seguro de que sea mi intuición. Es como si…, como si estuviera siendo utilizado, como si fuera un canal para…

No pude terminar la frase, pues no sabía cómo explicarlo.

—¡El Espíritu Santo! —exclamó el reverendo—. Si las fuerzas del mal actúan aquí, ¿por qué no iba a hacerlo también el Espíritu Santo del Señor?

No supe qué responder. El reverendo, evidentemente, advirtió mi estado de confusión.

—No le parezca tan extraño —dijo—. Así sucede, ¿sabe? Y eso no significa que deba empezar a considerarse un santo.

—Pero ¿por qué yo?

El reverendo se encogió de hombros.

—Los designios de Dios son inescrutables —aseguró—. Es una de las frases más ciertas que conozco. Inescrutables.

Decidí centrar otra vez la conversación en el tema del que estábamos hablando.

—Sigo sin comprender por qué se desmorona la iglesia.

—Pero tiene sus sospechas, ¿verdad?

—En efecto. Y creo que parte de la respuesta ha de estar, efectivamente, en esa torre.

—Entonces, la investigaremos juntos.

Me alegré, pues hacía mucho tiempo que deseaba echar un vistazo a la torre. También me alegré de ver a aquel nuevo Allan Stevens, tan lleno de decisión, que me otorgaba en tal medida su confianza y su aprobación.

—Volveré esta noche, a eso de las once si le parece —respondí—. Primero iremos a la torre y después desenterraremos el ataúd. Ahora tengo que irme, pues Sal se despertará pronto. Anoche tuvo una pesadilla agobiante y no quiero que esté sola cuando se despierte.

Nos despedimos y me apresuré bajo el aire fresco del amanecer. El sol se levantaba tras los árboles y empezaba el coro del alba, cuyos sones multiplicaba el eco en los bosques que rodeaban el pueblo. Al pasar junto a la iglesia apreté el paso y apenas dirigí una breve mirada a su sombría silueta, que lentamente iba desprendiéndose del velo de la noche. La veleta de la torre brillaba bajo los rayos del sol, mientras debajo las negras hendeduras como cavernas en los muros de la torre hablaban elocuentemente de un pasado destructor y de un futuro incierto.

De vuelta a casa, el sol matutino parecía burlarse de mis temores e imaginaciones nocturnas. Sin embargo, me daba perfecta cuenta de que unas fuerzas más poderosas que cualquier cosa que jamás hubiera imaginado parecían dispuestas a tomar el control de nuestras vidas. Y no había modo de escapar de ellas. Ahora vivían en la oscuridad, y corrían a refugiarse cuando llegaba la aurora. ¿Cuándo dejarían de temer

la luz del día? ¿Cuándo harían su primer movimiento? ¿Cuán próximo estaba ese momento?

Al llegar a casa encontré a Sal como la había dejado, aunque pareció moverse cuando entré en el salón. Le oír murmurar algo, pero todavía dormía.

En el piso de arriba, Mark y Helen se estaban levantando. Empecé a preparar el desayuno.

Cuando Mark entró en la cocina llevaba en la mano un juguete.

—Papá, ya no funciona —dijo—. Parece que en esta casa nada funciona. —El juguete era una caja de sorpresas—. Todavía tiene el muelle, papá, pero se le ha salido todo. ¿Me lo arreglarás, por favor?

Me lo dio y lo contemplé.

—¿Papá?

La voz quejosa de Mark me hizo advertir que por unos momentos me había olvidado de su presencia, absorto en mis pensamientos con el juguete en la mano. De pronto, creía saber por fin por qué la iglesia parroquial de Todas las Ánimas de Steveley estaba constantemente cayéndose en pedazos. Sólo quedaba por recoger una prueba más, y creí que esa noche la encontraríamos en la torre.

12

Por fortuna, al día siguiente no tenía ningún compromiso en la universidad. Fui a despedir a Sal y a los niños a la estación a las once y media. Mark y Helen estaban confusos y ligeramente atemorizados. No parecían comprender qué sucedía, y no se sintieron mucho mejor con mis explicaciones de que se iban todos de vacaciones y que yo les seguiría muy pronto, cuando terminara el curso en la universidad. Sal tenía una palidez cadavérica. Nunca la había visto tan mal y, aunque deseaba estar junto a ella, creí que lo mejor sería sacarla de Steveley cuanto antes. A primera hora de la mañana, había llamado a mis padres y había dispuesto que Sal y los niños fueran a vivir con ellos hasta que tuviera tiempo de hacer otros proyectos.

Cuando el tren abandonó la estación, en mi cabeza había una total confusión. Contemplé el rostro de mis hijos hasta que desaparecieron, y me pregunté cuándo volveríamos a estar todos juntos. Al propio tiempo, me sentía aliviado al verles sanos y salvos lejos de Steveley. Me abroché el abrigo. El buen tiempo parecía haber terminado.

Almorcé temprano en un bar y conduje de vuelta a casa atravesando la ciudad. Allí, los acontecimientos de los últimos días parecían doblemente irreales. ¿Qué lugar podía haber en aquel mundo para demonios y brujas? Sentado al volante, mientras esperaba a que cambiase el semáforo, eché una mirada despreocupada a mi alrededor. ¿Estaba sucumbiendo quizás a alguna forma de absurdo primitivismo rural? ¿O era más bien aquella gente que me rodeaba la que resultaba absurdamente infantil, con su precaria existencia pendiente de un hilo, ignorante de las poderosas fuerzas que podían destruir su fácil opulencia? Se puso a llover y de repente mi aislamiento pareció hacerse más acusado, mientras los coches se distanciaban más unos de otros en la carretera.

Los grandes bloques de edificios del centro de la ciudad dieron paso a hileras de casitas bajas, que a su vez eran seguidas por los suburbios residenciales. Finalmente, llegué a la orla de terrenos agrícolas que daba paso a la zona rural. La lluvia cesó tan

repentinamente como había empezado. Estaba solo, camino de Steveley, y la imagen que continuamente asaltaba mi mente era la de Sal y su mirada de puro pánico de la noche anterior. ¿Había hecho bien dejándola viajar sola, con los niños como única compañía y protección?

Debí de conducir varios kilómetros con la mente abstraída en otras cosas, pues de repente me sorprendí al ver que ya estaba cerca de la granja Downlands. Desde la distancia, reconocí el tejado de pizarra y el elevado silo nuevo. Me dirigí al patio de la granja con la intención nada clara de preguntarle al anciano señor Copesley si sabía algo acerca de brujas locales. Cuando detuve el coche y vi a la señora Copesley asomar la cabeza por la ventana de la cocina, sentí de repente lo absurdo de mi posición. ¿Cómo podía preguntarle a nadie si conocía a alguna bruja en la comarca? Era absurdo. Me sentí bastante violento, pero ya era demasiado tarde para volverme atrás. Arthur Copesley salió a recibirme. Había ido de caza, y llevaba dos conejos colgando del hombro.

—Buenas tardes tenga usted —dijo con voz ruda, aunque no hostil.

—Buenas tardes. Espero que no les importe que haya venido otra vez. He pensado que quizá podría hacerle un par de preguntas más a su padre.

—Como guste. Ya sabe dónde encontrarle —contestó.

Tras de lo cual se encaminó con el producto de la caza hacia uno de los graneros.

Bajé del coche y crucé el patio hasta la cocina. No estaba seguro de si era bien recibido o no. La señora Copesley estaba picando verduras, y allí, sentado junto al fuego como en la ocasión anterior, se hallaba el anciano.

—Querría hacerle un par de preguntas a su suegro, señora —dije a la mujer, con la esperanza de que ésta encontrara algún motivo para dejarnos solos.

Sin embargo, ella no hizo el menor gesto en ese sentido.

—Adelante —respondió—. Hoy no parece muy dispuesto a colaborar en nada, pero quizás a usted le trate mejor. La verdad es que a mí no ha querido hacerme caso en toda la mañana.

Me acerqué a la chimenea y me arrodillé junto al anciano. Sus ojos se volvieron hacia mí y en su rostro surcado de arrugas apareció una sonrisa. El anciano se acordaba de mí y del interés que había mostrado hacia el doctor Sampson.

—Se lo dije, ¿verdad? —Fueron sus primeras palabras—. Sampson estaba cavando en las tumbas del cementerio.

—¿Sabe usted en cuáles?

El rostro del anciano permaneció inexpresivo, y no respondió.

—¿Quizás en la de Molly Dell?

Su rostro continuó impasible. Si el nombre tenía algún significado para él, no lo demostró en absoluto. Sin embargo, por último dijo:

—¿Cómo es que la conoce?

—No la conozco. Lo único que sé es que fue acusada en una ocasión de brujería, pero que todos sus presuntos delitos terminaron por ser atribuidos a un peón llamado Rufus Whiteleafe.

El anciano se volvió entonces hacia mí.

—Recuerdo… Pero no era aquí, era en…, en una casita en el pueblo. Hace de eso setenta años o más. Recuerdo que yo y mi hermana nos sentábamos en la falda de mi abuela delante del fuego, y mi abuela cantaba: *La vieja Molly Dell vino del infierno…*

—Ya he oído esa canción —le interrumpí—. *La vieja Molly Dell vino del infierno / para engañar y mentir a todos los niños. / No tiene brazos…*

—¡No, no, no! —exclamó el anciano, malhumorado—. Están equivocados. La letra de esa canción dice así: *La vieja Molly Dell vino del infierno / para comerse los ojos de todos los niños. / Se comió sus brazos y se comió sus piernas / y se comió sus cuellos y también sus pies*.

Noté que se me erizaban los cabellos de la nuca. Igual que había hecho con Helen, le pedí que repitiera la estrofa. ¡Vaya cancioncita más extraña! No me sorprendía que la versión que había aprendido Helen fuera más suave.

—Señor Copesley, ¿su abuela pensaba que era cierto lo que decía esa canción?

Detrás de mí, la señora Copesley había dejado de trinchar las verduras. El anciano comprendió a qué me refería y me observó fijamente.

—Naturalmente, pues cuando terminaba de cantarla nos agarraba del cuello y nos decía: «Y no lo olvidéis. Cuando me llegue la hora no quiero reposar al lado de una bruja». Y se han cumplido sus deseos, pues está enterrada a diez kilómetros de aquí, al otro lado de las colinas.

—¿Sabe usted si el doctor Sampson conocía esa canción?

—Lo ignoro. Entonces no había mucha gente que se tomara el asunto en serio, y hoy día nadie tiene la menor idea del tema. Probablemente, mi abuela fue la última persona que todavía creía en eso. Por esa razón, nunca entró en la iglesia de Steveley. Según decía, aquélla era la parroquia de Satán.

—Una ultima pregunta, señor Copesley, y le dejaré en paz. ¿Ha oído hablar alguna vez de actos de profanación cometidos en el cementerio de Todas las Ánimas? ¿Algún rumor sobre ceremonias paganas o aquelarres?

Una vez más, el rostro del anciano permaneció impasible.

—No, nunca he oído nada semejante. En esos tiempos nosotros éramos gente

trabajadora y temerosa de Dios. No teníamos nada que ver con esas tonterías. —Hizo una pausa, y creí que ya había terminado. Entonces me tomó del brazo y me lo apretó con la mano levemente—. Pero hubo quien afirmó haber visto al diablo.

—¿Qué son todas esas historias de demonios y brujas? Nunca nos habías hablado de eso, papá —interrumpió la señora Copesley, al tiempo que se acercaba a nosotros con una sonrisa indulgente en los labios.

El anciano señor Copesley se recostó de nuevo en su butaca y permaneció callado. No conseguí sacarle una palabra más. Me sentía furioso por la interrupción de la mujer. Luego me pregunté si no lo habría hecho a propósito, con la intención de evitar que continuara con sus explicaciones. Me dije a mí mismo que no debía ser tan estúpido, que no debía buscar motivos siniestros en todo lo que sucedía. Sin embargo, mi mente se negaba a abandonar aquella idea. ¿Podía ser la señora Copesley una bruja o, por lo menos, miembro de una secta de adoradores del diablo? Me descubrí buscando absurdamente con la mirada alguna escoba, pero la señora Copesley guardaba los utensilios de limpieza fuera de la vista. Ni siquiera había un gato negro enroscado junto al fuego. Me despedí y salí de la casa.

Pese a que el anciano señor Copesley no había terminado de decirme todo lo que sabía, el viaje había merecido la pena. En alguna ocasión, me había detenido a pensar en la cancioncilla que Helen me había enseñado. Por alguna razón, me había parecido algo inconexa, y ahora que acababa de oír la versión original comprendí por qué. Una vez más, se confirmaba la idea de que Molly Dell había sido una comedora de carne humana, la auténtica bruja de Steveley, y resultaba interesante comprobar que sesenta años después de su muerte todavía había existido gente que creía en la leyenda y que vivía con temor a sus poderes.

Llegué a casa. Entrar en ella por primera vez desde que Sal y los niños se habían ido reprodujo en mí el sentimiento de abandono y aislamiento que había experimentado anteriormente. Preparé una taza de té y me dispuse a actuar. No era momento de arrepentimientos, ni tampoco era cuestión de retrasar las cosas. Íbamos a vender la casa y trasladarnos a los suburbios residenciales de la ciudad. Telefoneé a mi consejero legal para informarle de ello. A continuación llamé a un agente inmobiliario. El hombre prometió acudir al día siguiente y le pedí que trajera información sobre casas a la venta en la zona que me interesaba, del precio que estábamos en condiciones de pagar. Después telefoneé a mis padres. Me tranquilizó saber que Sal y los niños habían llegado sin novedad y, cuando hablé con Sal, me pareció bastante recuperada.

—Ven en cuanto puedas.

—Dos semanas —contesté—. Terminaré los exámenes dentro de dos semanas.

Cuando colgué el auricular, pedí al cielo que no tuviera otro motivo para arrepentirme de la investigación en que me había embarcado tan despreocupadamente apenas unos meses antes.

Esa noche, justo al dar las once, salí de casa camino de la vicaría y pasé una vez más, como tan a menudo había hecho, ante la mole sombría de la iglesia. Me admiré de cuánto habían cambiado mis reacciones hacia aquella curiosa estructura medio derruida. Mis sentimientos respecto a ella habían ido de la indiferencia a la simpatía, y de ésta a algo más parecido al miedo. En sus frías entrañas estaba la clave de su propia destrucción, y yo tenía que descubrir si había adivinado correctamente esa posible clave.

Al otro lado de la hilera de árboles, la luz de gas del despacho del reverendo Stevens brillaba en la oscuridad de la noche, y parecía parpadear al filtrarse entre las hojas de los árboles, que una fresca brisa movía suavemente. Me pregunté si nuestros esfuerzos no se verían truncados por una tormenta, y alcé la vista sobre la torre de la iglesia, casi esperando encontrar la masa oscura de alguna nube a punto de descargar. Sin embargo, no encontré nada, salvo una media luna que corría tras las finas estelas de los cirros, y el rumor de las hojas y ramas mecidas por la brisa.

Llamé al timbre de la puerta de la vicaría y Allan Stevens salió a abrirme. Iba vestido con un jersey de cuello alto y unos pantalones viejos con las perneras metidas dentro de los calcetines. Iba descalzo, pero junto a la puerta estaban sus grandes botas de granjero, que empezó a ponerse inmediatamente. También llevaba dos palas, la linterna y una palanca.

Mientras luchaba por calzarse las botas, el reverendo empujó hacia mi una hoja de papel colocada sobre la mesita del recibidor.

—¿Qué opina de esto? —me preguntó.

Observé con atención el dibujo, en el que aparecía el rostro de una anciana. Tenía unos rasgos grotescos y feísimos, aunque se veía claramente… que no se trataba de una caricatura. Sus ojos aparecían hundidos, casi tapados por largos mechones de un cabello estropajoso y lacio. El autor del dibujo había recogido con gran detalle las profundas arrugas y surcos del rostro, sus pliegues de carne fláccida, los lunares y verrugas de su piel cetrina. Sin embargo, lo más sorprendente eran sus labios, dos masas de carne que le sobresalían del rostro, enormes, bulbosas y abotagadas, y adoptaban una forma circular, abriéndose justo lo suficiente para mostrar unos dientes

mellados y ennegrecidos. Era un rostro monstruoso, increíblemente repulsivo, horrible en su deformidad.

—¿Podría ser éste el retrato de Molly Dell? —preguntó el reverendo—. Lo he encontrado entre algunos papeles de Sampson. No sé cómo no me había fijado antes.

Asentí. Si aquélla era Molly Dell, no era difícil comprender por qué habían surgido leyendas acerca de ella.

Cuando hubo terminado de atarse las botas, Allan Stevens me sonrió, tomó de mis manos el dibujo y volvió a colocarlo en la mesita.

—No perdamos más tiempo —dijo—. Terminemos pronto lo que tenemos que hacer.

Me entregó una de las palas y cerró silenciosamente la puerta tras de sí. Cuando llegamos ante la iglesia, tuvo que abrir la cerradura de la enorme puerta principal, pues había decidido dejar la iglesia cerrada con llave por la noche. La linterna formó grandes sombras en el cementerio, mientras yo enfocaba para que el reverendo viera dónde estaba el ojo de la cerradura. Una vez dentro, la linterna iluminó con luz mortecina las filas de bancos vacíos. El reverendo no perdió un momento, y se encaminó a la entrada de la torre. Fui tras él y nuestros pasos resonaron en el edificio vacío.

—Hace muchísimo tiempo que no se abre la puerta de esa torre —murmuró.

La cerradura había sido reforzada con un enorme candado oxidado, e incluso cuando por fin consiguió abrirlo, no resultó nada sencillo mover las hojas de madera de su posición. Sólo después de que ambos tiráramos con energía y a la vez del picaporte, conseguimos que gradualmente, centímetro a centímetro, fuera desencajándose de su posición. Cuando finalmente quedó abierta, una vaharada de aire rancio nos envolvió. Fue como un golpe de viento salido de un túnel oscuro y sellado, y el ruido que hizo pareció el suspiro de un alma en pena. Fue necesario encender otra vez la lámpara, pues yo la había apagado al entrar en la iglesia creyendo que el reverendo encendería las luces. Sin embargo, él había preferido no hacerlo para no llamar la atención, y ahora observamos que la corriente de aire era tan fuerte que resultaba imposible encender una cerilla ante la puerta de la torre. Tuvimos que retroceder hasta el pasillo entre los bancos a fin de conseguir encender una el tiempo suficiente para que prendiera la linterna.

Cuando entramos en la torre nos encontramos en una estancia cuadrada y de techo muy bajo. En una esquina había una escalera de caracol, de hierro forjado, que desaparecía por una abertura entre las placas de madera del techo. El reverendo empezó a subir los peldaños y yo le seguí, pegado a él. La escalera vibró y empezó a

crujir. En algunos puntos, allí donde la humedad se había filtrado entre las grietas de la piedra, aparecían adheridos a la pared musgos y líquenes verdosos que se reflejaban intensamente bajo la luz de la lámpara. Me sentí totalmente inseguro. La escalera de hierro forjado estaba en malas condiciones, pero además yo sabía el mal estado en que se encontraba la propia torre. Cualquier movimiento podía causar su caída, y las motas de polvo que caían de los puntos de unión de los peldaños con la pared no hacían sino acrecentar la sensación de peligro inminente.

Por fin llegamos al campanario. El piso de éste estaba formado en parte por viejos maderos combados que no daban la menor sensación de solidez. En otro tiempo, las cuerdas de las campanas habían pasado por los agujeros dispuestos en el suelo, mientras que arriba, junto al tejado, se veían las vigas que habían sostenido las campanas. La escalera de caracol seguía su espiral hasta el mismo techo de la torre, y continuamos, haciendo que la luz de la linterna formara extraños juegos de sombras en las paredes. De cerca, las grandes grietas que resultaban visibles desde el suelo, desde el cementerio, resultaban absolutamente aterradoras. Creo que los dos éramos muy conscientes de lo precario de nuestra posición.

Continuamos la ascensión hasta que llegamos a una puerta muy pequeña y baja. El reverendo consiguió abrirla sin excesivos problemas y salimos al tejado de la torre. Una vez allí, nos sentimos un poco más seguros. Era absurdo, pues en todo caso estábamos en una posición todavía más vulnerable que antes, pero el hecho de sentir la piedra bajo nuestros pies nos daba una ilusión de firmeza. Permanecimos allí un rato, escrutando la oscuridad. A lo lejos podíamos ver las luces de la ciudad, mientras que más cerca aparecían los enjambres de lucecitas, mucho más irregulares, de los pueblecitos de la comarca. Abbotsford, con su gran calle principal, resultaba claramente visible entre los campos cubiertos por la oscuridad.

Allan Stevens estaba manifiestamente disgustado, pues no había encontrado lo que buscaba, fuera lo que fuese. Quizás había imaginado que se tropezaría con alguna especie de cubil, o incluso había esperado sorprender a la criatura que había visto. Le oí suspirar.

—Vámonos, bajemos al cementerio y veamos si en las tumbas tenemos más suerte. Creo que hemos arriesgado el cuello por nada subiendo hasta aquí.

—Al menos, ahora sabemos que aquí no hay nada. Quizá después de todo esa criatura suya fue una fantasía de su mente.

—No. Estoy seguro de que la vi. Vamos, démonos prisa.

Empezó a retroceder, escalera abajo. Dejé que se adelantara unos pasos antes de escurrirme de nuevo por la portezuela. Vi bajar al reverendo hasta el campanario

mientras la linterna, que se bamboleaba en su mano izquierda, enviaba descontrolados destellos de luz a la estancia. Por un instante, me pareció ver algo en la pared, a unos tres metros por encima de la cabeza del reverendo y cerca de una de las viejas vigas. Cuando la luz volvió a iluminar la zona, me sentí más seguro aún.

—¡Allan! —exclamé—. Allan, deténgase y enfoque la linterna hacia esa esquina, detrás de usted.

El reverendo se detuvo, volvió la cabeza para mirarme y sostuvo la linterna en alto, sin saber muy bien en qué dirección le había dicho.

—Más arriba —le indiqué.

Cuando por fin conseguí que enfocara hacia el lugar preciso, vi lo que parecía ser un grupo de letras o símbolos garabateados en la pared.

—¿Qué ve usted ahí? —preguntó el reverendo.

Desde su posición era imposible distinguir nada, y le dije que subiera unos cuantos peldaños para situarse más a la altura de los dibujos. Me obedeció y subió hasta quedar justo debajo de mí. Ambos contemplamos los curiosos símbolos que se podían ver al otro extremo del campanario. Yo siempre he tenido buena vista, pero desde la distancia a que nos hallábamos resultaba imposible distinguir de qué se trataba.

—¿Cómo podríamos acercarnos más? —dijo el reverendo, quitándome las palabras de la boca.

Aun si comprobábamos que el suelo del campanario era sólido y seguro, desde allí no conseguiríamos acercarnos más de lo que ya estábamos. Sólo se me ocurrió una posibilidad: encaramarse a una de las vigas que en otro tiempo habían sostenido las campanas y avanzar sobre ella hasta alcanzar el muro de enfrente, muy cerca de donde estaban los dibujos. No sería un asunto sencillo, pues ninguno de los dos estábamos preparados para hacer de funambulistas. Sin embargo, como yo era más joven y alto que Allan, y como estaba en mejor forma física, era evidente que, si alguno de los dos iba a intentarlo, ése sería yo.

—Sosténgame el abrigo.

El reverendo me miró, sostuvo mi abrigo y no dijo nada.

La viga quedaba a varios palmos de distancia de la escalera y no resultaba nada sencillo alcanzarla. Sin embargo, en su punto de unión con la pared cerca de nuestra posición, sobresalía una especie de plataforma donde podía poner el pie si daba una gran zancada desde la escalera. Resbalar desde allí significaría una caída de cinco metros hasta el suelo del campanario, con la probabilidad de caer otros veinte metros si éste cedía. Pensándolo bien, era un juego estúpido, pero en aquel instante no me

detuve a pensar. Me pareció dentro de mis posibilidades.

Conseguí alcanzar la plataforma y me así a la viga, subiéndome a ella seguidamente. Esto último resultó ser la parte más difícil, pues la viga era sorprendentemente ancha. Una vez encima, no presentaba ninguna dificultad ir avanzando a horcajadas hasta el extremo opuesto. Según iba haciéndolo, el reverendo iluminaba la zona con la linterna, y mi sombra formaba sobre el campanario una silueta grotesca, más monstruosa que cualquier cosa que pudiéramos haber esperado encontrar en aquel misterioso lugar.

Cuando hube llegado al otro extremo de la viga, vi claramente que los dibujos no correspondían a letras o símbolos ordinarios. En realidad, se trataba de una serie de jeroglíficos, símbolos abstractos y extraños diseños, agrupados en lo que resultó ser un gran círculo. Conté los símbolos; había quince. Del círculo salían unas líneas como radios que unían cada uno de los símbolos con un motivo central, que parecía ser una cruz negra invertida.

No había pronunciado palabra desde que había empezado a mirar los curiosos símbolos, y el reverendo se estaba impacientando.

—¿Qué ve usted ahí? —me preguntó.

—¡Ah, perdón, qué estúpido soy! —exclamé.

Mis reacciones habían sido terriblemente lentas, y ahora, al darme cuenta de pronto, estuve a punto de echarme a reír.

—¿De qué se trata? —insistió Allan.

—Es una serie de dibujos… Una mezcla de dibujos, signos y símbolos. Forman un círculo, y en el centro de éste hay una cruz negra invertida. Todo parece muy reciente. Estoy seguro de que han sido pintados hace muy poco.

Empecé a describir los signos y símbolos, y aguardé a que el reverendo se diera cuenta de lo mismo que yo acababa de comprender.

—Pero… —le oí decir—. ¡Esa descripción parece corresponder con los símbolos que aparecen en el mapa de Soames!

—Exactamente —asentí—. Al principio no los he reconocido porque están coloreados, y dibujados desde ángulos distintos.

El reverendo debía de haber dado más intensidad a la linterna, pues de pronto los dibujos quedaron iluminados con mucha más claridad.

—¿Los puede ver mejor así? —dijo—. No se quede ahí mucho tiempo. He olvidado llenar del todo la linterna y me parece que no queda mucho petróleo.

Realmente, la nueva intensidad de luz aclaraba muchas cosas, pues así pude ver ahora el conjunto de símbolos con mucho más detalle. Lo que en un principio había

tomado por el motivo central, la cruz negra invertida con las líneas extendidas como radios hacia el círculo de símbolos y diseños figurativos que la rodeaban, resultó ser en sí mismo otro símbolo. Dentro de una estrella de cinco puntas, aprecié claramente una descripción estilizada de un diablo, un rostro de macho cabrío con ojos como rendijas y cuernos enroscados. Advertí entonces que la cruz invertida era parte de la nariz, pero resultaba indudable que había sido dibujada con la intención de que destacara del resto del dibujo, como si ella sola simbolizara todo el conjunto.

Hice una descripción completa de cuanto veía a Allan, y noté que éste contenía bruscamente la respiración.

Ya había visto todo lo que quería, de modo que empecé a retroceder encaramado a la viga. De hecho, empezaba a sentirme visiblemente inquieto, pensando en que todos los que habían intentado desvelar el misterio de aquella iglesia habían muerto. Deseé salir del recinto antes de que sucediera algo. La atmósfera se estaba haciendo pesada y claustrofóbica. Sentí la imperiosa necesidad de bajarme cuanto antes de la viga y me moví sin preocuparme demasiado de asegurarme.

Mis temores debieron de resultarle evidentes a Allan.

—Tómeselo con tranquilidad, Michael. No se apresure —me aconsejó.

Su voz resultaba firme y consoladora. Agradecido por sus oportunas palabras, me detuve un instante para recuperar el aliento y la compostura. Bajar de la viga y saltar de la plataforma a la escalera habría supuesto la muerte para mí casi con toda probabilidad, de no haber ejecutado ambas cosas con la cabeza clara y serena. Con ayuda del reverendo, conseguí volver a su lado sano y salvo.

—Esos símbolos constituyen otra parte del rompecabezas —le dije cuando tuve los pies en los peldaños de la escalera—. Todo confirma lo que yo pensaba.

—¿A qué se refiere?

—Salgamos de aquí —contesté—, y pronto. Ya se lo explicaré cuando estemos fuera.

Nuevamente, era consciente de que en la atmósfera había algo amenazador, espantoso. Nos apresuramos cuanto pudimos en bajar la escalera de caracol, y me sentí muy aliviado al llegar al suelo y salir de la torre.

Cuando me dispuse a cerrar de nuevo la puerta de la torre, aprecié de repente que volvía a levantarse aquella fría corriente de aire, con tal fuerza que, cuando empujé la pesada hoja de madera, fue casi como si se negara a cerrarse. El viento era helado y parecía hacerse más fuerte a cada momento, hasta el punto de que hizo falta el esfuerzo combinado de ambos para conseguir cerrar la puerta. Capté algunas palabras que el reverendo murmuraba por lo bajo, y reconocí por ellas que estaba rezando el

Padrenuestro. Cuando por fin conseguimos ajustar la puerta, procedió rápidamente a colocar de nuevo el candado y a cerrarlo. Después se santiguó. Era evidente que había sentido la presencia maléfica con la misma intensidad que yo. Nos apresuramos a salir de la iglesia.

—Ese aire frío y paralizante… —murmuró—. Si no supiera nada más, diría que procedía de las profundidades más heladas de las tumbas y que había sido enviado contra nosotros por algún espíritu maléfico.

De nuevo, había expresado en palabras exactamente lo que yo pensaba. Me dedicó una breve sonrisa, totalmente desprovista de humor, y añadió:

—Pero eso es una tontería, por supuesto. Una tontería.

—Será mejor que nos apresuremos a echar un vistazo a las tumbas —sugerí.

—Creo que primero deberíamos rellenar de petróleo la linterna. Lamento haber sido tan estúpido como para no haberme acordado de hacerlo antes, pero así tendremos también oportunidad de echar un traguito. Va bien para calmar los nervios, ¿sabe? Va muy bien para calmar los nervios.

Regresamos a la vicaría, rellenamos la linterna y luego nos detuvimos unos momentos en el despacho del reverendo, donde tomamos un par de tragos de *whisky* solo. Me satisfizo ver que el párroco sabía apreciar el buen *whisky*.

—¿A qué se refería al decir que los dibujos confirman lo que usted pensaba? —preguntó.

—Ahora estoy absolutamente seguro de que el diablo ha tomado posesión de su iglesia, Allan. Esos dibujos han terminado de convencerme.

Le conté el encuentro que había tenido en el bar de Abbotsford con el tal lord Vernitor, y lo que éste me había explicado.

—«El diablo marca su territorio» —cité—. Ésas fueron sus palabras. Por otra parte, ese caballero confirmó también lo que el párroco de Fenbury me había dicho respecto a que esos signos y símbolos no son siempre dibujados necesariamente por manos humanas. En efecto, ningún ser humano podría ser el autor de ese círculo en el muro de la torre, a menos que midiera tres metros y pudiera dibujar al tiempo que se sostenía en equilibrio sobre la viga.

—Parece increíble —murmuró el reverendo—. Aunque reconozca su existencia física, me resulta muy difícil aceptar que el diablo pueda tomar posesión de una iglesia, de un lugar sagrado.

—Increíble o no, lo cierto es que ha experimentado usted la presencia del diablo allí en otra ocasión, y que ha vuelto a sentirla esta noche. Y no lo niegue.

El reverendo asintió en silencio. No podía negarlo.

—Todavía no sabemos exactamente por qué se ha producido esa ocupación —dije —, pero quizá la tumba de Molly Dell nos lo explique.

Allan Stevens apuró un último trago de *whisky*.

—Antes de dirigimos a ella… Supongo que todavía desea usted seguir adelante, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, naturalmente. No podemos correr el riesgo de detenernos ahora.

—No, claro. Bien, antes de que salgamos, ¿por qué no me explica, si es posible, la razón de que el diablo quisiera tomar posesión de la iglesia?

—No estoy seguro de saber la razón exacta —contesté—. Quizá le produzca una especial satisfacción ocupar la plaza fuerte de su archienemigo. Creo que es lo que podría llamarse un baluarte de su poder.

—Entonces, ¿por qué el desmoronamiento? Si lo que dice es cierto, no comprendo por qué el diablo no destruye la iglesia por completo, o por qué no la deja intacta.

—¡Ah! —exclamé—. Creo que ya he descubierto la respuesta a eso. Se me ocurrió cuando mi hijo Mark me pidió que le arreglara una caja de sorpresas, uno de sus juguetes. Cuando me lo dio, me dijo: «Todavía tiene el muelle, papá, pero se le ha salido todo». De repente, comprendí lo que le había sucedido a esa iglesia. No tiene nada que ver con que el diablo esté en ella, sino que se debe a la no presencia de Dios. No es el diablo el que causa el desmoronamiento; éste se produce porque la iglesia carece de alma, porque Dios está ausente de ella. Eso explica también muchas otras cosas. Por ejemplo, parecía muy extraño que Dios hubiera permitido que partes del edificio cayeran sobre los fieles y los mataran incluso durante la celebración de un servicio en la iglesia. Sé que ustedes los sacerdotes hacen cuanto pueden para explicar por qué Dios permite que ocurran todo tipo de desastres, pero aun así parece extraño lo que sucede en esa iglesia…, a menos que uno acepte que Dios no está en ella y que no volverá a habitarla, al menos de momento.

Allan Stevens me escuchó con actitud grave. Cuando terminé de hablar hubo un silencio prolongado. Me dije que tal vez no le había convencido, pero finalmente le oí decir:

—Creo que puede usted tener razón, Michael. Eso explicaría lo que tan preocupado me ha tenido, la sensación de que dentro de los muros de esa iglesia me era imposible comunicarme con Dios.

Dejó el vaso sobre la mesa con un ruido sordo y se puso en pie.

—¡Vamos allá! —exclamó—. Veamos qué más podemos descubrir.

13

Pasaba bastante de la medianoche cuando volvimos a salir de la vicaría. Dejamos atrás la iglesia y cruzamos el cementerio nuevo hasta llegar a la parte antigua. Cuando cruzamos ante la torre alcé la mirada hacia ella, pero no vi señal alguna de nada extraño. Nos apresuramos como dos fugitivos que no quisieran ser vistos y, tras atravesar el seto, entramos en el cementerio viejo.

Para entonces, Allan ya sabía cuál era la tumba de Molly Dell, y fue precisamente él quien abrió la marcha.

—Bueno —le oí decir enérgicamente—, ésa es. Démonos prisa. Usted empiece por ese lado.

Jamás en mi vida había contemplado un acto de semejantes connotaciones sacrílegas, y mucho menos lo había llevado a cabo. Probablemente, la situación era todavía más terrible para el reverendo, pero ahora no podíamos andarnos con titubeos. Clavamos las dos palas simultáneamente en la tierra con gran cuidado, para no estropear la capa superior cubierta de césped, con el objeto de que, al terminar, pudiéramos volver a colocarla de modo que nuestra actividad nocturna quedara lo más disimulada posible.

—Seguramente, Tom Baldry o cualquier otro advertirán lo que ha sucedido aquí. ¿Cómo podrá explicarlo? —pregunté al reverendo.

En realidad, nunca había tomado demasiado en serio las consecuencias legales de lo que estábamos haciendo. Aunque era consciente de que desenterrar el ataúd de Molly Dell constituía un acto ilegal, nunca había tomado completamente en serio la posibilidad de que pudieran descubrirme mientras lo hacía, ni me había detenido a pensar qué sucedería si así fuera. Esperaba que el reverendo pudiera darme confianza, pero pronto descubrí que él se encontraba en mi misma situación.

—Espero que encontremos lo que andamos buscando —exclamó.

—¿Se refiere a que debemos esperar lo peor? —inquirí.

—Si no encontramos lo peor, tendremos que confiar en que nadie descubra lo que

hemos hecho.

Volví a la tarea. Trabajamos rápida y enérgicamente, y no transcurrió mucho tiempo antes de que hubiéramos quitado toda la capa superior. Entonces, la pala del reverendo chocó con algo. Alzó la mirada, alarmado, y volvió a hundir la pala. El sonido ligeramente hueco de la madera resultó inconfundible.

—No sé mucho de estas cosas, pero esa plancha de madera suena extraordinariamente sólida para ser algo que lleva más de un siglo enterrado en esta tierra saturada de humedad.

Seguimos trabajando y pronto hubimos quitado toda la tierra, dejando gradualmente al descubierto la tapa del ataúd. Cuando terminamos, tomé la linterna y la hice pasar sobre la madera.

—Es realmente increíble —dije—. Parece en perfecto estado, como si se hubiera conservado intacto. Bueno —añadí rápidamente—, ¿quién de los dos va a abrirlo?

—Lo haré yo —respondió el reverendo con voz firme, al tiempo que tomaba la palanca, descendía al hoyo y empezaba a manipular cuidadosamente la tapa del ataúd.

Mientras se aplicaba a ello, oímos un ruido al otro extremo del seto. Ambos nos quedamos petrificados. Unos pasos se acercaban a nosotros. Mi corazón se puso a galopar y mis manos se cerraron sobre la pala, dispuesto a utilizarla como arma si llegaba el caso. Entrevimos una silueta negra que se acercaba resueltamente desde el cementerio nuevo. Parecía humana, pero no podíamos estar seguros.

—¿Quién anda ahí?

Era la voz del viejo Tom Baldry. Resultaba un alivio saber que nuestro visitante era un ser humano, y un amigo, pero lo último que deseábamos era ser descubiertos en aquella situación, y no teníamos manera de evitarlo.

Cuando entró en el cementerio viejo y me vio, Tom Baldry soltó una exclamación.

—¡Dios santo!, ¿qué está usted haciendo?

Todavía no había visto al reverendo, quien permanecía inmóvil en el hoyo y quedaba oculto detrás de mí. En aquel instante se incorporó del agujero, y Tom Baldry se quedó petrificado, como si estuviera presenciando la resurrección de los muertos. E indudablemente, eso fue lo primero que le pasó por la cabeza.

—¡Reverendo! —exclamó.

Los dos se quedaron mirándose el uno al otro, casi igual de perplejos y sin saber, evidentemente, cómo reaccionar.

—¿Qué está haciendo aquí a estas horas de la noche? —dijo por fin el párroco.

El sacristán pareció algo avergonzado.

—Yo… volvía del bar y… —murmuró.

—¡Pero si debe de haber cerrado hace horas!

—Este… Bueno, nos hemos quedado unos cuantos en la trastienda y… Ahora volvía a casa y he oído ruidos y, al ver una luz, me he acercado a ver qué sucedía.

—Está bien, Tom. Está bien. Esperaba mantenerlo apartado de esto —le dijo el reverendo—, pues las consecuencias pueden ser muy graves para todos los implicados, pero ahora ya no hay nada que hacer. Voy a decirle lo que estamos haciendo: nos disponemos a abrir el ataúd de Molly Dell.

De repente, tuve una inspiración que podía ahorrarnos otras explicaciones más difíciles.

—Se trata de esos surcos del suelo, Tom —declaré—. Queríamos ver si esa tumba tiene algo que ver con ellos.

Hubo un silencio, tras el cual Tom asintió lentamente.

—Comprendo —dijo con aire dubitativo.

Era evidente que se daba perfecta cuenta de la ilegalidad de lo que estábamos haciendo.

—Tom —le dijo el reverendo—, no hay tribunal, eclesiástico o civil, que pudiera perdonamos esto. Debe usted confiar en nosotros y no decir una palabra al respecto.

—¡Ah!, pueden confiar totalmente en mí —dijo el sacristán con un leve tono de amargura en la voz, al tiempo que se erguía cuanto le era posible—. Pero desenterrar a los muertos no es un acto muy cristiano, si me perdona la observación —añadió.

—Tengo mis dudas acerca de que quien está enterrado aquí sea un alma cristiana —repliqué rápidamente, con la esperanza de que eso le bastara.

Si Tom decidía quedarse, no debía estorbarnos. Y si decidía irse, debíamos asegurarnos de que se limitaría a acostarse y olvidaría cuanto acababa de ver.

Evidentemente, tenía intención de quedarse. Se acercó a mí y permaneció a mi lado mientras el reverendo nos daba la espalda para terminar de abrir la tapa del ataúd.

Tom empezó a decir algo, pero le atajé con un gesto cuando Allan empezó a levantar la tapa. El reverendo se echó atrás, yo dirigí la luz de la linterna hacia el interior del ataúd.

—¡Dios mío, Allan, está varío! —exclamé.

Sentí un tremendo regocijo. Aquel descubrimiento significaba que, por lo menos, estábamos cerca de las respuestas definitivas que durante tanto tiempo me había afanado en buscar. Me arrodillé junto al hoyo, pensando que debía asegurarme de que los restos no estuvieran ocultos por algún motivo en un rincón oscuro del ataúd. Fue entonces cuando vi algo todavía más extraordinario, pues uno de los extremos de la caja estaba hecho pedazos, como si hubieran utilizado un mazo para reventarla.

—¿Qué opina de esto, Allan? —pregunté, al tiempo que señalaba lo que acababa de descubrir.

El reverendo se arrodilló para examinar el agujero.

—Para hacer eso debió de utilizarse una fuerza tremenda —dijo—. La madera está rota hacia afuera. ¡Mire! Ahí hay unas grandes astillas clavadas en la tierra. —Dirigió la linterna a la parte interior del ataúd y prosiguió—: Y en el fondo de la caja hay restos de tierra, que debieron de caer en ella cuando la reventaron.

—Quienquiera que hiciese eso debió de realizarlo mientras el ataúd estaba enterrado —observé.

—Pero éste no puede ser el ataúd original —replicó el párroco—. La madera parece muy reciente.

Sin embargo, de pronto fijó la atención en uno de los lados del ataúd y exclamó:

—¡Un momento! ¡Mire! Aquí pone: «siete de enero de mil ochocientos cuarenta y tres». Debió de grabarlo el que confeccionó la caja.

Yo apenas logré distinguir la fecha escrita a lápiz que el reverendo acababa de leer.

—Así que, después de todo, es el ataúd original —murmuré—. Entonces, es posible que la vieja fuera enterrada viva, ¿no?

—Eso es una idea espantosamente cruel.

—¿De qué otro modo pudo hacerse ese agujero en la madera si el ataúd estaba enterrado? —le pregunté.

—Molly Dell era una vieja débil y frágil, ¿recuerda? Es imposible que ella pudiera hacerlo. Ni siquiera habría podido mover los brazos y aplicar la fuerza necesaria para abrir un boquete de esas características. Y en cualquier caso, aunque supusiéramos (sólo para desarrollar esa hipótesis) que realmente fue enterrada viva y que poseía la fuerza suficiente, ¿no cree usted que, si intentaba salir de la tumba, debió hacerlo en dirección hacia arriba, y no en paralelo al suelo? —Hizo una pausa y añadió—: Es absurdo, se mire como se mire.

El razonamiento del reverendo tenía que ser correcto. Al cabo de un rato, le oí murmurar por lo bajo:

—Pero ¿dónde están los restos, en el nombre de Dios? Si el ataúd sigue tan bien conservado, su contenido no puede haberse desintegrado sin más.

—Sin duda las sospechas de Sampson eran acertadas —respondí—. Alguien debió de robar los restos.

—¿Quién?

—La secta de adoradores del diablo.

El reverendo levantó la cabeza bruscamente. La luz de la linterna iluminaba

solamente la parte inferior de su rostro, y en sus labios aparecía una mueca de angustia. Se puso en pie y, dando media vuelta, se aupó. Sentí una gran pena por él. ¿Qué perversidades sin nombre debían de haberse celebrado en su iglesia? ¿Qué actos sacrílegos había heredado como párroco de Todas las Ánimas?

Tom Baldry estaba inclinado junto al hoyo escuchando nuestra conversación, al parecer sin mucho interés por ver más de cerca el ataúd de la vieja bruja.

—¿Qué se ve ahí? —preguntó.

—El ataúd está vacío, Tom.

—¿Y qué hay de los surcos?

Allan Stevens y yo nos habíamos olvidado por completo de ellos ante la sorpresa de encontrar vacía la caja. Volví a iluminar el extremo de ésta y advertí, admirado, que el agujero de la madera y el surco quedaban perfectamente alineados.

—¿Cree usted que ambas cosas están relacionadas de alguna manera? —preguntó el reverendo.

—Lo que haya causado el agujero en la madera también ha dado lugar al surco. Eso es seguro —respondí.

El reverendo se estremeció, se ciñó más apretadamente el abrigo y se alejó despacio. Yo también me sentía helado y enfermo. No lo comprendía. Alcé la mirada hacia la iglesia, cuya silueta se alzaba contra la media luna. Sin embargo, sus líneas pesadas y sombrías no me sirvieron de inspiración. De hecho, por lo que yo sabía, aquel edificio nunca había ofrecido mucha inspiración a aquellos que habían intentado salvarlo. ¿Cómo podía ser de otro modo, si carecía de alma? Bajo la fría y oscura lobreguez de la noche, había en sus piedras algo casi fatalista, como si sólo deseara que la dejaran arruinarse en paz. Consumida por dentro, lo único que podíamos ver ahora era su muerta armazón. Y lo que algunos podrían tomar por una elocuente llamada de socorro no era sino la máscara de la muerte, cuyo único rastro de vida eran las siniestras convulsiones que le infligía su depredador.

—Creo que será mejor que cubramos de nuevo esa tumba —murmuré—. Vamos, Tom, démonos prisa.

Tom Baldry accedió a regañadientes. Comprendí que alguna idea rondaba por su mente. No decía nada, pero de tanto en tanto se detenía y se apoyaba en la pala, no para descansar, sino para sumirse en profundos pensamientos. Al cabo de un rato, me dijo por fin:

—Hay una antigua canción que dice: *La vieja Molly Dell vino del infierno*…

—La conozco.

—¿Cree usted de verdad que alguien ha robado su cuerpo o sus huesos? ¿Cree

que quizás alguien se dedica a la magia negra en el pueblo?

—No lo sé, Tom.

—Creo que algunas personas del pueblo robaron el cuerpo de Molly Dell hace mucho tiempo y lo quemaron. En tiempos de la vieja se decía que estaba confabulada con el diablo, y hay todavía muchos ancianos y ancianas que han expresado su voluntad de no ser enterrados junto a Molly Dell. Le repito que creo que el cuerpo fue robado y enterrado en otra parte, o quizá fue incinerado.

—Pero eso deja sin explicar los surcos y el agujero del ataúd —objeté.

—Supongo que nunca encontraremos respuesta a eso —respondió.

El reverendo se había acercado de nuevo a nosotros mientras trabajábamos, y había oído las últimas palabras de Tom Baldry.

—Quizá tengas razón, Tom, pero se me ha ocurrido algo —dijo.

Tom Baldry y yo nos detuvimos a escucharle.

—Creo que deberíamos excavar la tumba de Sarah James.

Me volví hacia él, atónito.

—¿Cómo? ¿Violar otra tumba? —Ni siquiera yo había soñado en llegar tan lejos —. ¿Qué espera conseguir con ello, Allan?

—No lo sé, pero de algún modo ese surco, ese ahondamiento del terreno, juega un papel en este asunto, y parece enlazar con la sepultura de Sarah James. Si desenterramos su ataúd podremos ver si el surco tiene realmente alguna relación con la tumba de Molly Dell. Si la caja está varía, eso significará que el cementerio ha sido expoliado sistemáticamente; si está intacta, entonces quizá Michael tenga razón al sugerir que los restos de Molly Dell fueron retirados de su ataúd poco después de su entierro.

Terminamos de rellenar apresuradamente la sepultura de Molly Dell y volvimos a colocar con cuidado la capa superior de césped. Incluso a la media luz de la luna resultaba evidente que alguien había violado la tumba, y pensé que era preferible habernos visto obligados a confiar nuestro secreto a Tom Baldry aquella misma noche que vernos en el apuro de tener que hacerlo más tarde, cuando probablemente el sacristán ya habría corrido la voz de lo sucedido.

Empezamos a excavar la tumba de Sarah James. Cada uno de nosotros se tomó un breve descanso mientras los otros dos trabajaban. Fue Tom quien primero dio con su pala en la madera de la caja. También ésta parecía increíblemente sólida. Cuando hubimos extraído el resto de la tierra, Tom saltó al hoyo y empezó a forzar la tapa del ataúd.

—Es extraordinario lo bien conservado que está.

—Es como si la tierra no dejara que nada se descompusiera —asintió el reverendo.

Cuando Tom abrió por fin la tapa de la caja, yo estaba ligeramente apartado del hoyo, sosteniendo la linterna. La luz que bañaba la sepultura era escasa, pero suficiente para permitirnos ver en su interior, estirado en su posición mortuoria, el pequeño y patético esqueleto de la niña. Realmente, era una visión conmovedora. Casi me sentí aliviado de que el ataúd no estuviera vacío, pero me siguió pareciendo muy curioso que el cadáver se hubiera descompuesto y el ataúd no. Mencioné este hecho al reverendo, quien asintió.

Tom me pidió la linterna y, de pronto, gritó lleno de excitación:

—¡Hay un agujero en un lado de la caja! Parece hecho de fuera a dentro y… ¡Y en el lado opuesto hay otro que va de dentro a fuera!

Sin embargo, apenas había terminado de decir eso cuando emitió un grito ahogado y se echó hacia atrás con el rostro contraído por el pánico. Dejó caer la linterna y la palanca y saltó fuera del hoyo con toda la rapidez de que fue capaz.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—¡Eso no es normal! —respondió el sacristán con voz temblorosa, atemorizada —. Dios sabe que en este lugar no hay nada normal, pero eso…

No dijo nada más, sino que empezó a echar paletadas de tierra al hoyo como si quisiera cubrirlo lo antes posible.

—¡No, Tom! —dijo el reverendo, con tal tono de autoridad en la voz que Tom se detuvo inmediatamente, dejando caer la pala—. ¿Qué ha visto? ¿Qué le ha dado tanto miedo?

Tom no contestó.

Me arrodillé junto a la tumba para ver qué podía descubrir, pero aunque por suerte la linterna había caído en posición vertical, no alcanzaba a iluminar el interior del ataúd. Empecé a descender al hoyo.

—¡No baje usted ahí! ¡No lo haga! —me gritó Tom—. El corazón, el hígado, los riñones… ¡todavía están ahí!

Recogí la linterna junto a la caja y observé lo que acababa de decirme. Era cierto; allí estaban los órganos internos del cadáver de la niña, rodeados del esqueleto, frescos e intactos, como si las leyes naturales de la descomposición hubiesen actuado sólo selectivamente, dejándolos tan sanos como el día en que la pequeña exhaló su último suspiro y abandonó la tierra, o como si algún diabólico experto hubiera extirpado aquellos órganos a otra criatura y los hubiera colocado allí apenas unas horas antes. Me sentí a punto de vomitar y se me erizaron los cabellos de la nuca

cuando empecé a asimilar el carácter sobrenatural de aquella extraña visión. El reverendo se había arrodillado junto al hoyo, y alcé la linterna para que pudiera ver su contenido. Su rostro reflejó la misma perplejidad que yo intuía que se leía en el mío.

Salí del agujero y, sin una palabra, empezamos a rellenar la tumba nuevamente.

Mientras el reverendo y yo nos afanábamos para terminar lo antes posible, Tom Baldry permaneció observándonos. De pronto, musitó:

—No entiendo qué sucede aquí, pero no voy a quedarme un momento más.

—Necesitamos su ayuda, Tom —le dijo el reverendo, con una nota de urgencia en su voz.

—No, no. Me voy. No quiero quedarme, y no intenten detenerme.

En la voz del sacristán había un tono de histeria. El reverendo comprendió claramente que no serviría de nada discutir.

—Bien, entonces le veré por la mañana. Temprano.

Tom Baldry ya había empezado a alejarse, pero al oír aquellas palabras pareció adoptar una repentina decisión y se volvió hacia nosotros.

—No acudiré —exclamó bruscamente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el reverendo, al tiempo que dejaba de arrojar tierra al agujero y se apoyaba en la pala.

—Que ahora mismo voy a recoger mis cosas. Mañana por la mañana me iré a casa de mi hermana, en Devon. Lleva esperando que vaya a vivir con ella desde que su esposo murió. Espero no volver nunca más por Steveley.

—¡Tom, por favor, piénselo bien! —le suplicó Allan Stevens—. No puede abandonarnos ahora.

—Hay algo perverso en este pueblo. Siempre lo he creído así, y me voy mientras todavía puedo. He visto cosas que recordaré hasta el día de mi muerte. Y si quieren un consejo, váyanse ustedes también. Esta tierra es del diablo. Siempre han dicho que esa Molly Dell tenía tratos con el diablo, y era verdad. Sí. Perverso, ésa es la palabra.

Tom Baldry avanzó titubeante hasta los arbustos del fondo del cementerio viejo. Entonces echó a correr, y hasta nosotros llegó el ruido de sus pesados pasos en el sendero de grava. El reverendo movió la cabeza en señal de desaliento.

—¿Cree usted que lo ha dicho en serio? No sé cómo voy a arreglármelas sin su ayuda —comentó.

—Probablemente, mañana por la mañana habrá cambiado de idea —contesté, aunque no estaba muy seguro de que así fuera.

Terminamos de arrojar tierra al agujero y regresamos a la vicaría. Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que estuvimos junto a la puerta. El reverendo me ofreció

una copa, pero la rechacé.

—Nos veremos por la mañana —le dije—, cuando tengamos un rato para discutir lo que hemos visto. Después tendremos que decidir qué hacemos. Creo que debo comunicarle que yo también me voy pronto de Steveley. Tengo que hacerlo por el bien de Sal y de los niños, Allan.

—Sí, le comprendo —respondió él.

Sin embargo, en su rostro había una expresión de manifiesta desesperación que me hizo sentir muy incómodo.

—Le prometo que no me iré hasta que hayamos resuelto este asunto —dije—. Para mí no hay nada claro salvo una cosa: debemos descubrir dónde fueron a parar los restos de Molly Dell. Sólo entonces podremos averiguar qué hay detrás de todo lo que sucede aquí. Lo único que temo es que nadie nos crea. Me gustaría abrir algunas tumbas más para ver cuántas hay en el mismo estado que la de Sarah James.

—No, ya ha hecho usted suficiente —respondió el reverendo—. Jamás debí meterle en este horrible asunto. Le estoy agradecido por todo lo que ha hecho, muy agradecido, pero no puedo permitir que siga adelante.

Quise discutir con él, decirle que ahora ya estaba tan metido en el asunto que sentía la obligación de continuar hasta el final, pero al propio tiempo sus palabras significaron un gran alivio para mí, por cuanto me liberaban formalmente de mis obligaciones hacia él.

Allan Stevens enderezó los hombros, como si hiciera uso de su reencontrada fortaleza interior.

—Tengo la premonición de que el final de todo esto se acerca —continuó—, pero todavía aguarda el peligro, un gran peligro. No puedo consentir que corra usted el riesgo de…, de lo que vaya a suceder, sea lo que sea. En cuanto a mí, no puedo sino poner mi confianza en Dios. Si Él resulta derrotado, entonces la iglesia será destruida y, ante ello, poco cuenta mi vida. —Me dedicó una breve mirada, y en sus ojos pude ver una especie de extraña serenidad—. Pero lucharé, lucharé hasta el final —concluyó.

Tras estas palabras, dio media vuelta, entró en la vicaría y cerró la puerta tras de sí.

Yo corrí a casa. Mi nerviosismo se había convertido en un miedo desesperado por mí mismo y por el reverendo. Crucé corriendo la calle oscura y silenciosa hasta la casita y, cuando llegué, me sentí muy aliviado de poder cerrar la puerta a cal y canto. Me serví una copa y me acosté. Más que ninguna otra cosa, deseé que llegara el amanecer.

14

No desperté hasta pasadas las once y media. A esa hora, me sacó del sueño el timbre del teléfono y, casi simultáneamente, el de la puerta.

Me puse rápidamente el batín y, mientras acudía a contestar al teléfono, abrí la puerta de la casa. Al otro lado del hilo estaba Sal, que quería saber cómo estaba. Su voz sonaba cálida y confiada, pero absolutamente irreal después de los acontecimientos de las últimas horas. En el umbral de la puerta había un joven bien vestido que llevaba un gran maletín. Le dije a Sal que esperara un momento y atendí al visitante. El joven dijo que venía de la agencia inmobiliaria y le indiqué que pasara al salón.

Volví al teléfono. Sal se encontraba bien, igual que los niños. Me sentí aliviado. Secretamente, había temido que los horrores de la noche anterior les hubieran alcanzado de algún modo, que aquellos maléficos acontecimientos me hubieran golpeado por mediación de ellos. Todavía estaba atemorizado, pero si había de suceder algo, al parecer aún no se había producido.

Sal quería regresar a Steveley.

—Ni hablar de eso, Sal.

—¿Por qué? —protestó ella, en tono casi agresivo.

—Ahora no puedo explicártelo. Tengo aquí al agente de la inmobiliaria y ya está todo decidido. Nos vamos de aquí y no hay ninguna razón por la que tengas que volver a pasear siquiera por Steveley.

—Ya sé que nos mudamos, pero no entiendo por qué no puedo pasar estos últimos días contigo.

—Sal, ¿se te ha olvidado ya por qué te mandé con mis padres?

—Claro que no, pero aquí me siento como una estúpida, como una inútil. Quiero estar contigo.

—Ni hablar de eso, Sal. No debes volver.

—¿Por qué eres tan poco razonable?

—¡Sal! Sería una absoluta locura. No quiero que volvamos a empezar con tus pesadillas, ¿me oyes?

Pensé en el joven de la agencia que esperaba en el salón. Mis frases al teléfono debían de parecerle absolutamente fuera de lo normal. Me sentí algo desconcertado y dejé de hablar. Sal se aprovechó de mi silencio:

—Salgo para allá. Dejaré a los niños aquí y tomaré el tren de la tarde. Recógeme a las cinco y media en la estación.

No me dio la oportunidad de protestar, pues colgó el teléfono inmediatamente y me dejó hablando solo.

El joven de la agencia se disculpó por lo inoportuno de la visita, pero pese a lo embarazoso de la situación me alegré de que hubiera acudido. Cuanto antes vendiéramos la casa, mejor. Atendí, sin prestar mucha atención, a sus explicaciones sobre la complejidad que significaba la venta de la casa. Había algo de incongruente en su detallada exposición de los pasos a dar para conseguir el mejor precio por la propiedad, por cuanto yo, que era el cliente y —presuntamente— el principal beneficiario de sus esfuerzos, sólo estaba interesado en dejar la casa cuanto antes, por el precio que fuera.

Le pregunté si podría encargarse la agencia de las visitas de posibles compradores.

—No espero quedarme mucho tiempo en Steveley, y preferiría que se quedaran ustedes las llaves para enseñar la casa a los interesados.

Al joven no le entusiasmó la idea. Para él representaba una dificultad adicional para la venta, a la que se añadía la distancia que la separaba de la ciudad. Yo insistí, y no mucho después, una vez hubo recogido los datos preliminares, el joven se marchó, visiblemente sorprendido por mis modales y por la curiosa conversación telefónica que acababa de oír.

Desayuné apresuradamente y recordé que tenía una reunión de examinadores a las dos. Mi visita a Allan Stevens y Tom Baldry tendría que esperar hasta la tarde. Para entonces, Sal ya habría llegado, y me di cuenta de que no podría dejarla a solas e ignorante de la situación. Tendría que explicarle todo el asunto a ella también.

Me vestí rápidamente y, tras recoger los papeles que necesitaba, tomé el coche y salí. Cuando llegué a la iglesia, me sorprendió encontrar delante de ella varios coches de policía.

Me detuve junto a la verja y bajé del coche. Dos jóvenes agentes estaban sentados en la parte delantera de una furgoneta policial de color azul claro. De la puerta posterior surgía el crepitar de la electricidad estática de su radiotransmisor. Se fijaron en mí cuando vieron que me acercaba a la verja del cementerio.

—No se puede pasar, señor —me dijo el que ocupaba el asiento del conductor.

Su actitud me irritó. Les vi allí sentados en el vehículo, inmóviles, observándome. Sí, observaban, daban órdenes, pero no se movían en absoluto.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—No se puede pasar —repitió el agente, con voz monótona e insistente.

Me acerqué a él y volví a preguntar:

—¿Podría decirme qué ha sucedido?

—¿Qué interés puede tener para usted saberlo?

Le dije que era amigo del reverendo Allan Stevens, el párroco.

—¿Tiene algo que ver con él? —inquirí.

Constaté que el agente del otro asiento intercambiaba unas frases por la radio de onda corta. Por último, conferenciaron brevemente entre sí y me indicaron que podía pasar hasta la iglesia.

Mientras avanzaba por el sendero de grava, advertí una hilera de policías que acordonaba el cementerio y pensé en los acontecimientos de la noche anterior. Ahora, desde luego, se descubriría la profanación. ¿Era posible que alguien nos hubiera visto?

Ante la puerta de la iglesia me recibió un hombre alto de hombros estrechos y rostro fino y chupado. Me pareció que estaba bastante enfermo. Llevaba una gabardina vieja a la que no le habría ido mal una visita a la tintorería, y un sombrero flexible.

—Inspector Williams —se presentó. Creí detectar un ligero acento galés en su voz —. ¿Puedo preguntarle cuál es su interés en este asunto, señor?

—No sé qué ha sucedido. Pasaba por aquí y he visto esos coches… Soy amigo del párroco.

—Me temo que ha muerto.

Eso mismo había temido yo. Estaba preparado para una noticia como aquélla y, al comunicármela, me sentí sorprendentemente insensible Apenas unas horas antes había estado hablando con él, y ahora ya no volvería a verle. Pensé en la premonición que el reverendo había expresado al despedirme frente a la vicaría. Había acertado plenamente al asegurar que el mayor peligro todavía estaba por llegar. Al propio tiempo, pasó por mi cabeza la idea de que demostrar una excesiva indiferencia podía dar lugar a que el inspector sospechara de mí. Advertí que me miraba fijamente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé en tono emocionado—. ¿Muerto? ¡No puede ser! ¡Muerto!

—Me temo que así es, señor. ¿Era usted amigo íntimo del difunto?

—En realidad no, pero de vez en cuando nos gustaba sentarnos a charlar. ¿Cómo ha sucedido?

—No lo sabemos, señor. Parece que sostuvo una pelea. ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Déjeme ver… —Titubeé unos segundos, mientras pensaba frenéticamente una respuesta. Quizás era una decisión estúpida, pero no me atrevía a decir nada sobre nuestras andanzas de la noche anterior—. ¡Ah, sí, claro! Fue el sábado, en la fiesta campestre. ¿Cuándo le han encontrado?

—La asistenta llegó esta mañana como de costumbre a la vicaría, constató que no estaba allí y, cuando vio que no acudía a desayunar, se acercó a la iglesia a buscarle.

Hizo un gesto vago señalando al interior de la iglesia y, al mirar hacia donde indicaba, vi lo que tomé por el cadáver de Allan Stevens, caído en el suelo con los brazos extendidos, detrás de uno de los bancos y cubierto por un lienzo.

—Ahí fue donde le encontró. Muerto —añadió el inspector.

Igual que Sampson y Soames, pensé yo.

—Qué sorpresa tan terrible debió de llevarse la mujer —murmuré.

—En efecto —asintió él en tono seco. Sacó del bolsillo una cajetilla de cigarrillos y se puso a jugar con ella. Después murmuró—: No, claro. Aquí supongo que no está permitido… —Y volvió a guardarse el tabaco—. ¿No sabrá usted algo de un hombre llamado…? —Consultó su bloc de notas—. ¿Baldry, Thomas Baldry?

—Sé que trabajaba por horas como sacristán y enterrador. ¿Por qué?

—Parece que ha desaparecido. No ha dormido en su cama, y faltan la mayor parte de sus efectos personales. No tenía gran cosa. Se alojaba en casa de una viuda del pueblo, supongo que ya estará usted enterado. La mujer dice que cree haberle oído marcharse en plena noche, pero como es más sorda que una tapia, su información no resulta muy fiable. —Hizo una pausa y continuó—: ¿No sabrá usted de nadie que pudiera estar enemistado con el párroco?

—No —contesté—. Siempre me pareció una persona estimada por todos.

Eché un vistazo a los presentes y observé que el agente Brown no estaba lejos. El inspector captó mi mirada.

—¿Conoce usted al agente Brown, señor?

—Sí, naturalmente.

—¿Le ha hablado Brown alguna vez de la muerte del párroco anterior? ¿Cómo se llamaba…? ¿Soames?

—En efecto, me ha hablado alguna vez del tema.

—¿Cree que tiene alguna relación con esto?

—No veo de qué manera podría tenerla.

—No, claro —reconoció el inspector—. Me temo que el pobre agente no se siente muy impresionado por mi presencia. Ha intentado hacerme creer que esta muerte tiene que estar relacionada con la anterior, lo cual me parece bastante absurdo, a la vista del tiempo transcurrido.

Volví a observar a Brown. El agente seguía inmóvil e impasible en un rincón de la iglesia. Tenía el rostro inexpresivo, como el de un subordinado que acabara de recibir una bronca y estuviera cumpliendo con su deber mecánicamente, sin mostrar más interés que si el cadáver fuera el de un perro muerto en una cuneta.

—¿Ha dicho usted que había habido una pelea? —pregunté.

—En efecto.

—¿Con algún tipo de arma?

—No, no lo creo. El difunto tenía roto el espinazo.

—Entonces, ¿qué andan buscando ahí fuera esos hombres?

El inspector pareció un poco sorprendido por mi pregunta.

—Sólo están inspeccionando —contestó en tono seco. Hasta aquel momento se había mostrado muy comunicativo, pero evidentemente había decidido que ya era suficiente—. No le retendré más aquí, señor. Si es tan amable de darme su nombre y dirección, y dónde encontrarle si le necesito…

—Sí, naturalmente —contesté, dándole los datos que solicitaba.

En aquel momento, un joven agente se acercó a nosotros.

—Hemos encontrado algo por ahí, señor.

—Está bien —contestó el inspector—. Adiós, señor, y gracias.

Me dio la espalda y se fue tras el agente con paso lento y tranquilo.

Cuando vi que se adentraban en el cementerio viejo, me di cuenta de a qué se refería el agente, y el corazón me dio un vuelco. ¿Qué me sucedería si se descubría que habíamos sido el difunto párroco y yo quienes habían violado las viejas tumbas? ¿Y qué posibilidades había de seguir guardando el secreto si detenían a Tom Baldry?

No obstante, de momento me habían dicho que me marchase y, de todos modos, tenía una cita en la universidad. Así pues, regresé hacia el coche con paso rápido por el sendero de grava. Noté que el inspector se había vuelto para verme marchar.

Me dirigí a buena velocidad hacia la ciudad, irritado ante cualquier semáforo rojo que interrumpiera mi marcha. No podía apartar de mi cabeza al inspector, y me pregunté cuál sería su reacción cuando encontraran a Tom. Me vería obligado a explicar muchas cosas, entre ellas la razón de que no le hubiera contado lo que sabía del caso. Me resultaba imposible adivinar en qué terminaría todo aquello.

Aparqué el coche y crucé con paso rápido la gran plaza que apenas unos días antes bullía de estudiantes. Ahora, una vez terminados los exámenes, todos habían desaparecido, y la universidad parecía muerta. La desierta atmósfera del campus quedaba extrañamente acentuada por las hileras de árboles mecidos por el viento que soplaba entre los edificios, altos como torres, que formaban la gran plaza.

Me apresuré a llegar a mi departamento. Al hojear mi calendario de actividades, tropecé con el nombre de David Russell. Casi me había olvidado de él; pero ahora, por supuesto, comprendía que era precisamente la persona que necesitaba. Si conseguía ponerme en contacto con él, tendría la posibilidad de explicar mi difícil posición a alguien que no sólo me escucharía y comprendería, sino que incluso creería posible mi relato. Le llamé y, para tranquilidad mía, accedió a reunirse conmigo después de la reunión del tribunal examinador. Aunque todavía notaba un estado de gran excitación dentro de mí, por lo menos acudía a la reunión con la esperanza de que más tarde podría encontrar un aliado en un mundo que, apenas media hora antes, me había parecido cada vez más hostil.

La reunión fue larga y aburrida. Salí a las cinco en punto, sin tiempo apenas para reunirme con Russell y llegar luego a la estación para recoger a Sal. Decidí pedirle a Russell que me acompañara a casa y se quedara a cenar. Cuando le encontré en el bar de profesores y le propuse el plan, aceptó encantado la invitación.

—Desde la última vez que nos vimos, los acontecimientos se han precipitado —le dije mientras nos encaminábamos al coche—. Le contaré lo que pueda camino de la estación, pero cuando recojamos a Sal le agradeceré que no comente nada hasta que yo tenga oportunidad de hablar con ella. Sal ignora todo lo referente al tema, ¿sabe? Sólo hay dos personas más que sepan lo que descubrimos anoche; una de ellas está muerta, y la otra ha desaparecido. Lo lamento, todo esto le resultará muy misterioso, pero me resulta difícil pensar con claridad.

—Está bien —respondió Russell—. Tómese el tiempo que quiera.

—El muerto es el párroco, Allan Stevens. Esta mañana le han encontrado en la iglesia, tendido detrás de un banco, con la columna vertebral rota. El inspector de policía me dijo que parecía haber mantenido una pelea.

Russell no reaccionó ante mis palabras, y se limitó a preguntar:

—¿Y el desaparecido?

—Se trata de Tom Baldry, un hombre ya mayor que trabajaba como sacristán por horas. Baldry amenazó anoche con irse de Steveley, y parece que ha cumplido su palabra.

—¿Pudo ser él quien mató al párroco?

—No, creo que no. Atienda, David. El párroco, Tom Baldry y yo abrimos anoche la tumba de una mujer llamada Molly Dell, que murió en mil ochocientos cuarenta y tres. Esa mujer fue acusada en su tiempo de brujería, aunque resultó exonerada de tal acusación y terminó por ser enterrada en suelo sagrado. El párroco y yo pensábamos que su cuerpo se había convertido en centro de atención de algún tipo de rito pagano, y todavía mantengo esa opinión. Desde la tumba de Molly Dell parten unas curiosas depresiones del terreno que quizá corresponden a túneles excavados bajo el suelo y hundidos posteriormente. De hecho, nuestro trabajo nocturno confirmó que la tumba había sido profanada, ya que cuando abrimos el ataúd lo encontramos vacío, y hecho astillas en uno de los extremos. La tumba situada inmediatamente al lado, y con la que parece conectar directamente la depresión que he mencionado, también ha sido profanada. He llegado a la conclusión de que el doctor Sampson descubrió a la secta que practica esos ritos mientras estaba a cargo de la parroquia e intentó retirar los restos de las tumbas afectadas para evitar que las profanaciones continuaran. Por eso la secta le mató, igual que ahora ha hecho con Allan Stevens. Sin embargo, eso no es todo. ¿Recuerda el libro que me prestó? En él se describía al monstruo de Steveley como una enorme criatura con aspecto de murciélago. Pues bien, el reverendo Stevens afirmaba haberlo visto en el muro de la iglesia, y estaba seguro de que había desaparecido en el interior de la torre.

Continué narrándole nuestra exploración en la torre, el descubrimiento de las inscripciones en la pared y la interpretación que había hecho de ellas. Por último, afirmé:

—Estoy seguro de que eso confirma mi convencimiento de que, en el fondo de todo este asunto, se esconde un episodio de brujería o de culto satánico.

—¿Tiene alguna prueba de que esa secta exista? ¿Quién pertenece a ella?

—No lo sé. Carezco de pruebas concluyentes. De hecho, hasta esta mañana incluso habría estado dispuesto a aceptar que era algo perteneciente al pasado. Ahora, tras la muerte de Allan Stevens, estoy convencido de que la secta sigue existiendo. Y si es así, también los restos de Molly Dell deben de estar guardados en alguna parte. Tenemos que encontrarlos.

Dejamos la conversación en este punto porque habíamos llegado a la estación, y detuve el coche. Cuando nos apeamos, y mientras nos dirigíamos a la sala de espera, añadí:

—David, necesito su ayuda. La necesito desesperadamente.

—Sí —respondió él.

Sin embargo, no pude discernir si el monosílabo significaba que accedía a

ayudarme, o si era simplemente un reconocimiento de lo apurado de mi situación.

—Insisto en que el asunto tiene algo de antinatural —proseguí—, de perverso. El ataúd contiguo al de Molly Dell, perteneciente a una niña llamada Sarah James que falleció poco después de Molly, contiene unos órganos…, corazón, hígado, riñones…, que están en perfecto estado de conservación, como si la pequeña hubiese sido enterrada ayer mismo. Esos órganos tienen que haber sido depositados allí muy recientemente, quizá como parte de algún ritual. Alguien está profanando esas tumbas, y quienquiera que sea, está dispuesto a matar para que el secreto se mantenga. Incluso los ataúdes, que deberían estar podridos y llenos de moho, están en perfecto estado, como si sólo llevaran enterrados un par de semanas.

—Quizá debería comunicárselo a la policía.

—Si después de esta tarde no conseguimos profundizar más en el tema, estoy dispuesto a hacerlo. O eso, o vendrán a detenerme en cuanto atrapen a Tom Baldry.

—¿Qué quiere usted que haga? —preguntó Russell.

—Ayúdeme a repasar los documentos que el reverendo guardaba en su despacho. ¿Recuerda que le hablé de un tal doctor Sampson? Bien, creo que él llegó más cerca de la solución del misterio que nosotros. He sabido que él también abrió la tumba de Molly Dell. Quizás entre ese momento y el de su muerte dejó algún escrito sobre lo que descubrió. Puede que el reverendo Stevens no lo encontrara, o que no supiera reconocer a qué se refería.

Mientras esperábamos, vi a Sal, que se encaminaba hacia nosotros. Tenía un aspecto feliz y animado. Me maravillé de lo rápido que se había recuperado. Apenas un día antes, la había visto partir desde aquella misma estación con el rostro tenso y demacrado. Ahora parecía que no hubiese sucedido nada, como si todo se hubiera borrado de su mente. La vi entregar el billete al vigilante y acercarse a nosotros cruzando la verja.

—¡Qué mal aspecto tienes, querido! —me dijo en tono alegre—. ¿Qué has estado haciendo?

Sal se acordaba de David Russell, y le dije que nos acompañaría a cenar.

—Muy bien, espero que tengamos algo en casa —contestó ella, mirándome como si se arrepintiera del comentario y esperara la inevitable réplica.

Antes de salir de la ciudad, nos detuvimos un instante en un supermercado.

Dejé a Russell en el piso inferior con una copa de jerez y subí a hablar con Sal, que estaba cambiándose de ropa en el dormitorio.

—Te pedí que no vinieras. Sal.

—¡Qué bienvenida más agradable! ¿No estás contento de verme?

—Naturalmente que sí, querida, pero estoy hablando en serio. Mañana mismo volverás a la ciudad. —Sal se dio la vuelta para protestar, pero antes de que pudiera decir nada, añadí—: Escucha, Sal, este lugar no es seguro. Aquí corres peligro.

—¿Qué tipo de peligro?

—Tienes que tomar en serio lo que voy a decirte, por increíble que te parezca.

—¿Qué tipo de peligro? —repitió ella.

—Anoche, el reverendo y yo desenterramos una tumba en el cementerio.

—¿Qué?

—Creemos que aquí, en Steveley, existe una secta dedicada al culto satánico. —Sal abrió la boca para decir algo, pero la detuve—. No, querida. Haz el favor de confiar en mí y aceptar lo que te digo. Esa secta utiliza los huesos de las brujas, o de las presuntas brujas, para sus ceremonias. La tumba que abrimos estaba vacía, y en la contigua no encontramos más que…, bueno, lo que vimos era muy desagradable. —Me resistí a explicarle los detalles—. Esa secta todavía sigue activa. Anoche estuvimos también en la torre de la iglesia y descubrimos una gran inscripción pagana en una pared, a gran altura. Todo indica que la iglesia y el cementerio están siendo utilizados para efectuar ritos paganos clandestinos. Resulta un misterio cómo esa secta ha podido sobrevivir tanto tiempo sin ser descubierta.

Hice una pausa. No se me ocurrió ningún otro modo de darle la noticia más importante y perturbadora, así que fui directo al grano:

—Sal, esta mañana esa gente ha matado al reverendo Stevens.

—¡Dios mío!, no estarás hablando en serio, ¿verdad? —dijo con voz temblorosa.

—El reverendo está muerto, y Tom Baldry ha desaparecido. Esta mañana, cuando hemos hablado por teléfono, no estaba al corriente de los hechos. ¿Comprendes ahora por qué es doblemente importante que te vayas de Steveley?

—Entonces, tú vendrás conmigo.

—Sí, pero antes debo hacer un par de cosas. Puede que me lleven ante un juez por lo sucedido.

—¿Quién? ¿La policía?

—No teníamos autorización para la exhumación, y ahora que el reverendo ha muerto, la situación puede ser muy embarazosa para mí. Tengo que descubrir cuanta información adicional pueda, o me veré metido en un buen lío.

—¿Qué piensas hacer?

—Hay bastantes probabilidades de que en el despacho de la vicaría estén los

papeles que necesito, y quiero encontrarlos, si es posible.

—Entonces, necesitarás que te ayude.

—Tendrás que venir conmigo. No quiero dejarte sola aquí. Cenemos algo y luego iremos todos a la vicaría. Creo que Russell puede ayudarme. Después, por la mañana, suceda lo que suceda, tú te irás de Steveley y yo acudiré a la policía. Si encuentran a Tom Baldry, él me delatará, y mi posición será peor aún.

Bajamos al piso inferior y Sal se dirigió a la cocina. Yo me quedé mirándola. Aunque la conocía bien, no estaba seguro de qué estaba pensando. ¿Me había creído, o sólo me seguía la corriente? Había notado un aire casi indulgente en el modo en que había escuchado mi relato. Y después se había metido en la cocina tranquilamente. Demasiado tranquilamente, llegué a pensar. La noticia de la muerte del párroco la había trastornado, desde luego, pero ¿realmente era posible que no se sintiera afectada en absoluto por nada de cuanto le había explicado? Lo cierto era que Sal había permanecido indiferente a mis investigaciones la mayor parte del tiempo, así que ¿cómo podía esperar que se convenciera, en un instante, de que aquel apacible rincón rural era algo muy distinto de lo que parecía en la superficie?

Pasé al salón, donde aguardaba David Russell, y repasé con él todo lo sucedido.

—Necesito su ayuda, David —volví a decir—. Hay tanto material en el despacho del párroco que me será imposible repasarlo todo a mí solo. Sal no ha leído nada de cuanto ha pasado ya por mis manos, así que no estoy seguro de que sepa reconocer lo que andamos buscando.

—Está bien —accedió—. Iré con ustedes.

Me sentí encantado de que aceptara, y se lo hice saber. En aquel instante entró Sal con un poco de sopa para todos. Comimos lenta y pensativamente. Russell seguía haciendo preguntas, y de vez en cuando yo dirigía una mirada a Sal para observar sus reacciones. Sin embargo, su actitud era inescrutable. Cuando hubo terminado la sopa, permaneció sentada en silencio hasta que se levantó para ir a buscar el segundo plato. Continuó callada el resto de la cena y, cuando retiró los últimos platos, la seguí hasta la cocina.

Permanecí un rato observándola mientras apilaba los platos sucios en el fregadero.

—¿Crees lo que te he contado, Sal?

No respondió.

—¿Piensas que me lo he inventado todo?

Continuó callada.

—Sal, tienes que contarme qué piensas de todo esto.

Levantó los ojos hacia mí y observé que su rostro mostraba el mismo cansancio y

la misma palidez que había apreciado en ella el día anterior, al despedirla en la estación del ferrocarril.

—Te creo —dijo por fin—. Dios sabe que no comprendo nada de este asunto, pero te creo.

Sin embargo, ni siquiera ahora me sentía seguro de ello.

Salí a buscar unos troncos para la chimenea y, mientras los recogía, se me ocurrió de repente que Sal pensaba que me había vuelto loco. Ésa era la razón de que me siguiera la corriente, e incluso de que hubiera regresado a Steveley. Mi esposa pensaba que estaba desquiciado y que necesitaba a alguien cerca para que me vigilara. Me pregunté si no tendría razón. ¿No habría dejado quizá que mi obsesión nublara y distorsionara, cuanto menos, mi buen juicio? ¿No habría empezado a imaginar cosas, a vivir en un mundo de fantasías? Sin embargo, la muerte del reverendo era absolutamente real, igual que lo era el ente maléfico, tangible e inexorable que había puesto fin a su vida. De ambas cosas estaba absolutamente seguro. Y no obstante, quizás el riesgo que corría, el peligro del que me había hablado el reverendo, consistía en que aquellas fuerzas oscuras me arrastraran al pozo de locura en cuyo borde me encontraba ya.

Cuando así los troncos, las manos me temblaban. Los llevé adentro con gran cuidado, como si la realización meticulosa de una tarea tan cotidiana y trivial pudiera salvarme de perder el juicio.

15

Esa tarde, una vez hubo oscurecido, nos dirigimos hacia la vicaría. A medio camino, me detuve repentinamente.

—¡La policía! —exclamé—. Quizás esté allí todavía, o puede que haya alguien vigilando la vicaría. No había pensado en eso.

—Si es así —contestó Sal tranquilamente—, simularemos que hemos salido a dar un pequeño paseo nocturno.

Seguimos avanzando. Tenía los nervios a flor de piel, y me parecía ver movimientos extraños y siniestros tras cada árbol o seto que dejábamos atrás. Llegamos a la iglesia y exhalé un suspiro de alivio. No había coches, ni luces, ni policías a la vista. Tomamos el sendero de grava hasta la iglesia, cuyas puertas estaban cerradas. Me asomé a una de las ventanas y, aunque resultaba difícil ver algo, me percaté de que el cuerpo del reverendo Stevens ya había sido retirado. Según parecía, una vez recogidas todas las pruebas, la policía no había encontrado ninguna razón para mantener vigilada la iglesia. Tampoco había nadie en el cementerio. Fuera cual fuese la explicación que el inspector Williams había dado al hecho de que las tumbas estuvieran removidas, la circunstancia de que se hubiera vuelto a tapar lo que contenían debía de haberle inducido a pensar que era improbable que los autores de la profanación regresaran por allí. Por otra parte, era lógico pensar que el policía no tenía razón alguna para relacionar las tumbas con la muerte del párroco.

Nos acercamos sigilosamente a la vicaría. Para satisfacción mía, tampoco allí habían establecido vigilancia, aunque las puertas estaban cerradas con llave y todas las ventanas tenían puestas las contraventanas. Llevé a Sal y a David a la puerta trasera. Por mis múltiples visitas, sabía que el reverendo siempre dejaba una llave bajo una de las macetas. Todavía estaba allí, y nos introdujimos en la vivienda.

Afortunadamente, el despacho quedaba en el lado de la casa que no era visible desde la carretera, y tenía unas cortinas gruesas que cubrían las ventanas en toda su extensión. Las corrimos cuidadosamente para no dejar resquicio alguno en ellas y

encendimos las lámparas de gas.

El despacho presentaba su habitual desorden. Me sentí excitado. Desde la primera vez que había penetrado en aquella estancia, me había sentido intrigado por la gran cantidad de libros viejos y manuscritos que se amontonaban en todos los rincones. Ahora tenía la oportunidad de explorar el despacho detalladamente, pero con tal cantidad de material era difícil saber por dónde empezar. Lo que más me interesaba era la colección de papeles pertenecientes a Sampson, y a continuación cualquier otro tipo de documentación histórica sobre el período comprendido entre mediados y finales del siglo XIX. Empezamos a trabajar echando un vistazo a los montones de papeles antiguos.

Era una tarea aburrida, y al cabo de cierto tiempo advertí que Sal empezaba a dar cabezadas. Pese a su deslumbrante aspecto en la estación, estaba al borde del agotamiento, y aquel viaje de más no le había beneficiado precisamente. No pasó mucho rato antes de que cayera profundamente dormida. David Russell y yo continuamos la búsqueda, pero todavía transcurrieron varias horas —el reloj acababa de dar las tres— hasta que por fin apareció algo.

—¡Santo cielo!

Llevábamos tanto rato trabajando en silencio que la exclamación de Russell me hizo dar un brinco. Alcé la cabeza y vi que sostenía una hoja de papel que acababa de sacar de una carpeta que tenía en el regazo. Me sentí decepcionado, pues se trataba del retrato de Molly Dell que el reverendo me había enseñado. Le expliqué a Russell de qué se trataba y le pregunté si había algo más en la carpeta.

—Nada demasiado interesante.

Me pasó la carpeta y, con cierta excitación, reconocí la caligrafía del doctor Sampson. Empecé a hojear rápidamente los papeles. La mayor parte eran anotaciones que parecían de escasa importancia, referidas sobre todo a asuntos como las finanzas parroquiales y los informes de los contratistas de obras. Había presupuestos bellamente escritos a mano sobre costos de reparaciones, cuyas cifras parecían ridículas en comparación con las actuales: «Revoque del muro del coro y presbiterio, y dos capas de encalado de la mejor calidad, por un importe de 2 libras, 17 chelines y 6 peniques».

Me interesó especialmente una hoja de papel donde Sampson había escrito lo siguiente: «He advertido últimamente que parte del deterioro en la superficie de las paredes de la iglesia puede describirse como una serie de pequeñas fracturas en su parte exterior. Los geólogos han observado este fenómeno en países o zonas de clima frío, y lo atribuyen a las alteraciones producidas por el congelamiento y deshielo

alternativos de pequeñas gotas de agua en las hendeduras de las rocas. Yo no creía que la temperatura en Steveley pudiera ser tan extrema como para producir el mencionado fenómeno. No obstante, es una posible explicación que debo estudiar».

El documento, con letra del doctor Sampson, llevaba la fecha de abril de 1900. Se lo leí en voz alta a Russell y comenté:

—Me pregunto por qué no lo pasaría a su diario o a sus informes.

Russell apuntó que quizás había descartado tal teoría más adelante. Sin embargo, encontré a continuación otro pedazo de papel en el que había garabateado: «Pese a la tradicional mención al "fuego del infierno", existen muchas leyendas que se refieren a la persona del diablo y lo describen como un témpano de hielo. ¿Podría tener eso alguna relación con las fracturas de la superficie exterior de la iglesia?».

Al leer aquello, recordé el viento helado y entumecedor que Allan Stevens y yo habíamos experimentado a la puerta de la torre, y que el reverendo había descrito como proveniente de las profundidades más heladas de la tierra.

Inmediatamente después, topé con lo que iba a resultar el documento más interesante de aquella carpeta. Era un apunte tomado rápidamente, y pese a que no estaba muy bien dibujado y la tinta se había corrido, reconocí la esbelta torre original de la iglesia de Steveley. Colgando de una parte de la torre había una enorme figura con forma de murciélago y, debajo de ella, la siguiente leyenda: «Reconstrucción del monstruo de Steveley, según el relato de varios habitantes del pueblo. Agosto de 1897».

Resultaba fascinante, pues el grabado coincidía —con bastantes años de adelanto — con la descripción que del monstruo había hecho el doctor Wakefield en su libro. Además —y eso era aún más importante—, coincidía también con los rasgos de la criatura que el reverendo Stevens había visto en el muro. Sin embargo, para disgusto mío y pese a que revisé los restantes papeles de la carpeta con el mayor cuidado, no había ninguna otra mención del monstruo de Steveley, ni otros detalles que pudieran ser importantes para la investigación.

Le pregunté a Russell qué pensaba del presunto monstruo.

—Parece haber sobrevivido setenta años —contestó secamente—. Supongo que los monstruos tienen una vida muy larga. Igual que los mitos, naturalmente. Vea si no el monstruo del lago Ness.

—¿De verdad cree usted que estamos ante una leyenda?

—No —contestó él en tono serio—. Pero algunos de los elementos de esta historia son muy difíciles de aceptar. Creo que el mito del monstruo de Steveley contiene algunos elementos verdaderos y otros fantásticos, pero están tan entremezclados que

resulta casi imposible distinguir unos de otros, sobre todo si tenemos en cuenta lo acertado de la frase que dice que la realidad suele ser más extraña que la ficción.

Sugerí que nos tomáramos un descanso y saqué de un bolsillo mi petaca de coñac. Sal seguía dormida. En aquel instante, la luz de las lámparas de gas se puso a parpadear, y su intensidad se redujo hasta dejar el despacho a media luz. Al instante, creí notar una presencia maléfica en la atmósfera, y tuve la impresión de que algo terrible iba a suceder.

—¡Oh, Dios mío! —grité—. ¡David!

No sentí la menor vergüenza en ponerme a gritar casi suplicando ayuda y protección.

—Probablemente tenemos que meter otra moneda en el contador —dijo él en tono tranquilo—. ¡Vaya, eso me recuerda tiempos pasados! Tendríamos que meterle una moneda de cinco peniques, supongo.

El tono tranquilo y despreocupado de su voz me tranquilizó un poco.

—No hay contador donde echarlas —murmuré—. Recuerdo que el reverendo me lo dijo.

—Entonces, probablemente estarán cambiando de bombona o algo así. Ya ve que la llama de las lámparas no ha llegado a apagarse. Seguro que pronto recobran toda su luminosidad.

Empecé a sentir con más fuerza todavía la presencia maléfica en la estancia, o muy cerca de ella; quizá justo al otro lado de las ventanas. Corrí a una de ellas y aparté un poco la cortina. Ciertamente, la luz que emitían ahora las lámparas no era suficiente para traicionar nuestra presencia. La noche estaba despejada de nubes, y la luna, aunque no era llena, iluminaba intensamente el paisaje. Dirigí la mirada a la iglesia y me pregunté, atemorizado como nunca, si me sería concedido tener una visión del monstruo de Steveley. Sin embargo, no aprecié nada anormal.

Empecé a sentirme más tranquilo y permanecí junto a la ventana, observando la noche. No tenía ganas de volver a empezar el repaso de los montones de papeles y documentos, aunque presentía intensamente que la respuesta debía de encontrarse en alguno de ellos. Ahora que había llegado tan lejos no podía volverme atrás. Además, tenía que vengar la muerte de un amigo.

Las luces del despacho recuperaron repentinamente su intensidad normal. Russell debía de haber acertado al suponer que estaban cambiando de bombona en la central. Volví a ajustar la cortina y, mientras lo hacía, oí un grito a mi espalda.

—¡Sal!

Me volví. Russell se había puesto en pie.

Sal estaba agitándose como una posesa en el sofá, volviendo violentamente la cabeza de un lado a otro con la lengua colgándole de la boca, abierta como la de un idiota. Todo su cuerpo se agitaba como si estuviera pugnando por liberarse de una atadura que la inmovilizara. Corrí hasta ella y la sostuve en mis brazos, luchando contra sus espasmos. Al principio creí que no iba a ser capaz de contener a la fuerza que la poseía, y sólo aplicando toda la fortaleza de la que era capaz conseguí evitar que sus impetuosas sacudidas nos hicieran caer a ambos al suelo. Sal no dejó de temblar y agitarse ni un instante.

De pronto, abrió los ojos y lanzó un grito estremecedor de angustia y de dolor.

—¡Sal, Sal! ¡Por el amor de Dios! —supliqué.

Estaba espantado más allá de cuanto jamás hubiera podido imaginar. ¿Era aquello el desquite del diablo?

Los ojos de Sal me enfocaron por un instante, y la abracé, intentando ofrecerle mi calor y mis cuidados. Ella seguía temblando violentamente, pero por lo menos aquella presencia extraña parecía haberla abandonado, y ahora se encontraba inerte entre mis brazos. Russell, que había contemplado nuestra lucha con aire abatido e impotente, me ayudó a recostarla en el sofá. Sal se derrumbó en él, inerte y agotada, con la mirada perdida en el vacío.

De pronto, sus facciones se contorsionaron hasta formar la más terrible expresión de pánico y desesperación que yo jamás hubiera visto.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —gritó en una súplica cargada de angustia. Volvió sus grandes ojos hacia mí y gimió—: ¡Julian! ¡El niño era Julian!

—¿Qué niño? —inquirí, al tiempo que me volvía hacia Russell para ver si había comprendido a qué se refería. Sin embargo, él movió la cabeza en señal de negativa —. Julian está muerto, Sal. ¡Está muerto!

—¡La criatura! ¡La pesadilla! Ese niño que llora y me pide ayuda es Julian…

—Nuestro hijo está muerto, Sal.

—¡Es Julian! ¡Me está llamando! —Los ojos de Sal se nublaron y se quedaron mirando al vacío, como si vieran algo que nosotros no podíamos captar—. El mal le está consumiendo, le está devorando. ¡Oh, Señor, ayúdanos! Debe de haber algún modo…, algún modo de salvarle. —Me asió del brazo, clavándome las uñas hasta hacerme daño—. ¡Oh, Dios mío!

Exhaló un prolongado gemido de absoluta desesperación. Cerró los ojos, y la presión de sus dedos sobre mi brazo cedió hasta desaparecer. Por un instante, me sentí agarrotado por el pánico, incapaz de encontrar el modo de ayudarla. Y entonces, de repente, en un destello de intuición, lo comprendí todo. Comprendí lo que había

sucedido en Steveley, y supe qué era lo que había puesto a Sal en aquel estado. La clave estaba en una de las palabras que acababa de pronunciar. «El mal le está consumiendo —había dicho mi esposa—, le está devorando». Aquella terrible tonada que me había recitado el viejo señor Copesley… *Se comió sus brazos y se comió sus piernas / y se comió sus cuellos y también sus pies*… Molly Dell, la comedora de carne humana, la antropófaga. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que la criatura que aparecía en las pesadillas de Sal se correspondía exactamente con el dibujo que Russell había reencontrado unas horas antes, con el retrato de Molly Dell? Todos esos pensamientos se agolparon en mi mente en un instante. Sólo cabía hacer una cosa en aquella situación.

Oí las pisadas de Russell corriendo detrás de mí mientras yo salía apresuradamente de la vicaría y pasaba frente al invernadero.

—¿Qué se propone? —le oí decir—. ¿Se encuentra bien, Michael?

—¡No tenemos mucho tiempo! —respondí con un jadeo—. ¡Rápido!

Encontré ante el invernadero las palas que el reverendo Stevens y yo habíamos utilizado la noche anterior y tomé una, lanzándole la otra a Russell. También llevé conmigo la palanca. La luna iluminaba con tal intensidad que no me preocupé de llevar la linterna.

Atravesé corriendo el jardín, siempre con Russell pisándome los talones.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A la tumba de Julian, mi hijo.

Aunque Russell era bastante más alto y fuerte que yo, la inquietud y la urgencia que me poseían pusieron alas en mis pies, y cuando por fin me alcanzó, yo ya había empezado a cavar.

—¡Está usted loco! No puede andar por ahí desenterrando tumbas, aunque sea la de su hijo. ¡Deténgase, Michael! ¡Deténgase, por el amor de Dios!

—No. Debemos seguir adelante. Mañana quizá sea demasiado tarde. Es nuestra única esperanza. ¡Si todavía confía en mí, ayúdeme!

—No puede pedirme que haga eso.

—Claro que sí. Vuelvo a necesitar su ayuda, ¡y ahora más que nunca!

—No sé si…

—¡Ayúdeme, David, o váyase de aquí!

—Iré a ver cómo está su esposa —contestó él.

Evidentemente, había llegado a la conclusión de que me había vuelto loco. Sin embargo, no me importó.

No aguardé a que se fuera, sino que seguí cavando frenéticamente en la sepultura

de mi hijo. Ni siquiera pensé en quitar la tierra con cuidado para poder ponerla después de modo que no levantara sospechas. Sólo me guiaba un impulso: llegar cuanto antes hasta el ataúd. Sin la ayuda de Russell, tuve que trabajar furiosamente, y empecé a sudar bajo el aire cálido de la noche. Maldije al hombre por su falta de decisión. ¿No se daba cuenta de que aquél era el eslabón que faltaba en la cadena de acontecimientos? ¿Por qué los signos de los ritos paganos esparcidos en círculo en torno al pueblo, pero sin actividad visible en el pueblo mismo? Naturalmente: en Steveley no eran necesarios…, debido a la existencia de un pacto secreto y privado. Un pacto entre el diablo y otra única parte: una parte que significaba el puente, el nexo de unión entre nuestro mundo y el de las tinieblas. Y mediante aquel pacto, el diablo conseguía su dominio sobre Steveley.

Al cabo de un rato aprecié que la noche parecía más cerrada y oscura. Alcé la vista y observé que el cielo estaba cubriéndose rápidamente de nubes. Cuando volví a doblarme sobre la sepultura con la pala en las manos, vi que David Russell regresaba hacia el lugar donde me hallaba, acompañado por Sal. El esfuerzo de cavar había moderado bastante la furia que había sentido contra él. ¿Cómo había podido esperar que actuara con su habitual decisión en un asunto tan extraordinario como aquél? David Russell no era más que un recién llegado, mientras que yo me había dejado absorber profundamente en aquella serie de acontecimientos desde hacía mucho tiempo.

Él y Sal avanzaron lentamente hasta la posición donde me encontraba y permanecieron en silencio junto a mí. Sal parecía cansada y muy turbada. Era evidente que no comprendía lo que yo estaba haciendo, pero sabía que era demasiado tarde para ponerse a discutir.

Dejé de cavar un instante y me incorporé. Me dolía la espalda y me latían las sienes a causa del esfuerzo. Sin decir una palabra, Sal me tendió la petaca de coñac, y le dediqué un gesto de agradecimiento con la cabeza. Di un largo trago a la botella. Alcé la mirada a la torre, que se encontraba detrás de ella, pero todo seguía tranquilo y silencioso. El enigma que la rodeaba aún tenía que desvelarse. Yo casi había esperado ver surgir de la torre algún demonio vengador que me obligara a detener mi actividad. Al ver que nada sucedía, casi me sentí absurdamente disgustado.

Empezó a caer una fina llovizna. Sal sostuvo en alto la linterna que Russell había traído consigo. Maldije mi suerte, pues el apisonado terreno se hizo todavía más difícil de excavar. El barro se adhería a mis pesadas botas, y pronto tuve enfangada toda la ropa. La lluvia daba reflejos de plata a la luz de la linterna.

Los brazos empezaban a dolerme insoportablemente. Mi respiración se transformó

en unos jadeos breves y dolorosos como punzadas, y todo mi cuerpo pidió a gritos que me detuviera, pero tuve miedo de que, si lo hacía, todo resultara infructuoso. Incluso si seguía trabajando, ¿había alguna esperanza de que llegara a tiempo? Pese a todo, cada vez que creía haber llegado al límite de mis fuerzas encontraba una última reserva, y cuando oía la voz de Sal suplicándome que descansara un poco, yo no hacía sino redoblar mis esfuerzos.

Entonces, en el mismo instante en que llegaba al límite de mi capacidad, vi por el rabillo del ojo que Russell se adelantaba unos pasos del lugar desde donde había estado observándome.

—Sigo pensando que está usted loco —dijo—, pero ya que he sido su cómplice antes, durante y después del hecho, supongo que da igual si participo en el delito.

Me quitó la pala de la mano, saltó al hoyo que ya había conseguido hacer y siguió cavando. Me sentí muy aliviado al ver que se había decidido finalmente a ayudarme. Recobré el aliento, tomé la otra pala y empecé a utilizarla resueltamente. Entre los dos avanzamos rápidamente, hasta que por fin topé con la madera del ataúd. Nos apresuramos a quitar la tierra que la cubría y tomé la palanca.

En aquellos últimos segundos antes de abrir el ataúd fui incapaz de coordinar mis pensamientos con coherencia. Ni se me pasó por la cabeza la idea de que iba a encontrarme con los restos descompuestos de un ser amado. Sólo sabía que, encontrara lo que encontrase, tenía que destruirlo. Supliqué a Dios que no fuera demasiado tarde.

Con un tremendo esfuerzo, conseguí levantar la tapa de la caja. Nunca podré olvidar la visión que se ofreció ante mí. Dentro del ataúd había dos formas, como dos amantes grotescos y repugnantes. Las dos formas estaban apretadas una contra otra, como en un mortífero abrazo, o como dos almas desdichadas amparándose ante la tormenta. Una de ellas era un cadáver ciego y pasivo, y la otra, una criatura que más bien parecía una masa de gelatina semitransparente. Su cuerpo largo y delgado carecía del menor aspecto humano, antes bien parecía una enorme y repulsiva babosa. El légamo viscoso que recubría a la criatura brillaba bajo el reflejo de la luz de la linterna que Russell sostenía. La superficie de aquel ser se hallaba entrecruzada por un laberinto de pequeños vasos sanguíneos, rojos y azules. Sin embargo, la parte de su anatomía que más horrible y repugnante aspecto ofrecía era su cabeza. Ésta carecía prácticamente del menor vestigio de características humanas, pero pese a que era traslúcida como el resto del cuerpo, sus rasgos resultaban inconfundibles, entre unos escasos y ralos mechones de cabello. Los ojos de la criatura me miraron como dos cuencos negros enmarcados en rojo, llenos de una furia diabólica. No tenía nariz, sino

apenas dos agujeros en el lugar que debía ocupar aquélla. La parte inferior de aquel «rostro» quedaba fuera de mi vista, detrás del cuello del cadáver. Sin embargo, cuando cambié de posición a fin de no resbalar, pude apreciar una boca circular parecida a una ventosa, dotada de unos dientes puntiagudos y afilados que parecían roer el cuerpo indefenso de mi hijo.

Mi presencia desencadenó en la repulsiva criatura un acceso de actividad, como si pretendiera escapar. Sus ojos me miraron entre atemorizados y amenazadores. Cuando empezó a retirarse hacia el agujero que había abierto en el costado del ataúd, dejó tras de sí unas largas lenguas de baba amarillenta y fosforescente, mientras de su boca rezumaba la carne medio digerida, como un vómito insoportable. Horrorizado más allá de cuanto podía resistir, volví la cabeza y di rienda suelta a las náuseas.

Por el rabillo del ojo vi que Sal se adelantaba para ver qué había en el ataúd.

—¡Por el amor de Dios, deténgala! —le grité a Russell.

Aliviado, vi que llegaba a tiempo de impedir que mirara.

La criatura ya estaba a punto de deslizarse por el agujero del ataúd para retirarse de nuevo al laberinto de túneles que había excavado bajo el infortunado camposanto. Al moverse, dejó visible el cuerpecito de mi pobre hijo. No había en él signo alguno de descomposición. Sólo unas llagas abiertas allí donde aquella boca nauseabunda había empezado a devorar el pequeño cadáver, como sin duda había hecho con tantos otros anteriormente.

—¡La pala, Russell, la pala!

La criatura se agitaba dentro del ataúd, buscando con movimientos lentos la abertura por la que había penetrado. Su cuerpo se movía como el de una serpiente bajo la piel viscosa y transparente. Carecía de extremidades, que evidentemente habían sido absorbidas mucho tiempo atrás para adecuarse a su repulsiva forma de babosa, la cual le permitía llevar aquella existencia de gusano en las entrañas de la tierra.

Lancé un golpe con la pala contra la forma gelatinosa que tenía a mis pies, con toda la fuerza de que fui capaz. La criatura se agitó y contorsionó. Observé que un líquido de un hedor espantoso se derramaba por al ataúd. Dejé caer nuevamente la pala sobre el bulto hasta que conseguí separar la cabeza del cuerpo. Éste siguió agitándose, y con cada contorsión, manaba de sus heridas una mezcla repugnante de sangre y fluido amarillo y purulento. Seguí lanzando un golpe tras otro, hundiendo profundamente la pala en la masa viscosa, y noté que con cada golpe la resistencia de la criatura se hacía menor. Golpeé y golpeé hasta que por último no quedó nada salvo un charco de materia informe y pegajosa, y Molly Dell cesó por fin de existir.

La pala resbaló de mis manos. Di media vuelta y vomité. Descubrí que estaba

temblando incontroladamente. Cuando lo peor hubo pasado, alcé la mirada y mis ojos fueron atraídos por una luz que apareció en la torre; al mismo tiempo, oí un chillido agudo, escalofriante, que sonó como si procediera de la propia iglesia. La luz de la torre creció de tamaño hasta alcanzar una intensidad deslumbrante, que parecía surgir de entre las mismas piedras de la torre. Entonces, creciendo más y más hasta apagar cualquier otro sonido, surgió un rugido más profundo, un rugido que nos engulló como si pretendiera destruirnos en un terrible paroxismo de furia. Conforme el rugido iba aumentando de intensidad, el aire que rodeaba la torre se llenó de pronto de unas pequeñas formas negras, de movimientos rápidos y con aspecto de grandes murciélagos, cuyos chillidos agudos y ensordecedores destacaban por encima del insoportable rugido.

Sal y Russell estaban viendo lo mismo que yo, pues los tres nos apretamos instintivamente en un solo grupo. Cuando observé sus rostros, aprecié en ellos la expresión de absoluto espanto que, sin duda, se reflejaba también en el mío. Sin embargo, lo que vi a continuación no han querido confirmarlo jamás, pese a que tengo la seguridad de que lo presenciaron con la misma nitidez que yo. Lo que vi, o creí ver, fue una figura gigantesca que se alzaba lentamente del interior de la torre. Sólo la silueta resultaba visible, y conforme iba elevándose en el aire, se difuminaba lentamente hasta desaparecer en la noche. Parecía irradiar una fuerza enorme, y hube de reunir todas mis energías para no acurrucarme en algún rincón, presa del pánico más absoluto. La sombría silueta y lo que parecían dos ojos ardientes era todo cuanto resultaba visible, y con la lenta desaparición de la figura, también desaparecieron las criaturas que revoloteaban a su alrededor. Al tiempo que aquellas figuras extrañas se difuminaban en el aire, también el tremendo ruido fue aminorando, hasta que Sal, Russell y yo nos quedamos solos y en silencio en el desierto cementerio. A mis pies, surgía el hedor pútrido de la carne en rápida descomposición. Era como si la tierra estuviese recuperando los años en que el proceso natural de putrefacción había permanecido suspendido. Los restos de Molly Dell se desvanecieron lentamente ante mis ojos, sin dejar el menor rastro.

La extraña pesadilla casi había terminado, y su final quedaba marcado por los delgados chorros de agua que la lluvia interminable hacía caer en la sepultura.

16

Hace ya dos años que acaecieron los acontecimientos que he narrado hasta aquí, y aun ahora no puedo recordarlos sin que me embargue una sensación de miedo y malos presagios. Esa noche, en el cementerio, mi mundo se vio invadido por la certeza de que existe un plan maligno tejido por fuerzas demoniacas, tan complejo como perverso. Esa noche, las fuerzas del mal se convirtieron en una realidad tangible. Ya no queda en mi mente ninguna duda de que esas fuerzas poseen el poder suficiente para imponer su voluntad en la tierra.

¿Qué cabe decir de las fuerzas que se contraponen a ellas? ¿Podemos los hombres participar en esa lucha? ¿Cómo podemos asegurarnos de que el mensaje divino no se pierda, mutilado por los poderes satánicos?

Todavía busco la respuesta.

Molly Dell era una bruja. Al negarnos a reconocer sus poderes y darle su merecido en vida, nosotros, hombres normales y razonables, le concedimos a cambio el poder de sobrevivir en su tumba y de llevar a cabo su maligna destrucción. El pacto que había sellado con el diablo mientras aún estaba con vida le ofreció una eternidad en la que satisfacer su perversa gula. A cambio, el diablo tenía su puente en Steveley, y podía ir y venir a voluntad en tanto el suelo sagrado del cementerio siguiera profanado por el cadáver de la bruja. Sobre esta interpretación no tengo la menor duda.

Ahora, transcurrido este tiempo, mi mayor temor es que en muchos aspectos la lección haya llegado demasiado tarde, pues lo sucedido entonces ha tenido una secuela muy inquietante.

Una vez se apagaron las terribles visiones y sonidos, el cementerio quedó sumido en una atmósfera de profunda paz. David Russell y yo cubrimos la tumba de Julian, y mientras echábamos en ella paletadas de tierra, recé al cielo para que mi hijo pudiera

descansar ahora sin más sobresaltos.

Regresamos a la vicaría, hicimos cuanto pudimos para disimular las huellas de nuestro paso y volvimos a casa. Russell se quedó el resto de la noche, y yo, después de ayudar a Sal a acostarse, fui a sentarme un rato al salón del piso inferior a fin de repasar nuevamente lo sucedido y buscar el mejor modo de explicárselo todo a la policía. Decidí que haría una narración completa y sincera de los hechos, con la esperanza de que mi declaración resultara lo bastante ilógica como para no ser aceptada, y al mismo tiempo suficientemente coherente para no poner en peligro mi libertad con el riesgo de ser llevado a un manicomio.

Casi amanecía, y me di cuenta de que no iba a dormir ni un minuto esa noche. Repasé todo lo sucedido desde que llegamos a la vicaría. Volví a ver en mi mente a la monstruosa criatura, contemplé su agonía, y recordé con tristeza y horror infinitos los desgraciados restos de mi hijo. ¿Qué diría la policía? ¿Cómo expondría mi relato? Los pensamientos daban vueltas en mi cabeza incesantemente.

Apenas se había iniciado el coro del alba cuando me sorprendió ver aparecer a Russell en el salón.

—Pensé que todavía le encontraría aquí.

—No podía dormir —respondí.

—Yo tampoco. ¡Qué noche tan extraordinaria! Supongo que habrá intentado encajar todos los detalles.

—En efecto. —Tenía que contarle a alguien lo que estaba pensando, y quizás ahora nadie me creería salvo David Russell—. Estoy convencido de que Molly Dell era una bruja y que hizo un pacto con el diablo. Fue ese pacto lo que la convirtió en representante, protegida o mercenaria del diablo, como usted prefiera catalogarla. Mientras su cuerpo estuviera en tierra sagrada, seguiría en pie un puente por medio del cual el diablo podría posesionarse de Steveley siempre que lo deseara. Steveley era el centro de todo. Todos los demás lugares de culto satánico descritos en el mapa de Soames tenían su fundamento en este podrido lugar, y por medio de sus perversos ritos, los miembros de las sectas mantenían a su vez la preponderancia de Steveley y conjuraban al diablo a visitar la iglesia, que se había convertido en su hogar.

—¿Cree realmente que el diablo estaba en ese cementerio como una presencia física y tangible? —preguntó Russell, frunciendo el ceño en actitud de incredulidad.

—No sabría decir muy bien qué es una presencia física y tangible a la vista de lo sucedido, pero sí, estoy seguro de que el diablo estaba allí. No en el cementerio, sino en la propia iglesia. Dentro de la torre. Desde allí instruía y guiaba a sus secuaces. Todas las iglesias localizadas en el mapa de Soames estaban unidas a esta especie de

cuartel general. Recibían sus instrucciones desde aquí, y era aquí adonde venían para informar, celebrar ceremonias, recibir su maléfica inspiración, o quién sabe a qué.

—No le comprendo. ¿A quién se refiere?

—A los diablos menores. A los diablos de las leyendas. El monstruo de Steveley, los diablillos de Abbotsford, los súcubos de Fenbury…, toda esa serie de personajes de las leyendas. Y a cambio de ofrecer al diablo su cubil, de ser su vínculo con este mundo, la recompensa de Molly Dell había sido la posibilidad de continuar tras su muerte con su horrenda gula de carne humana. Ella consumía la carne de los muertos, y esa carne era conservada para ella por el diablo, quien, debido a la ausencia de Dios, mantenía un poder absoluto sobre la iglesia y el cementerio.

»Creo que probablemente fue incluso más allá. Aunque en vida Molly Dell se complacía devorando carne humana, dudo que una vez en la tumba eso bastara para satisfacerla. Creo que la criatura devoraba también las almas de esos desgraciados, y que alimentarse con ellas daba fuerza a sus propios poderes oscuros. Al dejar que Molly Dell descansara en tierra cristiana, nuestros antecesores condenaron los cuerpos y almas de sus seres queridos, y de los nuestros, a la destrucción y a caer en poder del diablo.

Russell pareció bastante escéptico.

—Lamento que parezca que me lo tomo con ligereza, pero no sé exponerlo de otro modo —dijo—. ¿No cree que la bruja las pasaría moradas? Quiero decir…, ¿cuánta gente debió de ser enterrada en ese cementerio desde su muerte?

—No creo que pueda responderle a eso, e ignoro con qué frecuencia necesitaría dedicarse a sus horrendos quehaceres. Lo que sí sé es que algunos de los ritos practicados en la vecindad de Steveley tenían como objetivo el sacrificio o la muerte de niños. —Le expliqué lo que me había contado el párroco de Fenbury y añadí—: Quizá ésa fuera la causa de la muerte de Julian. Y quizá fue por eso también que Helen estuvo a punto de morir.

Russell pareció asombrado.

—¿Cuánto hace que Julian murió?

—Ya entiendo. Usted cree que la criatura tardó demasiado tiempo en llegar hasta él, ¿no es eso? Debo reconocer que tiene razón, y tampoco encuentro explicación a eso, salvo suponer que le llevó meses horadar el suelo hasta llegar a él. Estoy convencido de que cuando desenterré su ataúd ya estaba en camino hacia Julian, y en realidad dudo que la criatura volviera jamás a su caja después de abandonarla por vez primera.

»También tengo otra teoría: es posible que, de algún modo, Sal retrasara su avance

hacia Julian. Sal ha intentado mantenerse apartada de todo este asunto, pero creo que en realidad ha estado tan pendiente de él como yo. La primera tarde que estuvimos en Steveley, ella presintió algo malo. ¡Ojalá le hubiera hecho caso! Y después ha habido otras ocasiones en que…, bueno, en que ha parecido poseer una sensibilidad especial, una especie de sexto sentido. Como cuando salvó a Helen de una muerte segura. Y sobre todo estaban sus sueños. Creo que cada vez que tenía una pesadilla, Sal conseguía de algún modo detener a Molly Dell y obligarla a aguardar antes de hacer un nuevo intento de llegar hasta Julian. No son sino especulaciones, por supuesto…

—Después de lo que hemos visto hace apenas unas horas, resulta fácil creer que tiene razón —reconoció Russell.

—¡Creía que era usted más escéptico! —contesté, sorprendido.

—No. Simplemente, me gusta pensar en todo con la mayor lógica posible. ¿Cómo cuadra en todo esto el problema que al principio parecía más importante? ¿Qué hay de la iglesia? ¿Por qué se desmorona?

—Porque está muerta. Porque ha quedado tan muerta y yerma como el terreno de ese cementerio, donde nada se pudría, donde nada se descomponía. La iglesia sólo era una muestra evidente, un signo visible de la destrucción que estaba teniendo lugar en su interior. Sin alma que la sostuviera, la estructura sin vida del edificio simplemente se desmoronaba. Quizá fuera un aviso de Dios, su único aviso —añadí a modo de coletilla.

—¿Y ahora?

—Ahora todo ha terminado. El daño ya es irreparable. Muchos de los difuntos, como Julian, habrán pagado el precio más alto, y quizás ya sea demasiado tarde para ellos. Sin embargo, quienes sean enterrados en el cementerio en el futuro descansarán en paz. La iglesia podrá ser restaurada, y su nombre, Todas las Ánimas, dejará de ser una ironía. Allan Stevens me dijo en cierta ocasión que no podía ponerse en comunicación con Dios cuando estaba en la iglesia, y en el pueblo hay algunos chiflados fanáticos que también parecen haber advertido esa ausencia divina. Esa gente ha formado su propia congregación, el denominado Templo del Aire Libre, cosa que no me sorprende, dadas las circunstancias. Sin embargo, los sucesores del reverendo Stevens no se encontrarán con esas dificultades. Molly Dell ha sido destruida, y con ella el mal que poseía a Steveley.

Hice una pausa y durante unos instantes permanecimos en silencio.

—¿Qué piensan hacer ustedes ahora? —preguntó Russell por último.

—Seguiremos con nuestro plan de vender esta casa y abandonar Steveley. Aquí tenemos demasiados recuerdos. Sin embargo, sé que ahora Sal ya no siente el mismo

impulso irresistible de quedarse. Y sé que nunca más volverá a tener esas pesadillas. —Me puse en pie y me acerqué a mi interlocutor—. Quiero darle las gracias por su colaboración, David. Sin usted habría llegado demasiado tarde, o me habría faltado valor. Dentro de un rato acudiré a la policía y haré una declaración completa de lo sucedido…, salvo su participación en los hechos. No hay ninguna necesidad de que se vea implicado.

—Quizás me necesite para corroborar la historia.

—Si es así, se lo comunicaré, pero dudo que sea necesario. Probablemente no creerán una palabra de lo que les diga y me tomarán por un chiflado inofensivo.

—Hum… Bueno, quizá sea usted inofensivo, pero desde luego no es ningún chiflado, de eso puede estar seguro —afirmó.

Se quedó mirándome con aire serio, y en su rostro apareció una expresión de admiración.

—Ha tenido usted un papel extraordinario en todo este asunto, ¿sabe?

Yo respondí lentamente, pensando en lo que había dicho el reverendo Stevens acerca del Espíritu Santo.

—Creo…, creo que estaba poseído…, que estaba siendo utilizado…, por las fuerzas del bien. He sido un instrumento de su lucha contra el mal en este rincón. Sin embargo, la razón de que me escogieran para desempeñar ese papel sigue siendo un misterio para mí.

—Quizá fue por Julian. Su muerte significaba que usted y su familia ya estaban involucrados en la batalla.

—Puede ser. O quizá me escogieron también porque mi estilo de vida me daba tiempo para…, para llevar a cabo lo que ellos me impulsaran a hacer.

Hubo una nueva pausa. Ambos estábamos sumidos en nuestros pensamientos. Por último, sonreí tímidamente.

—Lo único que deseo es que me dejen en paz en el futuro —dije. Y tras una pausa, añadí—: Desayunemos algo y luego le acompañaré antes de acudir a la policía.

Sal apareció en la escalera con aspecto descansado y tranquilo. Desayunamos lo de cada día —huevos con jamón, tostadas y mermelada—, pero nos supo a un auténtico banquete de celebración.

Después de acompañar a David Russell a la Politécnica, fui a ver al inspector Williams. Fue muy conveniente que lo hiciera, pues aquel mismo día habían detenido a Tom y, por supuesto, su relato concordaba con la primera parte del mío. El inspector

me escuchó con creciente incredulidad primero, y después con la tolerante paciencia con que se atiende a las fantasías infantiles. No tuve necesidad de más explicaciones. Aunque se había tomado muy en serio el asunto de las exhumaciones ilegales, pareció pensar que la responsabilidad de la mismas correspondía al reverendo Stevens. En cuanto al resto de mi relato, era evidente que no lo creía y que me consideraba un excéntrico chiflado por quien no merecía la pena preocuparse. Finalmente, tras algunos meses de incertidumbre, el asunto fue archivado. Creo que el obispo acudió posteriormente a la iglesia y volvió a consagrar el camposanto y las sepulturas que habíamos exhumado.

He mencionado antes una secuela extraordinaria de aquella noche de pesadilla. Estoy seguro de que, después de que yo machacase con la pala el cadáver viviente de Molly Dell, fue realmente el diablo quien se alzó de la iglesia. De un solo golpe, yo había destruido su puente con este mundo y le había obligado a buscar una nueva guarida. Todos los deseos de venganza que sintiera el diablo se consumieron en un acceso de furia que, la noche de los hechos, creímos que se había limitado al rugido que acompañó a su partida. Sin embargo, al día siguiente pude presenciar una manifestación física de su furia, y comprendí cómo habían encontrado la muerte Sampson, Soames y Stevens. El interior de la iglesia de Steveley apareció totalmente destruido. Un huracán o un maremoto no habrían podido causar una destrucción más completa. No quedaba nada en pie, y toda la madera estaba hecha astillas. Era como si se hubiera golpeado todo el contenido de la iglesia contra los pilares del edificio hasta reducirlo a pequeños fragmentos. Obviamente, para una fuerza capaz de destruir una iglesia, un cuerpo humano es como un juguete. Un leve empujón desde la parte superior de una torre o desde un andamio es más que suficiente. Un cuerpo humano se rompe fácilmente si es lanzado contra una fila de bancos.

Todos los expertos quedaron asombrados. La destrucción de la iglesia fue noticia en la prensa nacional durante nueve días, pero después cayó en el olvido. La policía excavó parte del cementerio, incluida la sepultura del pobre Julian y la de Molly Dell. No encontraron nada extraordinario, salvo una red de túneles en el suelo que consideraron obra de algún topo. Sólo unos cuantos túneles, muy pocos, se habían hundido, y era encima de ellos donde habían aparecido los surcos.

Antes de partir de Steveley, acudí una mañana a ver los restos de la iglesia y de la torre, cuya puerta colgaba abierta y arrancada de sus goznes. La escalera de caracol todavía estaba en su sitio, y subí cautelosamente hasta el campanario. Las inscripciones de la pared habían desaparecido.

Sal y yo nos trasladamos con los niños a la ciudad, y allí nos sentimos más seguros. Las líneas rectas de una ciudad, sus calles, sus casas, sus tiendas, tienen un aire de cálida familiaridad. Aquí no hay pesadillas, ni leyendas misteriosas. El día que dejamos Steveley juramos no volver nunca, y después evitamos cuidadosamente cualquier mención del pueblo. Sin embargo, la vida no suele ser tan comprensiva. Un día de otoño, hace un par de meses, volvía con unos amigos de una conferencia cuando se les ocurrió tomar una carretera secundaria que se internaba serpenteando por la plácida campiña. Pronto advertí que tendríamos que pasar por Steveley, y aunque les pedí que se desviaran, mis amigos pensaron que estaba de broma.

Cerré los ojos al entrar en el pueblo, y me sentí alarmado cuando noté que el coche se detenía de repente. Abrí los ojos y descubrí que todos mis compañeros estaban mirando en la misma dirección. Seguí su mirada y observé que la iglesia parroquial de Todas las Ánimas de Steveley estaba siendo derruida piedra a piedra.

—Por lo que se ve, no piensan construir otra nueva —comentó alguien.

La torre ya había desaparecido, pero resultaba difícil estar seguro de nada más debido a la niebla grisácea y malsana que se cernía sobre el pueblo. Seguramente, aquél era el último acto, y la última ironía. La iglesia, a salvo por fin de su impía destrucción, recuperada como auténtica casa de Dios, hubiera podido resistir sólidamente durante varios siglos más. Y sin embargo, nuestro gran triunfo sobre el mal había traído consigo una nueva muerte para nuestras esperanzas.

Cuando agucé la vista a través de la lóbrega atmósfera de últimas horas de la tarde, no pude ver más que las formas vagas de los albañiles, que se movían como si siguieran un ritual bajo la enorme estructura vacía del edificio. Cuando terminaran y abandonaran el lugar, éste quedaría abierto de nuevo a su ocupación por las fuerzas de las tinieblas. El diablo podía ser paciente. Sin duda, las sectas que le adoraban seguirían en la comarca, y un día forjarían un nuevo puente entre su mundo y el nuestro. Mientras contemplaba a los obreros proseguir su trabajo de demolición, me di cuenta de que ni los demonios del infierno podrían haber descrito con mayor elocuencia aquella última derrota, ni ningún rito pagano podía representarla con más realismo.